



**CRÓNICAS
DE UN**

**TRÁFICO
MALDITO**

ARIEL A. BERRETTA

CRÓNICAS DE UN TRÁFICO MALDITO

Ariel A. Berretta

El sueño de la humanidad es tan viejo como el miedo más antiguo. La fuente de la Eterna Juventud, el “Elíxir de la Vida” y otros nombres de leyenda, han marcado el paso de generaciones que buscaban aquella poción mágica que los hiciera vivir eternamente.

Hoy la ciencia parece estar cerca de lograrlo. Como ante todos los avances científicos, hay quienes se oponen y otros que prefieren la vía del atajo. Sin reparar en la ética, dogmas religiosos, mucho menos en las leyes de los hombres, un grupo de científicos se adelanta a su tiempo, para ofrecer una verdadera oportunidad de duplicar o más, los años que actualmente vivimos. Su meta final será la inmortalidad. Parece ciencia ficción, pero... ¿cuántas veces nos ha alcanzado?

UNO

Texas Heart Institute, del St. Like's Episcopal Hospital. En el Centro Médico de Texas, en Houston, el niño sonríe; ella llora tomándolo de su mano izquierda como solo una madre podría; agradecida a la vida, al amor de la gente, a los dioses en los que cree y a los doctores. La gran cicatriz en el pecho es testigo de meses de sufrimiento, espera y desvelos. El padre también llora; ha logrado, después de muchos sacrificios, dar una nueva oportunidad a su primogénito. Jamás volverá a dormir como antes. Le pesa la forma siniestra que logró mantenerlo con vida.

En el pasillo dos agentes federales lo esperan, ofrecen un trato: “Contáctenos con el proveedor a cambio de inmunidad, no lo queremos a usted, solo a ellos”. Puso una condición, “que mi familia no se entere”.

Abrazó por la espalda a su esposa, la besó en la nuca y saludó al hijo aún adormecido por los medicamentos, rodeado de tubos y aparatos que sonaban rítmicamente. Abrió la puerta del cuarto y salió. Caminaba hacia ellos cuando recordó el día que había comenzado esa pesadilla.

—Señor y señora Burner, tengo los resultados de los estudios.

Lana lo tenía tomado fuertemente de su mano; como madre, después de tantos estudios, tenía un mal presentimiento. El doctor Parker acomodó sus anteojos antes de empezar a leer un papel que sabía de memoria.

—Gracias al conjunto de estudios realizados hemos encontrado que Joel tiene una insuficiencia cardíaca. Desde el momento en que ustedes lo decidan debemos empezar un tratamiento a base de medicinas, para pasar a cirugía si no da resultados.

Las palabras parecían rebotar en la pared, atravesarlas de lado a lado en diferentes direcciones. Estaban hablando de su hijo, de solo diez años de edad.

—¿Está seguro, doctor, de lo que nos está diciendo?

—Absolutamente. Tienen libertad para una segunda o más opiniones, créanme, no van a cambiar el diagnóstico.

—¡Es una locura!

—Lo siento. Cuando sepamos el grado les podré informar si la insuficiencia se puede tratar con medicina o cirugía. Si esto no funciona, debemos ponerlo en lista de espera.

—¿Lista de espera?

—Candidato a trasplante de corazón.

—¿Qué podemos hacer, doctor?

—Señor, cuanto antes empiece el tratamiento, mejores serán los resultados.

—¿Cuándo podemos empezar?

—Arreglen con el hospital la parte económica. Podemos llevarla por etapas. Pasada la de medicamentos, veremos reacciones del niño; si no da resultado analizaremos la posibilidad de la cirugía; si entra en etapa terminal, recomendamos el trasplante.

Estaban dispuestos a hacer lo imposible por mantenerlo con vida. Ella era una exitosa vendedora de bienes raíces, él, propietario de una línea de camiones especializados en transporte de materiales peligrosos. No les habían hablado de números; así tuviesen que venderlo todo estaban dispuestos a intentarlo.

Saludó de mano al agente Minsk, su primer contacto. Luego extendió la mano al otro hombre, cuya altura lo sorprendió. Intentó sonreír.

—Señor Burner, el agente especial Eduardo Márquez, Interpol.

—Gusto en conocerlo.

—¿Qué tal?

Sintió el apretón fuerte, las palabras cortantes.

—¿Tiene media hora para nosotros?

—Vamos a la cafetería del Hospital, está sola.

—De acuerdo.

El aspecto trajeado de los acompañantes dejaba pocas dudas de su profesión. Sentados en una mesa, pidieron café. Minsk inició la charla.

—El señor Márquez se va a encargar del caso. Todo lo que tenga que aportar será a través de mi compañero. El trato ya se lo propusimos, usted nos ayuda a encontrar la punta de ésta madeja, le garantizamos que no haremos cargos en su contra y su familia no se enterará.

—Estoy en sus manos.

Eduardo Márquez era un hombre que imponía no solo por su tamaño, sino porque en sus ojos se podía leer una determinación que lo llevaba siempre a

solucionar los casos que le asignaban. Tomando un largo trago al café estudió al hombre. Estaba acostumbrado a tratar con criminales, éste no era el caso. El agente Minsk sabía que Joel Burner había logrado conseguir en el mercado negro un corazón para su hijo; admiraba la lucha para salvar la vida de su primogénito.

—Señor Burner, no tengo nada contra usted. No tengo hijos, no sé qué estaría dispuesto a hacer por uno. Más tengo claro que el castigarlo a usted no devuelve la vida a quién donó, ni ayuda en nada a su familia. Nuestra meta es saber cómo operan estas mafias del tráfico de órganos. Usted es nuestro único contacto. Necesito lo que tenga, todo lo que recuerde. De su grado de colaboración será el nuestro de discreción.

—El prometió...

—Lo que el agente haya prometido se cumplirá en el grado que usted cumpla su parte. No estamos buscando un violador, sino gente que mata gente para venderla en partes, ¿entiende lo que eso significa?

Joel Burner, con su rostro entre las manos, arrancó a llorar.

Minsk lo citó el siguiente lunes. El edificio estaba ubicado en el 1 Justice Park Drive. Un edificio de varios pisos y oficinas con grandes vidrios al exterior.

El taxi lo había llevado por la 290 HOV Fwy, para ingresarlo por Retton Dr. Hasta dejarlo enfrente del edificio gubernamental. Calculó unos ocho pisos a la imponente estructura, mientras ingresaba pasando por el detector de metales. En información le indicaron la oficina de su contacto.

“Agente A.B. Minsk. FBI”

Tocó la puerta en la parte de vidrio que no permitía ver hacia adentro.

—Adelante.

Se sentó en el sillón de cuero al frente del agente tras saludarle con un apretón de mano.

—¿Qué le pareció el hombre?

—Tan víctima como la pobre criatura a la que extirparon ese órgano.

—Lo sé. ¿Está seguro de querer seguir adelante con esto?

—¿Qué no le gustó de mí?

Este sonrió y puso sus manos sobre el escritorio, para después tomar el teléfono.

—No lo conozco, agente Márquez, solo que después de ver donde se va a meter, es uno de los hombres menos envidiados por mí.

—Gracias, uno necesita que le levanten el ánimo antes de empezar una

tarea difícil.

El agente hizo una llamada en voz baja, se paró y esperó cinco segundos detrás de la puerta. Cuando la difuminada figura apareció detrás del vidrio abrió sin darle tiempo de tocar siquiera. La mujer entró, sonriendo a Eduardo.

—Agente Estela Stevens, FBI, agente Eduardo Márquez, de Interpol.

Se saludaron de mano. Mientras el agente Minsk daba la vuelta a su escritorio, se sentó a la izquierda de Eduardo. Al golpe de vista le había dado la impresión de que podía ser cualquier cosa menos una agente federal. Alta, rubia, hermosa. Se veía seria en todos los sentidos, desde su vestimenta en traje sastre gris claro, hasta los zapatos bajos color negro. Los lentes eran muy apropiados para su problema de visión, aunque un poco anticuados.

—A partir de hoy trabajarán en equipo.

Eduardo no esperaba eso. Cuando su contacto se dio cuenta, por la expresión de su rostro, se echó hacia atrás en su silla, que chirrió un poco.

—¿Sorprendido?

—Bueno, sí. Pensé que, en algo tan delicado, un trabajo en solitario sería más eficiente.

—La agente Stevens, aparte de ser muy profesional, es doctora cirujana que ha pasado el último año leyendo y asistiendo a cursos de trasplante de órganos en diferentes hospitales. Será de gran ayuda —anunció mientras Eduardo daba un hondo respiro —Será su esposa durante la operación.

—Perdón, ¿Qué tan... esposa debe ser?

—Tanto como se necesite para que esta operación sea un éxito. ¿Tiene usted algún tipo de problema?

Le molestaba que ella siguiera sonriendo.

—Para nada. Creo que la operación será exitosa... y divertida.

—Estos son ustedes —extendió un par de carpetas— Apréndanse de memoria desde el día que nacieron hasta este momento. En cada una están sus documentos, países de origen, por cierto, no alteramos nada, hemos tenido malas experiencias con los cambios violentos. Días de nacimiento y fechas importantes, como los de sus padres son las mismas. Hace años están casados, deben sentarse a buscar lugares que hayan compartido.

—¿El acta de matrimonio? —consultó Eduardo al cerrar la suya.

—Se casan mañana a las tres de la tarde. El juez sabe lo que tiene que hacer, además verán que el acta tendrá diez años de atraso, al igual que su noviazgo.

Ahora fue ella la que se asombró.

—¡Debemos montar una obra fenomenal para que nos crean realmente casados!

—Estela, deben montar algo fenomenal para seguir con vida.

—Es hora de ir a leer.

—El cuarto de hotel está separado para ustedes.

Se miraron. Antes de poder opinar el agente especial Minsk remataba.

—Debajo del hotel hay una tienda de renta de trajes y vestidos, recojan la suya para la boda, habrá muchas fotos.

—Se darán cuenta por las fotos de la diferencia de años.

—La ropa ha sido escogida, el fotógrafo es un experto en dar toques de antigüedad a sus trabajos.

—Al parecer no se les ha escapado nada —sonrió ella disponiéndose a salir.

—Mañana a las diez de la mañana el señor Joel estará en el restaurante del hotel. No lo hagan esperar, está muy asustado.

Eduardo salió detrás de su compañera, admirando un par de bellas y torneadas pantorrillas a pesar de los tacones bajos. Salieron aspirando el aire helado de enero.

—Debemos tomar un taxi al hotel.

—Sí, caminar no es una opción, agente Márquez.

—Si vamos a ser marido y mujer debemos dejar algunas formalidades.

—No creo que alguien nos esté siguiendo. Aún no empezamos.

—Oficialmente sí. Debemos esforzarnos.

Estela giró solo la cintura.

—No te esfuerces demasiado, puede ser perjudicial para la salud.

Los días posteriores a que el doctor Parker les diera la noticia, fueron de un vacío total para Joel y Lana Burner.

—Debemos poner su hijo en lista de espera. No responde a medicinas, no soportaría una operación. Lo siento.

—¿Hay manera de tener esperanza?

—Este tipo de anomalía es rara en niños de la edad de Joel, haremos lo imposible por buscar un donador. Así como no hay muchos, tampoco habrá muchos receptores.

Pronto había en las redes sociales una foto solicitando ayuda. “Tiene solo diez años, necesitamos un corazón para nuestro Joel.” Y una página web para quienes estuvieran interesados en ayudar, “Joel-corazón.com”. Aparte de sus oraciones, nadie aportaba más que páginas de todo el mundo donde siempre

terminaban con lo mismo, una lista de espera. Para el segundo mes su padre había tomado una determinación.

—Lana, no dejaré morir a mi hijo. Voy a conseguir un corazón para mi Joel.

Ella no estaba para discutir, aunque sentía que sería una lucha estéril. Había cientos de niños alrededor del mundo en busca de un corazón. Estaba consciente de que iban a necesitar cantidades generosas de dinero; decidió dejar de quejarse, estaría solo un par de horas frente a la computadora en busca de respuestas, el resto del día a trabajar. Le ayudaría a paliar el dolor y también a ahorrar dinero. Joel había sido militar. Empezaba a moverse en un ambiente un poco al filo de la navaja; había hecho correr la voz de que pagaría lo que fuese por un corazón para su primogénito. Al tercer mes había una propuesta: “Podemos tener un corazón para Joel”. Lana había llorado mucho al verlo y no pudo esperar hasta que él regresara de la oficina.

—“¿Dónde está? ¿Cuál es el precio?”

—“Un millón de dólares”—rezaba la respuesta veinticuatro horas más tarde.

—Lana, el dinero no es problema, el problema es que no sabemos dónde está. ¿Entiendes? Un órgano tiene una vida útil de horas. Hay gente que se dedica a lucrar con el dolor ajeno. No vuelvas a contestar nada sin mi consentimiento. Mañana hablaremos con Parker.

—¡Es nuestro hijo!

—Lo sé y sabes cuánto lo amo, no podemos caer en manos de algún tramposo, perder todo nuestro dinero y negarle después una oportunidad real a Joel.

—Tienes razón.

El doctor fue enfático.

—Debemos saber la edad y peso del donante; ver la posibilidad de que sea rechazado por el organismo de Joel. Debe ser el mismo tipo de sangre y el peso no debe variar de dos a tres kilos. Tenemos que hacer muchas pruebas con el donante antes de poder decidir si es apto. Si lo rechaza no habrá otra. No me han dicho donde lo piensan obtener, un corazón bien preservado a cuatro grados centígrados es viable durante cuatro a cinco horas. Después es riesgoso.

Habían vuelto a casa. No solo era conseguir un corazón.

—Es conseguir un donador con el mismo tipo de sangre, mismo peso y edad, es sacarse una maldita lotería. ¡Es un milagro, maldita sea!

Se sentó frente al ordenador. Agregó algunos datos como la edad, el peso de su hijo y el tipo de sangre. No quería falsas esperanzas. También puso donde estaba Joel, las horas de viaje del órgano eran pocas y vitales. Dos días después contestaron.

—“Cumplimos los requisitos. Esperamos contacto”.

—Joel, ¿quién puede jugar así con las personas?

No oyó una palabra del esposo. Lo vio darse vuelta y patear una silla, que voló media sala.

—Contéstale que estamos interesados.

El mensaje había partido. A medianoche se fueron a dormir sin una respuesta.

Eduardo se bañó, se puso el pijama de seda rojo con dibujos blancos pequeños y se acostó en la cama. Estela seguía leyendo los papeles de la gruesa carpeta. La interrumpió.

—¿No crees que es demasiada información?

—No lo creo —le contestó sin levantar la vista.

—¿Quién nos puede preguntar todo eso?

—Nadie lo hará. Nosotros lo diremos y alguien se ocupará de verificarlo.

Eduardo la miró un instante y tomó su carpeta. Quince minutos después comentaba.

—Si fuera así de malo, debería estar en la silla eléctrica.

—Pienso igual.

—“Esta operación tiene todas las características de ser doble; una guerra contra una mafia bien organizada y con una compañera terca y fría como el hielo.”

—Qué descanses, compañera.

—Ajá.

A las siete de la mañana el mensaje estaba en la pantalla.

—“Alguien se comunicará con ustedes. Ponga el número de su móvil.”

En segundos el número estaba en la red.

—¿Por qué no contestan enseguida?

—Tranquila.

—Tal vez estén lejos y los husos horarios sean el problema.

—Bien pensado, amor. Si nos dejamos llevar por la desesperación perderemos todos los ahorros y nuestro chiquito.

—Lo sé. Lo siento. Soy una madre a punto de enloquecer.

—Todo saldrá bien.

Esa noche el mensaje fue contestado.

—“No apaguen el teléfono”.

Este sonó a las doce de la noche.

—Dígame.

—No tengo mucho tiempo, señor. Tenemos lo que busca. En buenas condiciones, se puede entregar a la hora que lo pidan. Sin preguntas.

Un escalofrío corrió por la columna vertebral de Joel.

—¿Legal?

—No.

—¡Por Dios!

Había cortado la llamada. Cuando le dijo a su esposa, lloró durante horas. Estaban en ceros. Joel no fue a trabajar ese día, volvió al contacto.

—“Lo siento, mi esposa estaba presente. Quiero seguir, llámeme a las ocho horas local.”

—“Enterado”.

No supo a qué hora se había acostado Estela, cuando despertó estaba bañada, vestida y seguía leyendo.

—Buenos días, compañera.

—Es hora de movernos, van a ser las nueve.

—La cita es dentro de una hora en este hotel.

—Debemos idear algún plan para que ese tipo se sienta en la obligación de soltar todo.

—Ahora si parecemos casados.

—Ajá.

Se bañó. Salió en trusa y rodeado por una toalla en la cintura.

—¿Podrías voltear al otro lado un momento mientras me pongo el pantalón?

—¿Tan grandote y con ese tipo de complejos?

Dejó caer la toalla y se vistió. Lo empezaba a fastidiar.

Lana había dejado de sonreír. Todas las esperanzas de días pasados estaban en la basura.

—¿Te entregaste verdad? Se acabó tu lucha por lo que veo. ¡Buen padre me saliste!

Joel levantó su café y le sonrió apenas. El doctor no cuestionaba de dónde salía el órgano, pero estaba obligado a denunciar ante la ley. Era posible ir a la cárcel, también ser engañado, que su hijo muriese. El órgano había llegado

a tiempo; después de que el doctor lo hubiera examinado rápidamente, la operación comenzó. Cuando le dijeron que había sido un éxito, lloraron abrazados. Todo eso debería hablarlo con el agente Márquez.

El restaurante estaba vacío, era lunes. Estela se había vestido con un pantalón de mezclilla que formaba sus bien redondeadas nalgas de forma por demás atractiva; arriba una camisa blanca con una chaqueta de lana gris oscuro. Traía botas vaqueras, lo que la hacía verse un poco fuera de lugar en ese sitio. Eduardo traía el mismo traje del día anterior, con una camisa amarilla clara y un sweater delgado. Habían pedido café y esperaban a Joel Bruner.

—¿Cómo es el hombre? —preguntó ella.

—Como tú o como yo.

—Yo jamás haría una cosa así.

—¿Tienes hijos?

—No.

—Ajá.

La vio cambiar de color.

—Ahí viene nuestro hombre.

—Nada especial —opinó ella mientras lo veía.

—Cómo tú —dijo él, mientras levantaba la mano para que los localizara.

—Lo esperaba a usted solo, lo siento —saludó Joel.

—Mi esposa Estela. Joel, el padre.

—Buenos días.

—¿Desayunas? Paga el gobierno.

—Gracias, lo acabo de hacer en mi casa, son las diez.

—Sí claro. Es tarde para la gente que trabaja. Joel, somos todo oídos.

Estela lo fulminó con la mirada, el hombre miraba la mesa.

—Cuándo Joel enfermó creí volverme loco. Hasta pensaba salir a la calle, tomar uno de esos niños sanos y llevárselo a punta de pistola al doctor para que lo matase y le quitara el corazón para mi niño. No saben lo que se siente. No hay fe ni nada en el mundo que calme el dolor de ver morir a tu hijo. Cuando aparece, en la forma que sea, uno se aferra. Hay una lucha entre principios, religión y conciencia; el amor de un padre o una madre, pueden con eso y más.

Durante más de una hora habló de los correos con la gente que le ofreció el “servicio”, de la forma de pago y la entrega. Estela lo interrumpió.

—¿No sabe de dónde salió ese órgano?

—No lo sabemos.

—Vamos a rastrear los correos, ¿lo sabe?

—Sí, es parte del trato. Haré todo lo que sea por ayudarles.

—¿Sabe que existe un tráfico ilegal de órganos?

—Ahora sí, he leído mucho en internet los últimos meses.

—¿Sabe que algunas mafias internacionales sin escrúpulos, buscan un receptor y de acuerdo a sus características físicas, asesinan a un “donador” para vender un órgano?

Joel asentía mientras lloraba. Según Eduardo estaba siendo muy dura.

—Vamos a empezar por su computadora y el teléfono. Por el niño que dio la vida para que su hijo tenga una oportunidad.

—Lo sé. Pueden ir a la casa cuando deseen, de preferencia cuando no esté mi esposa, no quisiera mentirle ni dar explicaciones.

—No se preocupe, le “robaremos”. Perderá una televisión, computadora y a ver que más nos gusta. ¿Le parece?

—Está bien. Dejaré mi teléfono sobre la mesa.

—Hoy será el día, quédese en el hospital.

—Sí, señora.

Eduardo tuvo que reconocer, era dura pero persuasiva.

—Eres dura.

—Un niño al que no conoceré fue asesinado para que este padre pudiera ver crecer al suyo. No voy a ser blanda con esa gente.

—¿Te has puesto en su lugar un momento?

—Puedo aceptar muchas cosas, Eduardo Márquez, no cambiaría una vida por otra. Si los designios del destino o de la genética son esos, esos serán. ¿Te imaginas un mundo donde los ricos comprenden a los niños de los pobres para que los suyos, fallados de nacimiento, puedan vivir?

—Así suena diferente.

—Tal vez te falten ángulos para ver las cosas en perspectiva.

—El rechazo agudo es muy raro, se puede dar en los primeros días al trasplante. No hay ningún indicio de eso aún —había informado el doctor Parker esa noche.

Tras agradecer su visita habían pasado horas viendo a su hijo, conectado a las máquinas. Había recuperado el color y sonreía a veces, suficiente pago para tanta tristeza y angustia. A las dos de la madrugada, Lana lo besó.

—Vete a descansar, alguien tiene que trabajar mañana, ¿no crees?

—De acuerdo, amor. Mañana te veo. Ya puedes dedicarte un poco a ti

misma.

—¿Tan mal me veo?

—Que descanses. ¡Eres hermosa siempre!

Los federales habían cumplido. Faltaba la computadora, una televisión y el teléfono. Esperó media hora y reportó el robo a la policía. Le punzaba el alma saber que alguien podía haber sido capaz de asesinar un niño como el suyo para venderle un órgano.

—Por amor de Dios, ¿qué hice?

Les habían enviado un paquete desde la oficina. Estela lo recibió y lo dejó sobre el mueble frente al espejo; Eduardo se puso de pie y lo abrió.

—Son las fotos de la boda.

—Genial.

—Estos tipos son fantásticos, debes ver esto.

—Un gran trabajo. ¡Mira esas fotos con el niño! —reía ella mientras arreglaba su cabello.

—Nuestro hijo. Salieron naturales, excelentes.

Volvió al espejo. Terminó de peinarse. Recordó la boda el viernes, algo oficial. Jamás pensaría en alguien como Eduardo, un tipo atrevido, que parecía estar del lado de la ilegalidad; era su compañero, alguna razón para ello debía de haber. No solo eso, era su jefe.

—Vaya esposa tan guapa, te cayó bien el matrimonio; cualquiera diría que tuvimos un fin de semana de luna de miel extraordinaria.

—No te pases de la raya, compañero. Te lo advierto.

—¿Has pensado en algo? —cambió de tema.

—Tú eres el jefe.

—¿Eso evita que puedas pensar? Si te pusieron conmigo deberías estar a la altura.

—Debemos hablar con el tal doctor Parker, que hizo la operación —sugirió ella.

—¿Parker eh? Se me hace interesante, ¿cuál es la idea?

—Quizás se te olvidó; una de las razones por las que me asignaron, fue porque soy médica; hay preguntas que están sin respuesta, cómo el transporte, hora de llegada.

—Ya sé porque te pusieron conmigo, eres muy inteligente.

—Búrlate.

—No me burlo, mujer. No pensé en lo que tú has pensado, haremos buena pareja. Solo deja que nos acoplemos. ¿Tienes el teléfono del doctor?

—Aquí está. ¿Le hablas o le hablo?

—Hazlo tú, tienden a atender más rápido una voz femenina.

Durante treinta segundos mantuvo una corta comunicación desde su teléfono móvil.

—Mañana martes a las once en el hospital.

—¿Qué tenemos entonces para el resto del día?

—Estudiarnos, Eduardo Márquez. Vamos a charlar horas, hasta que sepamos todo uno del otro, como si realmente hubiésemos convivido estos diez años que testifican las fotos.

—Eres muy intensa. ¿Así eres en todo lo que haces?

—He leído dos veces mi carpeta completa, tú no has terminado de hacerlo una vez, estoy pensando que poner mi vida en tus manos puede ser lo último que haga.

—Nada como la confianza para que una pareja marche bien.

—Le estás dando poca importancia a esto. ¿Te das cuenta del tipo de personas con el que vamos a tratar? Son animales.

—Lo sé. Me siento mal encerrado leyendo para mis exámenes, me gusta el aire, la acción, trabajo de campo. Tienes razón, aparte de ser malos en estos papeles debemos parecerlo. ¿Crees que podemos?

—Quita esa estúpida sonrisa y tus casi dos metros harán el resto.

—Oh, estúpida sonrisa. ¿Estás segura de que no nos casamos de verdad?

El doctor Parker tenía su oficina en el piso seis. Llegaron diez minutos antes, su asistente los pasó.

—Doctor Parker mucho gusto, doctora Stevens, FBI.

—Hola, doctora, siéntese por favor.

—Márquez, mi ayudante de campo.

Sonriendo, Eduardo apretó la mano del galeno, se sentó en silencio. Si iba a ser el asistente de Estela actuaría como tal. Ella tomó una pequeña grabadora portátil preguntando al doctor.

—¿Puedo?

—Adelante, ¿no más pluma y libreta?

—No queremos perder información. ¿Usted denunció el caso de Joel Burner verdad?

—Es el procedimiento. Aprovechar lo que se tiene no significa cerrar los ojos a la ética y la legalidad.

—Entrevistando al padre aprendimos como lo hacen. Quedaron dudas

que no pudo aclarar, es la razón por la que estamos con usted.

—Adelante, doctora.

—¿Cuánto tarda un órgano como el corazón en dejar de ser útil después de ser extraído?

—Podemos hablar de cinco horas máximo.

—Si suponemos que un órgano va a viajar durante doce horas desde Sudamérica, ¿cómo se logra su sobrevivencia?

—Eso no es posible. El órgano sería rechazado. El que recibió Joel estaba en excelentes condiciones. Tal vez un par de horas antes había sido extraído.

—¿Bien extraído?

—Perfectamente bien y mejor protegido para embarque. Era un trabajo muy bueno.

—¿Cree que puede haber sido hecho en Estados Unidos? ¿O en México?

El doctor se rascó su cabeza con poco cabello. Pareció recordar.

—Mire doctora. Déjeme le cuento algo. Un amigo tiene un rancho a unos trescientos kilómetros al norte de Brownsville, en Texas. Hace cuatro a cinco años me llamó, lo recuerdo, hacía frío ese día. A la orilla del mar, su rancho está pegado, había visto en un recorrido a caballo un cuerpo humano joven comido por los peces. Dimos aviso a la ley, después me enteré de que en la autopsia habían encontrado que le faltaba un riñón y el corazón, extraídos quirúrgicamente. Al no estar en la lista de personas desaparecidas, el caso se enfrió.

—¿Qué quiere decir con eso, doctor?

—Algo que dijo mi amigo. Algo como, “mira que coincidencia, en el Hospital están presumiendo el trasplante de un corazón y aquí aparece una niña sin el suyo”. Le dije que estaba loco, que dejara de decir estupideces. Ahora pienso en ello.

—¿Quiere decir que...? —dejó Estela la pregunta en el aire.

—Quiero decir que cabe la posibilidad de que los donadores sean de otro país. Que en el avión que lo transporta, sean extirpados sus órganos pocas horas antes de arribar al destino.

—¡Es horrible de solo pensarse, doctor!

—Lo siento, es lo que se me ocurre viendo el cariz que toman las cosas.

Eduardo estaba serio.

—Aparte si detienen al avión en el camino, no hay delito que perseguir y estando aquí con un órgano, ninguna autoridad le hará perder el tiempo. ¡Claro que puede ser!

—¿Alguna otra pregunta?

—No por ahora, tal vez en un futuro lo volvamos a molestar —apagó la grabadora.

—Estoy disponible también en mi móvil a la hora que lo deseen.

—Gracias, doctor.

—Señor Márquez.

La llamada entró al teléfono de Eduardo.

—¿Señor? Gracias, lo anoto. ¿Hoy mismo? Bien.

Estela lo miraba a través de sus anteojos mientras terminaba de comer un camarón empanizado en el pequeño restaurante de comida china.

—Tenemos casa, corazón, vamos a empezar a vivir nuestro matrimonio.

—Déjate de malos chistes y dime adónde va a ser.

—Houston Heights.

—¡Wow, se esmeraron esta vez!

—Si vamos a tener para pagar un millón de dólares por un corazón, debemos dar la impresión de que podemos.

—Vive pensando que es un trabajo.

—Lo sé. ¿Vamos? Tenemos que pasar con el agente Minsk para que nos entregue la llave.

—Está bien, deja terminar de comer.

—Comes despacio.

—Es bueno para la digestión, ¿sabías?

—Sí, en nuestro trabajo no hay mucho tiempo disponible.

—Entonces aprovechemos.

Con las llaves en mano y la recomendación del agente para cuidar todo, “pues era propiedad de los contribuyentes,” partieron rumbo al norte de la cuarta ciudad más importante del país. El taxi los dejó en su casa; el inmenso parque al frente de la misma los obligó a caminar casi sesenta metros antes de llegar a la puerta principal. Admiraba los casi cinco frentes completos de esa inmensa mansión, con un pino de unos ocho metros al lado izquierdo y uno más pequeño en la derecha. El parque al frente estaba bien cortado, aún olía el pasto fresco podado el día anterior. Sobre la puerta principal de madera sólida y más de dos pulgadas de grueso, una ventana en semicírculo ayudaba a iluminar la inmensa sala y recibidor. Toda la casa estaba rodeada por el parque; en el interior los espacios eran tan grandes que la hicieron exclamar.

—Ahora entiendo lo que decías, que podría acostumbrarme a esto. Ser rico no ha de ser tan malo después de todo.

—Mi departamento cabe cuatro veces dentro de la sala. Debemos alargar esta investigación.

—Compañero. Es posible que pasemos aquí muy poco tiempo. Será una fachada para que, en caso de que decidan vendernos, sepan que estamos en condiciones de pagar. Ya oíste a Minsk, “a la vista de un curioso todo esto está a nuestro nombre”.

—Adiós ilusión. ¿Quién mantendrá todo esto limpio?

Salida de la nada, una mujer con apariencia de mexicana del sur bajó de las escaleras superiores.

—Buenas tardes, señores. Ese será mi trabajo, me llamo Esperanza Ruiz para ustedes. Soy la agente Summers.

Partió con las maletas, deteniéndose a mitad de escalera.

—¿Cuartos separados?

—Muy alejados uno del otro, por favor Esperanza —se adelantó Estela.

—Hay que dar una cara al público que convenza de que somos un matrimonio.

—Cuando tengas el público me avisas.

DOS

Eduardo no tenía un plan; esos días habían sido más de vacaciones que de trabajo: su compañera estaba ansiosa. En el desayuno preguntó:

—¿Planes, jefe?

—¿Llegaron los resultados del teléfono y la computadora de Joel?

—Sí, están aquí —sonrió, poniendo un sobre sobre la mesa.

—No andabas errada, Colombia, ¿eh?

—El sexto sentido de una mujer puede ser más exacto que la certeza de un hombre.

—De que oliste algo que a mí se me pasó, me queda clarísimo. Colombia es un gran país, de acuerdo a mis informes las autoridades no tolerarían algo así. Debemos pensar entonces que todo ocurre al sur, en territorios dominados por las FARC. Tenemos una tarea enorme, Estela.

—Necesitamos un plan.

—Un hijo enfermo.

—Lo tenemos, ¿viste las fotos?

—Sí, ¿cómo se llama?

—Eduardo Jr. es la costumbre.

—¡Qué originales!

—Herencia familiar.

—Bien, tenemos una casa lujosa, una criada, un hijo de nueve años enfermo del corazón y un historial en el mismo hospital de Joel, para empezar a buscar. ¿Cuál será el primer paso?

—Ahora sí, Eduardo. Vamos a dejar la jerga, tenemos que tratarnos como marido y mujer.

—De acuerdo, estoy intentando eso hace días.

—Hablo del lenguaje que usaremos entre nosotros, querido.

—¿Querido? Un recién casado es un bomboncito, un amor, un dulce.

—Un recién casado es caballero con su esposa, tierno y le alcanza todo lo que necesita.

—De acuerdo, solo el lenguaje.

Puestos de acuerdo en ese primer punto, necesitaban el de partida.

—Mañana avisaremos al doctor Parker que tenga a la mano el diagnóstico y el resultado de las pruebas de nuestro Junior. Después pondremos uno de esos anuncios en internet, da resultados para contactar a quien es donante o

receptor de órganos.

—Habla con el doctor, eres la más adecuada de acuerdo a tu investidura profesional. Yo lo haré con Joel para que nos de ideas de cómo se maneja esto.

—¿Recomendación?

—Así es. Si conocemos su caso y yo estoy enterado de cómo lo resolvieron, él puede abogar por mí con esa gente.

—Puede funcionar. Seguro ellos han desaparecido todo rastro de Joel y su hijo.

—No lo creo. Deben guardar esa información un tiempo. Esposa mía, a trabajar.

Sentados a la computadora portátil de Eduardo, pusieron el mensaje en la red, junto a otros cientos.

“Eduardo tiene nueve años, necesita un corazón, únense a nuestra causa”. Joel les había dicho que tardaban mucho en contestar. Investigaban el no estar cayendo en una trampa de las autoridades. Al igual que en el caso de los Burner, al principio llegaron todo tipo de oraciones, saludos de madres que habían perdido a hijos al no encontrar un donador, o de otras que lo habían perdido al rechazar el órgano.

El agente Minsk los esperaba. Llovía en Houston.

—Si de verdad la base de operaciones está en otro país, Eduardo estará capacitado para actuar con manos libres. Interpol tiene 190 países miembros y en cada uno de ellos gente de apoyo. Como siempre, cuiden el presupuesto, cuídense ustedes. No los quiero volver a ver, si me tienen que hablar que sea un teléfono público o a través de la agente Summers.

—Sí, señor, así se hará.

Eduardo manejaba un BMW de un año de antigüedad.

—Estela, estamos en el baile.

—¡Pues a bailar! Hoy llega el niño al hospital.

—Trataremos de no aburrirlo.

—Lo trataremos bien. Es nuestra mejor pantalla.

—De acuerdo.

El mensaje un día antes decía. “Tenemos lo que necesitan. Enviar edad, peso y tipo de sangre de su hijo”. Estela se había estremecido. Después de ver el mensaje con Eduardo hicieron la cita con Minsk, ahora estaban en la casa. Con un mensaje por contestar y una obra que montar.

—Diles que nos digan de qué se trata. Tú eres doctora, pregunta sobre los

requisitos para que el órgano sea confiable, la compatibilidad con nuestro hijo y cosas así.

—¿Sabes que a partir de este momento puedo estar eligiendo al niño que van a asesinar? ¡No es como señalar un pavo para navidad!

—Piensa como la naturaleza. Sacrificar un individuo redundará en la protección al resto de la especie. Sin sacrificio no tenemos nada.

—¡Por Dios, que difícil será esto!

—Sí no puedes dímelo. Esto puede ser muy peligroso; sobrevivir será un verdadero desafío.

—Podré.

—Saca lo mejor que tengas, lo vas a necesitar.

En el siguiente minuto, copiando una hoja del doctor Parker enviada por correo electrónico, Estela ponía los requisitos para el trasplante. Dejó caer un par de lágrimas sobre el teclado.

—“Tiene razón, Eduardo, sacrificaremos algunos a cambio de detener esta matanza.”

En Lyon, Francia, sede de los cuarteles generales de la Interpol, una reunión tenía lugar. Wilson Noble, su director, estaba sentado en un gran sillón negro rodeado de algunas pantallas con diferentes actividades alrededor del mundo, donde los agentes se encargaban de coordinar trabajos de policías locales y hacer de enlace para “hacer del mundo un mejor lugar para vivir”.

—Agente Minsk, ¿sus hombres están listos?

—Sí señor, tenemos la punta de una madeja que nos puede llevar a conocer cómo operan estas mafias.

—Desde septiembre de 1923 existe esta oficina, señor. Por aquí han pasado casos espeluznantes, aberrantes; estar metido tras una organización que se dedica a vender seres humanos en partes es algo que posiblemente jamás pensó quien fundó esto. Ahora tenemos casi setecientos agentes alrededor del mundo coordinando y apoyando policías locales.

—No podemos bajar los brazos. Aun cuando muchos países apunten ahora a la legalización de la droga, la lucha seguirá, aunque sea en honor de quienes cayeron combatiendo. Esto que tratamos ahora nadie se atreverá a legalizarlo. Va contra todas las leyes de la tierra, de la humanidad y de Dios, si es que lo hay.

—De acuerdo en eso, Minsk. Vamos a autorizar esto de una vez, cuide a su gente, coordinaré la mía. Cuantos menos se involucren mejor, cuente con que tenemos agentes operativos en todo el mundo y podemos ayudarles desde

las sombras. Que nadie se entere de la operación es vital.

—De acuerdo, señor. Lo mantendré informado.

—Pase a la sala de policía científica, le van a dar información sobre lo que estamos tratando. No haga preguntas ni conteste nada. Solo observe y lo que le sirva puede llevarlo con usted.

—Gracias, señor.

—Suerte, la van a necesitar.

El agente especial Minsk no tuvo problemas para abordar el siguiente avión a Houston, Texas. Estaba asombrado de la recopilación que habían hecho en Interpol. Un secreto a voces que nadie quería aceptar sucedía y era evidenciado cada vez más a través de las redes sociales. Sentado en el avión de United Airlines repasó algunas de las últimas operaciones a nivel mundial. “Operación Tuy, 2012 en Burkina Fasso, había ayudado a detener a setenta personas que mantenían a más de cuatrocientos niños de hasta diez años esclavizados en campos de algodón. Algo parecido a la operación Bia II, en Ghana, 2011. En África Central habían detenido a más de cuarenta que traficaban con personas de más de diez países, en la operación Bana en 2010.”

—¿Quién hizo creer al resto del mundo que la esclavitud es cosa del pasado?

Siguió leyendo, el viaje tenía muchas horas por delante aún. “Ciento treinta y siete personas, varios médicos, fueron detenidas por la Policía China por pertenecer presuntamente a una red nacional de tráfico de órganos humanos. El arresto se realizó luego de un trabajo conjunto entre autoridades policiales de dieciocho provincias, que al mismo tiempo rescataron a más de cien donantes, informó el Ministerio de Seguridad Pública de China. La operación se inició a finales de julio pasado y "la Policía actuó en (...) Rescató a 127 personas que habían dado su acuerdo para donar órganos a los traficantes", indicó el Ministerio a través de la agencia oficial Xinhua. Entre los detenidos "se encuentran dieciocho médicos sospechosos de realizar operaciones ilegales de trasplantes".

—Menudo embrollo se nos viene encima. Lo que intentaremos hacer es mostrar al mundo que esto existe, después, si la colectividad policial apoya y la presión de la gente “civilizada” es la adecuada, podremos hacer algo.

Minsk decidió que su viaje había sido arruinado. Hay diferentes razones para que un órgano cambie de individuo. Lo más común, humano y razonable, es que un padre, un hermano o un hijo done un órgano a un ser

querido en un acto de amor supremo. O la donación altruista y humanitaria también de quién dona sus órganos al momento de morir. Algo que se promueve en todos los países civilizados. Después empiezan las aberraciones. Los receptores que buscan un donador y los donadores sanos que venden un órgano para obtener dinero. Viendo las noticias de la Interpol se daba cuenta de que había otra línea a investigarse. Hospitales, dónde sin avisar a los parientes, se robaban los órganos de la gente que fallecía por causas naturales o accidentes y los vendían al mejor postor.

—Diablos, no deja de ser un robo a un muerto. Los riesgos graves en estos casos son para el receptor que puede recibir uno fuera de tiempo y será rechazado.

El último pensamiento lo estremeció. Sabía que había quienes no conformes con eso, y ante la inmensa demanda de órganos, que solo en China superaban el millón y medio, se organizaban para raptar niños y jóvenes que “custodiaban” en instalaciones, separados por tipo de sangre, peso y altura. Esa era la finalidad de la operación, detener ese tráfico. Lo último que supo era lo que suponían autoridades en Centroamérica y México, por ejemplo; que las mafias del narcotráfico tenían casas de seguridad donde secuestraban y mantenían a sus enemigos. Pronto descubrieron fosas clandestinas donde se hallaron decenas de cuerpos con un denominador común: les faltaban órganos y la extirpación había sido realizada por profesionales competentes.

—Muchachos, los vamos a enviar con las mentes más malas, más macabras y menos escrupulosas del mundo. Es un gran riesgo. Debemos hacer entender a la opinión pública que esto existe, enseñarles a cuidar a sus hijos y, sobre todas las cosas, presionar a los gobiernos. Nadie estará preparado a creer una cosa tan horrenda.

Despertó en el George Bush Intercontinental Airport de Houston. Llegó directo a la oficina, sacó todas las copias y guardó las originales en su caja fuerte. Las demás las hizo un paquete, puso una dirección en Heights; lo envió en calidad de urgente.

Estela leía una y otra vez los informes. Estaba estupefacta. En el otro extremo de la mesa rectangular de diez sillas Eduardo digería lo recibido.

—Este no es el mundo en que vivo.

—Es posible, pero es uno en el que vivirás próximamente.

—Voy a vomitar.

—Avísale a Esperanza, no me gusta como huele un baño vomitado.

—¿Alguien te hizo creer que eres chistoso?

—Mi madre decía que se aburría cuando estaba ausente muchos días.

—Seguramente porque no encontraba que limpiar, o no había ropa tirada en el piso camino a la ducha.

—Guau, ahora si te está saliendo bien lo de mujer casada.

—¡Imbécil!

La información había puesto de muy mal humor a su compañera. Más que los hechos, lo que lo habían abrumado eran los números.

—¿Desde cuándo morir se está mal? Antes la gente se enfermaba y moría, después los operaron, más tarde pusieron partes de alguien que se adelantaba en el camino; ahora los matan para surtir refacciones. Algo de este maldito mundo se echó a perder y huele mal, terriblemente mal.

Estela apareció. Le sonrió y se sentó frente a él, quién le regresó la sonrisa y dejó de leer.

—¿Lo lograremos verdad?

—Lo intentaremos.

—Quiero acabar con esto.

—Tal vez no debes ser tan optimista, si la opinión pública obtiene suficiente información podremos hacer que se inicie una verdadera guerra. No debe haber un país en el mundo que pueda cerrarse a esta horrible carnicería.

—Gracias, necesitaba oír eso.

Eduardo se sorprendió cuando ella dio la vuelta a la mesa y le estampó un beso en la mejilla.

—Sigue por favor.

—Sueña. Eso también es gratis.

El mensaje era claro. Tenían un corazón compatible con el de su hijo. Habían sido recomendados por el señor Burner.

—Muchacha, necesitamos al doctor Parker. Debe hacer un listado de condiciones.

—Cuántas más personas sepan sobre esto, más peligroso será.

—Sin su ayuda no tendremos posibilidades de que nos crean, me está naciendo una idea.

—No te esfuerces. ¿De qué se trata?

—Punto a tu favor. ¿Qué pasaría si el señor y la señora Márquez con antecedentes penales por abortos clandestinos, extracción de órganos sin consentimiento de sus pacientes y su esposo, estafador y vendedor de ranchos

que no existen, se unen a un doctor ambicioso?

Estela caminó por la sala. Miró al gran parque al frente, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Compramos un órgano a nuestro hijo y vemos la posibilidad de hacer negocio. Tenemos los conocimientos, soy doctora, tengo al vendedor ideal sin escrúpulos en mi esposo. El enlace sería el doctor Parker. Es increíble lo que puedes hacer cuando tus dos neuronas no se pelean entre sí. ¿Crees que nuestro jefe lo apruebe?

—Nuestro jefe, como dices, nos liberó. Será mejor que no sepa siquiera la idea que tenemos. Si algo sale mal, ¿eres donadora?

—Sí, lo dice en mi licencia de manejo.

—Bien, para no desperdiciar tantas cosas.

—Mañana saco una cita con el doctor, me acompañas para convencerlo.

—Hecho.

Un millón de dólares, puesto en el aeropuerto de Houston. Arreglado el costo, pidieron hablar con el doctor y hacer los arreglos pertinentes para el día y la hora exacta. Toda la coordinación era tan importante, como el mismo doctor. El órgano debía salir perfectamente protegido y entregado en menos de cinco horas desde que se considerara al receptor, “paciente listo”, con todas las pruebas de laboratorio a punto.

—Tenemos el donante. Debemos hacerlo.

Ella pareció dudar, se repuso rápidamente.

—Mañana temprano llamo al doctor Parker. Se lo diré al maldito vendedor.

El doctor los escuchaba. Era un hombre de más de sesenta años, con una fortuna ganada gracias a su profesión. Aspiró aire girando la silla hacia la ventana viendo el desfile de edificios en la zona de hospitales. Sabía de lo que hablaban los agentes. No tenía necesidad de involucrarse en algo tan peligroso. No solo porque las mafias hicieran un blanco de él, sino que como profesional, estaría terminado si salía a la luz pública.

—Señores, hace cuatro años perdí a mi esposa, tengo dos hijos, médicos también. He logrado un pequeño capital que garantiza mis últimos días en la tierra rodeado de comodidades. Denme una razón para involucrarme en algo tan riesgoso. Entenderán que esto es trabajo policial, ¿qué puede aportar un viejo como yo?

Estela se inclinó hacia adelante y puso sus manos sobre el escritorio del galeno. Sonrió.

—Doctor Parker, estoy segura de que yo haría lo mismo que usted. La diferencia entre usted y nosotros es que tenemos la información que nos permite conocer cómo operan y toda la carnicería que sigue a un pedido de socorro. Después de saber cuántos niños mueren para que vivan otros con dinero y la forma en que se los roban, no podría dormir nunca más sabiendo que tuve en mis manos la oportunidad de detenerlos y no lo hice.

Dando una palmada en la pierna de Eduardo se puso de pie, estirando su derecha al doctor. Este extendió la suya y asintió tímidamente. Salieron despacio del consultorio.

—¿Qué fue eso, compañera?

—Un billete de lotería.

—¿Y el premio?

Estaban llegando al elevador cuando sonó el móvil de Estela. Sonrió.

—Billete ganador.

El doctor había aceptado apoyarles. Con la condición aceptada por ellos de que, al final, quedaría inmune a cualquier tipo de acusación.

—Si matamos dos o tres para salvar miles, mi vida habrá valido la pena. Cuenten con mi apoyo.

Eduardo pasaba al vendedor la lista de requisitos. “El paciente debe estar listo cuando el donante aparezca. Un donante siempre debe tener menos de cuarenta y cinco años si es hombre o cincuenta y dos si es mujer”. Estela vio las instrucciones enviadas al donador, sufrió un pequeño trauma.

—¿Te das cuenta de que a la hora que digas estamos listos, matarán a alguien? Es como apretar el gatillo. ¡No fuimos entrenados para esto!

—Fui entrenado por una agencia internacional que intenta ofrecer a la humanidad un mundo mejor cada día. Me gustaron las palabras del doctor Parker. Sacrificar pocos, por salvar miles. Piensa en números, no en rostros.

Sentada en una silla a su lado, puso el rostro entre las manos y volvió a llorar. El agente Márquez la abrazó, iba a decirle algo.

—Avísenme cuando envíen nombres y día de la operación. Mientras ustedes arreglan lo del pago, alguien rondará por la zona o hablará por teléfono. Quiero estar preparada. Lo que ustedes intentan hacer es maravilloso, sé cómo se sienten —dijo la agente Summers.

—Agente gracias por todo, no creo que tenga la menor idea de cómo nos sentimos.

El pago fue lo sencillo. Una cuenta en un paraíso fiscal sin rastro. Ahora a esperar la orden del doctor, que era todo un circo, después la llamada final.

Para ese entonces, el paciente “estaba listo” y el donante debía estar siendo “preparado”. En el aeropuerto se había dado aviso de la importancia de ese vuelo, había prioridad para que aterrizara. Una ambulancia estaba esperando la carga, un “equipo de cardiólogos” aguardaba en el hospital. Solo Estela, Eduardo y el doctor, sabían que ese órgano estaba perdido; tan perdido como la vida del ser humano al que se lo habían extraído. Cuando Eduardo y Estela conversaban viendo la pequeña hielera con el órgano adentro, les explicaba.

—Es un corazón sano de unos doce años. Bien conservado, no más de dos horas de haber sido extraído. Muy profesional, desde la forma de haber sido cortado, preparado y hecho llegar. Porque hacer toda esta carnicería para que al final el órgano fuera rechazado, entonces sí, no habría perdón. En este caso podríamos considerarlo una vida por otra. Pensé que moriría sin saber qué el ser humano podría degradarse de tal forma.

Estela parecía imbuida en un trance hipnótico.

—Eso es un ser humano muerto.

—O el principio de la vida para otro—susurró el doctor.

Eduardo la abrazó y salieron del hospital.

—“Operación exitosa, que Dios los bendiga”—enviaba un mensaje Eduardo.

Estela corría por el parque en ropa deportiva, su vaho le bañaba el rostro con una caricia tibia mientras el cabello rebotaba en los hombros. Tenía más de media hora, Eduardo la observaba a través de los cristales empañados. La vio enderezar el rumbo a la casa y cuando la supo a menos de diez metros de la entrada abrió la puerta. Entró y quedó en medio de la recepción, jadeando.

—Date un baño, te hará bien.

—Estoy bien. Estoy fuerte y lista, agente Márquez. Para lo que sea.

Subió corriendo las escaleras. La esperó para desayunar.

—Extraño mi tierra cuando huelo ese delicioso café.

—Eres de Barranquilla por lo que sé.

—Así es. Mis padres vinieron muy jóvenes a éste país. La tierra donde naces, es para siempre.

—Uno se siente americano, piensa como uno, más regreso a capital federal y me envenena el olor de los tacos, un paseo por el zócalo, oír mariachis en Garibaldi. Soy mexicano, la sangre no se niega y la tierra tampoco.

No se sentían tan seguros como para convencer a nadie de que tenían años de casados.

—Eso se aprende con los años, mi madre adivinaba las necesidades a mi padre segundos antes de que éste abriera la boca. El la abrazaba sin decirle nada cuando ella estaba triste. Eso no se estudia, Eduardo, eso es vivir.

—Tal vez no nos hemos aplicado. Estar juntos en la cocina, hablar de comidas, practicar algo de juegos de mano inofensivos, tú sabes, una nalgada.

—Estoy consciente de eso. Debemos sacarle jugo al presupuesto del gobierno asignado a esta operación. Deberíamos ponerle un nombre clave, aunque sea para nosotros.

—Tienes razón, sin nombre carece de incentivo. ¿Se te ocurre algo?

Estela miró a Eduardo por sobre el borde de su taza de café.

—Tu vida por mi vida.

—Me gusta, me lo puedes decir en cualquier momento como una clave y será bien oído sin despertar sospechas.

—Tu vida por mi vida. Me gusta, dice algo. Es más, lo dice todo.

—¿Crees que se hayan tomado la molestia de vigilarnos?

—No, solo revisaron nuestras cuentas bancarias y el lugar dónde vivimos. Si muerden el anzuelo lo harán pronto.

—Adelante, compañero. Un día más es una vida menos.

El mensaje partió vía correo electrónico.

—“Interesados en trabajar en proyectos similares. Podemos ofrecer contactos, médicos y protección ante la ley.”

Se miraron después de enviarlo. Se veía como deseaban, corto, intenso. Estaban seguros de que después de leerlo habría una investigación; del trabajo de la agencia en sus pasados tenebrosos, pendía la confianza de los receptores del mensaje. Esa tarde fueron a buscar víveres al súper mercado cercano. En un par de ocasiones Estela se sintió observada, pensó que estaba paranoica. Al salir de Wall Mart Eduardo le confesó lo mismo. Esperanza había recibido una visita.

—Vino alguien con acento del sur hablando en inglés. Preguntó por el señor Márquez y dijo que era amigo personal. Le dije me dejara una tarjeta o su nombre, dijo que prefería darle una sorpresa en vivo.

—¿Placas del auto Esperanza?

—Imposible, aparte de la distancia, cuando agarré los prismáticos vi que las placas del auto estaban llenas de lodo.

—Bueno, se mueven. Debemos tener cuidado y mostrarnos como hoy.

—Estela. Debemos ir al hospital.

—¿A qué?

—A ver a nuestro hijo. Recuerda que incluso está anotado en recepción por si alguien pregunta.

—Tienes razón, vamos.

Ni siquiera el doctor Parker estaba a esa hora. Preguntaron por el cuarto del joven Eduardo Márquez. Trecientos dos. Cuando salieron preguntaron a la recepcionista.

—¿Alguien más ha venido a preguntar por nuestro hijo?

—Diez minutos después de que ustedes ingresaron una señora preguntó. Le dimos el número, salió diciendo que regresaba, no la he visto entrar.

—Gracias enfermera. Somos los padres del niño, que nadie entre a verlo por favor, necesita descansar.

—Sí, señor. No se preocupe.

Tomados de la mano salieron sabiéndose observados.

—Bien, agente. Hoy tuvo usted una idea brillante, esperemos de frutos.

—Mañana los recogeremos.

Cuarenta y ocho horas después, seguían en blanco.

—¿Qué hicimos mal?

—No desesperes, es lo que esperan. Actuemos como si nada.

—Cierro mis ojos, veo un muchacho siendo abierto en canal para quitarle un órgano y me dan ganas de salir gritando al mundo lo que cierta gente hace con sus hermanos.

—Tranquila. Esto es una cacería, la presa anda alrededor, mantente escondida entre la maleza hasta que se ponga al alcance de tus garras. Si te mueves antes saldrán en estampida.

Estela lo miró de reojo, prefirió no adivinar que pensaba. El frío seguía apoderado de la ciudad. Empezaban a creer que algo había salido realmente mal.

—Esas mafias tienen contacto en cada ciudad importante, Estela. Gente que se mueve dentro del país para organizar las entregas. No son tontos, desde que haces tú primer contacto con ellos te siguen. Si no ven clara la cosa abortan el proceso.

—Puede que tengas razón, la visita que recibimos parece algo de eso.

—Vamos a ser pacientes. Arriesgan mucho más que nosotros.

Cuando habían bajado la guardia en los mensajes de la computadora, apareció el primero. “¿Quiénes son ustedes? ¿A qué se dedican?” Estela gritó al verlo. Eduardo se acercó.

—¿Qué le pongo?

—Nada, espera.

—¿Nada?

—Ellos no saben que estás frente al ordenador. Tranquila.

—Debemos parecer honorables, investigarán lo contrario.

—De acuerdo. También tenemos que vernos necesitados.

—La casa no dice eso.

—Yo sí se los diré. Confía en mí.

—De acuerdo, adelante.

Estela se sentó frente al aparato, habían pasado quince minutos.

—“Somos el señor y señora Márquez. Soy colombiana, de Barranquilla, doctora residente en Houston, Texas. Mi esposo es vendedor de bienes raíces. Estamos felices por lo de nuestro hijo, queremos ayudar a que alguien más se beneficie. Nuestra economía tiene un pequeño bache por el momento.”

—Te pasaste. Te ves desesperada.

—Veremos que sucede. Al menos sabemos que están ahí, no hay fisuras en nuestras historias.

—Me voy a dormir.

—¿Y si contestan?

—No lo harán. No es su táctica.

—Esperaré.

A medianoche, tocaba la puerta de su cuarto.

—Adelante.

—¿Es el único pijama que tienes? —se burló al entrar.

—Compré dos en oferta, son idénticos.

—¡Que gustitos! Nadie me contestó, sé que me vas a decir te lo dije.

—¿Quieres quedarte conmigo esta noche?

Ella pareció caer cuenta de donde estaba parada.

—Claro que no, solo quería charlar, estúpido.

—Yo...

El portazo cimbró la casa completa.

—Bueno, si alguien está observando sabrá que, si no somos matrimonio, somos algo muy parecido.

Amaneció soleado y frío. Un viento del norte hacía vibrar algunas ventanas en la parte alta. Eduardo estaba en la cama con su laptop. No quería hablarle a Estela, se había acostado tarde.

—Adelante —contestó al toque en la puerta.

Entró con una charola con tres rodajas de pan tostado con mantequilla, y

café.

—No voy a preguntar nada. Buenos días.

—Buenos días, anoche fui un poco grosera.

—¿Un poco? Bien, cuando vayas a ser muy grosera me avisas.

—Contestaron.

—Lo vi. No te quise molestar, pensé que estarías dormida. Anoche era tarde cuando andabas brujeando.

—¿Brujeando? Supongo quieres más pelea.

—Al menos nos veremos más casados.

Estela se detuvo mirando por la ventana.

—Un hermoso día. Uno que alguien no terminará.

—No te tortures. Eres inteligente, ubícate en el momento y lugar que te tocó vivir. Si no hubiésemos sido nosotros alguien más lo haría. Puedes tomarlo como un simple trabajo, para mí es un privilegio. Estamos hablando de salvar miles de vidas. De abrir los ojos a millones de personas en el mundo que creen que el tráfico de órganos y los centros de abastecimientos son una mentira.

—Seguirán siendo hermosos los días. Con o sin nosotros, con o sin ellos. No es sencillo disponer de la vida de alguien.

Eduardo dejó la computadora sobre la cama, se acercó por detrás. No la tocó. Solo observó el día a través de la misma ventana.

—Vamos, muchacha. Tenemos que comenzar la siguiente etapa.

El mensaje mostraba interés. Había sido rastreado, provenía del mismo sitio del que le llegaban a Joel.

—Tenemos que pensar seriamente. El pez está con el anzuelo en la boca, falta el tirón final para que el gancho quede amarrado entre los huesos. Ya investigaron y saben lo malvados que podemos llegar a ser.

Estela había memorizado el mensaje.

—“Señor y señora Márquez, esperen. Necesitamos algunos datos.” Era todo.

—Lo sé, simplemente lo sé. Confía en mí.

—¿Qué puedes contestar a esto? Es más bien un compás de espera.

—Nos están vigilando.

—¿Cómo sabes?

—¿Te pido una escoba nueva en la oficina?

—Bruja tu madre. Ya te he dicho que las mujeres somos más intuitivas.

No crees en eso.

—Sí creo. Me gusta que después de la intuición, se aporte alguna prueba al respecto.

—Hombre, dos neuronas.

Durante otras cuarenta y ocho horas no hubo nada. No desesperaban, leían sobre el tema, escuchaban noticieros, charlaban. La siguiente vez el contacto fue telefónico. Lo recibió Eduardo en su móvil.

—Diga.

Como impelido por un resorte se irguió enseguida e hizo una señal de silencio a Estela. Escuchó atentamente un par de minutos.

—Te lo dije, están aquí.

—Yo también te lo dije. ¿Dónde están?

—En Houston.

—Gracioso. A ver el número.

—Privado, lo siento.

—Era de esperarse. ¿Qué te dijeron?

—Me quieren ver. Llamaran después de mediodía.

—¿Tú solo?

—Ajá, fueron enfáticos en eso.

—Me da un poco de miedo.

—Es parte del juego.

—De acuerdo, es tu piel. Avísame al salir.

—Claro.

—Te pueden estar escuchando

—Me gusta el plan, ¿qué vamos a pedir?

—Debemos pedir el treinta por ciento. Les vamos a quitar la parte más peligrosa.

—Empecemos por ahí. Cuando tengamos algún rostro o huellas digitales, iremos avanzando hasta la meta.

—De acuerdo, habrá que ser adaptables al terreno que vayamos pisando.

—Bien. Preparen la comida, si me van a matar, que sea con el estómago lleno.

—Nadie va a matar a nadie. ¿Dónde será la cita?

—Prepárese. En quince minutos saldrá de su casa. Solo. Sin trucos, lo seguirán a usted y alguien vigilará su casa.

—Oiga, ¿de qué se trata? Queremos negociar no pelear con... —¡Click! Miró su aparato y lo puso sobre la mesa. Siguió comiendo.

—¿Qué te dijeron?

—Que me prepare a salir en quince minutos.

—¡Por favor, prepárate y deja de comer!

—¿Recuerdas lo de aprovechar el presupuesto? No podemos desperdiciar tan rica comida, aparte Esperanza lo consideraría una falta de cortesía, ¿no es así?

—El trabajo es primero.

Eduardo miró a ambas, tomó una servilleta y se limpió la boca. Subió las escaleras. En cinco minutos bajaba con un abrigo largo y una bufanda.

—Demasiada ropa, compañero.

—Quiero que desconfíen por eso. Será mi prueba, las de ellos no las conozco.

Puso el teléfono en la bolsa del abrigo y la cartera, cuidando de que ningún documento oficial se hubiera colado.

—Cuando me llamen vas a salir y me besarás para despedirme; estamos casados, las posibilidades de que nos estén vigilando son reales.

Asintió. Al minuto quince sonó el aparato, haciendo vibrar el abrigo.

—Dígame... de acuerdo.

Abrió la puerta y se volvió para abrazar a su esposa, quién le pasó los brazos por el cuello y lo besó en los labios. Eduardo ahora sí sonrió.

—¿Podemos repetir? Por si están viendo.

Estela lo empujó levemente; sonriendo caminó hasta el auto. Salió despacio por el camino desde la cochera hasta la calle, volteó a la izquierda. Siguió manejando con el celular a la mano, en la consola. En el siguiente semáforo tocó luz roja. La gente empezó a cruzar caminando delante de él. Un toque fuerte en el vidrio lateral derecho lo sobresaltó. Quitó el seguro eléctrico de la puerta. El hombre entró y se sentó sin decir una palabra.

Sintió pasos al frente, no se atrevió a levantar la mirada. Luego la puerta se abrió y cerró. Se apagó la luz. Ruido de motores, luego nada. Esperó un tiempo considerable, tanteando encontró el picaporte. Con extremo cuidado lo rodeó varias veces con las manos y comenzó a abrir la puerta. Entró la luz al cuarto y vio sus zapatos en el piso. Se vistió recogiendo todo y regresó por el pasillo de entrada caminando al paso. Salió al exterior, estaba solo su auto y la puerta abierta de la propiedad. Cuando llegaba recordó el abrigo. Estaba sobre una sala, había quedado una mancha limpia sobre esta al retirarlo, lo que anunciaba que estaría demasiado sucio para ponérselo. Lo tomó bajo el

brazo, salió y lo tiró en el asiento trasero del BMW. Arrancó y pronto encontró el camino a la ciudad. Hacia Houston Heights.

Intentó encender la radio y se dio cuenta de que estaba temblando. La calefacción iba a todo poder. El interrogatorio en esa sala fría, su cuerpo desnudo siendo revisado a conciencia por esa mujer y la posibilidad latente de ser ejecutado en el sitio surtían efecto.

TRES

A mitad de camino recuperaba la compostura. Apostaba su vida a que habían logrado poner la punta del pie en el primer escalón de la organización. Observó su teléfono a un lado y estuvo tentado de hablar con Estela. Cuando enfiló de la calle a la izquierda para comenzar a recorrer el sendero empedrado hasta la cochera la vio salir de la casa, con un abrigo largo gris y las manos en los bolsillos. Se bajó del auto y con el abrigo bajo el brazo se acercó; la besó en la boca para después entrar juntos. En el interior la primera conversación fue un dedo índice sobre la boca mientras la miraba a los ojos.

—Amor, ¿cómo te fue?

—¡Que susto, madre mía! Hay que tener mucha necesidad para meterse. Parece que en cualquier momento te van a descerrajar un disparo en la nuca; van a tener mucho cuidado, después nos darán una oportunidad. Saben más de nosotros que nosotros mismos; tienen una forma muy eficiente de acceder a los prontuarios de sus clientes.

—Maldición. A ver si nuestros antecedentes no dan por tierra con nuestra idea de un cambio de vida.

—Lo saben todo. Habrá que esperar. No tenemos experiencia. Estamos calificados para algo así, aprendí muchos detalles sobre seguridad.

—¿Cómo son?

—¿Puedes creer que, si tuviera que identificar a alguno, no habría modo? Los que me entrevistaron siempre tenían una luz a sus espaldas. Los demás, de cuellos altos, lentes oscuros grandes o bufandas cubriendo hasta la nariz.

—Guau. Cómo en las películas.

—Otra cosa me quedó bien clara, se me hizo el colmo de la desconfianza.

—¿Ahora qué te hicieron?

—Respecto a la revisión corporal, creo que vieron más de mi cuerpo que tú en estos años. La casa o granja donde estuvimos está abandonada. Un punto muerto y neutral para todos.

—¿De qué porcentaje de ganancia hablaron?

—Nunca llegamos a ese tema. Guiaron la conversación de tal forma, que supieron todo de nosotros, sin que ahora sepa cuál será el próximo paso a seguir.

—Tenemos problemas de dinero, Eduardo. ¿Qué pasará si no logramos entrar? Se ve duro, debe ser un negocio muy rentable.

—Me voy a bañar, me dejaron enfriar desnudo un buen rato.

—¿Desnudo?

—Buscaban micrófonos o algo así.

—¿Vieron el pequeño que traías al frente acaso?

—Estúpida, por ese te mueres cada noche.

—Ajá, solo si me acuerdo de estar con mi lupa.

Rieron mientras Esperanza los oía sentada en el sofá. Con una seña Eduardo le hizo una seña al abrigo.

—Esperanza, mi abrigo está lleno de tierra. Llévalo por favor a la lavandería en seco y lo dejas nuevo, es el único que me va quedando de verse. Gracias.

A detalle el abrigo fue revisado; sonriendo, la agente Summers le mostró un pequeño botón muy especial. Lo llevó a la lavandería y lo metió en ella con todo y abrigo.

Durante la espera habían logrado al fin mostrar al vecindario una pareja de casados. Esto duró una semana completa; cuando empezaban a sospechar que no lo habían logrado, al regresar del cine Esperanza los esperaba con una novedad.

—Esto lo dejaron en mano propia, hace una hora y media.

—¿De qué se trata?

—Ábralo, es la única forma de saberlo.

Lo vio a trasluz primero, luego lo sacudió un poco. Adentro había una foto. Eduardo no pudo evitar estremecerse. Era un corazón. Estela ahogó un grito y puso sus manos en la boca. Abrazó a su compañero que permaneció impassible.

—¿Qué quieren decir?

—No lo sé. ¿Un mensaje de bienvenida acaso?

—Por Dios, no digas eso. Me recuerda el de...

—Lo mismo pensé. No es el lugar, ni la pieza seguramente. Tranquila.

Otra mañana fría de invierno. Desayunaron y Eduardo recibió una llamada del doctor Parker.

—Doctor, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Puede venir a mi consultorio por favor, con la doctora?

—Claro, dígame la hora.

—Ahora. ¿Es posible?

—Vamos para allá.

El BMW salió haciendo crujir los neumáticos sobre las piedras; en poco más de quince minutos estacionaban en el hospital. El doctor los esperaba.

—Necesito un donador.

Estela miró a Eduardo.

—¿Para quién es y qué necesita?

—Necesito un riñón. Un adulto de cuarenta años.

—¿No es más fácil de conseguir que un corazón?

—A veces. Quien les vendió a ustedes y a los Burner, sigue vendiendo. Es el rumor en la comunidad científica.

—No encuentro la sincronía en esto.

—Doctora, un riñón puede esperar dos días antes de ser trasplantado. Si un enfermo recibe un corazón, en alguna parte quedan dos riñones de deshecho, quiero uno. Se oye terrible, me concierne en lo particular. ¿Siguen teniendo el contacto?

—No lo sabemos. Usted puede darnos una llave para ver si es así. Aunque se me eriza la piel de saber lo que podemos hacer.

—A mí también. Eso no detiene nada. Es un comercio floreciente.

Eduardo se involucró en la charla profesional.

—¿Cuánto tiempo puede esperar su paciente, doctor?

—Una semana, tal vez dos.

—¿Está seguro de que un riñón arregla su problema?

—Cuando uno determina enfermedad renal terminal hay que cambiar de riñón. En este caso, como en la mayoría en Estados Unidos, el daño fue causado por diabetes.

—Bien, ¿los exámenes al donante?

—Las cuarenta y ocho horas, menos las del transporte, nos dan oportunidad de hacerlo.

—Ahora entiendo la importancia de las horas que da el riñón, cosa que con el corazón no tenemos.

—Un paciente esperando un riñón se mantiene gracias a diálisis. Eso nos da tiempo de cambiar fechas, hora de operación.

—¿Si es rechazado o no es compatible?

—Lo ideal es tener un receptor alterno, muchas veces sin que este lo sepa, para no generar falsas expectativas. Si todo funciona en seis meses se podrá dar de alta, mientras tanto es importante estar cerca de su médico y hacer exámenes de sangre cada mes.

—¿Qué sucede con el donante vivo?

Antes de contestarle, el doctor fijó sus ojos en los de la doctora Stevens.

—Ambos pueden vivir bien, si no es rechazado el órgano, cosa que sucede cada vez menos con la medicina moderna.

—¿Cuándo lo necesita realmente? —Estela medió en la charla.

—Una semana sería ideal.

—Supongo tiene usted un interés personal.

—Tanto que es posible que no reporte la llegada del órgano ante las autoridades.

Eduardo y Estela se pusieron de pie.

—Doctor, a partir de este momento nos movemos en su caso. Le mantenemos informado.

“Paciente solicita riñón. Adulto. Urgente”

—Me siento como si empezara a trabajar en una empresa, antes de firmar el contrato.

—Al menos demostramos interés y proyectos viables.

—¿Quién crees sea el paciente del doctor? Arriesga mucho.

—No lo sé. Alguien a quien aprecia seguramente. Un hermano, quien sabe.

A mediodía fueron a comer hamburguesas en un Big Mac. Al terminar salieron del lugar y fueron al auto. Eduardo tomó a Estela del brazo antes de subir y la alejó del coche.

—¿Qué sucede?

Señaló el parabrisas donde un sobre blanco estaba atrapado entre este y el accesorio limpiador. Lo tomó con cuidado. Otra foto. Un riñón esta vez. Se dirigieron a casa. La preocupación de Eduardo era la tremenda capacidad de acercarse. Si eso era ante personas preparadas, para el público serían auténticos fantasmas. Llegaron, no con la sospecha de que podían ser seguidos, sino con la seguridad de que nunca los habían perdido de vista. Dejaron el auto en la cochera e ingresaron a la casa. Estela suspiró largamente.

—Por Dios, Eduardo. Somos sus conejillos de Indias.

—Palabras tan sabias como exactas, compañera.

—¿Qué haremos?

—En éste preciso momento solo tenemos dos opciones. Seguimos o nos salimos, después de esto no habrá vuelta atrás.

—Tienen mensaje en la computadora —anunció Esperanza.

—“Listo. Doscientos mil euros”

Sin pensarlo un instante contestó.

—“¿Cuánto será nuestro porcentaje?”

Estela puso las manos en la cabeza y enredó su cabello.

—¡Que agresivo!

—Ahora o nunca.

Se alejaron sabiendo que durante horas esa pregunta no tendría respuesta. Las noticias hablaban de un mundo loco, donde el principal problema era el exceso de gente, el poco respeto a la naturaleza y la lucha por los recursos naturales.

—Tonterías —pensó— pronto sabrán lo que son verdaderos problemas entre seres humanos.

Decidieron ir a cenar a un restaurante al otro lado de la ciudad. Bailaron, cenaron, rieron. Mostraron ser una pareja unida, relajada. A medianoche salieron del lugar. A mitad de camino sonó el teléfono de Eduardo.

—¿Sí?

—Podemos tener su pedido en cuatro días.

—Gracias. ¿Están detrás o delante de nosotros?

Tras unos segundos de silencio contestaron.

—Detrás.

—Gracias. ¿Se paga como de costumbre?

—Así es. Ya sabe el camino.

—¿Qué hay del porcentaje?

—Veinte por ciento.

—Treinta. Tendremos el cliente, el riesgo y nos sabemos mover.

Nuevamente el silencio.

—Veinticinco. Última oferta. Después de pagado y entregado el pedido.

—Después de pagado, si no se entrega tendrán el dinero.

—De acuerdo. Cuatro días.

Con un costo de más de tres millones de dólares, en servicio desde 1973, los aviones Learjet Modelo 35, son una serie de aviones ejecutivos de propósito múltiple, fabricados por Learjet, en los Estados Unidos. El piloto había cruzado sobre el golfo de México e ingresaba al territorio estadounidense. La bitácora de vuelo incluía el consentimiento para entrar a los cielos abiertos de ese país. Traía una carga preciosa. Dos riñones y un

corazón. Había partido de Bogotá hacía poco más de seis horas. Érica Lazcano, doctora cirujana, estaba sentada en el cómodo asiento de la aeronave junto a su asistente, un enfermero bien entrenado; Gabriel había dejado al paciente en manos de la doctora. Con el cuerpo dentro de una especie de canoa de acero inoxidable ella había hecho el resto. Primero abrió el pecho del paciente, quitó el corazón y lo entregó al asistente, que lo puso en un contenedor a ocho grados en una solución alta en potasio. Ayudaría a mantener el órgano sano, durante las dos horas que faltaban para llegar. Con el paciente muerto había quitado los riñones, que pusieron en otros contenedores, en una solución de alta salinidad, que lo mantendría en buenas condiciones por cuarenta y ocho horas. El Learjet aterrizaba una hora después, en el aeropuerto George Bush.

Esa mañana lo despertó temprano el llamado del doctor Parker.

—Señor Márquez, no pude esperar más para agradecerle.

Medio adormilado, viendo las siete con quince minutos en su reloj, le contestó.

—¿Sucedió algo?

—La mercancía ha sido entregada. Personalmente fui a buscarla al aeropuerto. Por cierto, si se da la vuelta en la tarde puedo haber visto algo interesante.

Asintió en un murmullo. Quería seguir durmiendo, esa maldita inactividad lo había hecho perezoso, su reloj biológico lo despertaba a las ocho. No se volvería a dormir, así que decidió hacer ejercicio para después desayunar con Estela.

—“Un nuevo muerto a nuestro cargo y un nuevo cargo a nuestra cuenta. Fácil. Ahora estamos en el fango hasta el cuello. ¿Qué más podrá aportar nuestro doctor a la investigación?”

Comieron en la casa. El ánimo de su compañera no era el mejor después de recibir la noticia. Pasada apenas las tres de la tarde entraron al consultorio del doctor Parker. Los saludó con una amplia sonrisa.

—Señores, excelente trabajo. Mi paciente ha recibido su riñón y esperamos que en seis meses su vida recobre la relativa tranquilidad de vivir normalmente.

—¿Me dijo que tenía algo que nos podía servir o fue algo que escuché medio dormido?

El doctor se puso de pie y sacó un costoso aparato celular. Buscó algo durante unos momentos, luego se los pasó. En la pantalla se veía un avión

con la escalerilla lateral en el suelo y dos personas bajando una caja pequeña por ella.

—¿Cómo sacó esta foto?

—Bueno, alguien se descuidó. Una segunda caja partió antes que la nuestra, en otra ambulancia. Fue tratada con mayor cuidado y más celeridad.

—¿Eso que puede significar?

—Doctora, lo que usted está pensando. En la otra iba el corazón.

—¿Podemos investigar de alguna forma si hubo una recepción de corazón la noche anterior en algún hospital de la ciudad?

El doctor Parker se acarició su barbilla.

—Este tipo de información suele ser confidencial. Prometo tratar de saber quién lo recibió, o al menos que doctor estuvo a cargo de una operación exitosa de corazón, algo que los doctores solemos presumir.

—Bien. Ahora envíeme esa foto a mi correo por favor.

En segundos la foto estaba en el aparato de Eduardo. Estela prosiguió.

—¿En qué estado se encontraba el riñón recibido?

—Calculamos dos horas después de ser extirpado.

—¿El donador estaba muerto? ¿Hay manera de saber eso?

—Bueno señor Márquez. Eso pudo haber sucedido, si no fuese por la posibilidad de que en el otro recipiente fuera su corazón. Aunque fuera otro órgano, el donador está muerto.

Los tres guardaron unos minutos de silencio. Estaban en una ciudad conocida a nivel mundial como la más importante en cuanto a centros médicos especializados en cirugías de trasplante. En poco más de tres meses habían sido testigos de tres muertes, para dar vida a tres posibles receptores. Cuando Estela multiplicó las posibilidades en su mente y pensó en otros países ricos como Canadá, Alemania, Francia y algunos de Asia como China y Japón, su corazón se estrujó.

—Es una cifra espeluznante, Eduardo. Pueden ser docenas por mes, ¿has pensado en ello?

Él se paró saludando al galeno y sin decir palabra salió del consultorio. Parado frente a la puerta del elevador la tomó por los hombros.

—Si esto es como se ve, la red es inmensa. ¿Viste el avión usado para transportar el órgano? Es un Learjet de más de tres millones de dólares, ahora hay que averiguar si pagaron cinco mil por hora de renta, cosa que dudo, o es parte de su “sistema de entrega a tiempo”. Por cierto, quiero ver si pagaron lo que pedimos o agregaron el resto.

Entraron al elevador en silencio. Iban acompañados por dos enfermeras. Ya en el automóvil, Estela volvió al tema. Ahora tenían que cobrar.

—¿Dónde van a depositar nuestra comisión?

—Tengo una cuenta para ello. En México.

—¿México? ¿Por qué ahí?

—El nivel de corrupción lo convierte en un paraíso fiscal.

—¿Cuándo lo harán?

—Al llegar les daré las gracias, que tengo una cuenta para ello y esperaremos. Dejaré entrever que tenemos posibles candidatos a mediano plazo, si cumplen.

—Lo pueden tomar como un chantaje para recibir su pago.

—No lo creo. A esta hora deben confiar en nosotros, al menos lo suficiente para pagarnos. No aceleremos las cosas, estamos en sus manos.

—Estoy fastidiada.

—Se puede decir que acabamos de poner los cimientos de una casa, ¿te imaginas lo que sigue?

—Sí, un baño de sangre inocente.

—Que se dará con o sin nuestra intervención.

—Siempre parece tener las palabras adecuadas.

—A mí tampoco me gusta esto.

—Soy demasiado sensible tal vez.

—Puede ser, eres una mujer y alguien que juró cuidar y curar personas, no matarlas.

—Eso dolió.

—Lo siento.

En la casa, tomaron un cereal con leche y pasaron a sus cuartos. No supo qué hora era, sintió que tocaban su puerta y se levantó a abrir. La vio llorando y le abrió, cerrando detrás de ella. Durmieron juntos, abrazados.

El mensaje anunciaba el pago de su “comisión”.

—Debemos retirar este dinero de inmediato, al menos una buena parte.

—¿Cuál es la prisa?

—Nos suponen desesperados por deudas, si no lo sacamos podemos crear un espacio de duda razonable.

—Cierto, estoy lenta.

Estaban en pijamas con sus cafés sobre la mesa del comedor y la laptop de Eduardo sobre ella. Agradeció el pago y cerró la pantalla. Solo habían pagado su pedido inicial.

Esperanza les dijo que desde un auto oscuro habían estado sacando fotos muy temprano.

—¿Cómo sabes?

Les mostró un par de prismáticos Zwaroski, de quince aumentos.

—Desde el piso de arriba escondida tras la cortina gruesa del cuarto, no me vieron.

—¿Pudiste ver cuántos eran?

—El fotógrafo estaba en el lado del copiloto por la posición del auto, así que al menos dos eran. Lentes oscuros, de bigotes, camisa blanca, saco oscuro. Hombre, cabello muy corto y entradas pronunciadas.

Esperanza demostraba porque el departamento la había asignado. Podían estar trabajando de esa manera por siempre, ellos sabiendo donde se encontraban sus “comisionistas” y la pareja sin tener idea de quiénes eran. Por el momento la sartén por el mango la tenía la mafia. Debían trabajar para ganarse la confianza.

—Debemos pensar en algo que nos ayude a contactarlos. ¿No hay nada en tus neuronas?

—No estoy seguro de que funcionen. Me siento atrapado en una red sin ver que la sostiene. Me molesta eso. El plan era un acercamiento, tener alguien a quién seguir, un nombre. Una punta de hilo de una madeja que cada vez es más grande.

Estela estiró el brazo sobre la mesa. Tomó el teléfono de su compañero.

—¿Habrá manera de saber quiénes son los de la foto del aeropuerto?

—Bueno, la calidad de mi aparato no tiene nada que ver con el del doctor, si la podemos bajar a la pantalla de la computadora podríamos ver algo.

—De acuerdo.

Subió a su cuarto y bajó con un cable USB. Lo conectó a la máquina y al teléfono. En pocos segundos la foto estaba en imágenes. La agrandó lo más que pudo, los pixeles eran pocos para exagerar. Aun así, se lograba una buena nitidez en una de ellas, aunque la luz dejaba mucho que desear.

—Haremos algo que nos prohibieron, Estela.

—¿Usaremos el FBI y su tecnología?

—Sería demasiado evidente. Prefiero mandarla a Francia.

—¿Interpol? ¿Confías más en ellos?

—Están demasiado lejos para que puedan asociarnos.

—Puede ser.

Minutos después la foto y un corto mensaje, estaba en el celular de un

molesto Wilson Noble, director de la IPCO. Supuso que no tenían alternativa.

“Érica Lazcano Mejía, médica cirujana de cuarenta y tres años, nacida en Lima, Perú. Relacionada con actividades de las FARC desde hace más de diez años. Sin domicilio conocido. Buscada por la Policía de Colombia.”

—¿Es todo?

—Lo siento, Estela. Seguimos igual.

—¿Y el hombre?

—De noche le favoreció el color de su piel.

Estela estaba descorazonada. Tenían un nombre, sin dirección, sin familia.

—Nos confiamos, Eduardo, nos vimos verdes. Me alegra que nuestro jefe no sepa que hacemos.

Él pensaba. No era de los que se rendían. Le gustaba que las cosas salieran bien, cuando no era así trataba de filtrar algo a su favor. Estela pensaba que se habían visto novatos, es muy probable que ellos pensarán igual.

—“Muéstrate siempre estúpido. A los estúpidos se les puede ayudar. Se les presta, no se les pide. A los estúpidos no se les da trabajo, no lo sabrían hacer. Por eso para ser feliz, hay que mostrarse como un perfecto estúpido.”

Sonrió al pensar que quizás habían abusado del término. Se habían expuesto mucho, eso los había puesto en bandeja de plata para lo que fuera, incluyendo una investigación federal.

—“Eso es —sonrió— lo tengo”.

Encendió la computadora y fue a tomar algo de agua mientras el aparato se ponía a sus órdenes cargando programas. Cuando estuvo lista se sentó y empezó a escribir.

—“Lo sentimos mucho. Se aborta proyecto. Personas sospechosas cerca de casa, podrían ser federales. Nos comunicamos más adelante.”

Apretó la tecla de “enviar”; supo que había tirado una moneda al aire. No apostó a cara o cruz, apostó a que ese día se había levantado con suerte. Estela apareció recién bañada.

—¿Qué, traigo monos en los hombros?

—No, no realmente. Necesito alguna salida nocturna de esposo infiel.

—Estamos en una operación para salvar miles de vidas, ¿y te pones a pensar en montarte arriba de una cualquiera porque te excita verme recién bañada?

—Guau, tú si sabes aplicar psicología. Sí, creo que mi esposa dio en el clavo esta vez. Uno es hombre, tiene ciertas atenciones que brindar al cuerpo. ¿Entiendes eso?

—No. Yo tengo mis prioridades ordenadas en forma diferente.

—Ajá. ¿Te gustan los hombres o eres lesbiana?

—¿Si lo fuera?

—No estoy en contra. Para dejar claro que no tengo esperanza alguna contigo.

—¿Has pensado en mí de esa forma alguna vez?

—Desde el día que te conocí. Mis esperanzas subieron al noventa por ciento el día que, asustada, te dormiste en mi cama. Ya sabemos que ganó el diez.

Estela sacudió su cabeza negativamente y se alejó arrastrando en el piso el cinturón de tela de su pijama. Eduardo volvió al aparato. Nada. Se preparó un café mientras Esperanza hacía ruidos arriba arreglando cuartos. De pronto bajó corriendo las escaleras.

—¿Qué pasa?

—En la esquina norte acaba de pararse el auto con el hombre alto.

Se acercó detrás de la pared y descorrió la cortina. El auto estaba donde ella decía. Estuvo un par de minutos y se movió. Seguían vigilando. ¿O sabían del correo enviado minutos antes? Estela bajó enfundada ahora en unos vaqueros desteñidos y una camisa de franela a cuadros, que le daban un aire de muchacha campirana. Se detuvo al final de la escalera cuando lo vio pegado a la pared, sosteniendo la cortina apenas con sus dedos. El tiempo pasó, el auto no regresó.

—Siguen ahí, sin dar la cara.

—¿Qué quieren? ¿Si nos hacemos los enojados porque nos espían? ¿Qué puede pasar?

Podemos alegar que pensamos que eran policías; tendríamos una cara que buscar, les podemos sacar fotos con los teléfonos.

Eduardo la tomó del brazo y la acercó a su computadora. Le mostró el mensaje enviado minutos antes. Ella sonrió.

—¿Telepatía? Bajé a decirte una idea muy parecida. Te me habías adelantado.

—Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá hacia la montaña.

—¿Funcionará?

—Tal vez sí, tal vez no. Si no lo intentamos sabemos que pasará.

—De acuerdo, me gusta tu estilo.

—Bien, al menos no te disgusto completamente.

—Nunca dije eso.

—Gracias.

Ella cubrió su rostro con una mano, había caído en su trampa verbal.

Exactamente a las doce de la noche entró una llamada al celular. Estaba despierto con la luz apagada. Mirando el techo oscuro de la habitación con las piernas extendidas, cruzadas una sobre la otra y las manos debajo de la nuca. La luz de la pantalla lo guio hasta él y lo tomó. “Privado”.

—¿A qué tiene miedo, señor Márquez? —La pregunta lo sorprendió.

—Podría decirse señor como se llame, que uno se pone nervioso cuando autos oscuros con gente que saca fotos empiezan a dar vueltas.

—¿Desde cuándo existe esa situación?

—No lo sé, ayer y hoy lo han hecho. ¿Usted está a cargo de eso acaso?

Hubo un murmullo.

—Señor Márquez. No tiene que temer, solo nos gusta saber dónde viven nuestros empleados.

Ahora sí asimiló el golpe. Tragó saliva.

—¿Empleado? No voy a seguir hablando con usted, amigo.

Una risa ahogada al otro lado.

—Prepárese para mañana. Vamos a ir a dar un paseo. Con su esposa.

—Espere, espere. No voy a llevar a mi esposa, quien sabe con quién, sin saber adónde y con qué intenciones. Deme más información.

—Pensé que era un hombre que quería ganar dinero. Detrás de todo buen dinero, señor, suele haber riesgos. No tenga miedo, sus credenciales han sido corroboradas.

Se quedó a oscuras viendo el aparato. Entonces la puerta se abrió. La cara de Estela se dibujó entre el marco y la puerta con la luz del pasillo detrás, lo que impedía ver sus facciones.

—¿Qué sucede?

—Pasa y enciende la luz.

—Oí voces, perdón —dijo ella encendiéndola.

—Oíste bien, mañana tenemos una cita.

—¿Con quién? ¿A qué hora?

—No lo sé, maldita sea, no lo sé. En eso quedaron, nuestras credenciales han sido aceptadas.

Estela se sentó en la orilla de la cama. El pijama verde oscuro resaltaba su

piel blanca. El cabello brillaba, despeinado. Eduardo estaba acodado con el celular en su estómago. La noche estaba fresca. Después de un momento de silencio ella le preguntó.

—¿Tienes miedo?

—Por supuesto.

—¿Alguna idea?

—No. Esperar y adaptarnos al momento.

—¿No crees que deberíamos avisar a Minsk?

—Ni siquiera podemos llamar para decirle de la cita. Es una respuesta a mi correo, a mi miedo a seguir operando rodeado de espías, sacando fotos en mi casa.

—A dormir.

—Si no puedes podemos acortar la noche.

Estela lo miró de reojo.

—Lo sé. Creo que voy a poder, de lo contrario te hablaré y acudes a mi llamado.

—Ajá. Esperaré con el oído agudo.

Antes de salir apagó la luz.

—Supongo estuviste esperándome bello durmiente —reía Estela a la vez que abría las cortinas para que entrara a raudales la luz de la mañana.

El tapó sus ojos con la almohada y se desperezó ruidosamente.

—Pareces un gato saliendo de su modorra.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las diez, te dejamos dormir suficiente.

—A las cinco de la mañana aun no lo lograba.

—Así has de tener la conciencia.

—¿Conciencia? Estaba esperando tu llamada.

Ella tomó la cobija y se la arrancó de un golpe.

—Vamos, esa gente puede llamar en cualquier momento.

—Me baño y bajo a desayunar, ¿me esperas?

—Abajo en la mesa.

—Claro. Es tarde para otra cosa, pueden llamar en cualquier momento.

—Aprovecha la ducha para calmar tus ímpetus de macho.

—Mis últimas manualidades fueron en la secundaria.

—Marrano.

Salió cerrando la puerta, dejando en su retina la preciosa imagen de esas nalgas redondas enfundadas en un pantalón vaquero. Cuando bajó a la sala

olía a café. El aroma del pan tostado con mermelada de durazno invadió las fosas nasales. Se sentó frente a ella, que ojeaba un periódico.

—¿Algo importante?

—Después de ver el fangal en que nos estamos metiendo, todas estas noticias me parecen juego de niños.

—No te quieras poner de Robin Hood. Hay quienes niegan el tráfico de blancas, no creen que haya esclavos en la tierra, así que no puedes pretender que crean algo tan atroz. El ser humano es capaz de ser tan cruel, que sorprende incluso a otros seres humanos.

—¿Cómo puede esconderse tanta maldad?

—Supón que te digo: Estela, quiero que pongas un elefante en la Main sin que nadie lo vea, ¿cómo lo harías?

Lo miró desconcertada.

—¿Un elefante en la calle principal? No habría forma de que alguien no lo viese.

—Sí la hay, jovencita, si la hay. Lo rodeas de cientos de elefantes.

—Gracioso.

—Entre tanta maldad desatada en el mundo podemos empezar a creer que la gente está harta de eso, se refugia en no ver. En no leer noticias, no porque puedan o no existir, saben que están ahí, no las quieren en sus vidas.

Estela acabó de poner mermelada a una rodaja de pan tostado.

—A veces eres ingenioso.

—Gracias. Viniendo de ti, parece un cumplido.

Esperanza apareció con más pan y la jarra del café.

Rellenó ambas tazas y sonrió.

—Desde temprano tenemos visitas en la parte trasera del parque.

—Gracias. ¿El mismo auto?

—Mismo vigilante, de lentes con entradas.

Eduardo levantó su taza e invitó a brindar con ella a su compañera.

—Por nuestros amigos.

Vio a Eduardo ponerse de pie y salir a pasos largos por la puerta trasera. Se puso al lado de la ventana que daba a la cochera viéndolo avanzar decidido hacia el auto, a sesenta metros. Cuando había avanzado unos veinte el auto dio vuelta en “U” y desapareció.

—¿Qué fue eso? —interpeló al abrirle la puerta para entrar nuevamente.

—Anoche preguntaron a qué le tenía miedo. Ya saben a qué no.

—Cuando sea grande quiero ser como tú.

Eduardo regresó, la tomó por los hombros y le dio un beso rápido en la boca.

—¿Y eso qué fue?

—Se llama beso, ¿nunca te habían dado uno? —contestó en medio de la risa de Esperanza.

—Grosero.

Terminaron de desayunar, Eduardo encendió la laptop.

—¡Al fin, tarados!

—¿Qué pusieron?

—Hoy a las tres de la tarde, en el Eastwood Park, Harrisburg al 5000.

—En el finísimo barrio mexicano de Magnolias, ¿no?

—Así es, es de día, de noche sería peligroso hasta para ellos.

Estaban a más de media hora del lugar, sin tráfico. Así que planearon salir con tiempo. Comieron en un Jack in the Box, por la Telephone Road. Estaban a escasas cuadras del sitio de la cita. Faltando diez minutos para las tres, subieron al BMW. Estela se persignó.

—¿Eres creyente?

—Ahora sí.

CUATRO

El auto rodaba por la Harrisburg. Un autobús blanco de transporte local se estacionó para recoger pasaje. Al avanzar, un sujeto se levantó de una banca y se atravesó al paso lento del auto. Se acercó a la ventanilla de Estela, esta miró a Eduardo. El tipo estaba bien vestido, gabardina negra, pantalón oscuro, zapatos brillantes. Lentes oscuros y entradas notables en su frente.

—Bájale el vidrio.

—¿Señor y señora Márquez?

—Después de tanto espiarnos, debería ser suficiente con vernos, ¿no?

—Abra la puerta de atrás por favor.

Eduardo apretó el botón del seguro y el hombre subió. Otro auto oscuro se detuvo detrás.

—Adelante, nos seguirán.

—¿Quién es usted?

—El guía turístico de la zona. Siga derecho rumbo al aeropuerto.

Tomaron al norte, el aeropuerto estaba a treinta y siete kilómetros, entre la interestatal 45 y la U.S. Highway 59. Unos diez kilómetros antes el sujeto los hizo orillarse.

—Aquí detenga el auto y usted baje, señora, por favor. Usted también. Pasen al otro.

Se miraron un momento. Eduardo se detuvo, quitó su cinturón de seguridad y bajó, dejando el auto en marcha con la transmisión bloqueada. Caminaron al otro vehículo y les abrieron las puertas traseras.

—En las bolsas detrás de nuestros asientos hay dos capuchas. Por favor.

Temerosos, se las pusieron. Después sintieron como la mujer se daba vuelta en su asiento y tiraba de las jaretas, ajustando las bocas a sus cuellos. Estela no pudo evitar un pequeño grito. Poco tiempo después llegaron. Al apagarse el motor, se dieron cuenta de que el BMW se estacionaba a su lado. Amablemente, les pidieron.

—Señores, no intenten quitarse la máscara. Los guiaremos.

Se abrieron entonces las puertas y un par de brazos sujetó a cada uno para ayudarlos a bajar y guiarlos por unas escaleras de seis escalones. Luego de un pasillo largo, ingresaron a una casa. Los sentaron en cómodos sillones.

—¿Cómo estás?

—Asustada.

—Está bien, están siendo precavidos.

—Claro.

Los pasos eran lentos, pausados. Las maderas del piso se quejaron cuando ingresó al lugar. Se oyó una silla que se arrastraba y el peso al aplastar el mueble. Sintió el tirón al cordón de la jareta, la capucha se aflojó.

—Señores. Han pasado varias semanas desde que tuvimos un primer contacto. Han sido escrutados por la seguridad de la organización.

La voz del hombre era melodiosa.

—No son las primeras personas que pretenden unirse a nosotros, estamos conscientes de que no podemos crecer si no dejamos que quienes crean en nuestro proyecto se acerquen; de los tres primeros acercamientos dos terminaron siendo donadores. Algunos piensan que somos bárbaros. Cosa que vista desde la cómoda civilización occidental puede ser verdad. La humanidad es parecida a la naturaleza animal del planeta. Los más capaces devoran a los débiles. La sangre fuerte prevalece. Si tenemos una raza fuerte, debemos ser capaces de mantenerla, alimentarla de otras menos favorecidas.

Eduardo pensó en la primera cosa grotesca de la tarde. ¿Una sangre más débil ayudando a una más fuerte? ¿Un error genético no era muestra de debilidad de raza?

—Pensamos que el ser humano es un ente cerebral que vive en un cuerpo animal. Que todas las partes responden al cerebro, todo lo demás puede ser mejorado, cambiado o trasplantado.

La respuesta a su primer cuestionamiento había llegado muy pronto.

—Ustedes han prometido cosas que han cumplido. Por eso están aquí. Queremos saber sus verdaderas intenciones. De lo contrario pasarán de forma inmediata a ser donadores, sin haber visto siquiera los rostros de sus socios. ¿Están listos para una serie de preguntas y respuestas?

Sacudieron la cabeza afirmativamente. El piso crujió. Un escalofrío recorrió la espalda de Estela. La capucha la mantenía muy nerviosa.

—Doctora Stevens. Doctora en cirugía general con un par de intentos fallidos de convertirse en cardióloga. En al menos dos ocasiones, al menos esas dos le comprobaron, vendió un par de riñones de pacientes muertos sin autorización. El resultado, inhabilitada para ejercer. ¿Cierto?

Ella asintió.

—Casada desde hace casi diez años con Eduardo Márquez. Un tipo que se dedica a vender propiedades. Procesado y condenado por fraude en una

ocasión, aunque otro par de casos están pendientes. Al parecer gusta de pedir cantidades de dinero de adelanto que desaparece sin dejar rastro. Todo un defraudador con terrenos ajenos.

—Se hace lo que se puede, señor.

—Por alguna razón, después de salvar la vida de su hijo, al que por cierto no han visitado últimamente, pretenden ayudar a personas con problemas similares.

Eduardo pensaba en una excusa para no haber ido en días a ver a su hijo.

—Bueno, la idea es hacernos más bien de un modo de vida lucrativo. Después de que la gente nos investiga se nos cierran todas las puertas.

Una leve risa a su lado lo hizo sonreír debajo de la capucha.

—Señor mío. Aparte de ser un par de malos padres, son un par de peores mentirosos.

Sintió correr sudor por la espalda.

—¡Ustedes no tienen hijos siquiera!

Apretó los labios en la oscuridad de la tela. Agradecía que tuvieran puestas las capuchas, no le gustaba ver como los mataban.

—Pensamos que eran policías encubiertos. Tras vigilarlos durante un mes supimos que ninguna dependencia podía tener gente tan incompetente. Nos dimos a la tarea de imaginar cual había sido su plan para engañarnos con un niño que no era de ustedes, para recibir un corazón. Creo que la señora Márquez me debe una respuesta.

Durante algunos segundos Eduardo intentó recordar algún rezo.

—Señor, soy una doctora calificada de una buena escuela de medicina y con el deseo ferviente de ayudar a los seres humanos, eso me motivó siempre para ser buena en mi trabajo. El no haber podido soportar ver morir a alguien cuando tenía la solución en mis manos me tiene desocupada y frustrada. Desde que supimos el caso de los Burner le dije a mi esposo que eso debía hacerse. Por eso inventamos esto. Fuimos muy estúpidos, no se nos ocurrió nada mejor, es la verdad.

—¿De quién era el niño que recibió el corazón?

Ahora Eduardo se adelantó, admirando la frialdad de la respuesta de Estela.

—No lo sabemos, señor.

—¿Perdón?

—No lo sabemos, recibimos algo de dinero de un paciente del doctor Parker para conseguirlo. Fue nuestra primera venta.

El sujeto caminaba en el cuarto. Después de cinco minutos de esa silenciosa tortura alguien levantó de una vez la capucha de Estela, que le provocó un grito que hizo saltar a Eduardo en su silla; antes de que pudiese asustarse más la suya lo abandonó. Frunció el ceño ante el golpe de luz y miró a su derecha donde estaba su compañera con las manos sobre el rostro. Una figura estaba al frente, bajo y grueso, demasiado para su altura. Detrás, quien les había quitado las telas de la cabeza. Pronto empezó a ver claramente. El tipo era de cara regordeta, la nariz afilada y los ojos casi cerrados por unos párpados abultados. Su cabeza tenía peinados entrecruzados, unos ralos pelos que intentaban cubrir la piel. El traje parecía a punto de reventar a pesar de estar desprendido del frente. Estela lo miró y sonrió nerviosa. Había pasado la prueba más dura y lo había hecho muy bien. Le estiró la mano y la tocó en un muslo, ella tomó la suya, la apretó con fuerza.

—Bien, tortolitos. Podemos hablar de negocios. Armida, pasa al frente por favor.

La mujer se pasó al frente y sonrió. Eduardo no recordaba haber visto una mujer tan fea.

—“Por favor, esta debe tener fecha de captura.”

La mujer se inclinó levemente. El hombre continuó.

—Yo soy Carlos Dos. Dos es un número dentro de la organización. Al menos en lo que se refiere a seguridad en Estados Unidos. La razón por la que estoy ahora en Houston se llama Márquez, Eduardo y Estela Márquez. Espero por el bien de todos que el viaje valga la pena. Porque tenemos demasiadas actividades como para encontrarnos con farsantes o policías. Un par de corazones de buenos y valientes oficiales de la ley de un país sudamericano viven en el pecho de sus muy aborrecidos vecinos del norte. Si tienen alguna idea tonta en la cabeza sepan al menos que cuando matamos a alguien nunca es definitivo.

Estela sonreía. Había recuperado el dominio de la situación.

—Señor. Lo que ustedes hacen algún día será legal. Nacerán personas que desde ese momento serán mantenidas en comas inducidos para que crezcan cómo refacciones de humanos.

El hombre caminó algunos pasos, se detuvo frente a ella.

—Doctora, tal vez usted tenga ideas nuevas que aportar. Podremos llevarla quizá a la sección científica.

Estela volvió a sonreír satisfecha. Eduardo apretó su mano, el gesto era

genuino. La mujer pasó caminando a su lado y abandonó el cuarto. Volvió en pocos minutos. Entregó algo al doctor.

—Vamos a hablar de negocios. Esta pequeña grabadora me permitirá analizar la conversación; disculpen tanto requisito y desconfianza, si quieren hacerse ricos deberán ganarse su lugar. Yo me voy esta noche, mi personal local los atenderá. Si en mi análisis de la charla o si mi personal descubre alguna pequeña fisura en sus palabras, morirán.

Apretó un botón, una luz roja apareció en su palma.

—Acordamos que ustedes nos proveerían de receptores a cambio de un veinticinco por ciento del bruto de la operación.

Asintieron.

—No hay mucho que hablar. Tienen un canal para llegar a los receptores.

—Así es, un doctor amigo en un hospital local.

—Por supuesto, Parker. El doctor y otros a nivel local han recibido órganos para sus pacientes sin preguntar de dónde vienen. Porque ellos solamente reciben el órgano y lo instalan. Ustedes se encargarán de la logística de recepción, entrega y de que los federales no se enteren. Los pacientes que atienden estos doctores saben de dónde vienen sus órganos, al menos saben que son del mercado negro, ni idea de que tan negro puede ser el mercado. Si alguien habla de más con la persona equivocada será donador.

—¿Quiere decir que ya hay una red de doctores que trabajan con ustedes y reciben órganos del mercado negro?

—No, si bien es verdad que reciben esas unidades sin hacer preguntas, no saben de dónde vienen, quién se los trae o cosas así. Ellos piensan que después de tener el órgano perderlo por cuestiones legales no es ético. Una forma bastante hipócrita, la verdad sea dicha, de calmar su consciencia después de ganarse varias decenas de miles de dólares con la operación. Deben estar en la lista de receptores que ustedes deben tener disponible siempre. Graben conversaciones con ellos, hasta video si pueden, por si alguno después decide hacerse víctima.

—¿Si no se detienen?

—Siempre se detienen.

—¿No han tenido noticias de agentes de la ley?

—El hecho de enviar perros a oler órganos significaría que ese gobierno acepta que en su territorio se trafica. Por ahora han optado por mirar hacia otro lado, en Latinoamérica no es problema, porque casi sin excepción la corrupción y la impunidad cabalgan juntas. En este país y Canadá hay que

tener más cuidado.

—Parecen tener todo controlado. ¿Cuánto tienen operando de ese modo?

—Ha habido varios intentos desde que el doctor Christian Barnard, trasplantó el primer corazón en Sudáfrica. Ese hombre abrió al mundo una posibilidad tremenda de acercar al ser humano a su máximo sueño, la inmortalidad. ¿Se imaginan seres humanos a los que se les pueda cambiar cada una de sus partes una o más veces? Dejarían de pensar en tener grandes casas o autos de lujo, la meta sería ahorrar para comprar sus propias refacciones. Wahskanski, el hombre al que Barnard le puso el corazón, solo vivió dieciocho días a la cirugía, pero su nombre jamás será olvidado. Ahora ponemos riñones, páncreas, corazón, hígado y en pocas semanas el paciente está sonriendo rodeado de seres queridos.

—¿Qué hay de los donadores?

La pregunta había molestado a Carlos. Se detuvo frente a Eduardo.

—Los donadores son parias sociales. Algunos padres los venden por monedas para seguir ahogándose en alcohol o drogas. Una de las razones por las que los gobiernos ricos no se meten en esta ciénaga pegajosa es porque saben que, de alguna manera, se está usando gente de niveles tan bajos que sus oportunidades de sobrevivir son mínimas. En pocas palabras, señor Eduardo, mientras haya quién pague por los órganos habrá quién surta. Como las drogas, como las mujeres esclavas sexuales, como los niños esclavos de las minas. Mientras haya quien pague esos servicios existirá el tráfico. Un tráfico humano que se remota al nacimiento mismo de la humanidad, ha existido, existe y existirá. Nadie lo puede negar, no hay peor animal que el ser humano.

Eduardo estaba fascinado. El hombre la había intentado lavar el cerebro magistralmente. Ayudaba a la raza que ayudaría a mejorar al mundo, utilizando los estratos más bajos para proveer refacciones.

—Señor. ¿Cuál será el siguiente paso?

—No confío tanto en ustedes. Limítense a saber que recibirán la cuarta parte de lo pactado, después de ser pagados los órganos, los reciba el receptor o no.

—¿Quién será nuestro contacto en Houston?

—No lo necesitan. Todo se hace por la red. Es más seguro. Cuidado con lo que ponen. Usen palabras clave, necesitamos amor, será un corazón. Si necesitan un filtro, sabremos que es un riñón, que sus palabras no levanten sospechas.

Eduardo miraba a los dos y a su esposa. Se acercó a ella sin ponerse de pie y la abrazó.

—Bueno, tienen trabajo bien pagado, es hora de que se vayan. Con la pena, serán cubiertos.

Tomados de la mano fueron tapados con las capuchas. Salieron del lugar en silencio y se subieron a la parte trasera del auto. Después de veinte minutos alguien les habló.

—Esperen aquí.

Eduardo buscó la mano de Estela. Cuando la encontró esta la apretó hasta hacerle doler la suya. Solo se oía el rumor de la máquina. Rodeó el asiento delantero, no había nadie. Se arriesgó y subió la máscara un poco, el auto era el suyo y estaba vacío. Vio a su compañera asustada con la capucha hasta los hombros. Se la quitó y tiró la suya al piso.

—Estamos solos. Estos cabrones nos trajeron y dejaron en nuestro propio auto.

Ocuparon los asientos delanteros. Encendió el GPS, en segundos supieron que estaban quince kilómetros al norte del aeropuerto, en un poco transitado camino vecinal. Estela comenzó a hablar de lo importante que sería que los científicos se dedicaran a inventar bombas y filtros para suplir partes humanas. Eduardo la escuchaba y opinaba que tal vez algún día llegarían a eso, por ahora lo mejor era hacer lo que tenían; usar partes de primera, para arreglar cuerpos de segunda. Después de dejar su auto en la cochera, entrada apenas la noche, ingresaron a la casa. Cerrada la puerta, Estela lo abrazó colgada de su cuello y lloró durante varios minutos, mientras Esperanza observaba curiosa.

La madre lavaba ropa al lado del río Nanay, corría marzo. Las crecidas habían empezado a mediados de febrero y las aguas corrían rápido. Durante generaciones las mujeres lavaban allí, en ese río al norte de Iquitos, en Perú. De once hijos ese día la acompañaba Jair, de ocho años. Era inquieto, le gustaba meterse al agua hasta la cintura para tirar piedras en la superficie, verlas rebotar una y otra vez. Colgó parte de la ropa a escurrir en una rama y volvió a la roca donde la esperaba el jabón y otro montón de ropa. Estaba cansada, había caminado un buen trecho, las comidas al día apenas si proveían lo necesario para sobrevivir; como toda madre prefería ceder lo suyo a los hijos. Terminó, se sentó en la orilla, arreglando su cushma, esa túnica cómoda adornada de colores y figuras geométricas que tanto usaban las mujeres del pueblo. Era hora de regresar, el muchacho no aparecía.

Comenzó a llamarlo. Pasó de la alarma a la desesperación, buscó huellas cerca del agua. Había docenas, el niño había estado allí una hora o más. Olvidó las ropas, comenzó a correr alrededor del lugar. Nada. Vio unas huellas grandes, de botas de hombre. En la seccional policial, la acompañaron a la orilla del río y prometieron buscar al menor. Sabía que no lo harían. Durante días lo buscó junto a los hermanos mayores.

—Doña Tila, no lo busquen más —le había dicho el comandante— a Joel se lo llevó el río, ya ve como estaba de huellas al lado del agua.

Doña Tila perdió otro hijo, sin embargo, no lo había devorado el río.

El doctor Parker miraba a la pareja.

—¿De dónde sacaron esa información?

—Eso no tiene importancia ahora, doctor. Lo importante es saber hasta dónde está dispuesto a llegar. A pesar de haber denunciado el caso de los Bruner ha participado en la recepción y trasplante de órganos de procedencia dudosa. Nos engañó.

—No estoy de acuerdo en que traigan órganos sin saber el origen, es peligroso no hacer antes pruebas entre donante y receptor. Después que está aquí es un pecado dejarlo morir.

—Doctor, a otro perro con esa pulga. Para que el órgano llegue aquí usted antes envió o hizo saber de alguna manera los requerimientos. No se haga el tonto, ni nos haga perder el tiempo. Nosotros lo queremos de nuestro lado para cuidarlo y ahora nos sale con que tiene más colmillo que una morsa. Si va a mentir no nos haremos responsable de lo que pase, así como sabemos de usted, tenemos nombres y apellidos de otros que aceptan órganos del mercado negro. ¿Cuál es la razón? Dígame por favor que no es solo dinero.

Lo acorralaban. Su mundo de ética absoluta y legalidad intachable escurría por su alma, como un helado en la vereda caliente de verano.

—Hay un grupo en el país. Doctores. Saben de donde vienen, no creo sepan de donde los sacan. Se tapan unos a otros, una selecta clientela los compra sin hacer preguntas. ¿Qué puede cuestionar un padre al que le dicen que su hijo seguirá viviendo gracias a un donante anónimo? Los trasplantes se hacen en hospitales como este, no se registran, no pasan por bitácora alguna.

—¿Si muere un paciente?

—Bueno, eso sucede cada vez menos. Se arreglan las cosas en quirófano para que parezca natural.

—Supongo que pocos ponen en duda la palabra de un ético doctor de un

afamado hospital texano.

—Lo siento, no nos conocemos. Es una forma de recibir cosas para ayudar nuestra gente sin pasar por filtros sociales, legales o éticos.

—¿Se da cuenta de que en el fondo son un grupo de asesinos? —explotó Estela.

—¡No, eso no! No matamos a nadie.

—Es usted un cerdo. ¿Es racista?

El hombre bajó la cabeza.

—Eduardo, ¿recuerdas lo que dijo ese hombre?

—¿Sobre qué? Hablamos tanto.

—Sobre que no teníamos idea de que tan negro era el tráfico de órganos.

—Oh, supongo que, por un donante negro se harían la mitad de averiguaciones que sobre uno blanco.

—¿Qué quieren? —pregunto abrumado el doctor.

—La lista completa de doctores que se dedican a esto.

—Imposible, nadie la tiene. Se reúnen en pequeños grupos de dos o tres y se pasan las noticias o las necesidades. Alguien contacta al proveedor, luego sucede.

—Muy bien, los únicos proveedores a partir de ahora somos nosotros o los federales, usted elije. No vamos a juzgar a nadie. Si colabora los demás no se enterarán que usted los hundió. Si los tenemos en nuestra lista, le pediremos otros, sino con esos empezaremos la investigación.

—¿Lo que ustedes quieren hacer es legal?

—Que eso no le quite el sueño. Tiene dos días para darnos nombres. Si los federales pescan la hebra usted y sus amigos irán a prisión por años, si se enteran los proveedores, será otro donador.

Por un momento pareció que el sillón absorbía al hombre.

—¿Lo asustamos? —preguntó ella llegando al elevador.

—Se ha de estar cambiando el pañal.

—Siento que avanzamos compañero.

—Confío en ti, trabajas bien bajo presión.

—Lo lograremos, lo presiento.

—Ojalá, andamos metidos entre las patas de los caballos y estos corren en todas direcciones.

Llegaron al deportivo y enfilaron a casa. Era casi mediodía, habían pedido a Esperanza un plato de comida italiana con mucha pasta y verduras.

El doctor Parker no las tenía todas consigo. Los Blancos Nacionalistas creen en la supremacía absoluta de la raza blanca y su ideología es separatista. El mismo pertenecía al grupo más conocido, con seguidores en Missouri, Louisiana, Alabama, Virginia, Texas y otros en menor cuantía: el llamado Consejo de Ciudadanos Conservadores. Con la mente fría pensaba que tal vez ellos solo habían tirado un anzuelo, porque en realidad nada le habían adelantado. Después de varias horas decidió hacer un trato con los agentes; le serviría para saber qué tan profundo habían llegado dentro del Consejo y a la vez la posibilidad de cambiar inmunidad por información. Era un hombre viejo, pensaba vivir al menos otros quince o veinte años y quería hacerlo sintiendo el sol en la cara. Terminada la consulta, marcó a la doctora Stevens.

—Doctora, los espero en la mañana en mi consultorio, a las diez está bien, gracias.

Colgó el aparato, se quedó viajando en el espacio sideral de sus pensamientos.

—“Maldición, no debí haber denunciado a los Bruner, era la manera de mantenerme fuera de sospechas. Debo jugar muy bien mis cartas o terminaré en prisión, aún peor, de donador. Aunque por ese lado estamos protegidos, supongo. “

Colgó, miró a Eduardo que leía algo en internet. Este preguntó.

—¿Parker?

—Mañana a las diez en su consultorio.

—De nuestra habilidad para preguntar dependerá lo que consigamos. Sospechamos que hay más nombres por lo que dijo Carlos. Pudo haber sido una trampa para ver nuestra reacción.

Estela estaba esa tarde con una falda corta de color oscuro en imitación piel. Se veía juvenil y las bien torneadas piernas, cruzadas ahora al sentarse en el sofá, eran generosas en mostrar sus atributos.

—¿Sabías que...? —empezó a preguntar mientras giraba la silla.

Miró un momento a un punto específico y sonrió mientras ella preguntaba.

—¿Por qué dejaste a medias la pregunta?

—¿Sabías que el que Esperanza esté aquí te salva la vida?

Estela no hizo por moverse. Solo sacudió el pie de la pierna de arriba antes de seguir.

—Eduardo, ¿qué debo de saber?

—Dónde buscar donadores, no hay lista a la vista, supongo son tan escasos que tienen miedo que les roben. Bueno, es un pensamiento tonto, puedo ver que se hacen decenas de intervenciones de órganos en éste país.

—Me puse a buscar doctores cardiólogos en Houston, la cantidad es increíble.

—¿Por año?

—Por semana. Tantas, que ni en mis peores números logro empatar la cantidad posible de donadores con los receptores. Nuestro doctor tendrá que explicar algunas cosas.

—A veces estoy tan segura de que encontramos el camino para acercarnos a los traficantes, como otras de que estamos metiéndonos en laberintos sin salida. Como estoy pensando ahora pasará mucho tiempo antes de que logremos tener las pruebas.

Eduardo se puso de pie. Caminó hasta la ventana a la izquierda de la puerta y se detuvo viendo afuera; el sol de la tarde caía alargando la sombra de la casa sobre el césped. Una tarde hermosa con una agradable temperatura para caminar de la mano con una esposa, una novia o charlando con un amigo por ese parque. Ella tenía razón, si en ese momento se sentaban con sus jefes, aportarían nada al caso. Un par de sustos, personas sin identidad corroborada y un doctor que en un juicio negaría todo dejándolos en ridículo.

—De lo que hagamos mañana dependerá que esto agarre camino de una vez.

—¿Quién manejará la entrevista?

Se alejó de la ventana. Esperanza bajaba las escaleras con un atado de sábanas. Le sonrió al pasar a su lado.

—El doctor.

—Se me hace inteligente, hablemos poco, que diga mucho. Mostrémonos poco sorprendidos por sus respuestas y de vez en cuando una sonrisa, para que vea que creemos que está diciendo la verdad.

—Odio este trabajo a veces.

—¿Sabes hacer otra cosa?

—Podría sacar borrachos de un bar.

—Con esa altura y ese cerebro estás ampliamente capacitado.

—También te quiero.

La noche llegó mientras seguían planeando la forma de abordar la entrevista. Cenaron temprano; Eduardo volvió a la computadora.

—¿Qué tanto ves en esa cosa?

—Cuanto más sepamos de todo, más podremos avanzar.

—¿Ha sido fructífero tu día al respecto?

Se echó para atrás en la silla, haciendo tronar el respaldo y puso las manos en la nuca.

—Francamente no. Más de lo mismo. Latinoamérica parece ser una olla de grillos, todo nada entre los campos dominados por las guerrillas o la corrupción e impunidad, que son mayoría.

—Lo siento, voy a dormir.

—Qué descanses. Salimos a las nueve, quiero tomar buen tiempo y ver algunas cosas.

—De acuerdo, jefe.

Se acercó por detrás dando un beso en la parte alta de la cabeza a Eduardo.

—¿Y eso?

—¿Qué tal si están observando?

Estela abrió su libreta, tomó una pluma japonesa de escritura infalible y cruzó las piernas forradas con su pantalón vaquero. Miró a su compañero sentado con las piernas abiertas. Una imagen un poco desfachatada, pensó; había aprendido que fuera de cierta falta de convencionalismos, sabía lo que hacía. El doctor Parker los recibió con una sonrisa.

—“Al igual que nosotros, ha estado toda la noche pensando”.

Decidió arrancar, lo hizo con un ademán por demás inocente, abriendo sus manos con las palmas hacia arriba, sonriendo francamente.

—Doctor, estamos a sus órdenes. Cuéntenos como funciona esto e iremos empatando sus aseveraciones con nuestra información, esperamos que se haya levantado sincero el día de hoy.

Todo el aplomo del doctor fue historia a partir de ese momento. Esperaba una serie de preguntas que le ayudarían a ahorrar respuestas, mermando los márgenes de error. Sonrió, o lo intentó al menos, arrancó carraspeando un poco.

—Señores, desde tiempos inmemoriales el ser humano busca la eternidad, primero en la alquimia, después en dioses, ahora en la ciencia.

Por un momento Eduardo pensó que su doctor preferido había fumado alguna hierba prohibida.

—Los egipcios pensaban que, si embalsamaban los cuerpos de los

faraones, en algún momento volverían a gobernar, por eso les ponían sus sirvientes y artículos necesarios para el regreso. Les cuento esto porque a pesar de que, desde esos tiempos han pasado más de 5000 años, la esencia de la búsqueda del ser humano sigue siendo la misma.

Estela lo miraba jugando un poco con sus propios labios, sin abrir la boca. El doctor se paró dando la espalda, observando afuera.

—Pasados esos años de oscuridad donde prevalecía el esoterismo, la brujería y las pócimas de la vida eterna, la ciencia empezó a ver la luz. El esoterismo fue dejando de lado fabulosas creencias para dar paso a teorías planteadas en laboratorios, donde pasaron de lo abstracto a lo concreto; a veces, en contra de leyes tanto humanas como religiosas, cosa que costó en no pocos casos, la vida a personas ilustres que aportaron grandes cosas a la humanidad.

Fieles a su pacto, escuchaban.

—Hitler, durante la segunda guerra mundial hizo a través de distinguidos médicos, experimentos atroces, inenarrables, con los que consideraba razas parásito, como judíos, gitanos, eslavos, negros y otros. A pesar de que la mayoría de esa información se perdió o fue destruida se avanzó mucho en medicina. En esa época, gracias a pruebas con bajas temperaturas en seres humanos, se descubrió la hipotermia.

Estela escuchaba, el doctor parecía tener preparado un terreno de adoctrinamiento antes de llegar a la parte que les interesaba.

—La iglesia dice que somos cuerpo y alma. Que el alma no muere, por eso hacen a sus dioses eternos, dando a la gente un sinnúmero de reglas a seguir con la ilusión de que todos lleguen a ser tan inmortales como ellos. Fuera de ese invento por intentar acotar el natural miedo a la muerte todo es una farsa. No hay dioses, jamás los hubo ni los habrá nunca. La fe mueve masas, eso es lo que quieren esos mercaderes de la fe, mantener el control. Hitler en cambio, buscaba experimentar en razas inferiores con un proyecto llamado Sangre de los Dioses o de los Inmortales, hay algunas diferencias en el nombre.

Sonrió, recuperaba aplomo. Estaba en su terreno.

—El doctor Mengele, famoso por la falta de escrúpulos al experimentar con seres humanos, desde cuanto aguantaba alguien el dolor, a quien despellejaban vivo o a quien castraban despierto, hizo experimentos en un pueblo brasileño llamado Cándido Godoy. Un lugar donde, misteriosamente, hay una increíble cantidad de gemelos idénticos y cuya descendencia blanca

está fuera de discusión.

Estela aguantó un impulso de acelerar las cosas. Vio a su compañero anotar algo.

—Pasamos los tiempos donde se enterraban a los faraones con su séquito de sirvientes. Seguimos experimentando con humanos, somos una raza en la cúspide de la cadena alimenticia.

Hizo una pausa para dar énfasis a lo que seguía.

—Queremos vivir doscientos o trescientos años. Estamos cerca, señores, aunque este mundo les parezca remoto. Algún día tal vez la historia nos juzgue duramente, hacemos lo que hace la madre naturaleza, sacrificamos alguno que otro individuo para mejorar la especie.

Eduardo dejó de sonreír, cerró su libreta y la guardó en el bolsillo superior de la camisa azul claro. Sus ojos se clavaron en los del doctor.

—No puedo negar que usted ha cambiado algo dentro de mí. Estoy de acuerdo en que la historia tal vez sea dura con usted y sus amigos. No queremos detener sus progresos científicos, estamos convencidos de que lo que hacen a la larga beneficiará a la humanidad. Queremos que nos diga como lo hacen, cuantas veces y quienes están en el juego. Sin involucrar a nadie debemos dar un informe ante nuestros superiores. ¿Puede ayudarnos? Necesitamos corroborar que los nombres que nos dieron los “proveedores”, coincidan con los suyos.

Estela asintió en silencio ante las palabras, había sabido darle seguimiento a la charla, se mostraba convencido de que lo que hacían podía no ser legal, más era importante para la humanidad.

—Celebro conversar con personas inteligentes. Gracias. ¿Qué nombres les dieron?

—Doctor, lo que ustedes hacen es monumental, espectacular para el futuro, si nombramos a alguien que usted no conoce lo ponemos en peligro. Así que usted será quién de los nombres, recuerde, nos los dieron quienes proveen lo que usted necesita, si cometemos un error, nuestros órganos pueden cambiar de cuerpo.

El doctor Parker tomó aire.

—Conmigo solo trabajan dos, el doctor Jeremy Irons...

En ese punto estela simuló tachar su nombre en una lista.

—Y Jhonatan Witman.

—¿No hay nadie más, doctor? —simuló tachar.

Lo tenían agarrado de dónde más dolía. Confiaba en que no andaban tras

los huesos de sus colegas, sino tras los operadores ilegales.

—No sé si hay más, una de las mejores maneras de protegerse es no relacionar a demasiadas personas. Les puedo asegurar que, al igual que yo, solo reciben órganos sin hacer preguntas y los instalan en pacientes en espera.

—¿Qué tipo de pacientes son de su preferencia, doctor?

Sentía que le tendían una celada.

—Aquellos que pagan sin hacer preguntas.

—Por qué el interés del riñón la última vez, ¿quién era el paciente?

—Ese caso en especial era eso, especial. No diré nada más —explicó cruzando sus brazos.

Habían avanzado, presentía que el doctor guardaba más. Se paró, sorprendiendo a Eduardo.

—Doctor, mañana empezaremos a trabajar formalmente para los proveedores. Nos pidieron información de usted, al parecer ellos tienen mucha y la quieren comparar con la de nosotros. Creo que nos dio muy poca, sabemos que si no les convence nuestra sociedad con usted podemos seguir trabajando con Witman y Irons. Tenga un buen día.

El doctor cambió de color. La invitó a sentarse.

—Siéntese. Somos tres doctores que atendemos Houston. Al menos en nuestra organización. Damos preferencia a clientes blancos sobre todos los demás.

Ahora si se sorprendieron.

—También pensamos que hay razas superiores que dominarán al mundo, que aportan la mayoría de los adelantos científicos. Por eso no preguntamos de dónde vienen los órganos, sabemos que, si son de Latinoamérica, raramente serán de gente blanca. El robo de este tipo de donadores se da en comunidades indígenas en rincones de la selva, zonas marginadas de ciudades como San Pablo, Buenos Aires, zonas en guerra o a manos del narcotráfico.

A pesar de sentirse asqueada por la brutal confesión, Estela se las arregló para mantener la calma.

—¿Cuántos trasplantes se hacen, doctor Parker?

—Entre los tres, hacemos entre quince y veinte.

—Al año supongo.

—Por mes.

Solo el entrenamiento y la visión a futuro de poder detener esa atrocidad, los mantuvo en su sitio. Pasaron largos minutos antes de que Eduardo lograra

hacer una pregunta con el tono de voz correcto.

—¿Hay más en el resto del país?

—Seguramente. Ellos garantizan el abasto si se les avisa con tiempo.

—¿Cómo pueden robar semejante cantidad de donadores?

—Esa respuesta no la tengo, lo siento.

—¿Dónde podemos encontrar a sus colegas?

El doctor metió la mano en la gaveta superior de su lujoso escritorio y sacó un par de tarjetas.

—Ellos son. Si quieren llegar a algo no los involucren, al menos uno de ellos sé que correría inmediatamente con los federales. Arruinaría todo. Todo seguiría operando, pero perderían el contacto con los vendedores.

—¿Por qué?

—Nos matarían a todos. Si creen que nosotros estamos en la cima, déjeme decirles que no tienen idea de que tan prominentes ciudadanos están involucrados.

—Si es así, doctor, ¿por qué diablos no nos envía con ellos de una vez y listo?

—Muchacha, primero porque no los conozco a todos, segundo, porque si lo hago los proveedores me harán pedazos. De una manera un poco estúpida me siento el jamón de un emparedado. Si van a morder, espero que lo hagan legalmente.

—¿Qué cree que haremos nosotros si descubrimos la madeja de todo esto?

—No lo sé, sé lo que harían ellos.

—¿Podemos confiar en usted?

La puerta al trato estaba abierta, el doctor entró sin pedir permiso.

—Si me garantizan inmunidad como testigo protegido tendrán un aliado.

El grupo era conocido en la zona. Habían estado ahí los últimos seis meses. En la extrema pobreza del poblado junto al río, los regalos habían ganado fácilmente los corazones y la confianza de las personas. Eran religiosos, repartían la palabra de Dios. Buscaban ayudar a los niños desvalidos de las regiones del sur boliviano. Había corrido el rumor de que al menos un par de jóvenes habían logrado conseguir igual par de familias, que se harían cargo de su educación y alimentos en los Estados Unidos hasta que pudieran valerse por sí mismos, y volver preparados para ayudar a sus familias. Nadie

les cerraba las puertas. Los jóvenes se acercaban, contaban sus sueños, atorados entre el fango del río y la pobreza extrema. Ellos escuchaban, contaban historias de un país donde la riqueza estaba en las calles, tener cosas era tan sencillo como desearlas. Cuando las historias los tenían en la cúspide de la ilusión, “aparecía” una familia en ese gran país que estaba dispuesta a recibir gustosa a alguien con necesidad, “porque esas buenas familias religiosas”, estaban dispuestas a quedar bien con Dios ayudando a un “pobre hermano necesitado”. Seis meses después “los misioneros” había desaparecido. Cuando la autoridad les preguntó los nombres y de dónde venían, nadie supo. Lo único cierto era que cuatro jóvenes habían sido “adoptados por ricos para ayudarlos.”

Ni siquiera hubo una denuncia, todas las familias deseaban que, al haber tenido la oportunidad de salir de ese pozo miserable, tuviesen la mejor de las suertes.

Eduardo había encontrado a su compañera llorando. También estaba afectado. Más que por el tráfico, por las cifras.

—El tiempo que necesites, tómalo, después debemos hablar.

Estela se dejaba ir en sus pensamientos, se torturaba, pero en cuanto había que retomar el control de las cosas le llevaba pocos minutos. Entró al baño, salió con la cara lavada y el cabello amarrado en una simple cola. Se veía cansada, triste.

—Te portaste maravillosamente hoy.

—Gracias, lo hicimos bien, cuando enfrié mi mente y multipliqué la cifra me derrumbé.

—Lo sé. Ahora sabemos que hay una sociedad racista que puede no participar en el tráfico, tampoco hace preguntas sobre el origen de los órganos. Podemos presumir ese avance, si adivino a qué nos enfrentamos puedo ver doctores, políticos y empresarios como los principales clientes. Personas con todo el dinero del mundo, protegidos por castas sociales, convencidos que vale la pena usar razas inferiores para mantener la de ellos.

—¿Superiores esos hijos de puta? Si fueran superiores sus corazones durarían más que los otros, o sus riñones no se pudrirían en el azúcar que comen sin freno. En este extraño caso, primero dimos con el final. Busquemos el principio.

—Bien dicho. Lo que sigue no te va a gustar. Si bien al principio sabíamos que podíamos causar la muerte de alguien, los números son

abrumadores comparados con nuestras predicciones más pesimistas.

—¿Qué quieres decir?

—Si queremos ganarnos la confianza debemos vender mucho.

Estela se acercó a la cocina y sacó una botella de Chivas. Puso dos cubos de hielo en un vaso de vidrio grande y escanció medio vaso de licor.

—Lo merezco, si no lo merezco, estoy segura de necesitarlo.

Eduardo la imitó. Preparó su bebida en las rocas y se acercó chocando su vaso con el de ella, que lo mantenía a la altura del pecho.

—Por la vida. Aunque tengamos que sacrificar algunas en aras de la humanidad. No pienses tan lúgubrementemente, si no lo hacemos, ellos lo harán. No cambiaremos los números.

—Lo sé. Necesitamos hablar con los proveedores locales.

—Dijeron que aquí solo los doctores se ocupaban de eso.

Ella golpeó la parte superior de su vaso con la otra mano.

—Echa números, Eduardo. Quince a veinte por mes, a promedio de millón por operación. ¿Crees realmente que no hay un representante? ¿Quién maneja los depósitos en Panamá o en las Caimán? ¿Quién cobra?

—Nuestra próxima meta debe ser encontrar a ese hombre.

—O mujer.

En los siguientes quince días fueron trasplantados por el doctor Parker, tres corazones, dos riñones y un páncreas. Tres donadores que fueron contactados a sus receptores a través de Eduardo y Estela. Pensaron en una denuncia anónima para detener el avión o sus ocupantes al menos durante algunas horas. Podían lograrlo fácilmente, era poco probable que de una situación así saliera algo importante. Estela desesperaba cada vez que enviaba un mensaje solicitando un órgano.

—Siento que mando un bisturí envenenado cada vez.

—Nada cambiaría si no estuviésemos y todo puede cambiar si tenemos paciencia.

—Pensar así me ayuda a mantener la cordura.

—Hagámoslo bien, hay que detener a los malditos.

—¿Detenerlos? Si sabemos quiénes están involucrados, eso será sencillo.

—Detendríamos a tres doctores, quizás algún comprador que ellos señalen. Hay algo más organizado, una parte de la sociedad que está disponiendo de seres humanos. Tienen controlado aeropuertos y personal

altamente calificado para diversas operaciones. Hay una laguna negra en medio de todo.

La primavera continuaba, los días eran tibios y húmedos. El mundo parecía seguir funcionando sin ningún tipo de tropiezo, mientras, ellos no lograban romper ese círculo maldito donde los habían estacionado.

—¿Pueden venir a mi consultorio?

—¿A qué hora?

—¡Ahora!

—Vamos para allá.

El BMW recorría la ciudad a la máxima velocidad. El doctor los recibió visiblemente nervioso.

—¿Qué sucede?

—Doctora Stevens, ha ocurrido algo grave. Llegó un órgano en mal estado, pasado de tiempo.

—¿Corazón?

—Sí.

—¿Cómo saben que estaba fuera del tiempo?

—El paciente falleció.

—¿No hicieron estudios antes de arriesgarse al trasplante?

—Se hicieron todas las pruebas al receptor, la confianza en el proveedor ha sido quizás la causa de que estemos metido en este lío.

—¿Qué sucede ahora?

—Al morir el paciente es imposible ocultar la operación. El padre se arriesgó y entendió la situación, la madre habló de más.

Eduardo miró a Estela. Ella ajustó su peinado y guardó silencio. Si jugaban bien las cartas, podrían dar un paso más allá.

—¿Usted hizo la operación?

—No, Irons.

—¿La madre fue con la policía?

—No lo sabemos, el esposo dice que quiere saber porque su hijo murió. Pide se investigue al donador.

—Esto se complica, ¿qué dice el doctor involucrado?

—Es el eslabón más débil. Esto es muy malo para la operación.

Todo podía terminar en ese momento, el escándalo sería tan grande que incluso ellos podían tener que dar demasiadas explicaciones.

Sophie Callahan estaba destrozada. Su único hijo de veintitrés años no había logrado pasar el crítico período de tres días después de haber recibido el trasplante. El dolor la había llevado a hablar con un detective que le había aconsejado ir con los federales. Conducía rumbo a las oficinas del FBI. Su esposo no estaba de acuerdo, ella le había gritado delante del doctor que, si su hijo había fallecido por negligencia médica, el mundo se enteraría. Estaba un poco atontada por los calmantes. Imaginaba el cuerpo de su hijo sobre la mesa fría y eso le daba fuerzas para seguir. Tras una curva arbolada en un trecho de poco tráfico, se hizo a la derecha al ver el camión al frente que venía a buena velocidad en dirección contraria. Por un momento tuvo un ligero presentimiento. Miedo.

CINCO

Tanto trabajo y tiempo invertidos se iban al caño si el FBI metía la nariz, la presión mediática obligaría a actuar a la ley. El teléfono del doctor sonó insistentemente. Al final, el galeno decidió contestarlo.

—La señora madre del niño acaba de fallecer en un accidente automovilístico.

Estela miró a Eduardo. Cuando regresaban supieron que el chofer de la unidad había desaparecido, esta tenía denuncia de robo.

—La mataron.

—Hemos subestimado el poder de esta gente.

—Por Dios, Eduardo. ¿Qué sigue?

—Piensa muchacha, debe haber una forma de capitalizar esas muertes. El corazón nos da una excusa para movernos, la muerte una para escondernos y el asesinato otra para cuidarnos.

Estela lo miró y ajustó levemente el cinturón de seguridad. Debían capitalizar eso. Eduardo fue directo a la computadora. Estela se paró detrás de él mientras esperaban que el aparato encendiera. Cuando estuvo listo envió un mensaje.

—“Estamos fuera. Alguien habló, volamos fuera del país.”

—¿Por qué no le pones que corremos peligro de muerte?

—Habrá tiempo. Compra dos boletos a tu ciudad.

—No me opongo. ¿Sabrán de dónde venimos cada uno?

—Sabes cuántas veces fuimos al baño la última semana.

—Ahí vamos Barranquilla, ¿podemos visitar parientes?

—Eso le dará un matiz de veracidad a nuestro paseo obligado.

Una hora después el mensaje fue contestado.

—“Todo bajo control, mantengan posiciones.”

Estela miraba a Eduardo, quién pensaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ponle que es tarde. Pasaremos un par de semanas en Colombia, no le pongas adonde volamos, a que ciudad.

—Correcto. A ver que tanto les interesamos.

—O que tanto control tienen sobre nosotros.

—“Imposible, mi esposa está demasiado nerviosa, volamos a Colombia

mañana mismo. Nos reportamos al regreso.”

La respuesta llegó a los quince minutos.

—Felices vacaciones.

Mientras esperaban para abordar el vuelo de American Airlines sentados en la sala del aeropuerto, buscaban la noticia de la mujer arrollada por el camión de carga. Nada.

—¿De verdad habrán matado a esa señora?

—¿Piensas en una trampa del doctor Parker?

—No. Solo qué, si tienen el poder de silenciar la prensa tal vez haya gente más importante de lo que suponemos metida en esto.

Llamaron a abordar, en pocos minutos estaban acomodados en sus asientos. Llevaban una maleta cada uno, más una de mano arriba. No habían sido seguidos, eso no significaba que no supieran como averiguar si embarcaban. Internet es muy eficiente.

Seis horas después aterrizaba el Boeing en el aeropuerto colombiano Ernesto Cortissoz. El aeropuerto de Barranquilla, inaugurado en 1981, estaba a solo siete kilómetros del centro de la ciudad en el municipio de Soledad. Acababan de pasar la aduana como cualquier turista. Un moreno muy amable hablando en su español costeño característico del norte, les ayudó con las maletas hasta el taxi. Tomaron la avenida Boyacá y entraron en pocos minutos a la ciudad por la 30. Una ciudad colorida, viva. Estela charlaba animadamente.

—¿Conoces la ciudad de alguna visita anterior?

—No, solo de películas.

—Es hermosa. Es muy importante puerto en la zona Caribe, considerada un centro cultural, industrial y educativo en la zona. Viven alrededor de un millón doscientas mil personas.

—Amas tu ciudad.

—Me crie en Estados Unidos, pero tu tierra es la primera que ves al abrir los ojos.

Eduardo vio que entraban a la ciudad y se desviaban por la calle 29 a la derecha. El taxi volvió a voltear a la derecha en calle 22, pasaron la 25 y poco antes de llegar a Carrera 24, se detuvo. Tocaron una puerta. En primera instancia solo hubo un reconocimiento, luego la mujer soltó un grito de alegría y se tiró a los brazos de Estela.

—Hermanita, hija de puta. ¿Cómo te llegas sin avisar antes, estás loca o qué, tarada estás?

Eduardo reía ante el español propio de la zona. Pagó al taxista que sonreía, enseguida los hicieron entrar.

—Eugenia, Eduardo es mi esposo. Mi hermana mayor.

—¿Esposo? ¿Te casaste, doctora? Que puta eres, doctora, casarte sin decirle a tu hermana. Bienvenida. Es tu casa, aquí se pueden quedar.

La mujer no dejaba de hablar mientras caminaba entre los pasillos. Tomaron un cuarto pequeño pero confortable. El calor húmedo estaba haciendo estragos en Eduardo que se tiró sobre la cama y encendió enseguida el abanico de techo.

Esa noche cenaron una sopa de guandú que había sobrado de mediodía. Le había gustado esa comida mezcla de arvejas y carnes preparadas en un espeso sancocho. Las hermanas no cesaban de hablar.

—¿Qué pasó con César?

—Ya ves los hombres. Pasó una nalga moviéndose más rápido, se quedó prendado. Se fue, hermanita.

—Lo siento, ¿tus hijos?

—César chico trabaja en el río, tiene una barcaza y hace fletes. Le va, nomás le va. Rocío, en Bogotá, estudia en la Universidad. Esa va a sacar la cara como tú, quiere ser doctora.

—¿Entonces estás sola?

—Puede decirse. Tengo mi moreno que se arrima de vez en cuando a calmar mis nervios. Tú sabes, nena. Trabajo en el mercado, tengo un puesto en el centro, no me va mal. ¿Y tú, qué solo preguntas? Pareces huida de tu tierra gringa.

—Andamos necesitando dinero, no siempre nos va como deseamos.

Eugenia soltó una carcajada.

—Doctora jodida no existe, eso sí que no. Dime la verdad.

—Desde que nos casamos no habíamos tenido una segunda luna de miel —sonrió Estela.

—Oh, eso es sagrado. ¿Es gringo éste, no habla español?

Eduardo le sonrió.

—Nací en México, Eugenia.

—Es que como no hablas pensé eras hablado de inglés.

—Hermana, si te pones a pensar no hemos dejado de hablar, pobre marido.

Así pasaron otro par de horas gozando el encuentro. Sobre la medianoche

fueron a dormir. Eduardo se sentó en la cama.

—¿Tienes algún plan?

—No. Ni idea.

—¿Por qué vinimos con tu hermana?

—Si alguien nos sigue estará convencido de nuestro miedo al venir a este barrio. Ahora estoy cansada, dormiré hasta mañana, estoy feliz.

Entró al baño y salió en un pijama liviano que dejaba poco a la imaginación. Pasando por alto la boca abierta y los ojos fijos de Eduardo en alguna parte de su anatomía se acostó en una orilla de la cama. Eugenia se había ido temprano al trabajo. Estela hacía ruidos en la cocina.

—¿Tu hermana?

—Trabajando supongo.

—Bien, ¿no tiene internet?

—Aquí están, bienvenido al tercer mundo —le señaló las conexiones en la pared.

—Gracias.

—¿Dormiste bien?

—No.

—¿Calor?

—Mucho.

—El abanico parecía ser suficiente.

—Tal vez sí, si tú no estuvieras con ese pijama casi transparente acostada a mi lado.

Estela sonrió, antes de preguntar.

—¿Desayuna el señor?

—Sí gracias.

—Te voy a dar unos patacones con queso costeño, espero te gusten. Se los repondremos a mi hermana en cuanto salgamos de compras.

Había logrado encender su laptop y ahora peleaba con la clave de Internet.

—¿Por casualidad habrá forma de acceder a internet?

—Perdón, me dijo que la clave es el número de teléfono de la casa. Ahí está, en ese papel rojo.

Un par de minutos después, lo oía gritar.

—¡Eureka!

—Estela ven por favor.

—“Bienvenidos a Barranquilla, estarán seguros, Carlos”.

Levantaron pulgares.

—Ven a desayunar, pienso mejor con el estómago repleto.

No habían puesto un pie fuera de la casa desde que habían llegado, los “contactos” ya sabían la dirección donde se alojaban. Los habían seguido a través de la red. La organización mostraba músculos. Estela seguía a mediodía con sus pijamas delgados, él con unos cortos café claro y una camiseta blanca con un canji japonés en la espalda. No sabían a qué hora regresaba Eugenia de trabajar, encendieron la televisión.

—¿Te gustaría conocer la ciudad?

—Si nos están vigilando debemos parecer asustados. Siento el peso del mundo en mis hombros con este calor y la humedad. Vamos a esperar a tu hermana y la invitamos a cenar.

—Van a pensar que queremos salirnos.

—Eso puede tener consecuencias agradables. Si piensa eso y es el Carlos que conocimos allá quién está a cargo, es posible que busque vernos.

—Sabemos que los mensajes son enviados a este país. Esperemos tener suerte, presiento que mañana nos buscarán.

—Saldremos a la noche.

—Tú mandas.

—Abre los ojos, es tu tierra.

—Sí, señor.

Restaurante el Torito Santandereano. La R46 a esa hora estaba llena de gente, las noches de Barranquilla eran noches de música, de vida y buen sabor. El mensaje seguía sin contestar. Los demás podían pensar que no lo habían leído, porque de pensar que los estaban ignorando, las cosas podían tomar rumbos peligrosos. Eduardo dio un trago a una Costeña. Congeló el viaje a su boca y miro de reojo a Estela enfrascada en una serie de carcajadas con su hermana. Entradas pronunciadas, alto, pelo corto, alguien que desentonaba tanto como ellos en el sitio. Detrás un moreno cuyo rostro le decía algo, no lograba recordarlo. El hombre se sentó de tal forma que nadie salía de la puerta sin que lo pudiera vigilar, su compañero estaba frente a Eduardo. En ese preciso momento ubicó al moreno. “Es el maldito taxista que nos trajo del aeropuerto”.

Al ver que el hombre no bajaba la mirada, levantó la cerveza en señal de saludo. El hombre contestó, el compañero volteó a verlo. Brindaron, dos mesas vacías de por medio. Cuando las damas regresaron del baño, Eduardo empezaba otra cerveza y el mesero ponía las órdenes. La charla siguió más pausada, gracias a la comida. Estela preguntó con la mirada.

—Acabamos de brindar los tres.

—¿De qué hablan? —quiso saber Eugenia.

Estela le sonrió.

—Entre algunas de las cosas que no te he dicho, es que mi marido tiene algunos cables sueltos.

—Guay, la más inteligente de la familia, la famosa doctora americana se casó con un loco, que vaina contigo, mujer.

Rieron. Una hora después salieron del lugar rumbo a la casa. Estela conoció al taxista también y en un gesto simpático, lo saludó con la mano abierta y sonriendo. El hombre regresó el saludo.

—“¿Tenemos que irnos también de Barranquilla? Mi esposa no duerme.”

La respuesta llegó en diez minutos.

—“Esperen contacto, están fuera de peligro.”

Apagaron la computadora y se acostaron. Eduardo miraba el techo con las manos bajo la nuca, mientras Estela estaba volteada hacia él. Imposible dormir.

—Eduardo, ¿crees que vamos bien?

—Sí. Estamos en su territorio. Trabajan desde aquí.

—¡Qué vergüenza! Mi país siendo centro de algo tan sucio, tan maldito.

—Los hombres levantan las fronteras, el crimen las tumba.

Un par de minutos después la oía llorar. La dejó unos momentos, luego acarició el cabello. Ella se acurrucó. Percibió la piel a través de la delgada tela. Cuando sintió la mano de Estela en la entrepierna no pudo evitar un pequeño sobresalto. Tenían demasiado tiempo trabajando, respetando espacios. Se entregaron sin restricciones.

—“Nando Parrilla, centro comercial Panorama, esquina calle 30 y carrera 8, 15.30 P.M.” Eduardo volteó en su silla, ella puso la mano derecha sobre el hombro izquierdo del hombre y apretó.

—Qué sea lo que tenga que ser. ¿Le aviso a mi hermana?

—Dile que vamos a salir a conocer. Va a estar trabajando.

—De acuerdo. Salgamos antes, no quiero llegar tarde a reconocer el lugar.

Eran casi las once de la mañana, se acababan de duchar, debían vestirse. No pudo evitar sentir algo de miedo, cómo le había dicho Eduardo.

—Si podemos terminar como donadores al menos tratemos de disfrutar. Somos adultos, tenemos una misión importante para la agencia, las posibilidades de que nos cueste la vida son altas. Debemos dar la imagen de un matrimonio feliz.

—Ajá, lávame el cerebro, jefe. Debemos decir a mi hermana que no hable de nosotros, le dijimos que estamos casados, no desde cuándo.

—No te preocupes. Tu hermana debe permanecer fuera de nuestra esfera de acción.

—Gracias.

Dos horas después caminaban hasta encontrar un taxi. La altura de Eduardo hacía que hombres y mujeres se dieran un segundo para verlo. Estela estaba muy bella esa tarde con un vestido verde claro a la rodilla. Ambos con lentes de sol, ella con el pelo recogido en una cebolla, su peinado favorito. El taxi los dejó en la plaza comercial.

—La mayoría de los paseantes vienen a aprovechar el aire acondicionado.

—No sería una mala decisión. El día es caluroso y el lugar limpio.

Un toro sonriente pintado de amarillo sostenía un tenedor de dos picos, mientras el anuncio de Nando Parrilla parecía arder bajo unas llamas decorativas. Entraron a una librería. Escogió una revista llamada El

Andariego. Estela parecía no haber hallado nada que la sedujera. Pagó y salió del pequeño negocio.

—¿Nos sentamos en el restaurante? Faltan diez minutos.

—De acuerdo, estoy tan nerviosa que no pude ni elegir una revista.

—Te presto la mía.

Entraron y tomaron asiento, estaba vacío. El mesero se acercó y Eduardo hizo honor a una cerveza mientras que Estela pedía un refresco con hielo. El mesero con el pedido y los tres hombres en la puerta aparecieron juntos; Carlos sonrió al verlos. El alto de las entradas profundas se sentó a la entrada del lugar con el moreno del taxi.

Saludó a ambos de mano antes de sentarse.

—¿Qué les ha parecido mi tierra?

—Nuestra tierra, señor. Yo también nací en este país.

—Ahora lo sé, doctora. Ese detalle se les pasó por alto a mis socios de Houston.

Sonrió al hombre que levantó la mano para pedir servicio.

—¿Me permiten pedirle una buena carne asada al estilo Colombia?

—Señor, si usted invita será doblemente sabrosa.

Rieron ante el comentario de Eduardo.

—Acá perforan la carne y le ponen ciruela pasa, sin semilla envuelta en jamón. Se adoba con ajo machacado, pimienta y naranja agria. Se cubre con ruedas de cebolla y ají. La dejan así tres horas o más. Se asa el tocino hasta que suelte la grasa y en esa misma grasa se dora la carne; luego se agrega vino seco y el jugo de dos naranjas. Así se cocina esta vaina amigos, bien tapada, echándole jugo de naranja para que no se pegue. Es un manjar.

—Se oye bien, espero sepa igual. Hay gente que sale de Estados Unidos y se mete a cenar al primer Mac Donald's que encuentra.

—Amigo, somos un auténtico consejo de guerra de las Naciones Unidas, usted mexicano, la doctora colombiana y un servidor nacido en Lima. El destino se ha ocupado de juntarnos.

Estela dio un largo trago a su refresco con la sola intención de no hablar del tema.

—¿Qué pasó en Houston?

—Un pequeño desajuste de horarios causó un problema con un órgano. Provocó una serie de errores en cadena.

—¿Desajuste de horarios? No entiendo, llegamos a pensar que iban a llegar federales a nuestra casa y llevamos esposados. Por eso estamos aquí.

El hombre soltó una risa clara que retumbó en el lugar casi vacío.

—El vuelo partió en hora, hubo un error en la medicación del donante. No resistió la anestesia para llevarlo al coma. Teníamos que decidir si regresábamos o seguíamos. Decidimos arriesgarnos, los retrasos se sucedieron y el órgano fue instalado casi seis horas y media después de su extracción.

—Eso lo entiendo. ¿Qué sucedió con la madre del receptor? Se supone saben todo y asumen los riesgos.

—En este caso como en muchos, uno de los cónyuges no estaba enterado del tipo de donación del que era objeto el receptor, el enterado, el esposo, no pudo controlarla. Nosotros lo hicimos.

—Vaya que sí. Por un momento pensamos que todo se iba al carajo.

—Hay demasiado en juego, para que un error tan simple mande todo al carajo, señor Márquez. Debería confiar más en nosotros.

Eduardo acarició la pierna de Estela bajo la mesa, estaba temblando.

—Señor, hemos participado hasta ahora en ocho eventos. Es la primera falla, es lógico debido a nuestra falta de información que entrásemos en pánico.

—Doctora, usted sabe que no todo está bajo absoluto control. Los organismos suelen responder de manera diferente a un mismo medicamento o tratamiento. El porcentaje de rechazo en nuestra organización es casi ridículo, porque nos proponemos manejar todo con la mayor cantidad de compatibilidad. Desde la edad, peso y altura, hasta pruebas de sangre, posibles virus y todo aquello que pueda poner en riesgo al receptor. Eso nos ha permitido crecer exponencialmente en los últimos años.

—¿Los órganos son embarcados desde aquí? —carraspeó ella.

Carlos pensó un momento antes de contestarle, dio un trago a su cerveza.

—¿Por qué es importante la pregunta?

—En realidad no es tan importante, analizaba el tiempo de vuelo del avión, las posibilidades de éxito y supuse que salía de Colombia.

—La compañía que hace los fletes sale de esta ciudad en la mayoría de los casos. Es mejor que sepan poco, en caso de caer en manos equivocadas el secreto es nuestro seguro de vida.

Un par de meseros llegaron con la carne a la colombiana pedida por Carlos. No les había mentado. Era un verdadero manjar. Durante media hora la charla se concentró en la comida colombiana, las cervezas y el carnaval. Eduardo y Estela estaban convencidos de que ese hombre tenía ahí su base de

operaciones. La forma de saber al detalle como discurría la vida de la ciudad, era su firma.

—Señores, han sido hasta ahora de gran utilidad. Han sido debidamente recompensados, aprovecharé este viaje digamos, imprevisto, para que sepan que no tienen que temer. Estamos protegidos y me gustaría presentarles a una persona muy importante. Les voy a hacer extensiva esta invitación a mi humilde casa para una cena mañana en la noche. Willie, su taxista del aeropuerto y mi chofer particular, pasará a las nueve. Les pido discreción. Están ahora en territorio amigo, pero eso puede cambiar de un momento a otro. Confíen en él todo el tiempo.

—¿El otro hombre quién es?

—El otro es un fiel amigo. Eficiente en su trabajo, sobre todo maneja muy bien maquinaria pesada y camiones de carga. Y muy bueno en las computadoras.

A pesar de la sonrisa de Carlos, la advertencia quedó colgada de los ojos negros y fríos. Su voluminosa humanidad se puso de pie y saludando a ambos, salió. El hombre grande salió detrás mientras Willie tomaba su sombrero de paja blanco de la silla y se retiraba después de una pequeña reverencia. Estela se echó hacia atrás en su silla y llamó al mesero.

—Dos Costeñas por favor.

No siguieron hablando del tema, estaban en territorio de Carlos. Hablaron de la tarde que moría y de que Eugenia debía estar preocupada porque no le habían dicho adónde iban ni si regresarían a cenar esa noche. Salieron. Eugenia los recibió entre risas y abrazos. Había traído cosas del mercado y les iba a preparar una rica cena. Eduardo pasó a bañarse mientras la preparaban.

Calle 80 y Carrera 53. Todavía no se acostumbraba a esa forma de la nomenclatura de las calles. Barrio, El Golf. Estaba sentado en la cama desnudo viendo el mapa de la ciudad, cuando entró Estela.

—¿Podría tocar antes de entrar, señora Márquez?

—Se vería genial que toco la puerta del cuarto donde duerme mi marido. Vístete y ve a charlar un rato, faltan un par de horas para la cena.

—Al parecer vamos a conocer una zona rica.

—El Golf, un sueño para muchos. Barrio de políticos encumbrados, empresarios exitosos y no pocos mafiosos. Sigo pensando que todo fue demasiado sencillo.

—Lo he pensado. No sabíamos que era la base de operaciones de Carlos,

espero que ellos piensen que realmente vinimos con tu hermana quien para este momento debe haber sido una y mil veces analizada. Su jugada maestra fue que el tal Willie nos esperara “casualmente” afuera del Aeropuerto.

—Puede ser que ese haya sido un golpe de suerte. Aquí deben de tener tal alcance sus telarañas que pueden disponer de autoridades sin mayores problemas.

—¿La policía?

—O el DAS.

—¿DAS? ¿Qué significa eso?

—Departamento Administrativo de Seguridad, nuestro FBI. En latino.

—¿Quieres decir...?

—Qué cada vez que hemos intentado dar un paso, llegaron primero.

—Bien, vayamos con Eugenia. Tu presencia tiene la particularidad de elevar mi flujo de testosterona.

—Macho.

—Solo contigo.

El taxi se detuvo ante una reja color blanco de al menos cincuenta metros de largo. Cuatro grandes palmeras eran mecidas suavemente por el viento. Willie se bajó y abrió la puerta a Estela que se veía hermosa con un vestido blanco ligero apenas sobre las rodillas. Se había peinado unos bucles antes de salir. Los zapatos blancos con tacones de catorce centímetros la elevaban y contorneaban sus bien formadas pantorrillas; aun así, distaba mucho de acercarse a la altura de Eduardo. Este se había puesto un traje blanco con una camisa un poco floreada para su gusto. Ella había ganado esa pequeña batalla en la tarde cuando compraron todo en una tienda del centro. Sus zapatos eran mocasines caros, cargados al presupuesto de la agencia a través de una tarjeta de crédito a nombre de Eduardo Márquez.

Al menos veinte metros los separaban desde la reja hasta la puerta principal. Entre ambos, un exquisito jardín tropical recibía a los invitados. Luces alimentadas con energía solar que se encendían al llegar la noche iluminaban el pasillo. La reja se abrió cuando estuvieron a menos de un metro. Caminaron disfrutando el jardín y haciendo comentarios sobre el buen gusto del jardinero y el decorador. Al llegar a la gruesa puerta de madera se abrió y desde el interior llegó una oleada de aire fresco, producto de un potente clima central. Una señora negra entrada en años con una sonrisa cautivadora los guio atravesando un recibidor inmenso con esculturas a los lados, y una escalera ancha y curva que subía a la parte alta. Entraron a lo que

era una inmensa sala, que a su derecha dejaba ver una puerta de madera de vaivén doble con grandes cristales, donde supusieron estaría el comedor. Estela no dejaba de asombrarse, el lujo y las obras de arte hablaban de una inversión mayúscula de dinero, aunque no de muy buen gusto.

La señora los dejó en una puerta alta de madera que daba al patio desde donde la música llegó claramente al abrirla. De un grupo de personas, vestidas la mayoría de blanco, se desprendió la imperdible figura de Carlos. Eduardo alcanzó a ver antes de saludarle, que un trío musical era el que amenizaba la reunión al otro extremo de la piscina. Estrechó la mano regordeta.

—Señores, bienvenidos a mi casa. Doctora, será usted la más bella de mis invitadas esta noche.

Estela recibió la adulación con una sonrisa y una pequeña inclinación. Caminaron detrás del hombre en dirección al pequeño grupo de personas que había abandonado antes.

—El doctor Enrique Salazar. La doctora Érica Lazcano.

Al oír el nombre de la doctora y estrechar su mano Eduardo se asombró del cambio. Nada que ver con la pésima foto sacada en el aeropuerto de Houston. Terminaron las presentaciones contando al hombre de las entradas profundas, “el fiel amigo” James Martin.

La charla parecía estar concentrada en la posibilidad del ser humano de lograr la vida eterna. Como llegaron tarde a la misma no lograban encajar; la llegada de una mujer con una bandeja de bebidas tropicales interrumpió. Cuando se fue la doctora Érica habló a Estela.

—Es usted muy hermosa, doctora. Es la única forma de llamar la atención, teniendo un esposo como el suyo.

Estela no supo si era un cumplido o un reproche, los ojos color azul profundo de la mujer tuvieron la particularidad de ponerle la piel de gallina. Se repuso y le sonrió tocando su brazo.

—Érica, déjate de tanta formalidad. Puedes tutearme.

—Querida, esto es Colombia. El usted no significa nada, es un modismo. Me gusta hablar con personas que no siguen mucho las reglas.

—Pienso igual. La gente reunida aquí tiene un status social y cultural alto.

—Lo social o lo cultural no son importantes. Lo que eleva a las personas sobre el resto de la humanidad es la capacidad de pensar a futuro, soñar en voz alta. Durante la historia de la humanidad ha habido personas especiales,

visionarios, genios. Han coincidido con épocas de oscurantismo religioso o legal y han perecido junto a sus ideas, dejando a la humanidad como la encontraron. No solo formamos parte de ese grupo de visionarios, sino que la situación mundial nos permitirá evolucionar de tal forma que nuestra huella será recordada tanto o más que inventos cómo vacunas, trasplantes y otras cosas hoy mundanas. Carlos la tomó del brazo, pareció ser una señal para que se detuviera. La doctora Lazcano era una apasionada del futuro, tal vez no era el momento de explayarse demasiado.

—Querida Érica, no aburras a mis invitados. Cenaremos en poco más de media hora y entonces sí, pasaremos a la sala, dónde todos los temas serán puestos sobre el tapete.

—Disculpa, Carlos, sabes que estos temas me arrebatan la cordura.

El obeso anfitrión se alejó hacia el interior de la casa. Después de la interrupción la doctora atacó temas triviales.

—Nací aquí y me fui a estudiar a los Estados Unidos. Mis padres no eran ricos, entre su esfuerzo y el mío logré terminar mi carrera de médico cirujano general. Quise especializarme en trasplantes, tomé algunas decisiones que me costaron caro. Ahora que te oigo hablar, pienso que me adelanté a los tiempos.

—No te preocupes. Si estás aquí es porque agotaron todos los filtros de seguridad. No buscamos personas perfectas ni éticas, sino que ayuden a que la humanidad trascienda. Ahora está detenida en reglas sociales, morales, religiosas y hasta políticas. Se le ha dado tal importancia a la vida que la humanidad entera paga por no poder experimentar nuevas cosas.

Eduardo escuchaba mientras miraba a los músicos. Disfrutaban la noche, la charla y la bebida cuando apareció Carlos e invitó a pasar a la mesa. Eran las diez y media. Adelante la doctora Lazcano, seguida de Estela y los hombres, el doctor Salazar, James Martin y Eduardo. Tal como habían supuesto al entrar la puerta ahora a la izquierda era la entrada al comedor. Un par de candelabros de cristal cortado exquisitamente decorados colgaban del techo con cadenas doradas. Una mesa de una pieza que contaba con doce sillas y un par de cuadros en las paredes que Eduardo quiso suponer eran Monet auténticos. Se sentaron con Carlos a la cabeza, quedando James Martin, Estela y Eduardo a la izquierda del anfitrión, mientras al otro lado, la doctora Érica y el doctor Salazar. El aire en el interior de la casa era fresco.

Desde que se sentaron, Eduardo tuvo problemas. A diferencia de Estela, estaba poco en contacto con reglas de etiqueta en la mesa; decidió parecer

lento y copiarlos, ya que todos parecían desenvolverse en su ambiente. Estela se dio cuenta. Puso una servilleta sobre la pierna derecha, los brazos sobre las piernas, él entendió que los codos comúnmente sobre la mesa, no era lo apropiado. Un par de sirvientes con guantes blancos hasta el codo sirvieron un cucharón de consomé en un tazón de dos asas. Al ver que nadie se movía, entendió que nadie lo haría hasta que todos estuvieran servidos. Terminada la entrada siguió una deliciosa ensalada verde. Siguió copiando a su compañera. Cuando el último de los comensales terminó pudo acceder al delicioso pescado zarandeado con una guarnición de arroz y plátano.

La cena terminó después de un postre de chocolate. Eduardo miró a su esposa que asintió levemente, aprobando su comportamiento. Carlos invitó a todos.

—Amigos, pasada la hora sagrada de la cena los invito a la sala, donde pueden fumar quienes tengan el vicio y podremos charlar.

Érica fue la primera en ponerse de pie después de pasar la servilleta por sus labios y dejarla sobre la mesa. La sala era de piel genuina fabricada de acuerdo a la forma y tamaño del pequeño salón. En un mueble en la pared, una inmensa televisión de pantalla plana estaba rodeada de docenas de libros, lo que daba un aire intelectual. Las luces cuidadosamente instaladas proporcionaban una luz suave y blanca que invitaba al relax y la charla hasta la madrugada.

Eduardo se sentó dejando a su derecha espacio para Estela, esta lo sorprendió ocupando un sitio junto a Érica que sonrió halagada. Todos estaban sentados y James se había instalado en el extremo de la sala que daba al patio para fumar un cigarrillo. La muchacha pasó una bandeja con un jerez para “ayudar en la digestión”.

—Supongo que puedo postergar mi dieta un día más —sonrió Eduardo, tomando una copa.

El doctor Salazar, Carlos y Érica lo imitaron. Minutos después la cocina se cerraba, todos quedaron en una especie de junta privada.

—Señores, como antes en la historia de la humanidad la gente se reúne para charlar. Esta vez personas con un nivel intelectual no muy común y con aspiraciones para la humanidad, que, de entenderse correctamente deberían ser consideradas prioritarias. El mundo aún no está preparado para dar el gran salto, prefiere seguir paso a paso. Creemos que la ciencia está lista para alargar la vida del ser humano hasta doscientos años.

Estela miró a Eduardo. Carlos continuó.

—Queremos dar la bienvenida a dos nuevos miembros. Estela y Eduardo de los Estados Unidos. Aunque Eduardo nació en México y Estela es una hija pródiga de esta ciudad.

Un pequeño y corto aplauso dio por terminada la pequeña ceremonia.

—Han trabajado de forma comprometida y segura. Que estén aquí se debe a casualidades, como la de que ella naciera en esta ciudad, no porque antes de eso supieran que esta es nuestra base de operaciones. ¿Me equivoco?

—Para nada. Nos sorprendimos como ustedes.

—Déjeme decirle que al principio ese viaje despertó sospechas de nuestro personal de seguridad, se esfumaron cuando nuestro buen Willie averiguó que usted y su familia tienen aquí raíces.

—¿Desconfiaron de nosotros por qué veníamos?

—Podría decirse que estaban en lista de donadores antes de que averiguásemos que buscaban. Sabíamos que huían de un problema, podían usarlo para contactarnos.

—Huyendo de un problema estuvimos a punto de ser devorados por quienes debían protegernos. Deberíamos comprar bananas aquí y llevarlas frescas a Houston —exclamó Eduardo.

—Señores, todos hemos estado en el ojo del huracán. No se preocupen, han tenido un buen comienzo, un error de nuestra parte puso en juego muchas cosas —terció Érica.

—Cómo nuestras vidas —puntualizó Estela.

—Así es, querida, lo sentimos.

Estela se fue a sentar con Eduardo.

—Si nos van a vender en partes que sea juntos.

—Me gusta tu sentido del humor, Estela.

—Érica, cambien de tema por favor, da miedo que hablen así de nosotros.

El doctor Salazar, un hombre imperturbable, cruzó las piernas y tomó la palabra.

—No es solamente una reunión para darles la bienvenida. Vamos a tratar un tema que puede mejorar nuestra operación de manera substancial. El error que hace semanas costó la vida a tres personas.

El silencio que siguió se cortaba con un cuchillo. El doctor prosiguió.

—Si la opinión pública tuviera la “suerte” —dijo formando dos comillas con sus dedos— de acceder en este momento a la información que tenemos terminaríamos todos en la silla eléctrica. Sigue siendo prioritario mantenerse en secreto. Ahora sabemos que eso no depende solo de nuestro personal de

seguridad, depende de nuestro trabajo de campo.

Tomó aire y dejó que sus palabras fueran digeridas.

—Otro error como ese, otra reacción como la de esa madre y el trabajo de años se va al carajo.

—Tienes razón, no debemos crucificar a nadie por eso. La decisión la tomamos entre todos. ¿Están de acuerdo? —intervino Carlos.

Eduardo tomó la mano de Estela entre las suyas. Érica habló.

—Todos los grandes descubrimientos que hoy hacen la vida más segura, más sencilla y más larga, partieron casi siempre de errores, casualidades o descubrimientos que se hicieron mientras se buscaban otras cosas. Con esto quiero decir que, sin importar cuanto nos cuidemos, el margen de error existirá. Lo que aprendamos marcará la diferencia, no la fuerza con la que peleemos entre nosotros.

—Érica, no estamos peleando. Queremos evitar que algo así se repita. No somos asesinos, somos científicos. Si un donador brinda su vida para que un receptor muera y un testigo sea silenciado la brecha de seguridad se abre.

Estela levantó la mano. Carlos le dio la palabra.

—Nosotros hemos colocado casi una decena de órganos. Tenemos conocimiento de quienes son los doctores que los piden y trasplantan. ¿Qué tan conveniente es que sepamos todo? ¿O es preferible quedar como estamos en caso de que la ley de aquí pudiera involucrarnos en algo?

—Estela, ustedes no deberían estar aquí. Aunque han trabajado bien, muy bien diría, llevan poco tiempo. Unos meses no son suficiente para tener acceso a este lugar. Un error nos hizo romper algunas reglas de protocolo y por suerte para todos, las cosas salieron bien. Por tu seguridad cuanto menos sepas mejor. Por el de la operación, cuanto menos sepamos todos, mejor.

—¿No sería bueno que la gente de seguridad estuviera presente para buscar soluciones a todo esto?

El comentario de Eduardo hizo reír al señor Martín.

—Amigo, seguridad hace lo que decimos, si dejamos mucho criterio perderemos el control. Eso no es posible, aquí se generan ideas, ellos operarán con ellas.

—Tiene razón. Son nuestro eslabón más débil. Si decimos sigan a esta persona para ver si vive, trabaja y come donde dice, si su esposa e hijos son como dicen, ellos se limitan a brindarnos esa información. Si por alguna razón caen en manos de la ley, poco o nada pueden aportar al caso.

—¿Quién mató a la madre del receptor fallecido?

—Sin nombres, fue un operador. Se le ordenó robar un vehículo, seguirla e impedir a toda costa que hablara con la ley. No reparamos en gastos en esos casos, fueron tres vehículos y tres operadores los que se encargaron del caso, y por lo que nos dice personal de campo en gobierno, no tienen nada. Ni huellas digitales, ni ADN de ningún tipo, ni rastros en cámaras de la zona. Un buen trabajo.

Érica dio el último trago al jerez en su pequeña copa y tomó la palabra.

—Seguridad empieza por la forma de operar. En este caso arregló algo que hicimos mal desde adentro. Ponemos tanto ahínco al pretender mantener el control sobre lo que sucede afuera que bajamos la guardia hacia el interior. Debemos repasar los procedimientos para nuevas operaciones.

—De acuerdo, Érica. Vamos a pulir los procedimientos internos y seguridad tendrá poco que hacer. Que esta vez hayamos corrido con suerte no es garantía de nada.

Los ojos azules de la mujer brillaron agradeciendo a Carlos.

—Amigos, estamos a un paso de lograr que cada una de las partes de los seres humanos pueda ser trasplantada. Podemos predecir en corto plazo que padecimiento va a sufrir cada hombre o mujer sobre la tierra, con un simple análisis del genoma humano. Puede parecer cruel sacrificar humanos en búsqueda de experimentar nuevos métodos de trasplante, conservación y nuevos medicamentos para evitar rechazos de órganos. En realidad, actuamos naturalmente; la muerte de una cebrá en la sabana garantiza la comida del depredador, el mismo depredador que mantendrá la manada sana y fuerte al extraer a los más débiles.

—Bien dicho.

—Nuestros receptores son tantos que muchos de ellos morirán sin la oportunidad de tener acceso a un donador. Si alguien piensa que la muerte de ese receptor salva la vida a un donador están equivocados. Privarnos de efectuar una extracción y un trasplante nos aleja de mejorar nuestras técnicas. La muerte de un receptor es un fracaso para la comunidad científica.

Érica tomó aire, el doctor Salazar siguió.

—Desde tiempos inmemoriales la gente busca vivir más. El amor a la vida o el miedo a la muerte, han mantenido al ser humano tras la búsqueda de su propia eternidad. Las religiones dicen que somos cuerpo y alma, que el cuerpo debe morir, es mentira. El cuerpo puede vivir, en corto tiempo podemos hacer que un hombre viva ciento cincuenta o doscientos años con una muy aceptable condición física.

Eduardo escuchaba. A pesar tener una misión estaba lejos de tener frente a sí a un grupo de carniceros dispuestos a vender carne por dinero.

—¿Puedo preguntar algo? —Se animó— ustedes parecen estar avanzados en los sistemas de extracción y trasplantes. No es mi mundo, lo hemos charlado con mi esposa, mucha gente hace eso en todo el mundo, ¿cuál es la diferencia de ustedes y los demás, que parece darles ventaja?

—Vaya señor Márquez —respondió Salazar— ha podido usted hacer una pregunta inteligente. Déjeme explicarle la diferencia. Los receptores son naturales. Para el donador hay que adaptarse a las leyes de cada país que son confusas y estúpidas. Muchos órganos disponibles se pierden en el laberinto legal. En esos casos se pierden dos vidas, receptor y donador. Nosotros obviamos las leyes, buscamos al receptor y brindamos al donador. Quitamos la vida a un donador a veces. ¿Por qué a veces? Porque nuestros donadores no son gente que tenga posibilidades de dar a la humanidad algo más que sus años. Buscamos dentro de rangos socio- económicos paupérrimos. Con esto no queremos parecer racistas, inhumanos, solo saber que procuramos sacrificar individuos específicos.

—Entiendo esa parte —sonrió Estela— es mejor que como la imaginé. Los doctores para los que surtimos mercancía en Houston son pocos y hacen quince a veinte trasplantes por mes, ¿puedo saber cuántos realmente surten ustedes a todo el mundo?

Carlos contestó.

—Estados Unidos es el consumidor número uno. Canadá le sigue, allá no es tan sencillo. México es un cliente potencial también gracias al nivel de corrupción de autoridades. En esos tres países colocamos alrededor de veinte por mes.

—Gracias —fue evidente para Eduardo el esfuerzo de su compañera.

—Querida Estela —siguió Érica— James es nuestro especialista en transporte, la logística por decirlo así; habla perfectamente cinco idiomas, es ingeniero en sistemas y convencido de que lo que hacemos es correcto, se encarga de mantener nuestras finanzas en orden y a nuestros compradores contentos. Está al pendiente del avión, del helicóptero o del vehículo que sea necesario. El doctor Enrique Salazar prepara al donador, busca compatibilidades con el receptor; yo soy quién hace el trabajo sucio. Quien extrae los órganos en vuelo para que lleguen frescos a destino y los entrega al representante del comprador. Ahora su tarea se facilita gracias a ustedes. Quiero decirles, aunque se enoje, que James estuvo en contra de dar cabida a

“comisionistas”, más si queremos crecer tenemos que delegar responsabilidades.

Estela miró a James Martin, quien esbozó una sonrisa mientras se ponía rojo, ante la exhibición hecha por la doctora Lazcano. Solo atinó a decir en su defensa.

—Nada personal, pensaba que aún no era el momento.

—Sin rencores, amigo. Estamos en el mismo bando.

El hombre blanco de uno cuarenta y cinco años, asintió agradecido.

—Amigos, bienvenidos nuevamente. Ya pasó de la medianoche, hora de descansar. Están dentro de un grupo que hará historia, es posible que aun ustedes logren los beneficios de nuestros futuros proyectos. En una próxima reunión se enterarán de los avances en medicina ocultos aún a la raza humana no elegida, de las increíbles posibilidades de sistemas inmunológicos y reconstructivos naturales como la medicina orto molecular.

—¿Orto qué...?

—Estimada doctora, para la próxima.

Quedaron Érica y Carlos, que los despidieron. Afuera esperaba Willie.

Estela, a pesar de la hora se dio una ducha, se sentó en la cama y esperó a que Eduardo saliera del baño. Estaba tranquila, contrario a lo que él hubiera esperado.

—¿Te sientes bien?

—No solo me siento bien, siento que estuve en un campo de adiestramiento o lavado de cerebro; lo que sí me hace sentir mal, es que estoy consciente que son personas que trabajan al otro lado de la ley, pero no podría juzgar su grado de maldad. ¿Puedes comprender algo de lo que te digo?

Eduardo se acodó sobre la cama, el abanico lo refrescaba al estar recién bañado.

—Me alegro de que pienses de esa forma. Son personas educadas, con estudios superiores, una visión del mundo y la humanidad que los demás simples mortales difícilmente logramos entender. Están buscando la forma, a través de múltiples sacrificios, de lograr que el ser humano viva el doble o el triple.

—Eduardo, no sé si pueda dormir esta noche.

—Estoy en las mismas, hoy te ves más hermosa que nunca.

—Somos compañeros, no lo olvides —le sonrió.

El dedo índice de la mano derecha de Eduardo recorrió de arriba abajo la

columna de su compañera. Se hincó detrás sobre la cama y mordió suavemente su nuca, sintió enseguida la piel erizada. La acostó viéndola a los ojos y le plantó un beso largo en la boca; las manos fueron a sus pechos y luego bajaron despacio, muy despacio. La noche se hizo eterna.

Desayunaron con Eugenia, le contaron que habían estado en El Golf, sin detalles.

—Ese barrio es de ricos muy ricos, hermana. ¿A quién conocen ahí?

—A un primo de mi esposo, médico también, la cena estuvo un poco aburrida.

—Cuídense en Barranquilla, no es un buen lugar para que los vean salir tarde en la noche. Pueden creer que los ricos son ustedes.

—Gracias por la sugerencia.

Eugenia fue a trabajar; ellos quedaron en una sobremesa de charla. Sonó el teléfono.

—¿Quién habla?

—Parker.

—¿Ahora qué quiere el doctor? —terminó de despertar.

—Un corazón. Sangre tipo B, sesenta y ocho kilos, un metro setenta y dos.

—Dios, ¿en qué pesadilla nos metimos?

—Esto es un monstruo cuyas cabezas realmente no conocemos.

—¿Carlos y Érica?

—Encargados de la zona o de la etapa final, faltan muchas preguntas por contestar.

Estela entró a la ducha. Él la siguió, a pesar de lo pequeño de la misma se dieron lugar para retozar un rato bajo el agua fresca. Salieron entre risas; hicieron el amor en la cama lo que terminó enviándolos nuevamente a la ducha. A las doce y media enviaron un correo dando los datos del receptor. Media hora después anunciaban el órgano listo, tres días más adelante. Durante horas deambularon por la ciudad recorriendo el centro histórico. Comieron, compraron algunas chucherías y tarde en la noche regresaron a casa.

—Ustedes le hacen mucha confianza a esta ciudad, no es recomendable, hermanita. Deberían volver más temprano —insistía Eugenia.

—De acuerdo, ¿el próximo sábado trabajas?

—Medio día. Descanso el domingo.

—Queremos invitarte a pasear, que seas nuestra guía. Nosotros pagamos.

—Me gustaría, hace mucho que no tengo un tiempo para mí. Gracias.

Se acostaron, la caminata y el calor húmedo habían hecho estragos. Lo primero que hizo Eduardo al levantarse fue mirar su correo. Había una

invitación de Érica.

—“Estela, ¿puedo verte en la casa el jueves a las cinco de la tarde?”

—“Claro, ahí estaré. ¿Sola?”

Cinco minutos después llegó la respuesta.

—“No, puede venir Eduardo, la invitación que te voy a hacer sí es para ti sola.”

Eduardo la despertó.

—Arriba, tienes una cita a las cinco de la tarde.

—¿Quién diablos me cita sola?

—Érica. Hoy a las cinco.

—Ponle que sí, ¿qué hora es?

—Van a ser las once.

Estela pareció pensar un poco en la hora.

—Bien dormida, eso me gusta. Deja me baño, que asco de calor es esta ciudad.

—Tú ciudad.

—Cierto, mi ciudad. ¿Mi hermana?

—Trabajando supongo, no la oí salir.

—¿No tienes miedo?

—Ahora no, en la casa de Carlos pensé que nos mandaban a vivir a otro cuerpo.

—Chistoso.

Una hora después comían en un restaurante cerca de la casa. Érica no había especificado si tomaban un taxi o enviaban a Willie. Como no querían estar escribiendo a cada momento, decidieron esperar hasta las cuatro y media, para entonces tomar un taxi, pues el tiempo la última vez había sido de veinte minutos de viaje hasta El Golf.

SEIS

Exactamente a las cuatro con veinte minutos, llegó Willie y su sonrisa.

—Señores, buenas tardes. Qué bueno que están listos, a la doctora no le gusta esperar.

—Willie, entonces menos charla y aprieta ese acelerador.

—Oh, no se preocupe, señor, vine con quince minutos de anticipación para apurarles si no estaban, como no fue así los llevaré de paseo.

—Gracias, es usted muy amable.

—Se hace lo que se puede, hoy día conseguir un trabajo bien pagado es difícil, así que cuando aparece hay que cuidarlo.

—Oiga, por cierto —le tocó Estela en el hombro— tengo que reconocer que el día que nos trajo del aeropuerto no nos dimos cuenta de que en realidad nos esperaba a nosotros. ¿Cómo le hizo?

—Bueno, tenía sus fotos. Gente como ustedes no se encuentra todos los días, un peladón de dos metros y una rubia bonita son una pareja difícil de perder.

—¿Qué pensó cuando le pedí que nos llevara con mi hermana?

—Me alegré mucho, doctora, no tiene idea.

—¿Y eso por qué? No me conocía.

—Es que... bueno, las órdenes eran que, si iban a un hotel o detectaba algo raro, debíamos desaparecerlos.

—¿Desaparecernos, Willie?

—Uno no hace preguntas, doctora. Uno hace caso. Por el trabajo, ¿sabe?

—Venías solo con nosotros, ¿cómo le ibas a hacer?

—Eso no se lo puedo decir. Nunca se anda solo en esos casos.

Eduardo y Estela evitaron mirarse, se concentraron en ver por la ventanilla. De noche los jardines les habían parecido hermosos, con luces y colores artificiales; de día las flores se llevaban las palmas. Érica en persona los recibió con una sonrisa y enfundada en un trajecito sastre de color blanco al igual que sus sandalias. Eduardo ahogó una exclamación, al igual que el jardín se veía mucho más hermosa de día.

—¿No les arruiné ningún paseo?

—No, en realidad hoy íbamos a descansar, ayer caminamos mucho.

—Sí, por ahí se dice que pasaron y hasta muy tarde, cuídense en esta

ciudad.

Estela miró de reojo a Eduardo, quién asintió levemente.

—¿Érica, debo pensar que nos... están siguiendo?

La doctora detuvo la marcha y volvió sobre sus pies, poniendo las manos sobre los hombros de la doctora Stevens.

—Piensa que no podemos permitir que algo les suceda. ¿No se oye mejor así?

—Puede ser, no deja de ser algo que me disguste un poco.

—Lo sentimos, la seguridad es muy importante.

Volvió a tomar el rumbo. En la base de la escalera comenzó a subir, seguida por la pareja. Voltearon a la derecha y enseguida entraron a lo que parecía una preciosa sala para ver televisión, con parlantes instalados en las esquinas y una serie de sillones.

—Siéntense por favor, díganme que desean tomar. Supongo que ya comieron.

—¿Supone o le dijeron que comimos y dónde?

—Eduardo, no seas quisquilloso, apenas han metido la nariz en esto. Más adelante sabrán porqué tomamos tantas precauciones.

—Seguramente. Por mi una limonada natural está bien.

—¿Estela?

—Igual gracias, sin hielo.

Érica salió, comenzaron a charlar sobre los sillones, las dos inmensas televisiones, el sistema para ver videos y discos de última generación. El pequeño espacio que recibía el mismo aire del sistema central de aire acondicionado estaba frío. En cinco minutos la doctora regresó con una jarra de vidrio con limonada y dos vasos.

—Carlos anda fuera de la ciudad. Recibimos el pedido de ustedes, anda trabajando en evitar que se repita lo del otro día.

—¿No sabes que han hecho las autoridades con la muerte de la madre del receptor?

—Fue un lamentable accidente, eso dice el parte oficial. El conductor huyó, quién había robado el camión era un indocumentado, saben cómo son esas cosas.

—¿Quieres decir que podemos volver a casa?

—Ustedes jamás estuvieron en peligro. Que hayan decidido abandonar el país para refugiarse aquí fue casi un mandato divino o una gran casualidad.

—¿Eres creyente?

—No lo soy. Nunca he visto nada que no tuviera una explicación científica. Cada una de las religiones desaparecería, si se supiera que realmente la gente puede ser inmortal.

—Interesante.

—Érica, ¿vamos a ver algo ahora?

—Eduardo se va a aburrir un poco, te quiero invitar a que hagas un viaje.

Estela soltó la risa y le dio una palmada a Eduardo en la pierna; su compañero no se rio.

—Vas a viajar conmigo en la próxima entrega, necesito algo más que un simple enfermero; Carlos y el doctor Salazar estuvieron de acuerdo.

Enseguida comprendió Estela la falta de humor de Eduardo. Había oído antes que ella lo que seguía. Trató de mostrarse tranquila.

—¿Debo suponer que no quieres ir? No hay problema, dime con tiempo para hacer los cambios necesarios.

—Fue la sorpresa. Si vamos a ayudar al futuro, me gustaría recorrer ese camino en todos los pasos.

—Les voy a mostrar algo. Por eso aprovecho ahora, estaremos solos un par de horas.

Pareció tener una pequeña batalla con el control y los aparatos. “*Alcor Life Extension Foundation*”. El video mostraba lo que parecían ser una serie de tanques de acero inoxidable, conectados entre sí. En cada tanque se leía www.alcor.com y “*Since 1972*”. Brillaban como espejos y las letras azules sobre fondo blanco daban un aire de organización al lugar. Detuvo la filmación dónde se veía a alguien vestido de blanco con anteojos que tomaba una lectura en lo que parecían tableros de control.

—¿Alguno de ustedes saben que estoy mostrando en estos momentos?

—Criogenia.

La doctora continuó con el video.

—Criogenia. El señor Eduardo no parece estar al tanto de lo que significa, ¿verdad?

Se encogió de hombros, la palabra no le decía nada. Vio sonreír a Estela, supuso que su ignorancia era lo que la divertía. Érica se puso cómoda subiendo el soporte para los pies.

—La criogenia es un sistema de técnicas que enfrían materiales, a la temperatura de ebullición del nitrógeno, alrededor de -196 grados centígrados. Llamada también criopreservación, se puede utilizar para preservar personas legalmente muertas o animales para una posible

reanimación, si en el futuro la ciencia y la tecnología son capaces de remediar la enfermedad que los mató.

—No sé si congelar a unos pocos dueños de grandes fortunas sea importante para el futuro. Tratar de delimitar la vida con la tecnología es un error. La química queda dentro del teorema de Godel, la vida rompe graciosamente con dicho teorema.

—Mi querida doctora, tu pensamiento no es muy correcto. Al menos de acuerdo a lo que hoy se sabe de la ciencia, la tecnología y la vida misma.

—Congelar a unos pocos equivale a tener muestras de laboratorio, sin los cuales, en el futuro no se tendría el campo experimental.

Estela envió una mirada que, si hubiera sido de cuchillos, hubiese cortado en tiras a Eduardo. La idea de este no era la de contradecirla, sino exponer a la doctora Lazcano.

—Esta empresa no es un gran negocio ni mucho menos. Fred y Linda Chamberlain, la fundaron en 1972 y para 1976 ya tenían su primera experiencia. Hoy día tiene más de setenta pacientes en suspensión y ochocientos en espera. La empresa vive de donativos.

—¿Existe alguna garantía de que el proceso pueda ser revertido?

—Los procesos de conservación a base de frío son muy conocidos. Se usan para guardar muestras médicas. Aunque la criogenia es más compleja y las temperaturas muy extremas, lo que creemos sobre estas técnicas es que a esas temperaturas hasta las reacciones bioquímicas que producen la muerte de una célula quedan detenidas. Dar marcha atrás a este mismo proceso es algo muy distinto. Hay que pensar en positivo y creer que, en cincuenta o cien años, un descubrimiento científico podrá lograrlo.

—¿De verdad cree que un cerebro congelado un siglo, pueda volver a revivir y pensar, o continuar pensando a partir del momento en que se detuvo y se congeló?

La doctora pareció entrar en un túnel sin salida. Apagó el aparato.

—Vamos a contestar esa pregunta. El setenta por ciento del cuerpo humano es agua, cuando se congela se forman cristales de hielo que revientan todas las células de un organismo. Si pensamos en descongelarlo, el total de las células estarían reventadas.

—¿Debo suponer que ese no es el único problema? Porque eso es tan lógico, que no veo la razón de seguir con estos experimentos.

—Tiene razón. El problema número dos es el de la resucitación misma del sujeto. El cuerpo es de un cadáver. Traer un cerebro muerto a la vida

jamás se ha intentado. Por ahora es imposible. Algunos pidieron que se guardara solo la cabeza.

—¿De qué serviría?

—En realidad son personas más optimistas. Si piensas que la ciencia será capaz de resucitar un cerebro, también estará preparada para trasplantar una cabeza en un cuerpo.

Estela no podía evitar la fascinación que la doctora ejercía. No era el tema, ni la ciencia aplicada a la medicina. Era el entusiasmo que irradiaba a través de esa voz pausada, firme. Se sirvió un vaso a medias de limonada y continuó.

—Otra cosa que como médico me preocupa, si tú mueres hoy a principios del siglo 21 y despiertas dentro de doscientos años, ¿qué mundo te estará esperando? Imagínate que congelamos a alguien allá por el 1700 y hoy despierta entre computadoras, automóviles, aviones, gente que anda medio desnuda en las calles. ¿Crees que ese cerebro aguantaría un shock así?

—Esta ha sido una de las charlas que más ha revolucionado mis neuronas. Ser un simple mortal entre tanto genio científico no es bueno, me siento apabullado.

—Usted está lejos de ser un científico, pero no es un hombre tonto. De eso puedo dar fe después de las preguntas que me ha obligado a contestar.

—Tengo otra. Si la persona en suspensión va a presentar problemas médicos, de adaptación y seguramente le importe un bledo seguir viviendo después de renacer a un mundo sin amigos y sin pariente alguno, ¿cuál es la razón de tal intento?

—Aparte de listo, gracioso. La única razón por la cual sigue el experimento es la siguiente. Hay una mínima posibilidad de éxito al intentar revivirlos, aunque eso no sea de ningún valor para el sujeto sería un paso monstruoso para la ciencia. Si el experimento falla no habrá cambios para él, seguirá tan muerto como el primer día.

—Eso suena frío. Cada diez años vemos tales avances, que en cincuenta más alguno de esos hielos humanos podría andar caminando.

—Disculpa, tengo una necesidad muy humana —se irguió Estela.

—Segunda puerta a la derecha.

—Gracias.

—Me gustaría pensar que pronto se hará algo para evitar nuestro envejecimiento. Diferente a simples cirugías estéticas. Eso hace que un rostro se vea bien, más joven. Alimenta un ego, una vanidad, un sueño. El corazón,

el páncreas o el hígado, están tan viejos y cansados como los huesos que los sostienen. ¿Cree que para ese futuro falten muchos años?

—Ese futuro está aquí. Será tema para la siguiente reunión —susurró Érica viéndolo.

En ese momento entró Estela. El doctor Salazar y Carlos ingresaron a la casa minutos después que se reunieran alrededor de una mesa con una sombrilla junto a la alberca.

—¿No trae su traje de baño, doctora Stevens?

—No, Carlos, no vine preparada.

—Es posible que haya alguno que te quede, pídele a la ama de llaves.

—No gracias, no se molesten por mí.

—No es molestia, el día se presta para un día de agua y sol.

Cuando el sol caía, Carlos anunció que la reunión terminaba.

Eduardo estaba acostado boca arriba desnudo, sus pies, como en la mayoría de los casos, colgaban fuera de la cama. Había cenado poco.

—Señor, supongo está usted pensando en la inmortalidad del cangrejo, estar desnudo es un poco agresivo.

—¿Te has preguntado por qué mierda nos invitó la doctora a la casa?

—Bueno, creo que la razón era invitarme a entregar el corazón al doctor Parker.

—Esa parte está entendida. Lo de la criogenia que nos mostró con tanto fervor, para decir al final que es inútil. ¿Era su idea discutir un tema soso o que se te ocurre?

—¿Todo junto?

Mientras observaba como se perdían esas nalgas blancas, pensaba.

—“La criogenia es un fraude. Aunque espera que algún adelanto científico logre revertir el daño a las células dañadas por el agua congelada del organismo. Habló de la criogenia “tal y como hoy se practica”, lo que deja una puerta abierta a una nueva forma de mantener un cuerpo latente. ¿O me equivoco?”

El debate mental lo alejó del paso del tiempo. Estela apareció con una toalla envolviendo su cabeza.

—¿Descubriste algo?

—No, nada.

—Creo suponer para que nos invitó.

—Comparte.

—Para invitarme a volar con ella, cosa que me causa maldita la gracia; la

otra fue para verlo a usted.

—Supongo no estarás celosa de la doctora Lazcano.

—Somos compañeros de trabajo. Soy mujer Eduardo, te echó el ojo.

—Es mayor que yo. ¿A ti que te parece?

—Carece de importancia ahora. La forma en que te mira es el de una gata en celo.

Durante cinco minutos el silencio fue amo y señor de la noche.

—El fin próximo podemos ir a Cartagena con mi hermana.

—¿Estarás de vuelta para el sábado?

—¡Uf! Se me olvidó, maldita sea. No sé ni cuando iremos.

—Mañana es viernes. Será mañana o pasado.

—Estoy aterrada, Eduardo. Intento mantener la compostura; si esa perra me invita a participar en la extracción del corazón no estoy segura de poder mantener el control.

—He pensado en eso, tampoco sabría qué hacer. Estoy seguro de que la idea es comprometerte más en la operación, amarrar lazos de confianza. Somos simples vendedores, si la ley nos atrapara no pasaríamos de uno o dos años en la cárcel. Participar en el transporte, la muerte del donante y la extracción de los órganos, sería tener sobre la cabeza una sencilla acusación de homicidio en primer grado.

—Deberías dar clases de motivación personal.

—Lo siento, tenemos que ver todos los ángulos de esto, un error y seremos donantes, te ha quedado claro, ¿no?

Estela se dio vuelta y dejó caer la revista al piso. Jugó con los vellos del pecho de Eduardo, enredándolos entre sus dedos índice y anular. La mano izquierda pasó su dedo índice por los labios de su compañero, luego se estiró un poco hasta dar un beso húmedo en ellos. Eduardo fue sacado de su mundo de pensamientos confusos, sintió besos que seguían una línea desde sus labios, pasando por su pecho y su estómago liso hasta su bajo vientre. Durante varios minutos lo mantuvo al borde del estallido. Se montó en el pecho y acercó su sexo pidiendo retribución; conocía la forma de volverla loca, el cuarto se llenó de gemidos y gritos contenidos. Una hora después dormían abrazados.

El viernes amaneció lloviendo. Estiraron la mañana después que oyeron partir a Eugenia.

—Tengo miedo. Sé que es parte del trabajo, estando juntos podemos hacer frente a muchas cosas, separados no es igual.

—Nada te va a suceder. Es un simple viaje de ida y vuelta a Houston. Si van en el avión que fotografiaron cuando conocimos a Érica, en diez a doce horas estarás de regreso.

—¿Tienes idea de lo que pueda suceder arriba de ese aparato todas esas horas?

—No hay que ser un genio para imaginarlo.

—¡Qué horror! ¿Cómo saber si estoy preparada?

—Puedes con eso y más, lo has demostrado antes, bajo presión funcionas mejor.

—¿Qué sucederá si no regreso?

—No debes pensar así. Sabes que la ley nos protege.

—¿También de un vuelo sin paracaídas desde un Learjet a 30.000 pies de altura?

Se puso detrás de ella abrazándola fuerte. Rompió a llorar.

—Si te hace bien, llora. Solo es tensión, el entrenamiento te sacará a flote.

—Gracias, tu abrazo me hizo sentir mejor.

Sonó el teléfono de Eduardo. No aparecía el teléfono entrante, contestó.

—¿Sí?

—Buenos días, señor Márquez, ¿se encuentra Estela con usted?

—Hola, doctora, sí y no. Se encuentra dándose un baño. Permítame le hablo.

Tocó la puerta del baño y Estela abrió envuelta en una toalla.

—¿Quién es?

—Érica, corazón —contestó, asegurándose de que se oyera al otro lado.

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar?

La vio cambiar el semblante. Ella tomó su mano y dejó caer su toalla.

—Sí. Cuenta con ello. Lo espero, claro.

Con lágrimas corriendo por su rostro, regresó el aparato a Eduardo y cerró con fuerza la puerta del baño. Salió muy repuesta.

—Sí arriesgar mi pellejo ayuda a detener esto, así será. Sí algo malo sucede solo te encargo que hagas honor a nuestro trabajo y descubras esta maraña maldita.

—¿Qué dijo la doctora?

—Hoy a las dos de la tarde, o sea en tres horas más, Willie pasa por mí.

—¿Qué más?

—Que tu imaginación haga el resto.

—Creo en ti, confío en ti. Por eso te eligieron como mi compañera.

—Gracias. Eres un buen hombre, vamos a ser optimistas, te veo el sábado.

—Prepara tus documentos, ten cuidado de no llevar nada comprometedor. ¿En tu teléfono no tienes nada peligroso?

—No. Por las dudas voy a cambiar el chip.

—Bien pensado. Relájate y recuerda lo que vayas a hacer, de no hacerlo tú alguien más lo haría, nada cambia. Haz tu trabajo.

—Estaré bien, gracias. Soy cómo dices, débil pensando, fuerte actuando.

—Así se piensa y así se actúa. Tendré un viernes aburrido.

—¿Qué le dirás a Eugenia?

—Algo se me va a ocurrir.

La vio vestirse con un pantalón vaquero, camisa blanca de manga larga y zapatos cerrados, bajos. Puso una chaqueta de pana y una cartera con el pasaporte. A las tres de la tarde, como caballero inglés, llegó Willie. Lo besó en la boca y le susurró.

—Cuídate.

—Tú también. Haz caso a tu instinto.

Saludó con la mano cuando el taxi arrancó. Mandó un mensaje al doctor Parker anunciando la partida del órgano a las cinco de la tarde, con hora tentativa de llegada a las once de la noche. A las siete de la tarde regresó Eugenia.

—Hola, ¿mi hermanita?

—Una amiga en común la invitó a pasear, como era cosa de mujeres, aquí estoy Eugenia. Solo hasta mañana.

La mujer detuvo su caminar y dejó la bolsa sobre la mesa del comedor. Puso un brazo en jarra y la otra mano tomando el respaldo de una silla.

—¿Mi hermana sola de compras? ¿Adónde fueron que regresan hasta mañana en la mañana?

—A Houston, Texas.

—¿No le habrás hecho algo a mi hermanita? Porque te mato. ¿Qué vaina es ésta?

—Mañana ella misma te contará. Estela tiene amigos de cierto nivel, se permiten el lujo de andar de compras de país en país en sus propios pájaros.

—¿No anda en nada malo verdad?

—Las doctoras no andan en esas cosas.

—Sé que los americanos son un poco locos, esta se voló la barda esta vez. Esperemos a que llegue mañana, ¿qué más?

—No hay más.

—¿Cenarás conmigo?

—Nada me daría más gusto, cuñada.

—Ajá, deja me baño y vuelvo. Hoy cenaremos un sancocho de guadú, que ni tu madre lo haría mejor.

Eduardo sonrió, pensando en que su madre jamás había oído hablar de semejante platillo.

Se sintió fuerte desde que se subió al taxi. El entrenamiento y la determinación que la caracterizaban se habían apoderado de su mente. Érica era una mujer enigmática. La sabía apasionada de lo que hacía, pensaba que llevaba algún tiempo sin hablar de esos asuntos, por eso su afán de hablar sin decir nada en concreto. Podía estarla probando, los ojos hablaban de una muy especial inteligencia. Willie la dejó en el aeropuerto, le ayudó a bajar su maleta en la que solo llevaba una chaqueta y una falda. Mientras caminaba hacia la sala de espera, buscó a Érica.

—¿Doctora Estela? —preguntó un hombre con sombrero y lentes de sol.

—Hola, James.

—Acompáñeme por favor para que revisen su documentación.

Sin esperar respuesta partió a una oficina de migración donde la esperaba Érica y el que presintió era el enfermero de la mala foto del aeropuerto de Houston. Sonrió a ambos, después de saludarlos extendió su pasaporte.

—¿Nada te falta, doctora?

—No, Érica, excepto si tardamos más de veinticuatro horas en volver.

—En la mitad de ese lapso estarás en los brazos de Eduardo.

—Genial. ¿El enfermero va con nosotros?

—Que estúpida, no los presenté. Gabriel, ven por favor, ella es Estela Márquez, la doctora de la que hablamos ayer. Nos acompañará en el viaje.

Al salir de la terminal al pavimento ardiente empezó a sudar. Un Learjet blanco esperaba a cincuenta metros. Los motores estaban apagados y no se veía movimiento en las ventanas de su lado. En la cabina alguien maniobraba. Entró primero el enfermero que ayudó a Érica a subir, después Estela. Saludó a James que se alejó un poco del lugar y quedó esperando. Lo primero que llamó la atención fue que habían quitado los cuatro asientos que miraban hacia adelante y solo estaban los dos que daban la espalda a la cabina. En los laterales a lo largo del avión, colgaban dos mesas de unos dos metros de largo, amarradas al piso con una llave especial. Enseguida, una

cortina corrediza de tela gruesa. Se estaba intentando colocar el cinturón de seguridad cuando vio a Gabriel hacer gestos con la mano. Una muchacha de no más de dieciséis años de raza negra entró al avión mirando a todos lados. Estela sintió una opresión en el pecho y miró por la pequeña ventana hacia su derecha. James Martin y un oficial de migración entraban al edificio.

Tras una espera de diez minutos llegó al fin la autorización desde la torre de control y el avión empezó a tomar pista. El Learjet estaba en vuelo cuatro minutos antes de las cinco de la tarde. En cabina, el piloto y el copiloto; detrás de la misteriosa cortina Gabriel y la joven negra; sentadas cómodamente dando la espalda a la cabina, las doctoras.

—¿Nunca has volado en aviones privados?

—Sí, pero no tan modernos. Tengo amigos que tienen sus propias avionetas, la verdad me gusta volar, no soy afecta a preguntar.

—Yo adoro volar, a diez mil metros sobre el nivel del mar la verdadera naturaleza del hombre se despliega.

—Nunca había visto un viaje en avión de esa manera; todos los pasajeros de cualquier avión, en algún momento se preguntarán si no tendrán un accidente.

—Miedo, Estela, el miedo y el amor mueven al mundo. El amor a vivir, al dinero, a la paz, a las armas, a la familia. Todo es amor, aunque a veces se ame a lo que se considera equivocado. Hay personas malas que aman la guerra, por millones de dólares destrozan familias, pueblos enteros y hasta países. Aman destruir a cambio de construir sus portentosos futuros.

—¿No somos en cierta medida mercaderes de la muerte? ¿No negociamos una vida por otra a cambio de dinero?

Érica cambió de color, supo que la pregunta había tocado fibras sensibles.

—Estás confundida. Tomamos seres de la misma tierra, de la misma especie, sacrificamos algunos, no solo salvamos a otros más valiosos, sino que obtenemos fondos para financiar proyectos nuevos de medicina secretos hasta ahora.

—Entiendo, gracias. Ten en cuenta que no es fácil. En algún momento cometí la estupidez de tomar un par de órganos y me costó mi carrera profesional. Nunca he dispuesto de un órgano de un ser vivo, aunque como lo acabas de plantear es fácil de entender. Seré tu más fiel alumna y compañera.

Érica sonrió y le tocó la pierna. Estela miraba como el sol buscaba el horizonte dejando líneas de sangre sobre el mar. Después se paró y

agachándose destrabó la mesa que colgaba de la pared del avión y la levantó, para trabar un par de patas de tubo. Agarrada de la pared del avión con cuatro grandes bisagras y soportada con ese ingenioso sistema de patas plegables, tenían una práctica mesa quirúrgica. Recogió los pies debajo del asiento cómo buscando alejarse. Las posibilidades de evitarlo eran nulas, así que después del primer intento por reprimirse sacó adelante su espíritu y entrenamiento.

—¿Te ayudo en algo?

—Claro, en un momento te diré. Por lo pronto saca del otro lado de aquella puerta un cajón con instrumentos. Puedes ir sacando y poniendo sobre la mesa, empieza por los separadores, hay uno automático de Finocheitto y saca también una sierra recíprocante en el de abajo. Quiero una tijera curva Metzemaum de 180 mm y bisturíes 4 y 7.

Mientras abría el cajón y contenía unas ganas enormes de vomitar, logró preguntar.

—¿Clamps de Castañeda o Debakey?

—Debakey por favor. Y tijeras Potts. Si crees que necesitaremos algo más ponlo.

En diez minutos el instrumental y otros pocos que agregó Érica estaban dispuestos. Apareció entonces Gabriel.

—Listo, ¿preparo la anestesia?

—Por favor. Nivel cinco.

Estela estaba impactada por la tranquilidad con que ejecutaban el ritual. Intentó estar interesada y participativa.

—¿Usas anestesia en la sangre o mascarilla?

—Mascarilla, Xenón.

—Bien, no sufrirá.

Érica la miró de reojo y siguió poniéndose los guantes. Gabriel colocó todo lo referente a su trabajo de anestesiólogo en la cabecera y esperó a que la doctora estuviese lista. El reloj marcaba poco más de tres horas y media de haber salido.

—Estela, debajo de aquella puerta hay tres contenedores isotérmicos, hay contenedores estériles y bolsas para órganos. Ponlas aquí cerca, preparen el hielo pilé, está en el refrigerador detrás de la cabina.

Cuando todo estuvo a la mano, Érica hizo un movimiento de asentimiento y Gabriel se fue. Volvió con la joven dormida, con un brazo sobre su espalda, arrastrando los pies. Estiraron las piernas y acomodaron los brazos laterales al

cuerpo. Gabriel comenzó su tarea de administrar el gas. Con una tijera cortó toda la ropa y la depositó después en una bolsa de basura haciendo un nudo en el extremo, cortando en partes la misma con leves incisiones; debía hundirse en alguna parte. La joven estaba desnuda, comenzó la tarea. De un solo corte con bisturí, cortó la piel sobre el esternón; se abrió dejando ver entre la piel negra, un corte blanco y sangre tan roja como la de ella.

—La sierra, Estela.

La alcanzó por el lado derecho. El sonido metálico de la sierra estuvo a punto de hacer perder el control a la asistente.

—Separador.

Crujió el esternón al ser abierto por la herramienta. El respeto al ser sobre la mesa era historia. La esternotomía era amplia, exagerada para dar más espacio. La vio cortar la aorta distal, disecó después la vena cava superior hasta la porción distal de la ácigos. La vena cava superior y la inferior, fueron rodeadas con cinta y procedió a la heparinización total.

Cuando Gabriel retiró la mascarilla Estela sintió aflojar las piernas. La muchacha estaba muerta. Érica continuaba; tuvo que sentarse, la vio poner los clamps en la aorta e inyectar solución cardiopléjica. Ya no veía, oía el chasquido de las tijeras y el salpicar de sangre dentro de la cavidad torácica. Cubrieron el corazón con hielo. El paro poscardiopléjico había pasado. El lugar olía a heces y orina de la víctima.

—Ven Estela, es bueno que sepas esto.

Con dificultad se puso de pie y se paró un poco detrás de su hombro izquierdo.

—Mira, voy a cortar la aorta y la arteria pulmonar para luego seguir con las venas cavas; mira cómo se hace, ahora corto el septum interauricular y secciono la aurícula izquierda, siempre debes de retener un casquete de ésta. Listo, ¿la bolsa esterilizada?

Estela sintió que el corazón pesaba toneladas cuando ella lo dejó suavemente en el fondo.

—Colóquelo en el depósito isotérmico y tápelo con el hielo.

—¿Cómo se deshacen del resto?

—Primero quitaremos los riñones, hay uno pedido, si nadie necesita el otro, dejamos ambos al doctor.

Media hora después ambos riñones estaban en sus respectivas bolsas estériles y estas, en los depósitos con hielo pilé. Érica se quitó los guantes mientras Gabriel levantaba el cuerpo y lo colocaba en una bolsa grande de

plástico que cerró a conciencia con una jareta especial. Cargó los restos a la parte trasera del avión. Diez minutos después apareció e hizo una seña.

—¿Cuándo esté listo, capitán! —gritó a la cabina.

Un ligero chasquido metálico se oyó, después algo parecido al cierre de una puerta con sistema hidráulico. Estela se animó.

—¿Ya lo hicieron?

—Estela, tenemos dos aviones preparados para esto. Tienen una sección de doble puerta, abres la primera y colocas el cuerpo en un compartimiento mientras se cierra la puerta. Cuando está cerrada nuevamente, el capitán desde su cabina abre la segunda, el cuerpo es liberado y cae al mar.

—¿No hay peligro de que aparezca flotando en la costa?

—No, antes de poner los restos en la bolsa se corta su estómago para evitar que flote y al momento de ponerlo en la puerta falsa se hacen cortes a la bolsa. Suficiente para que la sangre salga al mar y atraiga los tiburones.

—“Es todo” —pensó Estela.

El Learjet pidió pista y se la dieron rápidamente al saber de su carga. Estela estaba nerviosa mientras la aeronave recorría en la pista los últimos metros. El aparato se detuvo a escasos cincuenta metros del lugar; desde la ambulancia corrían dos personas con bata blanca. Gabriel tomó un lado del pequeño habitáculo bien refrigerado e invitó a Estela a tomar el otro con una mirada. Estaba tranquila, bajó con su derecha agarrando el asa y con la otra la cuerda tirante de la escalera. Los dos hombres de blanco se acercaron y con un escueto: “Buenas noches, que Dios los bendiga” en un inglés tejano, salieron con su preciada carga.

—Doctora, tenemos que irnos.

Subió los escalones y oyó la escalera tomar posición de despegue. Excepto por el olor a sangre nadie podía imaginar el drama que se había desarrollado.

—Buenos días, Eduardo, ¿alguna noticia de mi hermanita?

Se acercó a su laptop y la encendió. Se estaba despertando de una mala noche.

—Hola, Eugenia. Vamos a ver si mandó algún mensaje.

—Eres bueno para dormir cuñado, son las diez y media.

—Duermo mejor solo.

La mujer soltó la risa, mientras sacaba un montón de ropa de la lavadora.

—Bueno, si mi hermana es tan fogosa como las del resto de la familia, te creo. A las mujeres de la casa no nos gusta dejar dormir a los maridos.

Eduardo soltó la risa, mientras la computadora abría su pantalla al fin.

—“Mercancía entregada, doctora en casa para mediodía”.

Dio un pequeño salto de alegría que no pasó desapercibido para la anfitriona.

—¿Apareció Estela, señor?

—Debes bañarte y estar lista para salir a pasear los tres.

—Eso me da gusto. Uno no puede evitar pensar porquerías en éste mundo lleno de narcos y asesinos, no crea usted, si tuve miedo.

—¿Entonces no me cree lo que le digo?

—Pues no, para que más que la verdad. No lo conozco a usted, después de esta visita sorpresiva de mi hermana y ese vuelo raro sin usted, más difícil. Puedo estar pobre y sola, tonta no señor, disculpe.

—No andamos en nada chueco. Ya se lo podremos demostrar más adelante, tenga fe. ¿Ya desayunó?

—No, señor, me estoy muriendo de hambre, no se desayuna sin esperar al invitado. Bueno tampoco hay mucho, pan dulce, café, licuado de banana, ¿qué se le antoja más?

—Usted haga para usted y duplique la porción, como lo que sea.

—Ah, qué suerte de mi hermana, mi ex marido era fino como si aportara mucho a la casa. Era borracho, jugaba hasta lo que no tenía, ¿y qué cree, señor?, después de divorciado el fulano venía a pedirme un peso para su vicio.

—Hay de todo en el mundo.

—Pues sí hay de todo. Me tocó de lo peorcito.

—No te juzgues tan duro, Eugenia, no es fácil sobrevivir en los países de Latinoamérica, te entiendo y sé qué haces lo que debes para salir adelante. Vive tu vida a tu modo.

—Usted ha de ser letreado, por eso entiende. Las vecinas y los cabrones del barrio no. Estamos usted y yo solos, andarán diciendo que ando puteando. Malo vivir sola y jodida.

El portazo de un auto lo disparó de la silla. Cuando Willie arrancaba el taxi ella soltó la maleta y corrió a sus brazos echa un mar de lágrimas.

—Tranquila, estás en casa, aquí está tu hermana.

Estela hizo un esfuerzo. Entró y abrazó a su hermana. Eduardo entraba un segundo después con la pequeña maleta que llevó hasta la habitación.

—Hermana loca la mía, ¿qué es eso de dejarme con ese hombre tuyo sola en casa? Recuerda que la carne es débil y los vecinos chismosos, ¿por qué

dejarlos como mentirosos?

Estela rio, dio un beso en la mejilla a su hermana para seguir a Eduardo al cuarto.

Allí lo volvió a abrazar y lloró durante cinco minutos.

—Báñate, ponte bella, vamos a pasear.

SIETE

Tras un fin de semana de buena comida y paseos por la ciudad disfrutando playas, dejaban el hotel. Bajaron a la administración, liquidaron la cuenta y un taxi los llevó a la central de buses. El paseo había terminado, el martes empezaba con trabajo nuevamente. El cansancio hacía estragos en el trío, la primera en caer dormida fue Estela, pocos minutos después su hermana. Cuando despertó estaban en la central de Barranquilla. Al llegar a casa todo era quejas, cansancio y ardor por la piel quemada.

—Tantos años viviendo aquí y no me acostumbro, en el hotel ese de Cartagena me acostumbré enseguida, que dolor Dios mío, que dolor.

—No reniegues hermana, tienes casa donde vivir.

—Eso sí —dijo encendiendo la luz.

Eduardo siguió derecho al cuarto, Estela se detuvo en la cocina. Desde que entró se dio cuenta que algo no estaba bien, dejó la maleta sobre la cama y no tocó nada. Cuando llegó le hizo señas. En eso su hermana gritaba desde la lavandería.

—¡Qué bruta soy, Dios mío! Dejé mal cerrada la puerta del fondo, suerte nadie lo intentó sino me vacían la casa. Me estoy haciendo vieja, que horror de mujer.

—¿Cómo te la pasaste, amor? —preguntó Estela.

—Bien, estoy cansadísimo. El doctor Parker quiere mercancía. Un corazón y un riñón.

—¿Dos? Mejor, para aprovechar al donante.

—¿Cómo te sientes?

—A gusto, la doctora tiene la habilidad de hacerte sentir bien. Cualquier cargo de conciencia ha sido borrado por su manera de ver el futuro.

—Me alegro. Pensé que no te sería fácil.

—No lo es, si creemos en el proyecto todo se simplifica. Me voy a bañar.

Se dedicó a revisar el cuarto, palmo a palmo. Pronto encontró lo que buscaba detrás del respaldo de la cama bien instalado sobre el nudo de la madera. Lo dejó donde estaba. Cuando Estela salió del baño le indicó que la búsqueda había sido positiva y dónde estaba ubicado el artilugio electrónico. Ella le dijo en voz alta.

—Hoy te perdono porque estamos cansados, mañana quiero disfrutarte,

mi tierra me provoca.

—Vinimos huyendo de un problema y encontramos seguridad, amigos y renovamos nuestro matrimonio.

—Haz el bien y el bien te acogerá en sus brazos.

—Hasta filósofa te has hecho, amorcito.

—¿Cómo los ves?

—Necesitamos personal de confianza, ellos parecen estar cerca de estarlo.

—¿Cerca? Me he devanado los sesos para convencerlos de lo que hacemos, ¿y crees que estamos cerca? James, están listos, lo estaban desde antes de que llegaran.

—Érica, hay demasiado en juego. Dame otras cuarenta y ocho horas.

—Tú sabes, Carlos, para mí están listos. Dos días más y otro viaje lo corroborarán.

—Así lo creemos todos. Graben estos dos días.

—¿Después?

—Cuando concretemos la siguiente operación me ayudará a definir mi estrategia.

—Así se hará.

—Yo también la vi bien cuando regresaron de Houston.

—En el viaje se descompuso un poco cuando a la donante se le extrajo su corazón y falleció, pasé por algo igual la primera vez. Después de eso actuó siempre fría y con precisión.

—Dos días.

El martes se levantaron después de las nueve a sabiendas que Eugenia se había ido a trabajar temprano. Desayunaron frutas y algo de yogurt.

—Estamos siendo vigilados, sabes cuales son los dos posibles caminos.

—Sospechan algo de nosotros o nos preparan para el siguiente paso.

—Me inclino, de acuerdo a las charlas con la doctora y tu viaje, a que nos vayan a involucrar.

Estela no pudo evitar un par de lágrimas, Eduardo la abrazó. Entonces ella soltó la angustia llorando a grito abierto durante diez minutos.

—Gracias, me hacía falta.

—Lo siento.

—Está bien, no pudiste hacer nada, ni yo tampoco. Fue algo muy cruel, terrible.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, aquí no. No me siento segura.

—Bien, tú sabes cuándo. Hay que tener cuidado en el cuarto.

—Nos acaban de dar pasaportes para ir al fin del mundo, es adónde nos pretenden llevar.

—Sigo tus instintos, vamos adentro, tenemos que arreglar la siguiente entrega.

—¿Qué pidieron?

—Un corazón y un riñón. Corazón a Dallas, riñón a Houston. Tienen tiempo.

—¿Te pasaron datos de compatibilidad del receptor?

—Deben estar en la computadora. Vamos.

Encendieron la computadora, pronto sería mediodía.

—“O” positivo, un metro setenta, sesenta y ocho kilos. Mujer.”

—¿El sexo es importante en un donante?

—No. La sangre, el peso y la altura, incluso la edad, sí.

—Vamos al cuarto a hablar de esto. Envío el pedido a nuestra gente en Barranquilla.

—¿Nuestra gente? Se oye bien.

—Seremos parte de algo grande si confían en nosotros.

Entraron al cuarto y Eduardo se acostó.

—Acabo de pasar el pedido y datos del receptor de Parker, ojalá contesten pronto.

—¿No se enojarán por qué nos fuimos a Cartagena?

—¿Por qué? Nuestro trabajo nos permite hacerlo desde donde haya una computadora y funcione mi teléfono. No importa donde estemos físicamente, si queremos pasar por turistas hay que salir. Aparte me dio gusto llevar a tu hermana, parecía un niño.

—Lo sé, gracias. Le dio gusto verme, me gusta esto de mantenerla al margen de lo que hacemos. Ella es una mujer muy simple y creyente, cuanto menos sepa, mejor.

—Estoy cansado, acuéstate conmigo.

—Deja tus juegos para la noche, veamos si contestaron. No mezclamos trabajo con placer, hay tiempo para todo.

—Me encantas.

—Ajá. Hace un año estábamos para divorciarnos, ¿recuerdas?

—La economía estaba haciendo naufragar nuestro barco. Ahora podemos avistar un futuro más benévolo si mantenemos la disciplina.

—Me alegro que pienses así. Me gusta participar en lo que creo será el

futuro mismo de hombres y mujeres casi inmortales.

—¿Crees que podamos llegar algún día?

—Mira los avances de los últimos cincuenta años. ¿Te imaginas la humanidad en cien más?

—Piensas demasiado rápido para mí, lo siento.

—Cuando oigo hablar a Érica, me dan ganas de abrazarla y decirle que me da gusto estar trabajando con alguien de su inteligencia y convencimiento.

—Sí, es un gusto.

—Nomás no te pases. He visto como la miras, cabrón.

—Puedes confiar en mí.

—Ya sabes el castigo de portarse mal.

—Vamos a ver si hay mensajes.

—“Listo el donador, equipo receptor hable de día y hora cero” —rezaba en la pantalla.

Después de tres días de paseo, playa y sol, querían estar tirados un día entero; a eso se dedicaron todo ese martes. Comieron en un pequeño restaurante cercano un par de filetes empanizados de pescado y una sopa de camarones con un par de cervezas. Eduardo y Estela no tenían sueño a las nueve y media de la noche. Tomaron un taxi y se fueron al parque Simón Bolívar por recomendación del mismo chofer. Compraron un par de helados y se sentaron en un banco, donde un grupo de árboles daban una sensación de frescura en la calurosa noche.

—¿Hasta cuándo seguirá esto?

—Llevamos un año y parece ir lento, tenemos una lista de nombres, lugares y formas de operar.

—Comparado con lo que suponemos es toda la organización, ¿te has puesto a pensar el porcentaje de lo avanzado?

—No quiero pecar de negativo cuando digo que estamos viendo la punta del iceberg.

—Es una frase muy trillada, dame detalles.

—Sabemos quién recibe y que hospitales se prestan en Estados Unidos. También quién coordina los envíos, el sistema de vigilancia usado. La línea

que se encarga de los fletes aéreos, la forma como hacen llegar órganos frescos. ¿Cómo los roban? ¿De dónde sacan un donador para cada receptor? ¿Roban un donador cada vez que un receptor aparece? He pensado y he llegado a una conclusión, que espero sea el peor error de cálculo de mi vida.

—¿A qué te refieres?

—Pueden llegar a tener una especie de “criadero” de personas. Una granja de órganos.

Estela lo miró y se acercó al bote de la basura.

—Bonita forma de echar a perder mi helado.

—Lo siento.

El silencio reinaba. Un par de jóvenes pasó caminando frente a ellos tomados de la mano, ella puso su rostro entre las manos y arrancó a llorar.

—Pueden estar vigilando.

—¡Qué se mueran veinte mil veces todos! ¿Te cuento lo más horrible de mi viaje?

—Solo si sientes que te ayudará. De lo contrario no me interesa.

—Gracias. Aún tengo en mi nariz el olor de la sangre de esa muchacha.

No le contestó, la dejó que, a medida que avanzaba la noche, desahogara su alma.

—La muchacha era negra, de ojos muy vivos, brillantes. Pelo corto a rapa. Gabriel entró y a las tres horas apareció diciendo que “estaba lista”. Sacaron un hule transparente. Lo pusieron sobre la camilla. Regresaron con la muchacha dormida y la acostaron. Érica me invitó a ver, miró su reloj, dijo algo. Yo le había alcanzado una sierra circular pequeña, aún recuerdo el sonido. Cortó la piel con un bisturí, siguió el hueso del esternón. Lo escuché crujir, miró el corazón que latía con fuerza. Vi los pies relajarse, a Gabriel con el recipiente para ponerlo. Quitaron los riñones; al final bajaron el hule con que envolvieron el cuerpo, no sin antes cortar su estómago para que se hundiera en el mar.

Otro bote de helado cayó detrás de la banca.

—¡No puedo olvidar sus ojos, Eduardo, no puedo! Era joven, llena de vida. Está muerta.

—¿Cómo la suben al avión?

—Tienen pasaportes falsos. Suben entre risas, felices.

—¿No tienen idea adónde van?

—Les dicen que una familia en Estados Unidos aceptó costear sus estudios a cambio de que les ayude en la casa. Que serán adoptados para

ayudarles a salir adelante.

—Al menos no sufren.

—Es tan terrible que entiendo a la gente que se resiste a creer que algo así pueda existir. Yo lo vi, lo viví, espero despertar y darme cuenta de que todo fue una pesadilla.

—Es importante guardar este tipo de información. Si algo nos pasa, es demasiado valiosa para dejarla flotando en una nube.

—He pensado en ello. Hay formas de guardar esto, ¿a quién se lo enviamos, a Minsk?

—He llegado a un punto de no confiar ni en mi sombra. Deberíamos hacer varias copias de video y guardarlas de tal forma que, puedan ser puestas en redes y enviadas a Interpol, FBI y prensa libre.

—Trabajemos en ello, espero no sea en vano.

—¿Te sientes mejor?

—Lamento ser tan débil, por más que me imagine lo que voy a ver, la realidad lo supera con mucho. No hay entrenamiento que te prepare para tanta barbarie.

—Estamos en ese punto medio donde queda la misma distancia de aquí al final, que al principio. Regresarnos es dejar a cientos de vidas a merced de éstos ángeles de la muerte.

—¿Crees que crean ser tan superiores que pueden disponer de vidas humanas en busca de un sueño de inmortalidad? ¿No será una simple forma de lavarnos el cerebro?

—Carlos es muy frío, práctico. Érica parece sentir lo que dice. Puede estar un poco loca, cree a pie juntillas en un futuro médico extraordinario.

—¿No piensas que podamos volvernos tan locos como ellos y terminar siendo parte de ésta nueva “solución final”?

Un perro que arrastraba literalmente a una señora de avanzada edad hizo que Eduardo la siguiera con la vista perdiendo la atención en el tema.

—¿Me oíste?

—Lo siento, no puedo contestar esa pregunta. Somos dos contra algo muy grande, debemos estar unidos y muy despiertos si no queremos volver en partes.

La medianoche estaba presente. Compraron un par de hot dogs y refresco en un puesto callejero. Caminaron un par de cuadras, hasta que pararon un taxi para regresar a casa.

El tiempo otorgado por ese país para estar como turistas llegaba a su fin.

Cinco días más y deberían regresar a Estados Unidos.

—Tenemos tres opciones, Eduardo. Una, tomamos nuestras maletas y regresamos a Houston. Dos, salimos en un viaje corto de dos o tres días a Costa Rica o Panamá, y volvemos renovando otros treinta días y tres, pedimos una extensión del tiempo ante Migración.

—Vamos a pensar, sobre todo en que nos puede ayudar cada una de las opciones. Si pedimos una extensión, de alguna manera estaremos llamando la atención del DAS. Esta gente es muy cuidadosa con esas cosas.

—¿Pensamos más?

—No. Vamos a ver que dicen ellos. Tal vez nos puedan ayudar de alguna forma. Eso nos daría más certeza de su capacidad operativa y de sus intenciones.

—Me gusta. Tenemos el problema. Les pediremos ayuda, de lo que ofrezcan depende nuestro futuro.

Estela dio un largo trago a su café.

—Si seguimos comiendo así vamos a rodar.

—Tienes razón, organizaremos ir a un gimnasio o correr en las mañanas que es cuando está fresco.

—Ok, deja enviarle un correo a Carlos. Preguntaré para cuando tendrían preparado el viaje del doctor Parker. Les diré que tenemos que hablar con ellos con cierta premura.

—Adelante. Me daré un baño.

El mensaje de Estela había sido enviado.

—“Alguna idea de cuando se enviará pedido del doctor. Por cierto, nuestra visa llega a su fin”.

—Corazón, avisé a la organización que tenemos que irnos. Nos quedan cinco días.

—¿Deberíamos viajar el lunes próximo?

—Así es. ¿Qué opinas?

—No conozco las leyes. Me gustaría quedarme más tiempo, no depende de nosotros. No quiero líos con el DAS y por otro me muero por conocer los planes de Érica.

—Tal vez ellos puedan hacer algo.

—¿Les avisaste que nos tenemos que ir?

—No, solo les puse que la visa se vencía.

—Tenemos pendiente el pedido doble de Dallas y Houston. Y la visa, dos problemas que resolver.

—¿Qué piensas ahora?

—Todo parece estar listo, a la vez siento que falta algo —masculló Carlos.

—Tú mandas, si se van perderemos un par de buenos elementos. Se ven comprometidos y ella nos puede ser de gran ayuda como doctora.

—De acuerdo. Pasemos a la siguiente fase.

—Gracias. Yo me hago cargo.

—No te harás cargo, Érica, eres la responsable de lo que con ellos suceda, ¿entiendes lo que pretendo decirte?

Una sonrisa nerviosa adornó la cara de la doctora. Los errores en ese sentido, eran castigados de acuerdo a la magnitud del desastre que causarían.

—Sabes que sí.

—Contesta su correo. No hables del embarque, invítalos a cenar esta noche.

—¿No viene Joao esta noche?

—¿Vas a dar o no el siguiente paso?

—Sí claro, disculpa. Me encargo.

—James, graba un par de días más y lo recoges.

—Así se hará.

—“A las nueve en casa, cena informal”

Estela sonrió y dio el último trago a su tercer café de la mañana.

—Cenamos a la noche en la casa de El Golf.

—Buen trabajo. ¿Algo del embarque?

—No.

—Bien. ¿A qué hora es la cena?

—Nueve.

—Excelente. Siéntate aquí cerca.

Arrimó una silla y se pegó a él. Su cabeza quedaba a la altura del hombro.

—Vamos a salir a comprar dos mini grabadoras, vas a grabar todo lo que sabes, yo también. Subiremos todo en cuentas nuevas y vamos a preparar a alguien para que dé acceso a ellas a Minsk, en caso de que... tú sabes.

—¿Nos hagan donadores involuntarios?

—Así es.

Se paró y regresó al cuarto. Volvió con un vestido que se había puesto en el viaje a Cartagena.

—Lista.

—Es posible que nos sigan. Debemos ser discretos. Compraremos en

lugares diferentes.

—No creo nos estén siguiendo todavía.

—Tal vez no con las mismas intenciones, se preocupan por nuestra seguridad.

—Más vale de más que de menos.

Abandonaron la casa de la mano, caminaron un par de cuadras y abordaron un taxi al centro. Preguntaron donde podían comprar electrónica, como radios y GPS; los dejó en un sitio llamado Radio Comunicaciones del Caribe, en Carrera 45. Como habían acordado, ella preguntaba y él trataba de detectar vigilancia. El lugar estaba tan solo que cualquier intento de seguimiento hubiera sido descubierto. Tras asegurarse de que no había nada sospechoso salieron caminando sin prisa. Entraron a otro par de negocios para asegurarse.

—¿Solos?

—Tenías razón. Tal vez con el micrófono oculto y lo que han oído, bajaron la guardia.

—¿Cuándo grabaremos?

—Después de comer, tú y después yo, nos metemos a la lavandería, dedicamos una hora a detallar lo que hemos vivido. Mientras uno graba, el otro en el cuarto estará escuchando música.

Comieron y volvieron a casa. Como lo habían planeado grabaron, pasaron todo a la computadora, luego lo enviaron a dos cuentas de correos; borrarón todo de las grabadoras y de la computadora.

—Si algo vemos sospechoso, desaparecemos la laptop.

—¿Robada?

—Es lo más sencillo.

—¿Tienes miedo?

—Continuamente.

—Y yo que me siento tan segura contigo.

—Tener miedo no me hace débil, me ayuda a mantenerme con vida.

—Faltan dos horas para las nueve, mandarán a Willie por nosotros.
¿Quién se baña primero?

—Vamos a entrar al cuarto y hacer el amor ahora mismo.

—¿Mi hermana?

—Falta una hora para que llegue, tanta inactividad puede parecer sospechosa.

—Te aprovechas de la situación.

—Totalmente.

Entraron riendo y jugando. Se dieron a una tarea muy convencional para mostrar su status matrimonial a través de un micrófono. Los gemidos y los gritos le parecieron un poco exagerados a Eduardo, por alguna razón verla cabalgando en su vientre y gritando lo excitó como pocas veces. Estuvieron diez minutos charlando de su futuro y Estela pasó al baño. En ese momento Eugenia entraba a la casa.

—¿Hay alguien por ahí?

—Sí, cuñada, Estela se está bañando.

—¡Qué rico, hacer el amor en la tarde es muy bello!

Eduardo sonrió.

—¡Me baño y vengo con ustedes corazones! ¿Cenarán conmigo?

—No, Eugenia. Unos amigos nos invitaron.

—¿Los riquillos de El Golf?

—Así es.

Oyó la puerta del cuarto de su “cuñada” y se estiró en la cama. El abanico en sus partes nobles le daba una sensación de frescura y libertad. Vestidos casuales salieron a la sala.

—¡Guau, se ven muy bien! Esos ricos podrán tener mucho dinero, pero la clase de mi hermana no la tendrán jamás y un hombre así de alto y fuerte, menos. ¿A qué hora tienen su cena?

—Pasan por nosotros a las ocho y media.

—Muy bien, media hora de charla.

—Hermana. Si por alguna razón no regresamos te voy a dejar este sobre cerrado. Hay una dirección de correo electrónico y otras tres abajo. Abres el de arriba, verás un correo que dice: “Barranquilla”. Se lo reenvías a los otros tres.

Eugenia tomó el sobre y lo sacudió en su oído derecho.

—No me gusta. ¿Legal o ilegal?

—Nada de ilegalidades. Tenemos una tarea médica en progreso y no podemos perder la información. Esos doctores deben saber lo que hemos encontrado, ya ves cómo está el mundo. Esa información vale más que nosotros.

—Confiaré en ustedes y en que nada les va a suceder. Lo guardaré con mucho cuidado.

—Gracias. Te quiero.

—Y yo a ti, hermana. Cuídense. ¡Ay que vaina! Ahora estoy de espía.

—Si todo sale bien tal vez recibas un reconocimiento importante por tu ayuda.

—¿No se puede cambiar por un cheque?

Entraron a la casa acompañados por el ama de llaves que los acompañó hasta el patio trasero, donde charlaban el doctor Salazar, Érica, Carlos y un hombre muy delgado y alto.

—Hola, amigos, ya conocen a todos, él es Joao. Lo trajimos para que Eduardo tenga una charla de altura.

Todos rieron ante la presentación de Érica. Terminadas, siguieron con el tema. La muchacha apareció con bebidas preparadas.

—A ver Joao. Nuestros amigos son ciudadanos americanos. Nacidos en México y Colombia, estudiados y afincados en Houston, Texas. Por ahora se han desempeñado como agentes de enlace entre los doctores que tienen los receptores y los donadores. Tienen un año, han dado muestras de lealtad y lo más importante, creen en nuestro proyecto. ¿Qué les puedes decir tú, que tienes en esto más de ocho años?

Estela pensó en la cantidad de víctimas en ese tiempo, mientras el hombre clavaba en ella sus ojos negros. Tenía cicatrices en la cara, secuela de un muy mal cuidado acné. Su pelo hirsuto muy corto le daba un aire de deportista de básquetbol.

—La libertad de los hombres se ha ganado a través de los siglos con millones de muertes inútiles. Solamente en la segunda guerra mundial murieron más de once millones. Todo para defender la libertad, aún no sabemos de qué la defendieron. En casi todas las guerras hay motivos oscuros, si lo analizan algún día. En la mayoría de los casos, un hombre o un grupo muy pequeño de estos, decidió de un plumazo o de un balazo, el destino de millones.

Consciente del impacto de sus palabras, dio un trago a su bebida y continuó.

—Lo que perseguimos es similar. La libertad mayor, la de vivir tanto como queramos. Cien, doscientos años. Estamos tan convencidos de estar en el camino correcto que tenemos dos cosas importantes en qué pensar. Mantener el secreto a toda costa y dejar herederos de nuestros proyectos. Es un proyecto a largo plazo, del que sus fundadores no recibiremos nada. Nuestra preocupación es la humanidad, no individuos. Si en la guerra mataron millones para demostrar que alguien estaba equivocado, que nosotros sacrifiquemos algunos cientos, miles tal vez, para demostrar que

estamos en lo cierto, se verá el sacrificio como una aportación a una causa. Tal vez yo al igual que mi colega la doctora Lazcano somos demasiado apasionados. Sabemos que el tiempo juega en nuestra contra y queremos apurar los procesos, pero a la vez estamos conscientes de que nuestros cuerpos serán polvo cuando la humanidad hable de lo que hicimos. ¿Han pensado en eso?

—¿Qué está usted tomando, Joao?

Todos rieron ante la pregunta de Eduardo, sinceramente asombrado.

—El doctor Joao les puede emparar del futuro. Ya está la cena, los invito al comedor.

Carlos hizo el corte de la charla y comenzó a caminar hacia el interior de la casa. Sentado al extremo de la larga mesa, esperó a que los invitados se sentaran antes de hacer una alocución.

—Tenemos hoy una invitada colombiana, un mexicano, un brasilero y un peruano. Por eso quise que probaran la mejor carne de Colombia hecha por un chef de todas mis confianzas.

Sin preámbulo alguno, un plato grande color blanco con un trozo de carne de alrededor de cinco centímetros de alto, una ensalada de lechuga, tomate y un exquisito olor, fue colocado al frente de cada comensal. El vino era chileno.

—El Gran Araucano Cabernet Sauvignon Reserva 1999, de un buen amigo dueño de la bodega Jacques & Francois Lurton. Es un excelente tinto, muy de acuerdo a la calidad de la carne que van a disfrutar esta noche. Buen provecho, queridos amigos.

De alguna forma tanto Eduardo como Estela se daban cuenta de que era una ocasión especial. Las manías de Eduardo pagaban dividendos. De no haber tenido la de colocar una moneda atorada en el marco de la puerta del cuarto al salir, no se habría dado cuenta de la intervención en el mismo y no habrían descubierto a su mejor aliado, un diminuto micrófono en el respaldo de la cama.

—Carlos, no conozco tu chef, desde este momento soy su más ferviente admirador —exclamó Eduardo.

—Propongo un brindis, por aquellos nuevos héroes de la humanidad.

—¿A quién diablos le importa morir después de disfrutar una cena tan especial, con un vino tan ad hoc y tan hermosa y fina compañía? —señaló Joao.

—Doctor, usted y yo tenemos gustos muy afines.

—Eduardo, por un momento pensé que sería capaz de terminar con esa res.

—Le garantizo haber hecho mi mejor esfuerzo, deberían implantarme algún estómago extra como las vacas para estas ocasiones.

La charla entre ambos tenía a todos alegres. Carlos preguntó.

—Tal vez sea una indiscreción preguntar, ¿alguien desea postre?

—Carlos, si sacas el postre no te vuelvo a hablar en toda mi vida —gritó Estela.

—Los invito entonces a una charla en la sala. Tenemos un tequila mexicano o un jerez traído directamente de España.

—Eso sí podemos y creo debemos aceptar, un digestivo es casi obligatorio después de este pecado de gula.

Érica también andaba de buen humor, la charla se desarrollaba en un ambiente de camaradería y confianza. Eduardo y Estela sentados juntos se tomaron de la mano.

El doctor Joao le habló al doctor Salazar.

—Está muy callado colega.

—No puedo evitar imaginar el mundo que viene. Siento lástima de participar en algo tan importante, para morir pocos lustros antes de que sea una realidad.

—Recuerde, en muchas partes del mundo, gobiernos ricos dedican buenos presupuestos a hacer lo mismo.

—Sí, avanzan lento. Nosotros en cambio, podemos presentar resultados en diez años más, el mundo seguramente nos crucificará cuando descubra nuestros métodos a pesar de que el ser humano no volverá a ser el mismo después de eso.

—Amigo, la historia está llena de héroes que cambiaron el destino de los hombres y que, en el mejor de los casos, recibieron una placa de bronce en algún perdido cementerio.

—Perdonen por interrumpirlos, mi curiosidad de doctora me obliga a preguntar.

Concentraron sus miradas en Estela.

—¿Qué mostraremos al mundo en diez años?

Eduardo admiró a su compañera. No dijo “mostrarán”, sino “mostraremos”. Una forma subliminal de decir, “estamos juntos en esto”. El doctor Salazar miró a Carlos antes de contestarle. Un leve asentimiento en la cabeza de este fue su autorización.

—Doctora, ustedes conocen la forma en que recolectamos fondos para nuestro proyecto. Los pasos se están dando tan rápido que algunos de ellos están quedando obsoletos.

Eduardo dio un trago a su jerez. Salazar continuó.

—¿Han oído hablar de la medicina orto molecular?

—No, doctor. Estoy algo atrasado de noticias —dijo Eduardo.

—Es una herramienta que puede alargar la vida. Se encarga de reconstituir los cuerpos, depurarlos, balancearlos y mantenerlos jóvenes, por dentro y por fuera

—Por Dios, ¿es realmente posible eso?

—Mi estimada doctora, hay quienes están haciendo pruebas al respecto.

—¿Nosotros no hacemos nada con eso?

—Doctor Salazar, permítame detallarle a esta bella dama lo que usted ha planteado grosso modo.

—Por supuesto.

El doctor Joao, dio un generoso trago al jerez y comenzó a explicar.

—No sé si ha oído hablar de Linus Carl Pauling. Fue una de las mentes más brillantes del siglo pasado, bioquímico, biólogo molecular, un gran investigador médico. Uno de los pocos hombres que ha recibido dos premios Nóbel. Esta terapia aconseja o sugiere el uso de biomoléculas de vitaminas, muy por encima de las recomendadas por la OMS o la Administración de Drogas y Alimentos.

—¿Por qué limitan el uso de esas vitaminas tan especiales, qué efectos negativos pueden tener?

—Nada está comprobado aún en ese campo, doctora. Con cantidades descontroladas de vitaminas se puede llegar a causar hipervitaminosis.

—¿Bajo qué fundamentos pueden decir que se logra rejuvenecer un cuerpo completo con esa terapia?

—No hay todavía evidencia real, se han hecho pruebas y pasarán años antes de que se puedan probar resultados. Quienes consultan padecen deficiencias en minerales y vitaminas.

—A cualquier persona con carencias, al darle dosis de minerales y vitaminas sentirá un gran cambio. ¿O me equivoco?

—No sabemos. Para que esto funcione debería aplicarse en la sangre misma o músculos, lo que la hace muy invasiva y costosa.

—¿En qué etapa de los experimentos se encuentran ustedes al respecto?

El doctor Salazar sonrió.

—Doctora Márquez, sus preguntas son inteligentes. Inicialmente la disposición involuntaria de vidas humanas podría suponer una tragedia y no una inversión.

—No entiendo.

—Hay miles de personas y millones de dólares dispuestos para tratar de probar que esas nuevas teorías de la medicina orto molecular tienen motivos para quedarse.

—¿Pero...? Siento que hablan los dos de algo maravilloso más no están convencidos que funcione, ¿cuál es el mensaje?

Eduardo pudo ver una leve sonrisa en el rostro de Carlos, que, al igual que los demás, se mantenía atento y en silencio. Estela daba batalla a los doctores. El doctor Joao da Silveiro sonrió también. Prosiguió explicando en el punto en que el doctor Salazar había dejado la charla.

—Su interés es genuino, sus preguntas incisivas, merece que le explique nuestro punto de vista muy particular que marca la diferencia con quienes corren detrás. Estamos convencidos que, para cuando se den cuenta que la medicina ortomolecular es un paso más pero muy corto, nosotros presentaremos algo que pondrá al mundo de cabeza.

—Por Dios, doctor, me tiene en ascuas —casi gritó Estela.

Carlos se puso de pie, sonriendo, dando un par de pequeños aplausos a la disertación de los doctores y el debate con Estela.

—Así se quedará, mi querida doctora. La comida estuvo deliciosa, la charla por demás instructiva y amena, es hora de un cambio de aires.

—Oh, que malo, es como un apagón al final de la película —sonrió Estela.

—Algo así, solo que el apagón fue al inicio de la película, solo ha visto usted los cortos.

—Estela, confía en Carlos. Lo que sabes hasta ahora, es como lo que desclasifican los gobiernos de su “información clasificada”.

—Mis neuronas están bloqueadas con tanta información. Es un mundo un poco elevado para un simple mortal.

—O tal vez una excelente oportunidad para dejar de ser tan simple... y tan mortal.

El cierre de Érica al comentario dio por terminada la charla.

—Amigos, mañana a las nueve de la mañana pasará el buen Willie por ustedes. Harán el viaje de sus vidas con el doctor da Silveira, una sola maleta, estarán fuera tres días.

Charlando entre todos decidieron quedarse, las comodidades eran muy superiores a las de la modesta casita de Eugenia, las posibilidades de seguirse adentrando en ese mundo cada vez más intrigante estaban allí. Durante las siguientes horas disfrutaron la alberca con trajes de baño que había en la casa. Bebieron bebidas tropicales cuidando el efecto sobre sus mentes. Estela preguntó sobre el viaje al día siguiente y el doctor Joao solo le dijo que confiara en ellos, que no se arrepentiría en su vida del mundo tan especial al que iban a ingresar.

OCHO

Eugenia estaba especialmente parlanchina esa noche, ellos cansados de la alberca.

—Hermanita, ¿cómo qué sales con una maleta y tu marido sin saber adónde? Puedes decir, que me importa, lo sé. Esto es Colombia, si no regresas, ¿qué hago yo?

—Mandas un correo y usas la ropa que dejaré.

—¡Loca, eso estás, que vaina ésta!

—Estela y yo saldremos del país tres días, para regresar con visa nueva y quedarnos contigo otro mes.

—Esto es Colombia, cuñadito. Salir de casa no significa volver, menos como ustedes, sin rumbo, claro, puede que sepan y no me quieran decir, entiendo.

Viendo realmente afligida a su hermana, Estela la abrazó fuerte.

—Hermanita, nos veremos aquí en tres días. Te lo juro.

—Ay, ¿para qué juras? Dios los cuide, si pueden me hablan mañana o pasado.

—Lo haremos o te mandamos un mensaje.

—Esa cosa la enciendo cada vez que tengo tiempo para mí o sea nunca. Es una herencia de mi hija que me habla y me dice, “mami te mandé fotos”, ahí estoy peleándome con esa cosa para verlas. La veré todas las noches, por si acaso.

Fueron a dormir.

—¿Sabes qué me preocupa? —preguntó Eduardo, señalando el “oído electrónico”.

—No si no me dices.

—Nadie mencionó nada de los órganos para el doctor Parker.

—Si nosotros vamos con el doctor Joao quién sabe adónde, supongo Érica se hará cargo de esa parte o la dejarán para cuando regresemos.

—Esto de trabajar entre tanto cerebro privilegiado me hace sentir un lastre. Yo sin ti no soy nada, eres el negociante, sabes cómo moverte para protegerme, somos pareja y seguiremos siendo, estamos en una organización fuerte y con metas a largo plazo.

—No creas, a veces uno duda. Será tal vez porque no tengo tus

conocimientos. Cuando debatías con los doctores yo estaba como el chinito, nomás mirando.

—Te entiendo, estoy cansada de alberca y de piñas coladas. Mañana te explico de forma que entiendas lo que significa tanta palabrería científica.

—¿Te vas a dormir entonces?

—Sí.

—¿Así nomás?

—Duérmete tú también por favor.

—Bien, se suspende la noche planeada.

—Claro.

Carlos sonrió. La charla de los esposos se le había hecho más razonable. Dudas, preguntas y detalles que le daban seguridad sobre las decisiones tomadas con ellos.

—Gracias James, puedes irte.

—¿Seguimos grabando?

—Ya no. Procura recuperar el micrófono.

A las nueve el ya conocido sonido del claxon del taxi de Willie los llamó. Saludaron al moreno que les anunció que iban al aeropuerto, que si traían todos sus papeles.

—Traemos pasaporte y algunas tarjetas, ¿adónde vamos?

—A ver al vecino del sur, señor. Perú.

—¿Perú? ¿A qué parte?

—Ni idea. Nomás me dijeron que no les falten documentos.

El taxi tomó rumbo al aeropuerto, en poco más de cuarenta minutos estaban en él. Cómo la vez en que Estela había viajado con Érica a Houston, James los esperaba y los guio adonde esperaba un Learjet, que ella enseguida distinguió del otro por su color rojo bermellón. Joao da Silveira estaba sentado en uno de los asientos del frente, viendo hacia atrás; Eduardo y Estela saludaron sentándose juntos frente a él. La puerta seguía abierta.

—¿Cómo está, doctor?

—Bien, Estela, gracias.

—¿Falta alguien más?

—El doctor Salazar llegó al aeropuerto, ahora que venga nos iremos. Puede poner la maleta en la parte de atrás.

—Gracias, doctor —dijo Eduardo.

—Buenos días, una disculpa, me tocó tráfico —señaló el doctor al sentarse.

—No se preocupe, estamos a tiempo. Avisemos al piloto.

Avisado, el copiloto abandonó su sitio para recoger la escalera y cerrar. James dio media vuelta y se perdió detrás de la puerta de vidrio que le permitía ingresar a las salas de espera. Los motores comenzaron a calentarse.

—Este viaje nos tomó de sorpresa, ¿podemos preguntar adónde vamos?

—A Iquitos.

—¿Qué hay en esa ciudad que sea importante para la organización?

—El corazón.

Estela lo miró a los ojos y sonriendo como solo ella sabía hacerlo cuando hacía una pregunta capciosa, preguntó:

—¿El cerebro es Barranquilla?

—No.

El seco no del doctor Joao y el comienzo del carreteo del avión la distrajeron. Eduardo acarició el dorso de su mano y miró por la ventana; en contados segundos despegaban.

—¿Cuánto tiempo se hace de vuelo a Iquitos?

—Dos horas. Depende del humor del piloto y clima. Llueve mucho en esa ciudad.

—¿Dónde está ubicada? ¿Cerca del mar?

—No Eduardo, es la mayor ciudad del mundo sin acceso por tierra a otras ciudades. Tiene cerca de medio millón de habitantes.

—¿Y aparte del avión cómo se mueve la gente?

—Está pegada al Amazonas, rodeada por el río Nanay y el Itaya. Se mueven por agua.

—Ha de ser interesante vivir rodeado de selva y agua. ¿Cómo es, doctor?

—Es una ciudad nacida en la época de la fiebre del caucho. Fundada allá por el 1757 más o menos y que ha cambiado de nombre unas siete u ocho veces. Es habitada por indígenas de las tribus boráa, witoto, agua, tikuna, ocaína y kukamas.

—Son mayoría, pero siguen sintiéndose inferiores.

—Si lo miras desde nuestro punto de vista, buscan esconderse de la ley ante un problema, prefieren arreglar ellos sus cosas. Suelen ser buenos candidatos a donantes.

—Pues visto así se oye mejor. ¿Y qué tiene en esa ciudad la organización?

—Ya verás. Es la quinta ciudad del país, capital de la provincia de Maynas y del departamento de Loreto. Le dicen la Capital de la Amazonia

Peruana.

—Suena extraño que una ciudad de ese tamaño solo pueda ser visitada por aire o por vía fluvial.

—Hay una ruta a Nauta, no hace más que conectar algunos pueblos con Iquitos. Gracias a la aviación y la promoción turística está siendo conocida en el mundo. La gente que gusta de los pueblos indígenas y ver la naturaleza salvaje que la rodea llega hasta aquí desde Panamá, donde salen la mayoría de los vuelos a la región.

—Excelente.

—No la conoceremos mucho, vamos a un lugar a veinticinco kilómetros del aeropuerto, en la selva.

—¿Iremos por río entonces?

El doctor Salazar sonrió ante tanta curiosidad.

—Vamos a aterrizar en cinco minutos, señores. Disfruten el pulmón del planeta.

El avión dio una vuelta sobre el lugar mostrando verde cortado por el café oscuro de los ríos. El Amazonas, que gracias a la información satelital se había convertido en el río más largo del mundo, ganándole al Nilo por más de trescientos kilómetros, era el amo y señor de las vías fluviales. Enderezó a la pista de 2.500 metros del aeropuerto internacional “coronel Fap. Francisco Secada Vignetta”. Los cuatro pisos de la torre de control y sus catorce metros de altura dominan el paisaje de la única pista de cuarenta y cinco metros de ancho.

Pasaron el relajado control de migración y visitaron los baños antes de seguir su viaje. Apareció una camioneta Subaru, algo antigua, abrió su puerta lateral para que subieran.

—Bien, José, directo a Llanchama.

—Sí, señor, iremos despacio porque ha llovido mucho, hay escurrimientos de agua en la ruta.

—De acuerdo, no hay porqué correr. El paisaje es hermoso.

Zungaro Cocha, puerto Almendra y Ninarumi, comunidades pequeñas de indígenas, fueron dejadas atrás al paso de la camioneta.

—Sí pasaran un mes sin cortar las ramas, la ruta desaparecería. Así de voraz es la selva.

—Estoy maravillado con esto, ahora entiendo lo de pulmón del planeta.

Cuarenta y cinco minutos más tarde llegaban a Llanchama. Según José, se encontraban en la frontera de la reserva allpahuayo-mishana.

—En esta comunidad indígena hay pájaros que aún la ciencia no clasifica, verán que todo el piso es arena blanca y árboles que muchos humanos no han visto jamás. Hay unas quebradas con agua clara gracias al piso de arena. Si quieren pescar pueden ir al Lodge Amazon Llanchama, al otro lado del río Amazonas, se come bien y la fauna y la flora son increíbles.

—¿Nos puede dejar en el embarcadero? —sugirió Carlos, fastidiado de la charla.

—Qué bueno que me hacen caso, digan por favor que los envió José. Me permiten ir un fin de semana con mi esposa e hijos, cada veinticinco personas que les mando.

—Eso haremos, José —le palmeó Eduardo en la espalda, mientras se aprestaban a bajar en el precario muelle. Caminó con la maleta unos veinte metros y el río color chocolate, rodeado de una exuberante muralla verde llena de vida, le quitó el habla.

—¡Qué belleza, amor!

—Podría pasar aquí seis meses.

—No aguantaría ni un fin de semana si los mosquitos se lo proponen.

Una canoa con un lugareño desnudo de la cintura para arriba estaba amarrada a un palo en la orilla; el doctor Salazar hablaba con él, quién después de la charla emitió un silbido largo y agudo. En contados minutos otra canoa apareció de la nada y se estacionó al lado. Un sonriente muchacho, seguramente su hijo, se lanzó al agua y tomó las maletas.

—Cuidado al subir, no se queden parados, siéntense en el fondo.

Pronto estaban las dos canoas con tres pasajeros cada una, listas para cruzar el río. Llegaron frente a otro muelle de madera; donde esperaban dos personas, a juzgar por la vestimenta eran empleados del Lodge. Conocían a los doctores pues los saludaron efusivamente y pronto estaban en poder de las maletas. Eduardo y Estela seguían al grupo, en medio de un coro de chillidos de monos pequeños en las ramas de los árboles y el canto de diversas aves. Cuando Estela entró al cuarto se dio vuelta y soltó una risa franca y espontánea.

—¿Qué pasa? —preguntó Eduardo sorprendido.

Ella señaló las paredes por donde entraba aire y luz, entre las rendijas de la madera. La ventana estaba cerrada y abajo había un letrero que aconsejaba dejarla así, por los monos y los mosquitos.

—¿Los mosquitos no pasan entre esas rendijas acaso?

—El colchón parece cómodo.

—Todo huele extraño.

—Todo está húmedo, todo el año. ¿Cómo querías que oliera?

Sentada en la cama vio el abanico en el techo, se paró para jalar la cadena de encendido. Con un leve chirrido y un paso desacompasado, arrancó; el aire al menos se movió. Eduardo había ocupado la otra cama, miraba el austero cuarto y su precario mobiliario. Entró al baño y solo vio una taza desde la que se veía pasar por abajo el agua del río. Sonrió, observó la ducha. Un tubo oxidado sin ningún tipo de artilugio que pudiese enviar una lluvia.

—¿Qué tal el baño?

—Cumplirá con su función.

—¿Hay ducha?

—Ahá. Pero dudo que haya agua caliente.

—¿Cómo sabes eso?

—Hay una sola llave.

—¡Qué horror! ¿Cuál será la idea de traernos aquí?

Eduardo hizo una seña. Las paredes no parecían ser seguras para hablar de más.

—Hasta el momento todos sus movimientos han tenido razones válidas. Lástima no traer cámara de fotos, ¿viste el color de algunas aves?

—He dedicado mi vista a mirar el piso y evitar que una gran anaconda me trague.

Ahora fue Eduardo quién soltó una risa cristalina.

—El lugar parece estar solo.

—Así es, quién sabe cuál será la época de turismo por aquí.

—Sí por mí fuera no existiría este lugar, no es para nada mi modelo de vacacionar.

—Mujer, el ser humano se ha hecho tan cómodo en las grandes urbes que ha perdido el contacto con la madre naturaleza. Hasta en Houston, respiramos oxígeno liberado por esta flora grandiosa.

—¿Ves que tengo razón? ¿Qué necesidad de venir hasta aquí si el oxígeno llega hasta allá?

Estela no estaba a gusto, mantenía el humor mordaz. Media hora después alguien tocó la puerta. Eduardo abrió.

—A comer, muchachos.

—Ahí vamos, doctor.

Cuatro platos sobre una mesa de madera rústica, una gran jarra de algún jugo de frutas; era todo. En pocos minutos estaban los cuatro sentados y el mismo que atendía en el mostrador era su mesero. Apareció con cuatro pescados enteros, fritos con ajo y alguna hierba de la región, guarnición de frutas y arroz blanco.

—¿No hay menú? —preguntó Estela.

—Agradece que avisamos con tiempo sino ni esto habría.

El doctor Joel sonreía ante la cara de infortunio de Estela. Eduardo echó mano del pez.

—Delicioso, llámese como quiera, su sabor es genial.

Estela no tuvo más que comer lo que había. Al final los cuatro platos estaban limpios. El doctor Salazar llamó al muchacho, pidió que les trajeran cuatro litros de agua. Eduardo se extrañó, el jugo de mburucuyá le había parecido sabroso y refrescante.

—Cada uno tome su agua. Nos vemos aquí en media hora. En el baño hay repelente de insectos, báñense con él. Haremos una caminata por la selva, poco más de veinte minutos. Pantalones largos para protegerlos de los insectos, camisa de manga larga y zapatos o botas cómodos. Sin teléfonos, ni cámaras o algún otro aparato electrónico.

El tono de voz había sido más que invitante, amenazante.

—¿Caminar en la selva? ¿Qué hay de los animales, los leones y esos bichos?

—Estela, en esta selva solo hay jaguares Y lo que menos quieren es un encuentro con un ser humano. Si te vas a preocupar por algún animal, que sean los chiquitos. Mosquitos, jejenes o similares. No tengas miedo.

—El miedo ha quedado atrás, corazón.

—Me alegro.

—¡Pero del terror más descarado! Me estoy orinando.

—Ve al baño, si muestras tus nalgas blancas en la selva, los zancudos se darán un banquete.

—Prométeme, si una anaconda me va a comer le cortarás el pescuezo.

—Te lo juro solemnemente.

Cuando entró al baño, Estela cerró la puerta. Eduardo se tiró en la cama. Enseguida se quedó parado de un salto ante el grito de terror. Entró al baño de un golpe y la vio arrinconada, señalando una enorme araña que caminaba por la taza. Soltó la risa, empujó al animal que cayó al interior y de ahí al agua.

—Tranquila, era solo una araña. Ya puedes orinar.

—Ya no es necesario.

Miró al piso y vio que tenía razón. Los monos no se conformaban con chillar ante el paso de los cuatro hombres y la mujer por la brecha. Estela estaba aterrorizada, agarraba la mano derecha de Eduardo con la fuerza de una tenaza metálica. El hombre desnudo de la cintura para arriba que abría camino a machetazos, reía continuamente ante los gritos de miedo. Los doctores caminaban sin queja alguna. Iban al frente detrás del indígena. Una hoja grande se atoró en el hombro de Eduardo, cuando se soltó dio de lleno en la cara de Estela, que gritó y soltó su mano quedando sentada en el piso. Al bajar la mano, una pequeña rana roja con patas negras, saltó y provocó que, tras un segundo grito, saltara como resorte a los brazos de su compañero. Veintidós minutos después una malla metálica interrumpió el paso.

“Taller de Estudios de Flora y Fauna de la Fundación Devlin”.

El hombre al frente se hizo a un lado; el doctor Joao se adelantó abriendo el candado inoxidable que mantenía la seguridad de ese lugar. Eduardo no veía nada más que árboles. Entraron y el indígena quedó afuera; cuando el candado volvió a cerrar el lugar, dio media vuelta y fue devorado por el monstruo verde. Por un camino de unos treinta metros, empedrado, caminaron hasta llegar a una construcción de cemento. Aproximadamente unos cuatro de ancho por seis metros de largo y dos y medio de altura. Techo de lámina galvanizada y puerta metálica con doble cerradura. Sin ventanas. El doctor Joao se hizo cargo de la puerta, abriendo ambas cerraduras. Bajaron unos seis metros por una escalera iluminada con focos de luz blanca, pronto estuvieron en un sótano con paredes de cemento y barras de luces de LED en el techo. La curiosidad hizo que Estela hablara al fin.

—¿De dónde llega la luz hasta aquí?

—De dónde deberá llegar a todas las casas del mundo dentro de cincuenta años — señaló el doctor Salazar— del sol.

—Pregunta estúpida.

Como nadie opinó, supuso todos estaban de acuerdo; los odió con toda su alma. Era el peor día de muchos años, tal vez de todos los años de su vida. Estaba asustada, enojada y sudada hasta la desesperación. El doctor Joao se detuvo en otra puerta de metal. Tocó un timbre al lado derecho. Una mirilla se descorrió desde el interior, pronto un par de chasquidos, anunciaban la apertura de esa puerta de seguridad.

Eduardo y Estela podían haber imaginado cualquier cosa, a cuál más disparatada; lo que encontraron superaba cualquier imaginación. Era una galería subterránea de al menos sesenta metros de largo por unos treinta de ancho. Había en una pequeña oficina a la derecha, lo que parecía una radio de onda corta, después una cocina. Al mirar el techo, se notaban sistemas de ventilación y el cableado que traía la luz desde paneles solares. Al fondo, otra puerta parecía dar hacia alguna parte. Una mujer regordeta, morena y ojos pequeños como un cerdo, saludó con una sonrisa al doctor Joao primero, a Enrique después. Cuando les presentaron a Eduardo y Estela, lanzó un pequeño gruñido de asentimiento y se encaminó a la sala de radio.

—Avisa que llegaron bien.

Otra mujer en la radio mandó el mensaje y, dejando sus auriculares a un lado, se incorporó al grupo.

—Ella es Tatiana, junto a Zulema se encargan del centro de rehabilitación.

Estela la saludó sonriendo, la muchacha devolvió la sonrisa. Eduardo asintió con la cabeza. Un ruido suave y continuo le indicó que en alguna parte funcionaba un sistema de renovación de aire, con eso se explicaba la falta de olores en un lugar tan encerrado. Todas las puertas de los cuartos, tenían candado por fuera y por la ventana de cada uno, de un metro por un metro más o menos, solo se veían lo que parecían ser literas. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

—Esto señores, es nuestro centro más pequeño de personas esperando adopción de alguna familia piadosa. Están separados por grupos de sangre y por edad. En cada cuarto hay un registro donde se especifica la altura, el peso y el tipo de sangre de cada individuo. Antes de llegar aquí, fueron revisados para asegurarnos de no tener diabetes, SIDA o alguna otra enfermedad que por sí sola pueda causar rechazo.

Estela se recuperaba rápidamente.

—¿Qué hacen con una persona que no es apta para ser donador? ¿Dónde se hacen las pruebas?

Joel sonrió ante la pregunta de la doctora Márquez.

—Las pruebas se hacen dentro de las siguientes doce horas después que el donante es convencido, si da positivo en alguna de las pruebas se le deja ir de inmediato. Eso se hace en ciudades o pueblos que tengan la capacidad de procesar estos exámenes.

—¿Qué tanto saben ellas?

—Esto es un centro de protección a hijos de personas cuyos padres han sido desaparecidos por la guerrilla o el narco. Deben decir a los muchachos que sus padres están muertos, convencerlos a través de charlas de que están esperando que una familia los adopte en los Estados Unidos, para ser llevados allá.

—¿Si la edad pasa y no coincide con ningún receptor?

—Ha sucedido solo un par de veces. Lo hemos mejorado, buscando donantes más jóvenes y además son más dóciles y fáciles de convencer.

—¿Hay más centros como este?

—Este es el más pequeño de todos. Solo tenemos ahora cincuenta y dos. En Putumayo está el más grande, la presencia de las FARC en esa zona nos garantiza libre tráfico. Es una sociedad un poco simbiótica, cuando la conozcan les contaré. La otra está en ciudad de Buenos Aires en Argentina, ahí movemos poca mercancía, es donde tenemos el laboratorio más moderno del mundo.

—¿Nunca ha habido un intento de fuga?

—Sí. Uno en Argentina y dos aquí. El de Buenos Aires se controló enseguida. Los dos de aquí huyeron y nos causaron grandes problemas, al final logramos convencer a las autoridades de que era un centro de enseñanza de flora y fauna para muchachos desamparados.

—¿Cómo los convencieron? ¿No hablaron con los muchachos?

—Sí, con una veintena que teníamos arriba. Los de aquí abajo jamás se enteraron de que vinieron a inspeccionarnos.

—Mandaron a los oficiales más tontos a revisar —opinó Eduardo.

—No, a los más corruptos.

Así se entendía la falta de voluntad de las autoridades. Corrupción, un mal que corroía a Latinoamérica. Llegaron a la puerta del fondo, Tatiana corrió hacia ellos y abrió la puerta.

—Cierra, Tatiana, no volveremos.

—Sí, doctor.

—¿Las muchachas que cuidan no hablan?

—Ellas son seis en total, trabajan ocho horas por día y se turnan los domingos; les pagamos cinco veces más que el promedio de la zona, no hablan.

—¿Si alguna hablara?

—Tenemos agentes en los pueblos, que oyen cosas y toman medidas. Una vez una tomó pisco de más y se le fue la boca, se ahogó esa noche camino a

casa.

Cerraron la puerta detrás de ellos y entraron a un cuarto más pequeño. Había cientos de cajas de medicinas, dos grandes refrigeradores y tanques de gas. Quién había diseñado los sistemas de ventilación, era gente ingeniosa. Otra escalera los subió tres metros y quitando un pasador interno la puerta abrió hacia afuera. Golpeó sordamente y salieron al aire libre. Al cerrar la puerta por donde habían salido, el doctor echó tierra en las orillas, solo un ojo experto podía darse cuenta de la puerta falsa. Todo estaba perfectamente organizado, pero sin la corrupción de autoridades no era posible tener un sitio así.

—Cuándo un receptor pide un órgano, buscamos en los dos centros de adopción, el más compatible. A veces hay más de uno, se elige al de mayor edad.

—¿Es tan sencillo conseguir documentos falsos para todos acaso?

—Señor Márquez, bienvenido al mundo real. Con doscientos dólares y veinte minutos de su tiempo, en la plaza Santo Domingo de México D.F. usted tendrá un acta de nacimiento y una credencial de elector falsificadas, bien falsificadas, ambos son documentos oficiales. Por toda la calle República de Brasil hay decenas de falsificadores que te venden todo, títulos de carreras, certificados, facturas, actas de matrimonio o divorcio.

—Con partida de nacimiento y credencial de elector, tienes acceso a todo el aparato gubernamental, incluyendo un legítimo pasaporte mexicano.

—Así es, cuándo vayamos a Colombia, les enseñaré que ahí también hay como hacerse de un pasaporte colombiano.

—¿La ley en esos países no hace nada?

—Sí hace, protege y agarra porcentajes. En el 2010 la Procuraduría de Justicia del D.F. emprendió una cacería e hizo más de mil averiguaciones previas, agarraron a muchos que a los pocos meses estaban trabajando en lo mismo.

—Voy a tardar un tiempo en regresar a Estados Unidos. La palabra libertad está siendo redefinida en mi mente.

El doctor Salazar sonrió ante la frase de Eduardo. La noche caía, Estela estaba callada. Solo ella sabía el miedo que le causaba esa aterradora oscuridad y los sonidos de la selva. Un silbido largo se dejó oír.

—Vamos, llegó el guía.

Regresaron de noche por donde habían venido. Para ese entonces, la sed y el hambre eran dueños de todos; Eduardo había racionado su agua y la

compartía con su compañera.

—Aguanta, caminar de noche se hace siempre más corto.

—Me estoy orinando.

Se dejaron adelantar un poco por los demás y la ayudó a que hiciera su necesidad tomándola de las manos. Para cuando acabó de sujetarse los pantalones, de los tres hombres no se oía nada. Hasta Eduardo sintió una punzada de miedo en el estómago.

—¡Esperen, por favor!

—Agárrate de mí cinturón, no te sueltes, baja la cabeza y sígueme.

Arrancó a caminar con los brazos cruzados frente a su cara empujando a oscuras, tratando de ver la linterna del guía u oír sus machetazos. Caminaron así durante un tiempo interminable, sintiendo la respiración mezclada con llanto de Estela detrás. Cuando empezaba a desesperar, chocó con algo blando. Tanto él como Estela gritaron. Las carcajadas de los tres hombres retumbaron en la noche alborotando los monos y los pájaros.

—No se separen, esto es la selva.

La voz del doctor Joao, se sentía agresiva, enojada.

—Estela tuvo que ir al baño.

—No se separen, avisen antes. La selva no es un paseo por el parque.

Para beneplácito de Eduardo y su compañera, en poco más de cinco minutos avistaron las luces del Lodge. Estela se desprendió del grupo y corrió despavorida hasta entrar al lugar, ante la mirada atónita de los encargados. Los doctores rieron e invitaron a Eduardo.

—Dense un buen baño con agua fresca y en una hora nos vemos en el comedor, atiende a su esposa, al parecer es un animalito urbano.

—Si no se divorcia esta vez, aguantará toda la vida.

En la cena no estuvo presente. Estaba realmente cansada, agotada no solo de caminar, sino de aguantar su miedo ante una senda desconocida, mientras la mente jugaba a presentarle uno y mil peligros. Eduardo la disculpó y pidió al muchacho que los atendía que le preparara una cena para llevar al cuarto. Mientras charlaba con los doctores.

—Tengo algunas dudas. No sé si será oportuno el preguntar ahora —dijo mirando de reojo a los empleados.

—Es nuestro Lodge, nuestros empleados. Sea discreto en las palabras.

—Bien. ¿Cómo sacan a alguien de aquí una vez por semana o dos, sin que nadie haga preguntas?

—En primer lugar —se adelantó Enrique Salazar— solo sacamos gente de noche. Aunque no lo crea, mucha gente de este pueblo duda que esto exista.

—Es que es un engrane muy delicado, una pieza que se rompa y la maquinaria puede detenerse, ¿cómo se protegen de eso?

—Discreción. Las muchachas que cuidan abajo están encantadas de cuidar a la gente.

—Hacen una cadena de trabajo con eslabones independientes, si pescan a uno difícil lo asocian al resto.

—No tengo que decirle que la gente donadora está siempre medicada para estar tranquila. Una vez a la semana se sacan de a una un par de horas. Ustedes no vieron nada, dentro de la selva hay dos personas que se turnan, evitando que alguien “pueda atacar” el complejo.

—¿En el aeropuerto?

—Sale una persona con papeles en regla, en pedido de adopción desde Estados Unidos o Canadá. En el aeropuerto el personal es conocido y “ayudado económicamente” por la fundación.

—Mis miedos se esfuman. ¿Cuál es el plan para mañana?

—Volaremos a Putumayo, territorio de las FARC.

Eduardo terminó la cena y saboreó su segunda cerveza Pilsen Callao. El muchacho le traía la cena de Estela, así que se puso de pie y se despidió de los doctores.

—Los dejo, aquella ha de estar echando chispas, por cierto, ¿cuándo seguiremos la charla de la medicina orto molecular o algo así? Estaba interesante.

El doctor Joao estaba cansado, se paró para retirarse, palmeando el hombro de Eduardo.

—Preguntar poco ayuda a vivir mucho, amigo. En dos días sabrá de qué estamos hablando.

—Disculpe, ¿mañana a qué hora?

—Nos levantamos a las siete. Desayunamos a las nueve en el aeropuerto.

—Descansen.

—Igual.

Estela roncaba vestida, con una bota puesta y la otra tirada al lado de la cama. No pudo dejar de sentir un poco de compasión, se había portado a la altura de las circunstancias; no había entrenamiento en el mundo que preparara a alguien para ver a personas como animales, encerrados,

esperando su sacrificio. Dejó la charola con la comida y el refresco sobre la cama y se sentó a sus pies. Desató la cinta de la bota, la sacó con cuidado. Luego quitó la calceta, vio el tobillo lastimado. Revisó el otro pie, no estaba mejor. Aplicó crema de árnica con suavidad en las partes heridas. Se metió al baño. Al salir estaba sentada en la cama, con los pies colgando.

—Gracias.

—No quería despertarte, lo siento.

—No estaba dormida, tomaba valor para quitarme la otra bota.

—Roncabas.

—¿Ah sí? Entonces me ganó el cansancio.

—Cena, está rico.

—¿Qué es?

—Solo conocí los frijoles y el arroz.

Nada más probarlo, la comida desapareció en minutos.

—Estaba muerta de hambre.

—Ahora sí, acuéstate, nos llaman a las siete.

—¿Tan temprano? ¿Adónde vamos?

—Colombia.

—Por Dios, no estoy segura de aguantar algo parecido dos días seguidos.

Eduardo le hizo una seña de hablar bajo.

—Mira mis pies. ¿Crees que volvamos a caminar tanto?

—No caminamos mucho, tus botas están nuevas y con la terrible humedad, tus calcetines levantaron las ampollas.

—No tengo otras.

—Con esa pomada te va a ayudar, tenemos dos doctores a nuestra disposición.

—Estúpido, se lo que necesito. Soy doctora.

El desayuno fue ligero, fruta, jugo de mango y algo de pan tostado. Todos habían descansado, el grupo estaba más animado. Incluso Estela, cuyos pies ahora traía enfundados en unas zapatillas ligeras de lona, andaba de buen humor.

—¿Cómo se encuentra, Estela?

—Muy bien, Joao, un recordatorio de que debo hacer más ejercicio.

—La doctora necesitó atención.

—Así es, me sentía fatal, malhumorada, asustada, picada por mosquitos, la selva no es mi mundo.

Todos rieron. En la puerta apareció el mismo piragüero del día anterior; a una palabra del doctor, fueron por su maleta y salieron del hotel agradeciendo las atenciones. Llegaron al aeropuerto pasadas las diez y media. Veinte minutos después despegaban. El vuelo duró una pequeñísima siesta de Eduardo. Aterrizaron en el aeropuerto de Puerto Asís, departamento del Putumayo. El puerto estaba localizado en la margen izquierda del río cerca de la desembocadura del río Guamúz. A noventa kilómetros al sur de la ciudad capital de Mocoa.

El pequeño aeropuerto Tres de Mayo, operaba sobre todo aviones privados de las petroleras y aerolíneas como LAN en aviones pequeños.

—¿Qué influencia tienen aquí las fuerzas revolucionarias colombianas?

—La verdad es que todavía son fuertes, aunque tienen ahora alrededor de 10.000 hombres, nada que ver con su pasado. Desde los tiempos de Manuel Marulanda, el Tirofijo, han desertado por miles. Después de la caída del Mono Jojoy, cuando lo mataron en un bombardeo supervisado por los Estados Unidos, se siguen dispersando.

—Me gustaría saber la historia como usted.

—No me sé la historia de todas partes, solo de las que se involucran en nuestra operación, algo elemental, amigo Márquez.

Subieron a una camioneta Toyota doble cabina y arrancaron. Después de unos quince minutos rumbo a Mocoa giraron a la derecha, ingresando en una brecha en malas condiciones. El viaje duró menos de media hora. En medio del verdor que amurallaba los laterales de la senda, apareció una pared sólida y una puerta metálica de seis metros de ancho y cinco de altura, al igual que la barda. En la parte superior, había unos brazos metálicos que sostenían tres alambres de púas y una línea de concertina. Una pequeña ventana se abrió en la puerta.

El chirrido del metal al ser arrastrado anunció que la puerta se movía, dejando el paso libre a la camioneta. Sobre la puerta de la oficina, rezaba un letrero: “El Trabajo Libera, aprende un Oficio”

Al entrar, un sujeto alto y delgado los recibió.

—Doctor, bienvenidos.

—Hola, Nacho, ¿cómo está todo por aquí?

—Tranquilo. Ha habido algunas incursiones del ejército al norte.

—Ellos son el señor y la señora Márquez.

—Mucho gusto.

—Vamos a ver una barraca. ¿Cuál está disponible?

—En realidad todas están ocupadas, la cuatro está más tranquila.

Caminaron rumbo a la zona de barracas. Al llegar vieron que estaban construidas sobre pisos elevados para protegerlas de las inundaciones. El techo era de hoja de palma, por dentro estaban frescas. Había plantas de bananas y jardines bien cuidados. Un letrero indicaba “Taller de Carpintería”. Vieron el tendido de una red eléctrica y una antena alta de comunicaciones. Un plato de unos tres metros de diámetro anunciaba la posibilidad de tener internet. Al llegar la puerta se abrió, una señora corpulenta saludó.

—Adelante, buenas tardes.

La señora parecía tensa, nerviosa. Estela le sonrió, la guardia bajó la mirada al piso.

—“Esta gente tiene mucho miedo a los doctores, ¿sabrán de qué se trata esto?”

Su pensamiento se borró cuando ingresó al lugar. Había literas divididas entre sí por una pared de algún tipo de bambú. Frente a cada litera había un abanico, pues el de techo solamente lograría ayudar al que durmiera arriba. Logró contar veinte literas en la fila de la derecha. La de la izquierda era gemela.

—“Diablos, hay ochenta en esta barraca”.

—Esto es una barraca modelo. Aquí viven muchachos del mismo sexo, aunque diferentes edades y pesos. Otra característica es que tratamos de tenerlos a todos separados por tipo de sangre. Hay capacidad para ochenta, tienen baños con duchas. Desayunan en un área común en dos turnos. Cada turno tiene capacidad para albergar ciento sesenta sillas.

—¿Dónde están ahora? —quiso saber Eduardo.

—Están distribuidos en talleres o en la zona agrícola, que es la que más mano de obra requiere.

—¿Los hacen trabajar todo el día?

El doctor Joao creyó percibir un dejo de reclamo en la voz de Estela, giró para enfrentarla viéndola a los ojos.

—No, doctora, trabajan cinco horas por día. Suficiente para que no piensen demasiado. Después de eso, toman clases de dibujo, pintura o alguna otra habilidad que deseen desarrollar. Comen a las dos de la tarde, después de eso el día es de actividades voluntarias.

—¿No hacen deportes? Eso tendría un doble propósito. Los distraería y los haría más fuertes.

—Un comentario de nivel, doctora. Si practican deportes. Tenemos dos

canchas de básquet, una de voleibol y la infaltable cancha de fútbol. Para las damas hay talleres de corte de pelo y otras actividades.

—¿Nadie ha pedido escribir a casa?

—Cuando insisten los dejamos, sus cartas nunca son contestadas.

Salieron por la puerta de atrás, pasaron a un lugar donde había una lavandería y se podía planchar.

—Aquí ellos producen el total del alimento que consumen. Son diez hectáreas con barda alta, donde siembran hortalizas y papas; en aquella construcción de la esquina, hay criadero de gallinas, algunos puercos y ovejas. Como ven están ocupados, bien alimentados, sobre todas las cosas, preparados para demostrar que aprenden cosas en caso de una visita de algún organismo no gubernamental.

—¿No gubernamental? ¿Quién puede venir a un lugar así, escondido en medio de la selva, sin una denuncia?

—No ha habido denuncias. Para eso debería haber alguna fuga.

Eduardo se aventuró mirando al doctor Salazar.

—¿Nadie lo ha intentado o nadie lo ha logrado?

—Nadie lo ha logrado.

—¿Qué sucede en esos casos?

—Se desperdician órganos valiosos. Los devora la selva.

Estela vio una docena de puercos y unas seis ovejas de lana muy corta. Lo que más abundaban eran los pollos y algunos patos.

—¿No son muy pocos animales para alimentar a tanta gente?

—No se hacen carnes asadas, sopa, guisados. Es mejor si no comen mucha carne.

Detrás de los corrales había otra construcción. En color verde se disimulaba con la selva que la rodeaba.

—¿Qué es ese edificio?

—Nuestro hospital.

Eduardo miró a Estela que resentía el cansancio. El lugar bardeado era enorme, el calor y la humedad los cansaban demasiado. Lo primero que vieron al entrar fue un refrigerador con refrescos.

—¿Puedo tomar uno? —consultó ella.

—Por supuesto, también hay algunos alimentos procesados por aquel lado.

—Gracias, solo tengo sed.

Tomaron cada uno un refresco embotellado, pasando una segunda puerta

doble de madera sólida. El olor de hospital invadió los sentidos; Eduardo quedó maravillado de la limpieza. Pudieron ver equipo médico moderno y al menos dos quirófanos. El doctor Joao les explicaba.

—Aquí atendemos a los que se enferman. Desde una gripe hasta una apendicitis. También sería nuestra mejor carta de presentación para una revisión, estas instalaciones son modernas para los estándares del país.

—¿Dos quirófanos, doctor?

El doctor da Silveira sonrió y siguió caminando hasta el final del pasillo.

—Ahí termina la construcción y el terreno de la granja. Detrás de esta puerta hay una segunda reforzada que solamente se puede abrir por fuera, si se tiene la llave por supuesto.

—¿Por fuera? Por fuera solo está la selva.

Joao comenzó a caminar de regreso a la entrada del lugar.

—Afuera está la selva... y las FARC.

—No entiendo.

—Este hospital fue financiado en su mayoría con dinero de la guerrilla, ayudados por sus socios más eficientes, los traficantes de drogas. Nosotros pedimos el equipo, ellos se encargaron de instalar todo. Tenemos y pagamos los médicos, nuestros donantes pueden usar las instalaciones tanto como la guerrilla. Con previo aviso, después de algún enfrentamiento con el ejército o por enfermedades comunes, ellos serán atendidos.

—Una perfecta simbiosis.

—Funciona.

—¿Ellos participan en este negocio?

—No. Nosotros los mantenemos sanos en secreto. Nos cuidan las espaldas, a escasos cien metros hacia adentro empieza a haber pequeños campamentos que se encargan de ser enlaces entre heridos o enfermos, además, en caso de intento de fuga, dan caza en la selva con perros entrenados.

Estela sintió un nudo en la garganta. Llegaban a la entrada del lugar.

—En algunos países un hospital así sería considerado un gran logro.

—En algunos países de África, sueñan con algo así, doctora.

—Hermoso. ¿Y el personal?

—Nuestro personal es bien pagado. Hay tres enfermeras en tres turnos y dos médicos cirujanos. En caso de emergencia pedimos apoyo en puerto Solís o la capital.

—¿Con ellos no hay peligro de fuga de información?

Empezaban a cruzar entre los corrales, donde dos personas alimentaban los pollos.

—Ellos saben que nos protege la guerrilla y que significa hablar de más.

—¿Si la guerrilla realmente lograra hacer la paz con el gobierno y entregara sus territorios? ¿Hay un plan B?

—Señor Márquez, esa pregunta nos la hemos empezado a hacer desde hace algún tiempo. Con la muerte de los principales líderes, los nuevos parecen estar cansados de luchar a cambio de nada. Si es de pensarse, no hay un plan B.

—La cercanía de la frontera con Ecuador podría facilitar las cosas, en caso de tener que huir con el personal y los donantes, al menos deberían tener visualizada alguna finca del otro lado adonde llegar en primera instancia. Si alguno diera la alarma la organización podría sufrir un duro revés.

Entraron por detrás a la barraca con las puertas abiertas. Era el comedor. Vieron sentados en las mesas al menos cien personas, que los miraron curiosos. El setenta u ochenta por ciento era de raza negra, el resto parecían indígenas de diferentes etnias.

—Señor Márquez, me ha dejado usted pensando. A veces nos concentramos en la parte del futuro de la humanidad a largo plazo y olvidamos el futuro a corto plazo.

—Más que el futuro inmediato, en todos los casos es bueno tener un plan B. Hacen bien en no mezclar la información de un campo a otro, eso los mantiene independientes.

Una muchacha negra entró con una bandeja con un brebaje que parecía crema de brócoli. Comieron en silencio, el sabor era exquisito.

—Pensé que no tenía hambre. La charla de ustedes y la pasión que esto despierta en mí, tienen la virtud de hacerme olvidar mi cuerpo. Por cierto, ¿tienen baños? —dijo Estela.

—Claro, por donde entramos enseguida a la izquierda.

Salió. Detectó cámaras en el techo, al menos cuatro entre las hojas de palma. En el baño había un espejo donde se peinó y lavó la cara, oyendo un pequeño zumbido. Supuso había otra cámara detrás del vidrio. Empezó a leer algunas escrituras en la pared.

“Muriendo en vida”, “Te amo mami”, “Esclava” y otra docena. Habían sido borradas, más permanecían en la pintura de mala calidad. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por no llorar. Alguien entró al baño. Era la muchacha negra de grandes ojos cafés y pelo a rapa. Caderas anchas, senos perfectos.

Podía haber pasado por una belleza en otro lugar. La miró y le sonrió. Entró al baño, mientras ella se lavaba las manos. Se sorprendió cuando sintió su mano en la nalga, permaneció quieta, la cámara estaba atenta. Dio un último vistazo, se arregló el cabello y salió.

—¿Todo bien?

—Sí gracias. Esto de ser mujer en lugares tan remotos tiene sus bemoles.

—Doctora, deje la vanidad hasta que regresemos.

—Lo intentaré.

Se pusieron de pie y salieron, un reloj colgado en la pared indicaba las tres de la tarde. El sol inclemente cocinaba esa parte del planeta. Una ruidosa bandada de loros verdes de cabeza amarilla pasó en una ininteligible charla alada.

—¿Ya nos vamos, doctores?

—Señora Márquez, sí y no. En aquel cuarto de la entrada vamos a tener una pequeña reunión con dos de nuestros asistentes, porque al parecer aquí tienen a un candidato muy apropiado para el pedido del doctor Parker.

—¿Cómo hacen esa parte de la selección? —se estremeció Estela.

—Tendrá la oportunidad de verlo por usted misma, incluso de participar si así lo desea.

—Adelante.

Tardaron cinco minutos en llegar al que ellos llamaban cuarto de evaluación. Entraron dos personas con bata blanca, charlaban mirando algo que podían ser expedientes de los internos.

—Buenas tardes. Señores, el señor Márquez y su esposa, la doctora Estela.

—Mucho gusto, doctora. Soy el doctor Méndez y mi asistente, el doctor Elías Ayeb.

Tras un tibio saludo de manos entre sonrisas fingidas, el doctor Joao se sentó en una silla plegable de plástico junto a una mesa. Invitó a sentarse a todos; en pocos minutos los seis planteaban el tema que les reunía.

—Bien, Méndez, ¿qué tienes para Houston esta vez?

—Uno sesenta, veintidós años, “O” positivo. Cincuenta y ocho kilos. Casi perfectas para lo que piden. Podemos traerlas para que las autorice usted mismo.

El doctor Joao miró a todos mientras parecía estar maquinando. Sonrió y asintió.

—¿Cuántas candidatas tienes?

—Un varón indígena y dos mujeres negras.

—¿Quién es el de mayor edad?

—El hombre. Dos años.

—Bien, mande por ellos.

El asistente del doctor Méndez salió.

—¿Después de evaluarlos aquí que sigue? —preguntó Estela al doctor Salazar.

—Después de dar el visto bueno al donante, se le tiene dos o tres días aplicando algunas medicinas para ayudar a evitar algún rechazo, se le alimenta de forma especial y se le trabaja mentalmente, para que esté tranquilo.

—¿Qué medicina usan?

—Lo siento, doctora. Ahora no es el tema, en nuestra próxima visita sabrá que casi todas son nuestros inventos; eso por sí solo representa una entrada enorme de divisas.

—Lo siento.

—Está bien. Es parte del cuidado de nuestras inversiones.

La llegada del doctor Ayeb con los tres candidatos cortó la charla. Estela sintió que se aflojaban las piernas al ver entre ellos a la muchacha del baño, que miraba el piso igual que los otros dos. El doctor Joao se puso de pie y los observó uno a uno. Levantó la cara de la negra del baño y le abrió la boca con su mano, como quién la abre a un perro para echarle una pastilla. La observó y la soltó, hizo lo mismo con la otra. En el hombre se detuvo un poco más. Era fuerte, los ojos irradiaban una mezcla de miedo y odio.

—Bien, doctora, ¿qué piensa usted?

Ella miró al grupo. “Por el amor de Dios, me están pidiendo que mate a uno de ustedes, perdónenme”.

—Creo que la sugerencia inicial es la correcta. Si en todo se parecen la edad manda.

—Regrese a las mujeres a las barracas y prepare a este hombre para viajar —indicó Salazar.

La tarde moría, el aeropuerto de Puerto Asís estaba a la vista. Al parecer habían llegado temprano o el avión se había atrasado. El doctor Joao venía mirando su Rolex. Visiblemente molesto. No se detuvo con ellos, siguió caminando y se paró frente a la ventana de la sala de espera, que daba a la pista.

—Ahí están, vamos amigos —dijo señalando el avión que carreteaba.

El doctor Salazar respingó en el asiento, tomando su pequeña maleta salió detrás de ellos. El Learjet carreteaba rumbo a la torre de control. En cinco minutos despegaban.

—Ya me da miedo preguntar, ¿adónde vamos ahora?

—A Barranquilla, señores.

—Pensé iríamos a Buenos Aires.

—Era el plan inicial. Carlos nos quiere en su casa a la noche.

—¿Algún problema?

—No lo sabemos. Sus órdenes se ejecutan.

—Me caerá bien dormir en una cama de verdad y cenar con una cerveza helada.

El doctor hizo una mueca, algo le molestaba.

El vuelo aterrizó en Barranquilla de noche. Willie los esperaba junto a James Martin. Los doctores subieron a la camioneta de James, ellos al taxi de Willie. Había tensión en el grupo, no pasó desapercibido para ninguno. Cuando entraron a la casa había otras dos personas en ella. Carlos se puso de pie y saludó a todos preguntando por el viaje.

—Todo en orden. Salvo algunas ideas de nuestro amigo Márquez, poco que aportar, Carlos.

—Al parecer tenemos que tener más cuidado. Podemos tener un infiltrado en nuestras filas.

Eduardo sintió adrenalina salir de los pies y subir a toda velocidad. Estela se mantuvo firme, con las piernas cruzadas y manos en su regazo. Carlos continuó.

—Tengo noticias de que un federal tiene la idea de poner a alguien dentro. Estamos en alerta roja.

—¿Cuándo piensan hacer eso, señor?

La cara de ingenuidad de Estela al preguntar asombró a Eduardo.

—Será en un futuro cercano suponemos. Vamos a blindar la entrada de toda persona que quiera unirse, sin importar las credenciales que presente.

—¿No podemos suspender operaciones por un tiempo? —se atrevió Eduardo.

—Eso lo pensé, no puede ser mucho o todo se derrumba, prefiero seguir con más cuidado, cazando a cualquier sospechoso que quiera entrar. Sin importar quién sea, lo quiero vivo, hay que saber cuánto sabe y después donarlo en partes a su gobierno.

Estela separó las piernas, el temblor de la de arriba podía denunciarla.

Sonrió a Carlos.

—¿Si ponemos una carnada? —arriesgó Estela.

—Explíquese.

Comenzó a caminar a paso lento dentro de la sala, olía a sudor y en sus narices, el olor de los marranos y los pollos seguía vivo. Se las ingenió para parecer pensante y dar una idea.

—Si la orden viene del FBI, debemos pensar que alguien del lado de los receptores habló de más. Incluso puede haber hecho un trato si fue descubierto o denunciado por algún paciente, a cambio de inmunidad. Conocemos a tres de ellos, supongo hay más. Son el eslabón más débil. Sin los nombres no podemos ayudar, mi idea es arriesgarnos un poco Eduardo y yo.

—Me gusta, continúe —sonrió Carlos.

—¿Qué pasaría si un doctor recibe mercancía en oferta a cambio de que nos ayude a buscar al culpable? Tenemos al candidato, Parker es ambicioso. Si le proponemos mercancía por un año a mitad de precio, a cambio del nombre del Judas, estoy seguro lo encontrará enseguida.

—A veces lo descabellado da resultados.

—Debemos ir a Estados Unidos. Poner el anzuelo y regresar, no queremos quedar enganchados. Haremos la oferta y preguntaremos quiénes pueden ser.

—Seis.

—No escuché, señor Carlos.

Carlos se paró también, estaba nervioso. Miró a Eduardo a los ojos.

—Aparte de los tres doctores de Houston, hay uno en Dallas, uno en Los Ángeles y otro en Nueva York. Con eso cubrimos la demanda de los Estados Unidos.

—¿Canadá?

—Uno en Montreal, de bajo consumo. Cuatro o cinco operaciones al año. Eduardo meditaba, mirando el piso con las manos en su barbilla.

—Bien tengo sed y hambre, no son buenos compañeros para pensar. Todos a trabajar, envíenme los nombres de los doctores, hospitales, como contactarlos. Lo haremos desde Houston. Al doctor Parker lo tenemos tan comprometido que no le vamos a pedir un favor, le vamos a cambiar su seguridad por un nombre.

Tras la propuesta de Estela y el apoyo de Eduardo, parecieron relajarse. El doctor Joao aseveró.

—Carlos, también te va a gustar una idea de Eduardo, sobre un plan B en Puerto Asís.

—Nadie se va todavía. Dile a Willie que vaya por cena para todos, sabe dónde, destapa un par de botellas de buen vino chileno.

NUEVE

Eduardo despertó con dolor de cabeza. Había tomado poco, el show había estado muy bueno, les habían hecho preguntas creyéndolos ebrios y se habían quitado el lazo al menos un par de veces. Carlos parecía un gordo inteligente, cuando se le trataba no quedaba duda alguna; entre risas y bromas seguía hurgando en las mentes de quienes le rodeaban. Caminó hacia el baño, donde se dio una larga ducha. Estela estaba despierta, se dio vuelta al verlo entrar.

—¿Podrías vestirte, elefantito?

—¿Por qué el diminutivo? Es una falta de respeto.

—Supongo debes agradecer a tu genética y la madre naturaleza, no estoy de humor.

—Lo siento, amorcito, deja enjaular la bestia.

Ella rio, mientras él se ponía su trusa y un pantalón corto. Se vistió arriba con una playera holgada y se peinó con sus dedos hacia atrás.

—Voy a buscar algo para desayunar, mi estómago pide atención.

—¿Qué hora es?

Eduardo tomó su celular y miró la pantalla.

—Guau, nena, van a dar las once.

—¿Las once? ¿Y mi hermana?

—Trabajando supongo, en el estado que llegamos, no iba a esperarnos a desayunar.

—¿Tan mal estábamos?

—¿Recuerdas cómo llegamos?

—No, creo que no.

—Así de mal.

Salió del cuarto. Ella le tiró con una almohada que pegó en la espalda y cayó al suelo. La regresó con fuerza, dio en el respaldo de la cama, que azotó contra la pared de atrás en seco. Siguió camino a la cocina, ella hizo hacia adelante el respaldo. El micrófono no estaba.

—“Seguro voló con el almohadazo, que bruto”.

Tras rebuscar en el piso, no encontró nada. Salió en pijamas dónde Eduardo.

—Se llevaron a micro.

—¿Segura? Ha de haber volado con la almohada que te lancé.

—Ya lo busqué por todos lados, no está.

Tras media hora de búsqueda muy a detalle, no encontraron nada.

—Limpia.

—Como sea a cuidarse —dijo Eduardo en voz baja.

—Voy a bañarme, necesito enfriar mi cabeza.

—No te enfríes demasiado.

—Estúpido.

Carlos caminaba por la sala, había desayunado, estaba nervioso.

—¿Debemos confiar en ellos después del paseo que les dimos? ¿No es mejor hacerlos donantes y de una vez erradicar toda posibilidad?

Joao y Enrique se miraron. El último contestó.

—En lo personal, pienso que son de fiar. Y aportan buenas ideas.

—Es que temo que el soplón esté adentro, incluso antes que ellos llegaran.

—¿Qué te dijo el informante?

—Que había visto papeles sin fecha sobre el escritorio de un agente especial, en Houston, que hablaba de una operación encubierta relacionada con el tráfico de órganos. Nada más, sin fechas y sin nombres.

—Sí pensamos con tranquilidad verás que es un proyecto para los siguientes meses. De lo contrario debería tener fecha. Si cerramos puertas un tiempo a todo posible nuevo socio, no podrán hacer nada.

—Ahora tenemos la certeza de que algo saben, ¿entienden?

—Si es todo lo que tienes, nada le van a sacar a Parker, será una vuelta sin resultados.

—Tienes razón, déjalos ir. Quiero saber con qué regresan.

—¿Y si no regresan?

—Lo harán. Aparte no es de que quieran, aquí necesito a la doctorcita esa. Dice Érica que es demasiado trabajo para ella sola.

—Si son parte de la organización deberán obedecer órdenes.

—A eso me refería.

—Bien.

—Que vayan, investiguen y regresen. Haz que se enteren de que eso es lo que deben hacer.

—Yo me encargo.

—¿Dónde estará Érica?

—Lo mismo pensé, no quise preguntar.

—¿Habrán entregado sin que nos enterásemos?

—No creo, vamos a ver la laptop.

Tras un par de minutos el aparato estaba disponible.

—“Willie pasa por ustedes a las cinco de la tarde, avión de LAN Colombia, parte a las ocho para Houston. Aborden, hagan su trabajo y estén listos para regresar.”

—¿Regresar? ¿Qué le pasa a este tipo?

—Tranquila, desde que nos dejan ir, es porque somos de confianza.

—Por ahora.

—En este negocio todo es presente, el futuro es demasiado incierto.

Estela regresó. Comenzó a arreglar ropa para su maleta. Era medio día, habían desayunado a las once treinta, así que comerían en el aeropuerto.

—Debo avisar a mi hermana Eugenia.

—¿Tienes el teléfono del trabajo?

—No, debe estar por aquí.

Encontró varios, en ninguno se daba a entender que fuese su trabajo, así que decidieron dejarle una carta y una promesa de regresar pronto.

—Se va a enojar mucho.

—Lo siento. Le hablaremos al llegar.

—Está bien.

Para las dos de la tarde estaban listas las maletas y los pasaportes. Estela se tiró sobre la cama y cerró los ojos. Sintió un beso en su pie. Sonrió, mantuvo los ojos cerrados; la caricia fue subiendo hasta detenerse en su entrepierna. El pijama no fue impedimento para que Eduardo le hiciera sentir el paraíso un par de veces. Lo besó en medio de un llanto silencioso. Lo sintió cuando entró en su cuerpo. Se movieron al unísono más de media hora, cambiando un par de veces de posiciones. A las cuatro de la tarde, salieron de la ducha entre risas y besos.

—¿No estaremos perdiendo la perspectiva de nuestro trabajo?

—Es solo para los que pudiesen estar viendo nuestros movimientos.

—No podemos pelear en dos frentes.

—Me queda claro, hazle la carta a tu hermana.

—Sí, señor.

Al cuarto para las cinco de la tarde, el taxi llamaba frente a la casa, con claxon afónico, como decía Estela. Subieron, después que el chofer acomodara las maletas en la cajuela.

—¿De regreso a Houston, amigos?

—Se acabaron nuestras vacaciones.

—Lástima, ¿cuándo regresan?

—Ni idea.

—¿Encontraron algo relevante en el viaje?

—No, Willie, quería ver a mi hermana, la vi, hablamos mucho. Conocimos partes del país que son hermosas. Tan bello con tantos problemas.

—A eso ya nos acostumbramos, doctora.

—¿Tienes mucho tiempo trabajando para Carlos y los doctores?

—Casi tres años.

—Toda una vida.

—El trabajo es sencillo, la paga buena.

Les ayudó a bajar las maletas en “Salidas Internacionales” y regresó. Los boletos electrónicos estaban separados, tras recogerlos partieron a la sala de espera; les quedaban un par de horas.

—¿Qué te pareció la aventura de la selva?

—Por Dios, espera.

—¿Qué sucede?

—Mi pantalón.

—¿Tú pantalón? ¿De qué hablas?

—Mierda, que estúpida fui —exclamó visiblemente contrariada.

—Puedo estar o no de acuerdo, necesito más datos.

—Está bien, lo veré en Houston —se relajó.

Eduardo solo la miraba, ella continuó.

—¿Recuerdas los tres que llevaron en Puerto Solís, para elegir un donante?

—¿Cómo olvidarlos?

—La morena más guapa puso algo en el bolsillo de atrás de mi pantalón, en el baño. Nunca más me acordé, pobrecita. Soy una bestia.

—Cada quién es lo que desea ser. Al llegar la vemos.

—No sé cómo puedes mantener tu humor entre tanto horror.

—Más que poder, es un deber. O te enloquece tanta brutalidad.

—Llegué a pensar que no sentías nada por esa gente.

—Gracias por tu evaluación psicométrica. Hay que ser un animal para no sentir nada, Estela. Ver a esos muchachos trabajar para “aprender un oficio” que jamás van a ejercer, es no solo una forma de esclavitud, sino una burla. Nos faltan respuestas. En primer lugar, hablaron de la medicina ortomolecular.

—Un gran invento que ya pasó de moda o hay algo mejor.

—¿Tú qué sabes de eso?

—He leído sobre novedades en medicinas nuevas, orto molecular y nano medicina, aún es ciencia ficción.

—Recuerdo la ciencia ficción de Flash Gordon, en los setentas, en los ochentas veía volar a un tipo en un estadio en Los Ángeles. Quince años y la ciencia ficción estaba ahí, en los televisores de quienes veían los Juegos Olímpicos. Esa sí es una ciencia en vías de extinción.

—Tal vez tengas razón. Hasta que volvamos a verlos estaremos en ayunas. ¿Qué otra cosa quedó pendiente?

—Buenos Aires.

Estela despertó cuando el Airbus 380 golpeó la pista en el George Bush Intercontinental Airport. Eduardo le tomó la mano.

—Bienvenida a los Estados Unidos, bella durmiente.

—Estaba agotada.

—Nos esperan días complicados, cuando más descansemos mejor funcionarán nuestros cerebros.

—Acabo de dormir más de seis horas, me siento en una nube.

—Tu estado natural.

—Muy gracioso.

Tras la presentación de pasaportes y paso por Aduana, que era especialmente curiosa en los vuelos de ese país sudamericano, tomaron un taxi que los llevaría a casa.

Tras pagar y despachar el taxi, tocaron la puerta. Nadie contestó. Eduardo usó el celular y llamó, oyendo repiquetear el teléfono en la sala. Al fin la agente Summers abrió.

—Adelante, bienvenidos a casa.

Dejando la pistola en la mesa al lado de la puerta, se abrochó bien su bata y sonriendo les preguntó.

—¿Cenaron?

—Lo del avión.

—O sea no cenaron. Déjenme prepararles algo. ¿Qué tal el viaje?

—Productivo. ¿Se ha reportado el agente Minsk?

—Sí, es importante.

Eduardo y Estela la siguieron a la cocina.

—Tiene la sospecha de que alguien en la oficina, está pasado al otro bando.

—¿Cómo lo sabe?

—Habían hurgado en la computadora. Puso una cama, una trampa. Dejó papeles relacionados con su trabajo sobre el escritorio, sin fechas ni nombres, con datos alejados de ser los que investigamos. Arregló las hojas de tal forma, que se daría cuenta si alguien las revisaba. Las revisaron.

—Entonces la trampa es para nosotros —dijo Eduardo.

—¿Cómo supones eso?

—Si quién les informa dice que vio cosas sin nombres ni fechas, ni nada que relacione la operación con Houston y Sudamérica, ellos lo saben. Nadie habló.

—Bien, compañero, usted parece ser el que durmió bien.

—Al final el trabajo resultó muy sencillo. Debemos hablar con Parker, presionarlo, por si alguno de ellos de veras tiene forma de hablar de nosotros.

Un par de hamburguesas bien hechas, estuvieron en quince minutos frente a ellos.

—Bienvenidos al país de la comida chatarra.

—Pero sabrosa.

—Eso sí. ¿Me das una cerveza por favor, Esperanza? Una Bud Light si tienes, algo ligero.

Cenaron y hablaron de Colombia, su gente, sus paisajes, hasta las dos de la madrugada, cuando Esperanza se despidió.

—Sigán si quieren, este cuerpo se agotó. Que descansen.

—¿Cómo dormir después de hacerlo seis horas en el avión?

—¿Quieres hablar?

Estela se paró y se fue a sentar a la sala con su refresco en la mano; Eduardo la siguió, puso su cerveza en la mesa enana al medio de la sala.

—Jamás en mi vida he sufrido lo que, en este maldito viaje, te lo juro. Tengo tanto que contar y me ahoga en llanto.

—Habla, suelta todo. Te ayudará.

La sintió clavar las uñas en los brazos mientras el llanto aumentaba.

—Lo más espantoso de todo fue el viaje a Houston. Ver subir esa criatura con esos ojos brillantes, llenos de temor. Estaba allí desnuda, acostada, sin nombre, sin esperanza. Resistí un deseo enorme de agarrar un bisturí, abrirle la yugular a la doctora y al enfermero. Era una lucha terrible dentro de mí, espantoso. En segundos el corazón estaba en su mano.

—¿Qué hacen con el cuerpo?

—Hay una doble cámara en los aviones que les permite meter los restos, cerrar para conservar la presurización, después abrir para dejarlo caer al mar.

—¿Puede flotar un cuerpo en esas condiciones?

—No, saben lo que hacen. Antes de cerrar la bolsa cortan el vientre con un bisturí. El cuerpo se va al fondo, los peces hacen el resto.

La noche transcurría, Estela se durmió sobre sus piernas. Le dejó la cabeza con cuidado en la sala, subió para volver y taparla con una frazada liviana.

El doctor Parker estaba sorprendido.

—Hola, amigos, hace mucho no los veía. ¿Cómo va mi embarque?

—Cuestión de días. Están combinando el viaje con los equipos receptores. Como esta vez el suyo es un riñón será el receptor en segunda instancia, el corazón tiene prioridad.

—Claro, entiendo. ¿Cómo va su trabajo?

—Bien, necesitamos una mano de su parte.

—¿Una mano para qué?

—Nos pidieron que buscáramos a un posible soplón entre los médicos.

—No lo va a haber, sería su fin.

—Eso pensamos, necesito que usted haga correr el rumor de que fuimos extremadamente duros con usted, incluso envíenos un correo diciéndonos que no había razón para el trato injusto que le dimos en su oficina, que procuraría hacerlo saber a nuestros patrones.

—¿Qué tan duros fueron?

—Muy duros.

—Lo haré bien, no se preocupen. ¿Algo más?

—No por ahora. ¿Sabe usted cuántos médicos en total operan en Estados Unidos?

—Bueno. Se dé nosotros tres más uno en Dallas. Cuatro.

—Faltan dos. Más uno en Canadá.

—¡Vaya organización!

—Son sus candados favoritos. Son células dispersas que no se conocen, si los pescan pueden dar algo, nada que comprometa.

—¿Creen qué esto se pueda detener?

—No lo sabemos. Hay peces gordos.

—¿A qué niveles?

—Muy altos.

—Por Dios, estamos en el país de las libertades.

—Así es. Algunos piensan en la de ellos no en la de los demás.

—Hagan todo lo posible. Para que podamos substituir órganos humanos

por máquinas, faltan aún muchos años.

—¿Qué quiere decir con eso? —Estela se mostró interesada.

—Se están probando corazones y riñones artificiales. Algunas investigaciones están muy avanzadas, para que sean aprobadas y garantizadas faltan muchos años; al no poder probarlos en humanos, el progreso es lento. Las leyes ayudan a individuos perjudicando a la humanidad.

—Lo hemos oído mucho estos días, al revés. Doctor, gusto en saludarlo, nos vamos. Recuerde el encargo.

—Suerte. Confíen en mí.

Se fueron del consultorio con un agradable sabor de boca.

—¿Esa gente estará desarrollando máquinas que puedan substituir órganos humanos?

—Puede ser. Si ellos prueban en humanos continuamente, van a obtener resultados antes que nadie, patentados los productos serían extraordinariamente ricos. Cambiaría el mundo como lo conocemos, estaríamos al pie del hombre biónico.

—Eduardo, cuando te oigo hablar así, te juro que en mi mente empieza esa lucha feroz entre lo que es legal y no ayuda, y lo que es ilegal y puede salvar la humanidad. Ese maldito juego de palabras y genios, me está envejeciendo.

—Yo te veo muy bien.

—Dame la mano, puede haber pájaros en los alambres.

—¿Crees que aún nos sigan?

—No lo sé.

—¿O te aprovechas de las circunstancias para acercarte a mí?

—Somos compañeros, pareja.

—No quise decir nada diferente.

Subieron al BMW y partieron hacia un buen restaurante.

—Lo que más deseo desde hace cuatro días es una maldita vaca en mi plato.

—Vamos por ella. Usted paga.

—Con la tarjeta del gobierno.

—Una forma de dejar rastro para ellos. Y para el jefe.

Eduardo sonrió, apretando el acelerador. Pensaba que habían escapado a otra trampa del perseverante Carlos. El Samba Grille no era conocido por módicos precios, sino por succulentos platillos. Estacionaron en el 530 de Texas Street y entraron. Pidieron dos cervezas bien heladas y un bistec al

estilo Brasil.

—Estela, quita esa cara de tristeza.

—Estaba bien, hasta que el maldito Parker me recordó que en cualquier momento recibirá las “piezas de repuesto” de un donante que yo elegí. Lo maté, ¿te das cuenta?

—Eres injusta.

—Cuando no ves sus ojos es más fácil ponerle un número.

—Sabes que Joao lo había señalado por edad.

—Yo no quería que mataran a la muchacha. De alguna forma vio algo en mí que se arriesgó. ¡El maldito papel!

Tomó el teléfono, llamó a Esperanza.

—“Por favor, no laves mi ropa. Es importante, gracias”.

—¿Qué me pasa? Se me volvió a olvidar el papel en mi pantalón, ¿estoy volviéndome loca acaso?

—Traemos demasiadas emociones juntas. Se nos olvidó, llegando a casa lo vemos.

La llegada del mesero con los cortes y otra ronda de cervezas los distrajo. Comieron sin prisa. Eduardo disfrutaba ese corte grueso a término medio y recordaba las comidas de los últimos tres días, sin menú para elegir.

—¿Qué sabes de órganos artificiales, Estela?

—Algo, podemos meternos a internet en casa y refrescar un poco eso.

—Eso pensaba. ¿Qué tal la carne?

—Estas son las razones por las que hay tantos obesos en nuestro país.

—De acuerdo, me llené a medio bistec, el resto es pura gula.

—Igual, algunas comidas de allá estuvieron fatales.

—Es tu tierra.

—Es muy grande, no me gusta todo. Aquí es igual, tiene cosas ricas, mucha basura también.

—¿Un postre?

—No te burles, pasa tu tarjeta y vámonos.

—Sus deseos son órdenes.

—Cállate, no estoy de humor.

En poco más de media hora estacionaban en la casa. Estela entró, mientras Eduardo cerraba la puerta, subió corriendo las escaleras. El pantalón estaba sobre la cama. Esperanza había sido detenida a tiempo, pues la lavadora hubiese arruinado la escritura.

—Oh por Dios. ¿No que muy buenos y trabajando para la humanidad?

Eduardo tomó el papel doblado irregularmente sobre la cama. Era el envoltorio de una barra de jabón, escrito posiblemente con una espina y la sangre de su propio cuerpo.

Las faltas de ortografía, no quitaban dolor a la esquila.

—“Usted es buena. La garrilla nos viola día con día. Ayuda.”

—“Listos para informe, ¿cómo lo enviamos?”

El mensaje partió al atardecer. Habían enviado cuatro hojas escritas en clave para entregar a Minsk. Le pidieron a la agente Summers que tomara todas las precauciones.

A las once de la noche fue contestado el correo enviado a Carlos.

—“Pasajes pagados a sus nombres, boletos electrónicos en LAN Colombia, mañana a las catorce, hora local”.

Estela le tocó el hombro y se retiró a su cuarto. Preparaba su maleta, era cuidadosa, más con la experiencia previa. Eduardo preparaba la suya en media hora, prefirió buscar algo referente a órganos artificiales en la red. Subió al cuarto de Estela y tocó la puerta.

—Pasa.

—¿Interrumpo?

Tal como lo había previsto, estaba acomodando ropa para su maleta.

—Deberías ver lo que encontré en la red sobre órganos artificiales.

—Bajo en cinco minutos.

—Te espero.

—Eduardo —llamó cuando salía— Gracias, has sido muy paciente conmigo.

—Eres buena en el campo, es lo que cuenta.

Los cinco minutos de Estela fueron quince. Esperanza les había preparado dos cafés y donas con azúcar.

—Mira esto. Hablan de órganos artificiales, de algo que tú y yo hemos oído hasta el cansancio estos días. Dicen que el hombre moderno no debe morir. Que hay máquinas en laboratorio que pueden mantener la función del corazón y los pulmones, que son los que fallan primero.

—Si hablamos de riñones, hay máquinas que mantienen su función desde hace años, mientras se logra curar o trasplantar uno nuevo. ¿Sabes que el hígado puede ser conectado a un animal o al de otro hombre mediante una bomba, mientras se regenera el que estaba dado por muerto?

—¿Seremos realmente biónicos?

—El hombre y su mente pueden adaptarse a mecanismos como un arma, una computadora o un riñón artificial. Hay cada vez más, un tipo de vida simbiótica hombre-máquina. Ya no hablamos de máquinas que ayuden al hombre en su vida diaria, sino en su misma vida y permanencia sobre la tierra.

—¿Por qué no se habla más de estas cosas?

—A la mayoría de la gente no le preocupa la vida hasta que está por perderla. La gente fuma, toma, se droga, engorda sin que parezca importarles el daño, ¿cómo se van a preocupar de algo aún en pruebas?

—Convencidos de que van a morir, la vida más larga o más corta, no es un atractivo hoy en día.

—Hay dos problemas: ética, dónde se investigan mejoras continuas, evitando que una computadora interfiera en el comportamiento natural de un individuo. La otra es la ley, diferente en cada país, en general es un freno a la investigación abierta con seres humanos.

—Aspectos que nuestros queridos amigos se están pasando por el arco del triunfo.

—Es como correr en un maratón haciendo trampas, usando atajos o anabólicos. Hay máquinas que pueden mantenernos con vida, el hombre no está preparado para convivir con ellas porque son voluminosas; los movimientos estarían limitados por su tamaño y no por su voluntad, se oye fácil, no lo es. Cuando la vida se hace sin voluntad propia, la muerte puede ser un alivio. Las máquinas deben evolucionar cómo las cámaras de fotografía, cada vez más equipadas y más pequeñas.

—¿Por qué no se desarrollan más rápido, si al parecer otras tecnologías parecen ir mucho más avanzadas en el mismo tiempo?

—Por ahora el trasplante de órganos naturales es más sencillo y sigue dando mejores resultados. También hay que luchar con moralidades, éticas y leyes. Lograr que un órgano natural sea aceptado por un organismo vivo, es aún hoy una lucha terrible, por eso se inventan y prueban nuevos medicamentos.

—Entiendo que los médicos e ingenieros hacen lo imposible por alargar la vida, sabiendo que el trasplante de órganos es solo un paliativo, no una cura definitiva. ¿Qué puede hacer que las máquinas sean una mejor opción?

—Hay tres opciones, Eduardo, no dos. La primera es la que más se usa, trasplante de órganos naturales, la segunda en pañales aún, trasplante de órganos artificiales o sea máquinas simuladoras. Tercera, la creación de

órganos en laboratorio. ¿Cuál es mejor dices tú? En los países civilizados, aunque vemos que no lo son tanto, hay que vencer prejuicios sociales y hasta religiosos. Como tú dijiste, la organización avanza porque se los pasa por el culo. El costo de las técnicas no los puede pagar todo el mundo. En el campo religioso, hay quienes piensan que estamos jugando a ser Dios.

—Un buen momento para ser ateo.

—El ateísmo crece a medida que la ciencia descubre el nacimiento del universo y explica todos los posibles “milagros” endilgados a diversos santos, aun así, es minoría todavía. El futuro es de los órganos artificiales o los cultivados.

—Hablando de leyes, si el tipo está muerto sin un trasplante, ¿qué impide que se haga lo que sea por salvarlo, probar nuevas técnicas, usándolo como conejo de indias?

—Esa es la parte legal que obstruye. Es peor con los donantes, tienen que cumplir tantos requisitos, que los órganos se echan a perder en medio de un mar de burocracia.

—¿Cuál de las tres técnicas crees que estén desarrollando?

—¿Por qué no las tres?

—Vaya, piensas en grande.

—Nadie se vacuna contra una enfermedad porque hay más posibilidades que te dé.

—Este tema da para un libro compañera.

—Para varios. Hoy día el donador es el héroe de la historia, algún día lo será quien invente un corazón sintético. El problema real del cuerpo humano es su sistema inmune, que está diseñado para destruir todos los agentes patógenos que encuentra. Tu cuerpo y el del resto del mundo se defienden a través de monolitos, linfocitos, granulocitos, proteínas, inmunoglobulinas o anticuerpos y las citoquinas. Eso es a grandes rasgos la razón por la que es tan difícil que un cuerpo acepte un órgano ajeno, natural o artificial. Podríamos decir que, si se inventara algo para evitar el rechazo natural del cuerpo, sería una patente prodigiosa. La medicina debe ir más allá del trasplante de tejidos y órganos, debe fabricar ambos y hacerlos de tal forma sean parte integral de un ser y no una máquina externa.

—Tu pasión al hablar de estas cosas enamoró a la doctora Lazcano.

—Cuidado con las palabras. Ya se han inventado tejidos muy parecidos a los artificiales y la ingeniería genética puede producir células para trasplantes universales.

—Podría apostar a que por ahí va el camino de nuestros socios. Están haciendo órganos artificiales y probándolos en seres humanos, lo que les da una ventaja tremenda sobre el resto.

—Con los organismos artificiales todo se facilitaría, no habría nada que rechazar de parte del receptor y cuando fallen, tendrán seguramente un sistema que avise con tiempo.

—No me imagino vivir pensando que se me puede acabar la pila del corazón cuando ando en un viaje de pesca.

—Parte del éxito es la preparación o disposición psicológica del receptor.

—Si todo es aún tan imperfecto, dónde el éxito no es medible con la mejor calidad de vida de un paciente, ¿por qué no esperar a mejorar los medicamentos o a tener mejores órganos artificiales antes de dar expectativas de vida sin sentido?

—Pregunta tonta, señor. Para empezar, si tú tienes un millón de dólares, te dicen que con eso te alargan la vida un año, lo pagas. Segundo, ¿cómo pretendes que la ciencia progrese sin prueba y error? En ese caso nuestros pacientes son conejos de indias.

—No estoy tan seguro de querer un trasplante.

—Nunca has estado moribundo.

—Chistosa —le apretó la nariz con la punta de los dedos.

—Grosero, duele.

—Tu sarcasmo también.

—Hay un desarrollo de un corazón artificial llamado AbioCor, ha sido trasplantado en al menos siete ocasiones, cinco murieron antes del mes. A pesar de eso ha sido un éxito, porque ha permitido mejoras al corazón más moderno que existe y la compañía Abiomed, que lo produce, espera tener un modelo muy mejorado. Los nuevos sistemas 3-D son una maravilla.

—Prueba y error, vida y muerte. Es un juego macabro.

—La búsqueda eterna de la fuente de la juventud.

—¿Tan malo es morir?

—Buena pregunta, hay quienes lo aceptan tan naturalmente como vivir, otros jamás.

—Al final moriremos todos.

—Pensando que una vida tranquila alarga las posibilidades de vivir, quienes más miedo tienen se irán antes.

—Cosas que tiene la vida.

—Así es. Vamos bien, la ciencia y la bioingeniería avanzan.

—¿Dónde estarán nuestros amigos en cincuenta años más?

—A años luz de la medicina legal.

—¿Conseguirá algún día la ciencia, la inmortalidad o viviremos como hombres biónicos nada más?

Se puso de pie y fue a la cocina por un vaso de agua. Se sentó a su lado nuevamente.

—A veces preguntas demasiado.

—Mi padre decía, quién no pregunta, no aprende.

—Morirás sabio.

—Y biónico.

—Llegará el punto donde tejidos y dispositivos fabricados en laboratorios, estén en estantes como refacciones para autos. No estamos lejos. Los plásticos modernos y la bioingeniería, apuestan a trabajar simbióticamente para imitar partes humanas.

—¿Cómo las estrellas de mar regeneran un brazo cortado?

—Así es. Los biomateriales son una serie de nuevos componentes que se definen como compatibles biológicamente con el humano y sus tejidos. Incluso existe una impresora de órganos, que imprime capas delgadas de células, una tras otra y se pegan en cortes hasta formar un órgano completo. Pueden fabricar órganos completos que, en diez o quince años, estarán disponibles en el mercado.

—¿Has estado aspirando coca a mis espaldas?

—Qué seas ignorante no me hace drogadicta. El futuro está en los órganos artificiales y la bioingeniería.

—Podré disfrutar algunos de esos artilugios y vivir doscientos años.

—Habrá que seleccionar muy bien a los candidatos. Estamos manipulando la naturaleza, provocando religiones, arriesgando vidas.

—¿Qué harán con gente viviendo doscientos años, si ahora los sistemas de jubilación están saturados porque llegamos a los ochenta? La OMS ha lanzado una alerta donde chocan el crecimiento demográfico con la escasez de alimentos.

—Esa es pregunta para algún político o investigador social. Son las doce y media de la noche y la agente Summers se acostó sin darnos de cenar por estar viendo cómo viviremos doscientos años.

—¿De veras se podrá vivir ese tiempo?

La voz de la agente los asustó. Había estado escuchando sentada en una mesa del comedor.

—Tal vez en cien años más se pueda, por ahora es solo un sueño. El miedo a la muerte produce eso, una carrera por seguir pegados a la vida.

—Qué alivio. ¿Qué quieren de cenar?

—Ya es tarde, algo liviano.

—¿Un par de sándwiches calientes?

—De acuerdo, ¿y tú?

—Tres entonces.

La espera en el aeropuerto era un buen momento para charlar.

—¿Crees que confían totalmente en nosotros?

—Viendo los trucos de Carlos, confía en que tu viaje a Houston te haga sentir cómplice y te haga pensar en años en la cárcel. En mi caso creo que les gustaría enredarme en algo sucio también.

—Puedes tener razón. Hablé con Eugenia, está feliz, le dije que le llevaba algo de ropa.

—¿Algo de ropa? Llevas quince kilos de sobrepeso.

—Paga si es así.

—Dinero de los contribuyentes.

—Contribuiremos con nuestras vidas por ellos, que se aguanten.

—Bien, un poco de filosofía zen en tu vida no te caería mal.

—Busca tu asiento.

—Tranquila, subiremos en segundo grupo, tendremos medio avión para nosotros.

Al fin se sentaron y lograron colocar las maletas.

—La agente Summers me dejó una carta sobre la mesa.

—Ábrela, puede ser importante.

“Infiltrado trabaja en Colombia, cuida de ustedes. Destruir.”

—¡Por Dios, subí con esto al avión!

—Tienes un problema con las notas, doctora. Tienen baño —rio Eduardo viéndola comer el papel.

A la hora señalada el Airbus 380 decoló. Estela se durmió antes de que lograra la horizontal nuevamente, a 10.000 metros de altura. Eduardo tomó una revista e intentó acortar el viaje.

Estela despertó más tarde.

—Te perdiste la cena.

—¿Estuvo buena?

—Sobras del viaje pasado.

—Cómo siempre. ¿Falta mucho?

—Un poco menos de una hora.

—Me pone nerviosa volver, más que la primera vez.

—Estuvimos a punto de ser activados como donantes.

—Estúpido, se me pone la piel de gallina.

—Yo con complejo de gallo.

—Duérmete.

—Pensaba en el mensaje de Esperanza.

—Quién sea, está condenado a volver a nuestro país en partes. Nada podemos hacer.

—¿Sabrá él de nosotros?

—Sino ¿cómo nos protegería?

El aviso de la azafata para abrocharse cinturones, subir mesas y guardar aparatos electrónicos, los preparaba para el aterrizaje. La sonrisa de Willie los esperaba. Esta vez tuvieron más problemas en acomodar las maletas.

—¿Se van a quedar más tiempo o por qué tanta ropa?

—Para mi hermana, ya que no pagamos hotel le traje mucha que yo no uso y algo de nueva, estará encantada.

—Por supuesto, ¿a quién le dan pan que llore?

Los dejaron en la casa de Eugenia, que no llegaba. Así que pusieron las maletas en la vereda y se sentaron a esperar. Vieron el taxi que se detenía media cuadra más adelante y regresaba en reversa.

—¿No tiene llave y no está su hermana?

—Así es, amigo, no debe tardar en llegar.

—Me quedo a charlar con ustedes, este barrio no es un dechado de seguridad.

Eduardo creyó notar el bulto de un arma debajo de la camisa floreada, el hombre se había recostado en el taxi, parado frente a ellos y hacía preguntas.

—¿Dónde trabaja su hermana?

—No lo sé a detalle, al parecer en el mercado.

—Trate de saberlo y traer un teléfono, ¿qué tal si decide quedarse por ahí con amigas?

—Le avisamos que veníamos. Allá viene, la de vestido de colores.

—Ahora sí me voy. Cuídense.

Eugenia empezó a reírse desde treinta metros antes de llegar. Abrazó a su hermana como si fuera la primera vez que la veía en años.

—Bienvenidos otra vez, los dos —saludó.

Entraron a la casa, donde el calor del día los esperaba.

—Esta maleta es ropa, Eugenia. Espero te guste, te quede y la que no la vendas.

—¿Toditica para mí? ¡Qué hermosa hermana la mía!

—¿Podemos pasar al cuarto a deshacer maletas?

—Esta es su casa.

Eduardo fue directo al respaldo de la cama, después de dejar la maleta sobre ella.

Se dio vuelta y puso su índice en los labios, mirando a Estela.

—Amor mío, me estoy sintiendo más a gusto en tu tierra que en la mía.

—Te dije que Colombia te iba a gustar.

—Más contigo y con el futuro que nos espera.

—¿Qué crees que dirá Carlos de lo que investigamos?

—Ese gordo es más desconfiado que mula tuerta, sí no cree que mande a alguien más a apretarle las bolas al doctor Parker.

—Nos creerá. A ver si volvió la doctora, no estaba cuando nos fuimos.

—Cierto.

—¿Habrán enviado la mercancía de Parker?

—Mañana sabremos, vamos con tu hermana a charlar un rato, a cenar y a volver a hacer una tarea que tenemos pendiente.

—El vuelo me cansó, te la debo para mañana, corazón.

Eugenia reía de alegría y sacaba una a una las prendas, colocándolas sobre las sillas, la mesa y la sala, encantada con todo.

—Hermanita, te has ganado el cielo, hace tantos meses que no estreno una pilcha que ni me acuerdo. Con esto las vecinas van a pensar que le entré a la venta de droga. Los vieron con las maletas, así que tú serás la vendedora y yo la hermana jodida, afortunada de tener una hermana con harto billete.

—¿Tienes para hacer de cenar o salimos?

—Tengo para licuado de banana o de piña. Algo de pan dulce. Suficiente para los tres.

—¿Cambió algo desde que nos fuimos?

—No, juraría que dejo la puerta de atrás bien cerrada, ayer amaneció otra vez sin llave, no falta nada así que creo que un fantasma se está adueñando del lugar.

—¿Crees en fantasmas? —rio Estela.

—Crear, creer, no, pero de que los hay, los hay.

La cámara en la parte alta del marco de la puerta no se veía desde la calle.

Había sido pintada del color del marco donde estaba montada, el disco oscuro del vidrio no se podía disimular.

Su falda blanca, corta, la camisa del mismo color casi transparente, la hacían terriblemente apetecible. Al menos eso le había dicho al salir de la casa. La había anudado al frente y las dos puntas dejaban ver algo de piel sobre el borde superior de la falda. El corpiño formaba sus bellos pechos. El toque final lo daba una peineta dorada sobre una cebolla bien peinada. Se había pintado los ojos y los labios discretamente.

—¿Intentas distraer a alguien, compañera?

Su hermana había sido más directa.

—Ay hermanita, con un culo de esos y esos trapitos dejaría de trabajar de inmediato. ¡Qué bella eres, por Dios!

Sin contestar la pregunta de su compañero ni la majadería de su hermana, salió en dirección al auto. Este también disfrutó la vista sin recato alguno.

—La competencia estará dura.

—¡Auch! Los celos son una mala idea en estos casos —exclamó él ante el pellizco que siguió a una mirada de asombro.

La puerta se abrió y el ama de llaves, sonriendo, los dejó pasar. Carlos salía de la cocina en ese momento.

—Le sentó bien el paseo a la doctora. ¿Cómo les fue?

—Bien gracias, solo que aduana se pone quisquillosa cuando uno entra y sale demasiado.

—No se preocupen, mientras nada encuentren, nada pasará. Estaba dando un último toque al pescado que preparamos para mediodía. Los demás están afuera, ¿nos acompañan?

—Claro —contestó Eduardo.

Estela había tenido razones para vestirse así. Estaban a la vista.

Con un ligero mohín de disgusto, Érica se acercó. Sonriendo, dio un beso a cada uno.

—¡Adelante, bienvenidos! Ojalá hayan tenido buen viaje.

—Así fue, doctora. Que no le quepa duda alguna —dijo Eduardo, mientras se sentía imposibilitado de quitar los ojos de esas nalgas firmes y redondas, envueltas en pegadísimo pantalón color verde claro. Una blusa beige, corta hasta dejar ver un abdomen plano y un ombligo coqueto, hacían juego con las zapatillas abiertas del mismo color. Pudo sentir la presión de la mano de su compañera en la suya.

—Hola, doctor Joao, doctor Salazar.

Saludaron a James, un poco más alejado y a un hombre que desentonaba con su traje cruzado sobre una camisa blanca sin corbata y pantalones blancos.

—El ingeniero en biotecnología Alejandro Cerruti, de Argentina.

—Mucho gusto, Eduardo, Estela, he oído mucho de ustedes.

Treinta y cinco años. Uno ochenta y cinco, cuerpo atlético que irradiaba seguridad y fortaleza. Sonrisa de dientes perfectos, eran el toque a un rostro blanco, alargado y un pelo rubio bien cortado. Estela lo tomó de las manos y le plantó un beso en la mejilla. Eduardo saludó y corroboró en el apretón, que el tipo pasaba horas haciendo ejercicio.

—“No podía fallar, si no me hubieran dicho que eras argentino, lo adivinaba, por eso nadie los quiere”

El pensamiento había sorprendido a Eduardo. ¿Estaba celoso? El hombre le interrogó.

—¿Cómo está Estados Unidos?

—Mira —empezó— no está bien. Aun estando mal sigue siendo la mayor potencia del mundo. Esperemos que la economía repunte, eso sería de beneficio para todos.

—Sobre todo para nuestro negocio.

—Por supuesto.

La muchacha con la bandeja y las bebidas apareció de la nada, pronto todos estaban degustando deliciosas bebidas preparadas. Carlos se acercó.

—Los invito a pasar, la comida está lista.

Entraron charlando, agradeciendo la oportunidad de salir del calor del mediodía y disfrutar el aire acondicionado. Con Carlos al extremo, la mesa quedó ocupada con Alejandro, Érica y el doctor Joao, por un lado y Eduardo, Estela y el doctor Salazar por el otro. James no había ingresado. Sirvieron vino blanco, cosa que no gustaba mucho a Eduardo; las reglas del maridaje indicaban que era el adecuado para un pescado. La charla arrancó con temas triviales, la regla no escrita decía que los temas importantes eran en la sala.

—Hace mucho que no voy a Estados Unidos, diez años o algo más.

—Bueno, aparte de haber autos más modernos, el cambio no ha sido tan notable.

—Mi país ha tenido una serie de presidentes nefastos, incluyendo esta mujer que no parece saber dónde está parada, la economía es un desastre.

—Algo que nunca he entendido —siguió Eduardo— es porque se aferran a aliarse con países tanto o más pobres que ellos. Si quieres progresar hazlo

con quien tenga recursos para comprar tus productos o tecnología para modernizar tu aparato productivo. Sudamérica se alía en contra del gran capitalista, ¿resultado? Todos quebrados y el gran capitalista ni en el mundo los hace.

—Tenés algo de razón, pero la sociedad está en contra del capitalismo también, no solo el gobierno.

—Mira, para mí el socialismo es una forma estúpida de aferrarse a algo que justifique la incapacidad de generar riqueza. Nada más. La prueba, hasta los sátrapas más grandes como los Castro, Chávez y otros de su calaña, tienen inmensas fortunas que han robado a sus pueblos mientras les vendían la idea del socialismo.

—No puedo desmentir eso, pero entendés que el capitalismo no es la panacea.

—Lo sé, pero sigue siendo el menor de los males. Al menos quien quiere tener, puede hacerlo y quien no, también. En el socialismo, quieras o no, no lo logras.

La llegada de la comida dejó la conversación inconclusa. Cuando todos estuvieron servidos, Carlos inició, siendo imitados por los demás. El pescado era generoso y delicioso.

—Hay que hacer un monumento al tipo que preparó esto —dijo Estela.

Alejandro asintió sin hablar, mirando fijamente a los ojos de la mujer.

—Señor Márquez, ¿qué opina usted de la comida colombiana? —le habló Érica mirándole por sobre la copa de vino. Sentado enfrente, sintió la mirada; la sostuvo unos segundos antes de contestar.

—Todas las cosas que he visto en este país han sido de mi total agrado.

El pellizco de Estela por debajo de la mesa, lo hizo dar un pequeño brinco. Érica rio y volvió a su comida. Eduardo miró a su compañera, tenía las manos ocupadas. Eso le sorprendió porque había sentido una caricia. Érica le sonrió, devolvió el gesto y siguió con su pescado. Sintió los dedos descalzos acariciando la unión de sus piernas. El pie iba y venía a lo largo de su pierna derecha. Siguió el juego. Echó el mantel de la mesa hacia su cintura y cubrió el pie travieso, que se dio gusto acariciando su sexo a través de la tela.

—Bien, ¿alguien va a querer algún postre?

El pie voló hacia el piso. Estela y el doctor Salazar dijeron sí, los demás estaban satisfechos, nadie se movería de la mesa hasta terminar. Eduardo miró a Érica, ella volvió al ataque, esta vez con la otra pierna. Metió la mano

debajo del mantel, la empujó hacia atrás.

—Parece que todos estamos listos, pasemos a la sala por favor.

Tomados de la mano, Estela y Eduardo se sentaron juntos para contrariedad de Érica. La vio caminar y llegó a la conclusión de que llevaba mucho tiempo con las bebidas tropicales.

—Eduardo, Estela. Queremos saber cómo les fue. ¿Hablaron con el doctor Parker?

Estela tomó la palabra. Tenía las piernas cruzadas, eso dificultaba a Carlos, sentado enfrente, concentrarse.

—Fuimos con el doctor. Quedó sorprendido.

—¿Sorprendido?

—Así es, Carlos. No nos esperaba, menos en el plan agresivo que llegamos. Eduardo se pasó un poco en la presión ejercida.

—¿Qué lograron sacarle?

—Nada —continuó Eduardo— te aseguro que, si no dijo nada, es porque nada sabe. Le apreté por todos lados, amenacé con denunciarlo anónimamente, hacer algo a los hijos.

Carlos miró a Érica que regresaba del baño.

—Que otra idea traen sobre el infiltrado.

—¿Nosotros? No sabemos de qué nos hablas. Tal vez si confiaras un poquito más y nos dijeras que tanto sabes, podríamos ayudar.

—El rumor fue que alguien en una oficina del FBI tenía un plan para meter una persona en nuestra organización. Sin nombre y sin fechas.

Estela se recostó en su sillón mostrando a Carlos el borde de su prenda íntima.

—¿Fuimos a Houston a asustar a ese pobre viejo por un rumor? Si el maldito FBI tiene un plan sin fecha y sin nombres, está en pañales, es mediano o largo plazo.

—Llegué a pensar eso, quería estar seguro.

—Si éste juego es así, no nos interesa seguir progresando con ustedes. No pueden estar disparando hacia arriba a ver si la bala cae sobre un culpable. Usted tiene gente en seguridad, es su trabajo —simuló enojarse Estela.

—¡A qué huevos de mujer! Brindemos por ello, a ver Carlos dile a la rubia de la cocina que traiga jerez —rio el doctor Joao.

El ambiente se distendía. Eduardo sabía que no era por esa charla, sino por lo que habían escuchado la noche anterior gracias al micrófono en el cuarto de la casa de Eugenia. El vino dulce estaba en copas y Érica pidió un

brindis.

—Por la humanidad inmortal.

—¡Salud! —brindaron.

—Muy bien, queridos amigos. Mañana a las catorce horas, todos en el aeropuerto de Barranquilla. Eduardo y señora, mi chofer pasará por ustedes a las trece horas.

—¿Adónde vamos?

—Ropa para tres días. Documentos para el extranjero, no vayan sin dinero, no soy patrocinador de todo lo que se les antoje.

Rieron y Estela no insistió sobre el destino. Ya lo suponía, viendo al guapo ingeniero que se había deleitado toda la tarde mirando sus piernas.

Eduardo estaba acostado, un poco sorprendido. Habían retirado el micrófono. Eugenia pensaba que el Alzheimer estaba acabando su mente.

—No entiendo, ¿por qué quitarlo? Eso me puede volver loco, te juro.

—Tal vez tienen miedo a nuestra reacción si lo descubrimos.

—Hay que tener cuidado. ¿Qué sigue ahora?

—No sé, preparar maletas y documentos, darse un baño y dormir o... quién sabe.

—Me gustaría bañarme y un poco de quién sabe.

—Bien, la misión va a ser larga, no tiene que ser más difícil.

Hicieron el amor despacio. Después de poco más de una hora, estaban mirando el abanico.

—Supongo a esto habría que llamar compañeros con derecho.

—Sí, porque amigos no somos.

—Me gustas.

—Tú no estás mal tampoco. Podría acostumbrarme.

Estela se dio vuelta sobre su pecho y comenzó a jugar con los rizos de su pecho.

—¿No te da miedo enamorarte?

—No. Tengo bien ubicada mi posición en este juego. Esa opción no ha pasado por mi mente. Somos profesionales, sabemos nuestros límites.

—Claro, es lo que quería oír.

Pasaron por los pases de abordar y se dirigieron a documentar. Estela solo dejó la bolsa de mano y Eduardo su pasaporte y cartera. Al llegar a la sala de espera estaban Érica, el doctor Enrique Salazar y el ingeniero Alejandro, que sonrió y se puso de pie. Se deshizo en halagos ante la presencia de Estela sin importarle la presencia de Eduardo. Éste le apretó la mano de tal forma, que

lo obligó a doblarse un poco de ese mismo lado y le sonrió.

—Ingeniero, ¿cómo estás?

—Bien gracias —dijo después de un par de segundos frotándose la mano.

—Bonito día para volar —les saludó Érica con un beso en la mejilla.

—Así es, Érica, pensé que Carlos iría con nosotros.

—Vendrá, faltan dos horas para el abordaje.

—Perfecto.

La charla estaba animada cuando llegó Carlos acompañado de James.

—Hola a todos. ¿Listos?

—Así es. Pensé iríamos en el Lear.

—Esta vez ni la logística ni la seguridad lo ameritan, hay que controlar gastos. Que sea un buen negocio, no quiere decir que sea inquebrantable.

—De acuerdo.

Pasó a mostrador por su pase de abordar. Eduardo se acercó a Estela y le habló muy bajo al oído, simulando buscar algo en su bolsa.

—¡Quita tus manos sucias de mi bolsa!

Todos rieron ante el manotazo de ella a Eduardo, que se hizo a un lado, simulando estar dolorido. Al subir al Airbus 380 tuvo cuidado en seguir las instrucciones de su compañero, se sentó al lado de Alejandro que entre sorprendido y gustoso, la recibió a su lado con una amplia sonrisa. Dos asientos más atrás el doctor Salazar y Carlos charlaban.

—Doctora, tantas horas de vuelo juntos me preocupan, mi esposa se sentó con el ingeniero, está deseosa de charlar con alguien diferente. O se cansó de andar con el mismo compañero.

—En la variedad está el gusto —sonrió Érica.

Eduardo asintió sonriendo, mientras esquivaba una maleta que un señor de edad casi deja caer desde arriba.

—¿Sabes adónde vamos en Buenos Aires?

—No, cuéntame.

—Vamos al corazón de la organización. Donde vive el gran jefe. Donde la humanidad tiene puestas todas sus esperanzas.

—Son varias horas de vuelo.

—Serán amenas.

Estela sabía que Eduardo quería información por separado de ambos, así que se dio a la tarea de interrogar a Alejandro, mientras dejaba que la falda subiera muy por encima de las rodillas.

—Estoy tan emocionada por este viaje, a ver, tú a que le apuestas, ¿a

qué en el futuro los trasplantes de órganos artificiales acaben con nuestro negocio o a que lo haga la medicina ortomolecular?

—Para ser una doctora parecés estar fuera de forma —se burló él.

—¿Fuera de forma? ¿Qué quieres decir con eso?

—Atrasada de noticias. ¿Has oído hablar de células madre?

—Por supuesto —contestó.

Alejandro levantó el separador entre los asientos y se dio vuelta para mirarla a los ojos.

—Sabrás entonces que las células madre o troncales, tienen la capacidad de dividirse asimétricamente, dando una célula idéntica como auto renovación, mientras que la otra puede diferenciarse si son adecuadas las condiciones. Las células madre se dividen en cuatro y pueden desde la que te dije, más potente, formar todos y cada uno de los tejidos, hasta las unipotentes que tiene poca capacidad de formación.

Estela lo miraba fascinada. Era otro apasionado. Alejandro prosiguió.

—Solamente las células anteriores a la formación misma del embrión son totipotentes, lo que quiere decir que pueden convertirse en todos los tejidos del cuerpo y la placenta, mientras que los pluripotentes, no pueden convertirse en placenta.

—Estoy encantada con tu charla, el viaje será por demás entretenido.

—Tenemos descubiertas más de veinte tipos de células madre adultas, en el cuerpo humano; unas forman la médula ósea, otras el hígado, la sangre. Estos embriones son procedentes de tratamientos en reproducción humana asistida, cuando fecundan demasiado, son donados por los pacientes.

—Cosa que nada tiene que ver con nosotros.

—En algunos casos así es. Han logrado obtener células madre de donantes cadavéricos. Esto ofrece amplias aplicaciones en ingeniería de tejidos y terapia celular.

—¿No hay riesgos o peligros con tanto experimento con humanos?

—Sí hay. El japonés Shinya Yamanaka, Nobel de medicina en 2012, dice que hay riesgos muy grandes en ciertas terapias.

—Algunos piensan más en el negocio que en las consecuencias.

—Es una guerra, Estela, todos queremos llegar a tener lo mejor antes que los demás.

—Eso es un pensamiento a largo plazo, Alejandro. ¿Qué tanto pueden curar, aparte de la publicidad?

—Cuándo esa tecnología se domine, podremos aspirar a medicina

regenerativa, inmunoterapia y hasta terapia génica.

—Me cuesta entender que la ley, la ética o prejuicios religiosos, puedan oponerse.

—Algunos como vos, yo y los que formamos la organización, pensamos que son frenos al progreso, tratamos de que no nos afecte, en el conocimiento de que, los resultados a futuro harán olvidar prontamente, los problemas que mencionaste antes.

—¿Se podría pensar a futuro en una sociedad dividida en creyentes de cien años y no creyentes de trescientos o más?

—No lo sé, creer en un Dios tiene mucho que ver con el miedo a la muerte, si el miedo a la muerte desaparece, puede que desaparezcan también los dioses.

—Suenan interesantes.

—Estela, hablar con alguien como vos, hace renacer las esperanzas que estamos en el camino correcto —murmuró Alejandro.

—¿Lo has dudado alguna vez? —le sonrió, poniendo la mano en su muslo.

Los ojos de él fueron al techo del avión, que en ese momento galopaba fuertemente sobre unas bolsas de aire. Luego volvieron a los de ella tomando su mano derecha.

—Honestamente, tuve una dura batalla cuando me enteré de lo que hacíamos.

—¿Por el uso de humanos?

—Un poco. Sabemos que alguna pérdida ocasional siempre es un riesgo a correr cuando andamos jugando a Dios y a la Madre Naturaleza.

—Alimentando con carne pobre y miserable a la élite poderosa del mundo blanco.

—Me daba la impresión de que, podía haber más consumo y con ello aumentar los sacrificios hasta poder llegar a las guerras por órganos, ¿entendés? Como antiguamente los aztecas, sacrificaban los prisioneros para ofrecer corazones a sus dioses. ¿Ves ese paralelismo?

—No lo había imaginado. El derrotado, el subyugado, pone su pecho para que el ganador extraiga el corazón y su fuerza.

—En eso basaba mis miedos. Hasta que llegamos a lo que hoy tenemos supe que eso jamás sucedería.

Estela tenía la pregunta en la punta de la lengua, “¿Dónde estamos?” Lo estaba cazando, sin garantía de que él no estuviese haciendo lo mismo. El

servicio de comidas y bebidas interrumpió la charla.

—¿Cuándo podremos aspirar a comida de verdad en los vuelos?

—Estamos muy cerca, ingeniero.

—¿Muy cerca?

—Primera clase —señaló al frente.

—Oh, sí claro. Ceno veinte veces en Buenos Aires con la diferencia de costo del boleto.

—Así es la vida, amigo mío. Nada de lo bueno cuesta poco.

Las azafatas recogieron el servicio. Pocos minutos después el avión apagaba las luces, la noche había llegado. Estela tomó la delgada frazada azul oscuro y la puso sobre las piernas tapando las de Alejandro. Segundos después sintió la mano, cerró los ojos, segura que la estaba viendo. La mano subió despacio, pidiendo permiso. Abrió las piernas. La mano perdió la cordura, se dedicó a acariciar despacio, hasta que la sintió arquearse en el asiento.

El aterrizaje en Ezeiza los despertó. El piloto había bajado de tal forma que el inmenso avión dio un par de fuertes bandazos antes de recobrar la recta sobre la pista. Entraron al edificio aeroportuario y pasaron sin problemas Migración y Aduanas, luego las tiendas Duty Free, donde el olor a perfumes de todas las marcas inundó sus espíritus. Voltearon en el último pasillo a la derecha, en poco más de sesenta metros, estaban fuera. Carlos se hacía cargo a partir de ese momento.

—Por Irigoyen, ¿conoce el hotel Internacional?

Ante la respuesta afirmativa del taxista, se dispusieron a cargar maletas. Eduardo se sentó a su lado y la besó en la mejilla, ella sonreía coqueta al paso de Alejandro por el pasillo. En el hotel estaban reservados los cuartos. Carlos y Érica, el doctor Salazar y Alejandro y Eduardo y Estela.

—Muchachos, si alguien quiere cenar el hotel tiene servicio, en lo personal con lo del avión tuve y estoy cansado. Mañana a desayunar a las nueve en punto.

Sin esperar respuesta, subió al elevador y junto a Érica, de gesto adusto, se perdió. Alejandro y el doctor preferían sentarse un rato en el lobby a ver la televisión, ellos subieron a su cuarto a dejar las maletas.

—¿Cómo te fue? —consultó Eduardo en el elevador.

—¿Qué dirías si te digo que los órganos artificiales no son el meollo del asunto?

—Érica me dejó eso muy claro.

—¿Qué tan claro?

—Dijo que lo entendería mañana.

—¿Te dio detalles?

—No. Dijo que era uno de los laboratorios más avanzados y costosos del mundo.

—¿Algo que te haya hecho sentir mal con la doctora?

—Bueno, parece que en algunas cosas tenías razón, es persistente.

—¿Resististe a sus encantos?

—No pasaron de caricias debajo de la cobija del avión.

Estela soltó la risa.

—¿Qué mi doctorcita ésta! ¿Qué no tiene ideas propias? ¿Te hizo una felación debajo de la cobija?

—¡Noo! ¿Cómo se te ocurre?

—¿Entonces?

—Nos masturbamos uno al otro hasta que quedamos tranquilos.

—Par de cerdos.

—¿Acaso tu ingeniero no intentó meter mano?

—Cerdo.

Se metió a la ducha. Bajaron al lobby; Alejandro y el doctor habían desaparecido, faltaba media hora para la medianoche.

—¿Caminamos un rato?

—Vamos hasta el obelisco, queda unas pocas cuadras para allá.

El despertador del celular sonó a las ocho. En el comedor había varias personas, así que tomaron dos mesas juntas, avisando al mesero que serían seis. El aire estaba fresco.

—A ver si no pescamos una pulmonía con tanto cambio de clima.

—No te preocupes, tienes buena doctora.

—Claro.

—Todos los hombres son miedosos, ¿por qué?

—Mi madre decía que después de parir y sentir esos dolores, toda cosa posterior era incapaz de infundir miedo a una mujer.

—Tu madre era inteligente, ¿qué pasó con sus genes?

—Bueno, tengo una hermana en alguna parte, tal vez ella se llevó la mejor parte. Nació primero.

Entre risas recibieron a Carlos y Érica. Minutos después llegaron Alejandro y el doctor Salazar.

—Adelante, es bufete.

—Estábamos esperando que estuviéramos todos.

—Gracias por el detalle.

Después de poco más de cuarenta minutos en el lugar, Carlos anunció.

—Vendrán por nosotros en quince minutos. Suban al cuarto, hagan lo que tengan que hacer y bajen a las diez.

—¿Algo especial que llevar? —preguntó Estela.

—Abrigo, hace frío afuera.

Con su típico sonsonete porteño, apareció un hombre de cabello corto al rape, con aire un poco militarizado que preguntó fuerte en medio de lobby.

—¿Señor Carlos y doctora Érica?

Carlos levantó la mano. Subieron a una furgoneta blanca con leyendas de un laboratorio farmacéutico conocido. Abandonaron la avenida 9 de Julio, para después de veinte minutos, entrar a un barrio de clase media, dónde llamaba la atención la basura en las calles y el aparente abandono de la municipalidad.

—Llegamos al barrio de Caseros —informó el chofer. Después dio un par de vueltas y se detuvo en la calle Uspallata, frente a un viejo edificio de cinco pisos.

Cuando todos estuvieron abajo, el chofer preguntó.

—¿Vuelvo en alguna hora en especial?

—No, gracias. Te hablamos media hora antes de terminar.

—Tome, ahí está mi celular —contestó el hombre, alargando una tarjeta.

Carlos tocó un timbre alto en la pared, con una serie de pausas que supusieron era una clave. Dos minutos después estaban quitando trabas a la puerta; en ese momento una patrulla de la Policía Federal pasaba despacio. Carlos se inclinó levemente, el copiloto se tocó la visera. Eduardo y Estela se miraron de reojo. El edificio por dentro era todo lo que por fuera nadie imaginaría. Aparte de la puerta principal de acero, con una moderna maquinaria de cerrojos, los pasillos estaban inmaculadamente limpios. Caminaron veinte pasos, llegando a un puesto donde un guardia tenía acceso visual de la entrada a través de cámaras de circuito cerrado.

—Señores, buenos días. ¿Los comunico con...?

—Dígale a Pellegrini que estamos aquí por favor.

—Inmediatamente.

Tenían al menos dieciséis cámaras de circuito cerrado vigilando puertas de acceso. Un par de ellas parecían estar dirigidas a lo que podían ser almacenes de productos. Esperaban a Pellegrini, el administrador principal

del edificio. Administradora, pensó Estela, cuando una mujer alta con túnica blanca y algunos kilos de más, apareció sonriendo frente a ellos; estiró la mano a Carlos, luego a cada uno de los asistentes, viendo que Alejandro era conocido por ella también.

—Sígueme por favor.

En silencio, caminaron hasta llegar a una pequeña sala de juntas. Se sentaron; por un sistema interno, pidió café y galletas. Mientras hablaban trivialidades del viaje y el clima, una asistente dejó sobre la mesa una jarra con café y una bandeja con una variedad de galletas dulces y saladas. Cuando salió, Pellegrini activó un seguro eléctrico y quedaron aislados.

—Yo sé que Carlos, Alejandro y Érica saben lo que les voy a decir, es regla que cada uno que entre a este lugar, sepa las normas de seguridad. Nada de fotos, grabaciones de ningún tipo, a nadie revisamos al entrar.

—¿Mi celular? —preguntó Eduardo, con su cara más ingenua.

—Se queda aquí.

Pasaron unos segundos y ella continuó.

—Gracias, a la salida se les va a revisar.

Estela sonrió por la pequeña trampa.

—¿Les explicó mi buen amigo Carlos dónde están?

Las miradas sorprendidas de los asistentes dieron una respuesta negativa.

—Este edificio alberga lo que hoy, es el más moderno y completo dedicado a la nanotecnología, dirigido a buscar avances en la medicina. Un futuro que estamos dispuestos a crear.

Dio un trago al café para dejar que sus palabras encontraran refugio en las mentes.

—Aquí no hay un líder religioso que vaya con el chisme a su dios. Tampoco un profesor de ética que nos diga que lo que hacemos no va con la moral, buenas costumbres o valores de una sociedad civilizada; tampoco leyes de los hombres, que digan hasta dónde podemos llegar.

Pellegrini era tanto o más apasionada que la doctora Lazcano; la fortaleza física soportando sus palabras, le daban un toque especial.

—Si están aquí es porque han pasado las pruebas, me siento con la libertad de hablar de lo que hacemos.

Miró a Carlos, quién asintió. Ante la aprobación continuó.

—Los trasplantes de órganos existen desde los años setenta, desde que Barnard hizo aquél maravilloso experimento. Mientras se aferran a eso con uñas y dientes, otros intentan hacer órganos artificiales. A los primeros les

faltan donantes, cosa que sabemos; problema además que estamos abocados a solucionar, con la intención de lograr experiencia y recursos para nuestros propios proyectos. ¿Alguna pregunta hasta ahora?

—He oído hablar de todos esos métodos científicos; en la forma en que usted se expresa, parecer estar enviándolos al bote de la basura. ¿Me equivoco? —dijo Estela.

—No, mi estimada colega... perdón, olvidé su nombre.

—Estela Márquez.

—Estela, eso es. No se equivoca para nada. Miles de millones de dólares se invierten en esas técnicas. Van a llegar tarde a la repartición del gran pastel. Pueden ver sin tocar, preguntar sin profundizar, lo que sepan después de salir de aquí yo se los habré enseñado, lo que yo sé, no lo sabrán nunca.

Estela no pudo aguantarse, comenzó a aplaudir dando como resultado que todos siguieran su ejemplo, acción que logró ruborizar a la doctora Pellegrini.

—“A pesar de todo, estos cabrones siguen teniendo sentimientos” —pensaba Eduardo.

Pellegrini descorrió el seguro de la puerta de entrada, luego se puso de pie e invitó a todos:

—Amigos, van a ver algo que pocos humanos han visto, una mirada al futuro con cincuenta años de anticipación.

Entraron a un lugar que Eduardo conocía a través de las cámaras.

—Aquí hay medicinas y equipo, por varias decenas de millones de dólares.

La puerta se cerró y se pararon frente a un elevador.

—De tres en tres por favor, tiene capacidad limitada.

—“Y más de tu volumen” —sonrió Eduardo.

El elevador se fue dejando a Alejandro, Eduardo y Estela, en espera.

—¿Les gusta lo que han visto?

—¿Visto? No hemos visto nada. Solo el discurso de bienvenida, aprendido al estilo hitleriano.

—La doctora tiene capacidad de convencimiento, ni duda me cabe —dijo Estela.

Eduardo subió primero; la mano de Alejandro se posó descarada sobre la nalga firme sin que Estela cambiara la respiración. Cruzó una sonrisa de complicidad con el ingeniero.

—¿Un piso y elevador? ¿No han oído que el ejercicio alarga la vida?

—Señor Eduardo, el edificio no tiene escaleras. Fueron selladas.

Llegaron a un segundo piso. Dividida por un grueso cristal antibalístico, según Pellegrini grado cinco, había una sección de laboratorios divididos entre sí, dónde se veía trabajar hombres y mujeres con aparatos sofisticados. La doctora abrió un poco los brazos frente a ellos hasta casi tocar los lados del pasillo. Se dispuso a explicar a propios y extraños, de que se trataba ese alarde de sofisticación.

—En algunos países antes de poder tener este tipo de equipo, se hacen una serie de estudios, consultas e investigaciones, donde se analizan las repercusiones económicas, ambientales, legales y éticas de esta ciencia maravillosa. Aquí tardamos en tenerlo, lo que los proveedores en cobrarlo y montarlo. El gobierno de este país, aunque hable mal de mi género, es uno de los más corruptos de los últimos años. Con un poco de suerte y algo de nuestro dinero, tal vez su hijo pueda ser el próximo presidente.

Estela avanzó un pequeño paso y preguntó.

—Realmente, ¿qué tipo de laboratorio es?

—Aquí se practica, la más avanzada forma de nanociencia.

—¿Y el personal?

—Señor Márquez, aquí puede ver usted a los mejores especialistas y académicos de ciencias del mundo.

—¿Qué diferencia hay entre este laboratorio y los más avanzados de Estados Unidos o Rusia o España?

—Libertad.

—¿Libertad?

—Un gobierno establecido tiene que protegerse socialmente, desde la misma perspectiva del científico. Si ellos van a gastar dinero de contribuyentes, deben hacerlo pensando que porcentaje de la población que vota saldrá beneficiada.

Si un país se mete en esto sin ver esos impactos sociales o ecológicos, puede ser un desastre.

—Dicho en pocas palabras, la política detiene el desarrollo científico.

—Cómo en el pasado lo hizo la Santa Iglesia a través de la Santa Inquisición, el tiempo aquél donde quemaron o ahorcaron a las mentes más brillantes.

—Guau, interesante.

—Así es, mi estimada doctora. Fíjese todos los frenos que hemos encontrado para que esta o cualquier otra tecnología se desarrolle, no hemos tocado siquiera la parte legal, que es dónde todo queda estancado.

—¿Qué es eso? —señaló Eduardo,

—Esa es una sección de microscopios electrónicos.

En otro cubículo un par de personas, vestidas de blanco, también trabajaban.

—Aquí hay un espectrómetro de masa.

Llegaron a lo que parecía la mitad del pasillo donde había un refrigerador con refrescos, una máquina expendedora de golosinas y un cúmulo de revistas.

—¿Alguna pregunta hasta aquí?

—No.

—Bien, vamos a subir al tercer piso.

Igual que la vez anterior, Eduardo, Estela y Alejandro subieron al último; igual a la vez anterior, Alejandro pasó su mano por la nalga de Estela. En el elevador antes de salir, ella simuló arreglar su ropa, las pegó en la pelvis mientras Eduardo salía a un pasillo.

—Bien, amigos, aquí hay mucha tecnología afín a nuestro trabajo.

—Supongo la fuga de uno de ellos supondría un problema.

—Uno solo lo ha intentado, un cubano.

—¿Lo atraparon?

—Sí la policía lo atrapó y lo trajo aquí.

—¿Aquí? ¿Lo mataron?

—No totalmente, su corazón y riñones viven en alguna parte de Estados Unidos.

—Supongo los demás se enteraron de que sucedió.

—Una imagen vale más que mil palabras.

—¿Qué es eso? —preguntó Eduardo para cortar la charla desagradable.

—¿Usted no es médico verdad? Es el aparato de resonancia magnética nuclear más moderno del mundo.

La doctora siguió mostrando cubículos y personal durante media hora.

—Bueno amigos, espero que tengan hambre, porque hice preparar una auténtica parrillada argentina en honor a ustedes con un delicioso vino tinto de mi tierra, Mendoza.

Entraron a un comedor. Una mesa de madera y ocho sillas los esperaban. El olor exquisito despertó el apetito de todos.

—Buenas tardes, amigos. ¿Todos van a querer parrillada servida mixta o alguno quiere pedir algo especial?

Estela miró a la doctora.

—Mixta es que ellos te sirvan de todo un poco, para que lo pruebes, lo que te gusta lo repites. Es un gran chef, no se arrepentirán.

Las copas fueron generosamente provistas del vino mendocino; pronto en los platos había mollejas, chinchulines y riñones. Las pocas palabras que se cruzaban eran para alabar el sabor de un chorizo, una estupenda entraña, o el delicioso vino tinto. Terminada esa probeta, vino el plato fuerte.

—¡Por Dios, estaba llena con lo anterior!

—Érica, ni se le ocurra negarse a probar la carne porque no respondo de lo que le pueda hacer Darío. Tiene un cuchillo grande muy filoso.

—¿Alguien desea postre? —preguntó Carmen al finalizar.

—¿Es en serio? —preguntó Estela, arrancando la risa de todos.

—Doctora, uno nunca sabe cuándo será la última comida. Como estas, las verá pocas veces durante su existencia.

Estela le sonrió mientras sentía erizarse los vellos de su brazo. Pellegrini tenía esa especial habilidad de bromear y meterle miedo a la gente.

—No me la vayan a quitar a la salida ¿eh?

—No se preocupe, las recetas de cocina pueden entrar y salir libremente.

—Gracias.

—Vamos al tercer piso. No pueden hablar con nadie, ellos lo saben, ustedes también. No es un pedido, es una orden.

Al entrar, se llenaban las narices de un agradable olor a lavanda. Había al menos doce cuartos con dos camas cada uno. Una sala de estar, dónde se podía ver películas y videos, más no televisión abierta. En la sala había dos mujeres jóvenes, no más de veinticinco años cada una, en el otro dos más y dos hombres, con los que departían una partida de billar. Estela sabía que algunos no saldrían de ahí con vida, eso le produjo un malestar.

—¿Pasa algo, doctora?

—Esta vez si pasa algo.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—No. Pueden ser las mollejas, el chinchulín o el maldito vino. O todo, urge un baño.

Riendo Pellegrini la guio hasta una puerta con la figura de una mujer. Se sentó en la taza y mirando hacia arriba vio la cámara. Se le hizo una falta de respeto a esos íntimos momentos.

—“Maldición, tan fácil que es cuando de veras quiere salir”.

Diez minutos después, relajada y sonriendo salió del baño.

—¿Lista?

—Lista, con el postre sería donante.

—Bien, señores, la visita oficial ha terminado. Vamos a tener una pequeña junta en la sala de la entrada, podrán regresar a su lugar de trabajo.

Eduardo pensaba, “debería ser esposa de Carlos, por la forma tan parecida de correr a la gente de las reuniones” Bajaron. Primero Carlos y las dos mujeres, luego Estela y los dos hombres. Ahora Eduardo estaba de frente a la puerta del elevador, ella, descaradamente hacía pequeños círculos con sus nalgas, sobre la pelvis del hombre; el elevador se detuvo. Sobre el filo de las cinco de la tarde el ritual se repitió. Pidieron café y unas galletas, después se trabó la puerta para iniciar otra reunión secreta.

—Carlos, ¿algo que decir? —arrancó la Pellegrini.

—No, lo has hecho bien.

—Amigos, Carlos y yo estuvimos casados años atrás. Nos ganó el amor a la ciencia. La llevamos bien.

Eduardo se echó hacia atrás en su silla. “Debí haber sido brujo en otra vida”

—Bueno déjenme contarles más, al parecer ahora sí están eligiendo mejor al personal asociado —opinó enseguida— aquí también contamos con un difractor de rayos X y equipos con software para simular comportamiento y propiedades de materiales.

—Ya que vamos a aprender tanto, ¿puede explicarnos de qué sirve saber cómo se comportan los materiales si vamos a trabajar en seres humanos?

Pellegrini miró con cara de muy pocos amigos a Eduardo.

—Más adelante, señor Márquez, se dará cuenta de esto. Como les decía, tratamos de encontrar materiales biocompatibles funcionalizados en la superficie a escala nanoscópica. Contamos también, con microscopia electrónica de barrido, interferometría óptica y espectroscopia de fotoelectrones. Por eso les digo, estamos en el mejor laboratorio del mundo, ¿entienden por qué?

Érica preguntó.

—¿Hay en este momento algún proyecto con buenos resultados a la vista?

—Por supuesto. En lo referente a materiales biofuncionalizados para la regeneración de tejidos, estamos por dar un resultado palpable. Podemos ver muestras en las espumas metálicas a base de titanio para partes óseas.

—Como en todo lo nuevo, en la ciencia debe haber sus detractores, ¿existe eso?

—Si, Estela, si existe. En algunos estudios se ha generalizado la postura

que en fertilizantes podría amenazar la salud del suelo, sería nefasto para la agricultura. Eso lo gritan con bombos y platillos en ruedas de prensa, mas no dicen que un nanofiltro que funciona con energía gratuita del sol, elimina del agua cancerígenos y antibióticos malos para el ser humano.

—Esa parte me interesa.

La mirada de Pellegrini mantuvo en silencio a Eduardo el resto de la charla.

—Señores, ¿tienen una idea de lo que estamos desarrollando en este lugar? —tomó un último trago de café, ya frío— La nanotecnología es la ciencia que se encargará, en el presente para nosotros, en el futuro para el resto del mundo, del diseño y construcción de máquinas.

—¿Máquinas, maquinaria?

—Así es, doctor Salazar, maquinitas. Richard Feynman fue el primer científico en ver las posibilidades de la nanociencia. El único centro de nanotecnología que nos puede hacer pensar en competencia real, está en Rusia. En la universidad estatal de Belgorod.

—¿Algunos de esos centros comparten conocimientos?

—¿Qué pretende decir con eso, doctora Márquez?

—Si queremos saber que tan avanzados están, podríamos buscar intercambiar información.

—¿Crees que los rusos te van a decir lo que tienen?

—No. Si ponemos información a la vista y muerden, significa que no han llegado.

—Es una idea no descartable, habría que pensarlo muy bien. Tener que defendernos de un enemigo de ese tamaño es impensable.

Todos observaron a Estela. Ella en lo particular no tenía idea de que proponer al respecto, quería ser tomada en serio, su esposo había sido el bufón toda la tarde.

—Es tema para el área de seguridad, es bueno saber que tenemos una cabeza pensante.

Estela no pudo evitar reacomodarse en su silla. Eduardo la pateó por debajo de la mesa.

—Tenemos desarrollados diaÁtomos que aparecen y desaparecen, e implantes con los que podemos sustituir cualquier parte del cuerpo.

—Todo, ¿significa que también pueden reconstruir el cerebro?

—No, esa es la parte que aun detiene al mundo entero y a todas las formas existentes que pretenden de una u otra forma, alargar la vida de las

personas.

—¿Podrá eso ser solucionado en mediano plazo?

Era evidente que las cosas sin solución la molestaban

—La primera etapa de nuestro proyecto es alargar la vida, dependiendo de la utilidad del cerebro. Cuando logremos hacer uno o regenerarlo, la inmortalidad dejará de ser una piedra filosofal.

La doctora descorrió el cerrojo de la habitación, llamó a la asistente. Pidió más café.

—Si alguien tiene alguna necesidad fisiológica hay baños afuera, después que cierre me gustaría no ser interrumpida.

Todos menos Carlos salieron.

—Te felicito. El mundo te va a deber mucho si lo logras.

—Lo sé. ¿Confías en los nuevos?

—Sí. Hay algo que me incomoda en general. Hubo una noticia de que nos iban a infiltrar a alguien sin nombres ni fechas, esperamos detalles.

—Cuidado, que sean los últimos que me traes. La doctora me parece muy lista y preparada. El tipo es un zángano.

—Se hace, no entiende tus detalles técnicos y se aburre; ha visto cosas en lo referente a seguridad y tráfico que nos han sido de gran utilidad.

—Bien, tu trabajo es conseguir el flujo de efectivo para que esto no se detenga.

Empezaron a regresar los invitados. Cuando estuvieron sentados, reiniciaron el monólogo de la doctora.

—Hablamos de manejo de materia a nivel de átomos y moléculas, menor a un micrómetro. En la medicina es vital. También ayuda a proporcionar y dosificar medicina a los organismos; hoy día hay cincuenta laboratorios oficiales en el mundo y más de trescientas empresas, tienen el “nano” en su nombre, ¿saben que es lo curioso?

—¿Solo los rusos pueden trabajar a la par que nosotros?

—No dije eso, digo que pueden usar humanos como conejos de indias, sin que salga al mundo exterior.

—¿Qué países pueden tener presupuestos importantes?

—En la mayoría de los países, exceptuando Estados Unidos, Rusia y tal vez Alemania, se habla de nano en los presupuestos.

Todos sonrieron.

—La gran mayoría espera que los grandes hagan algo. Sale más barato corromper un científico que invertir millones de dólares.

—¿En qué punto estamos ahora?

La pregunta de Estela hizo que la doctora tomara otro trago y estirara la mano para tomar otra galleta de chocolate, antes de contestar.

—Creemos tener dispositivos capacitados para modificar la estructura genética y celular de un ser humano.

—Guau, significa estar a un paso de lograr la verdadera inmortalidad.

—Faltan de resolver dos o tres problemas menores. Durante cinco años estuvimos probando un biochip, útil para pruebas de laboratorio.

—¿Por qué no se usó para hacerse de recursos?

—No quisimos que nos conocieran por mostrar una flor, sino un jardín entero.

—¿Cuál es la razón de no mostrar los avances?

—Lo primero que tendríamos que mostrar sería que existimos. Eso pondría los ojos del mundo aquí, en éste edificio, todos los frenos de la humanidad detendrían su salvación.

—Hablaba, doctora, de nano máquinas, ¿qué significa?

—Enrique, significa que tenemos instalados en algunos cuerpos en el tercer piso, máquinas diminutas que recorren cuerpos a través de los vasos sanguíneos.

—¿Cómo puede ser eso?

—En unas están limpiando arterias, otras corrigen niveles de azúcar, en algunas mujeres controlan su sistema hormonal. Hemos puesto una máquina especializada en cada ser, queremos una que haga todo en cada uno de ellos. Cuando tengamos eso, podremos hacernos ver, porque estaremos a punto de descubrir cómo manejar el ADN y cada célula del cuerpo, incluyendo el cerebro.

—¿No se puede disfrazar éste sitio como un centro de investigación nano, dando un giro que no parezca medicina?

—A ver, doctora, ha hecho muchas preguntas y sugerencias inteligentes, no le entiendo.

—¿Qué pasa si inventamos otros usos para los laboratorios, cómo agricultura? Usted es la experta, se puede lograr apoyo de los países si logramos mostrar resultados —carraspeó Estela.

—Me da la sospecha de que usted no está muy de acuerdo con el sistema de hacernos de recursos que tenemos.

—“Experta sí, más zorra que un zorro” —suspiró Eduardo al ver venir el golpe.

—La verdad, viendo la inteligencia de ustedes y cómo piensan ayudar a la humanidad, no se puede pensar en crueldad, estoy seguro de que, si se lograran juntar importantes sumas, habría que sacrificar menos donantes y aumentarían los rangos de seguridad.

“Bien, compañera, para zorra, zorra y media.”

—Estamos de acuerdo. Estela, a usted le va a gustar la ciudad, piense en quedarse. Le voy a dar tarea. Usando nano los ordenadores pueden costar una porción muy pequeña de lo que hoy cuestan. Podemos usar y mejorar la energía solar, con equipos ultralivianos y económicos, para que cada hogar pueda ser independiente.

—Si sabemos vender eso mediante una campaña de productos medio ambientales más sanos, algunas puertas se abrirían solas.

—Usted y yo tenemos que hablar a solas, le voy a dar otra razón por lo que la nano no crece en los países del mundo a la velocidad que debe. Hay quienes se oponen. Imagínese que un pueblo puede tener energía en una maleta, los dueños del petróleo desplazados por máquinas. Todo está en contra, incluso el progreso se mide en la subyugación de pueblos, si estos se pueden independizar a base de tener su propia energía y máquinas económicas, ¿cómo esclavizarlos?

—Me quedo con la idea de seguir en secreto, si esas grandes y poderosas transnacionales se enteran de que en un Airbus vamos todos nosotros, no se tentarían el corazón para meterle un cohete y mandarnos al infierno.

—Celebro nuestro entendimiento.

Estela asintió, la charla se había centrado en ambas.

—¿Cómo podemos llegar a un laboratorio de clase mundial y decirle que hemos descubierto máquinas mucho más económicas y eficientes?

—¿Cómo le vamos a hacer cuando realmente tengamos algo?

—El primer golpe será mediático. Cuando todo mundo se entere de que existe, lo querrán y los gobiernos se preocuparán por conseguirlo.

—¿Cómo los americanos perdonaron y hasta cobijaron científicos nazis?

—El mejor ejemplo que he oído. Tenemos biosensores probados que avisan a una persona que su azúcar se eleva, antes de convertirse en diabetes.

—¿Por qué no se vende esa patente?

—¿Qué hacen los grandes laboratorios si les dices que toda su medicina quedará obsoleta en veinte años?

—Tenemos un mundo detenido a base de codicia, de inhumanidad.

—Cuando me ataca algún sentimiento relacionado con las muertes

causadas por nuestro proyecto, pienso en los cientos de miles que mueren cada año, por la falta de una verdadera revolución médica. En este caso el fin justifica los medios.

Estela sintió que su consciencia temblaba un poco.

—En seguridad si gastan, con biosensores se detecta el ántrax, aquella pesadilla para los americanos, ¿recuerdan? También existe la silicona porosa, que debería estarse utilizando para administrar medicamentos inteligentes. Para que esto sea aceptado, hay que avisarles antes a los laboratorios que se deshagan de todo lo que va a quedar obsoleto para no causarles miles de millones en pérdidas.

—¿Nadie piensa en la humanidad?

La doctora giró su taza casi vacía entre las manos sin levantarla de la mesa.

—Bueno, el Instituto Nacional de Cáncer de Estados Unidos quiere usar la nanotecnología, para eliminar el cáncer de su población, para el año 2020.

—Supongo también han de pensar en que van a hacer con tanta gente vieja que mantener, es un grave problema social.

—Ya piensan en eso, no te preocupes, alargaron la vida de la gente diez años y casi se vuelven locos los sistemas de jubilaciones y pensiones, ¿te imaginas viviendo cien más?

—Tenemos que tener en cuenta muchas cosas antes de dar un salto de victoria.

—Hay un escritor, un poco futurista para su época, Eric Drexler, que en su obra “Engines of Creation”, allá por 1986, hablaba de que, “en el futuro habrá aparatos capaces de reorganizar los átomos y colocarlos en su lugar”. Ese futuro está aquí.

—¿Por eso dices que no quieres entrar a competir? ¿Sientes que ahí sí habría que dar batalla, mientras que nosotros estamos a punto de llegar a la meta a la que ellos aspiran a llegar en digamos, veinticinco años más?

—Carlos, necesitas escuchar más a esta joven. El verdadero caballo de la muerte después del cáncer es la diabetes. Tejal Desai, profesora de bioingeniería de Boston, inyecta un dispositivo en el torrente de sangre de un humano y actúa como un páncreas artificial, liberando inteligentemente la insulina que va necesitando el organismo, por lo que mantiene estable al paciente. Esta técnica de administración de medicamento a través de nanoporos, puede ayudar a paliar enfermedades como Parkinson o Alzheimer, liberando dopamina en el mismo cerebro.

—¿Podríamos estar hablando del fin de las principales enfermedades que acosan al ser humano?

—Lo mejor es que podemos tener diagnósticos cien por ciento acertados. Con biochips se puede acceder a tremenda cantidad de información, tanto genética, como del agente patógeno mismo, lo que permitirá identificar las mutaciones de ciertos genes como el p53 que tanto daño hacen en los cánceres de mama o colon.

—Bueno, si no me pongo al día con usted, cuando esto salga a la luz buscaré trabajo de enfermera. Me siento obsoleta —Estela era la figura esa tarde fría en Buenos Aires.

—Señores, algo que aprendí de mi ex marido, fue a terminar una charla y una reunión, cuando lo deseara, deseo descansar. Me gustaría verlos a todos otra vez aquí mañana a las diez, ¿les parece?

—Por supuesto — sonrió Estela.

—Tú te quedas, jovencita. Tú también, ingeniero. Yo los llevo al hotel más tarde.

La cara de felicidad de Alejandro fue tan notable, que Eduardo no pude dejar de sentir algo en contra de ese tipo.

DIEZ

Cuando los demás abandonaron el lugar, la doctora se fue durante unos momentos dejándolos con el guardia. Alejandro se acercó.

—¿Qué fue lo del elevador?

—Para ser ingeniero eres bastante lento —susurró ella sin mirarlo.

Pellegrini regresó con un traje sastre oscuro que la hacía verse más esbelta. Zapatos negros de tacón bajo, aun así, pasaba tal vez en más de diez centímetros a Estela.

“Más vale que me atropellen a hacer enojar esta bestia” —sonrió, mientras la miraba formando un círculo con el índice y pulgar de su mano derecha. La doctora sonrió, agradecida.

—Sebastián, vamos a salir.

—Adelante, doctora.

Bajaron otro piso. Subieron a un Toyota modelo reciente, blanco. La puerta no se abría, Estela preguntó.

—¿No le entendió?

—No abre hasta asegurar de que nadie esté a menos de veinte metros de la entrada.

—Perdón.

—No se aprende si no se pregunta.

En la parte delantera iban ellas, Alejandro en el asiento trasero. Salieron del barrio de Caseros condujeron casi una hora hasta llegar a Puerto Madero, bastante alejado del lugar de trabajo.

—Los traje a comer aquí porque hay buenos lugares. Vivo cerca, no me alejo de mi zona. Quise hablar con ustedes antes de la charla de mañana.

—Nada que ver esta zona con Caseros, doctora —se admiró Estela del lugar, los barcos y la limpieza.

—Es zona visitada por turistas, muy vigilada. Por eso me gusta vivir aquí, la vista del agua y el paso de las embarcaciones tiende a relajarme, me gusta, sobre todo los domingos en la tarde.

La Vaquita. Así se llamaba el restaurante, tenía una vaca en tamaño natural fabricada en fibra de vidrio a la entrada, los ojos pintados daban la impresión de estar borracha. Al pasar frente a ella Estela no resistió la tentación y tocó su ojo, al instante saltó hacia atrás dando un gran grito

cuando la bestia mugió sorprendentemente. Pellegrini y Alejandro no podían dejar de reír, así que supuso que sabían que mucha gente tiende a acariciar el animal, provocando con algún tipo de sensores, la “reacción”.

—Muy bueno —se repuso— ¡que susto!

Pidieron la carta, el sol se había ocultado hacía más de una hora; según la doctora eran muy buenos, aunque tardaban en servir el platillo.

—Comimos muy bien a mediodía, no puedo cenar así otra vez.

—Pide unas empanadas, hay de queso, pollo, son deliciosas.

El mesero se llevó las órdenes, dejando sobre la mesa dos refrescos y una cerveza para Alejandro. La economía del país estaba mal, la corrupción a nivel oficial era galopante.

—¿Es cierto que el gobierno de este país es tan malo?

—Depende a quién escuches. De nosotros no oirás eso jamás.

Alejandro sonrió y habló por primera vez en horas.

—Son codiciosos, como todos, al parecer perdieron no solo el control de su codicia, han dejado espacios para una acción de la justicia. La gente está descontenta.

—¿Qué pasaría con el complejo?

—Un brindis por el complejo —sugirió Pellegrini.

—No lo sabemos, tenemos arreglados a altos mandos de la Policía Federal, es posible que, en un cambio de gobierno, pasen a retiro o sean rotados, puede causarnos dolor de cabeza.

—¿Cómo piensan sobrevivir?

—Para eso estás aquí y ahora —susurró viéndola a los ojos.

Supo la razón de la invitación, también el tamaño de sus problemas. Para nada se le había ocurrido que abrir la boca la pondría ahora en ese predicamento.

—Dije muchas cosas hoy, ¿algo te causó buena impresión?

—Lo que más me impresionó, fue la posibilidad de hacer una pantalla legal relacionando la nanotecnología con agricultura. Es un país agrícola, sería fácil promover avances tecnológicos ante el gobierno, no importa qué presidente venga.

—No me acostumbro, Latinoamérica aún es tabú en muchas cosas. No porque en mi país no sucedan, pero las posibilidades de que termine en la cárcel un corrupto son altas.

—Sí aquí encerrarán a los corruptos no habría quién cierre la puerta. Así de sencillo. Cuando la corrupción baja desde lo más alto, permea toda la

población.

—¿Es cierto que sacaban maletas llenas de dinero?

—Tanto que no se contaba, se pesaba. Se cruzaba el río.

—¿Se cruzaba el río?

—La mayoría de ese dinero iba a para a ese pequeño país al otro lado del río de la Plata.

—¿Uruguay?

—Con éste gobierno volvió a convertirse en un paraíso fiscal para las mafias. Los narcotraficantes más fuertes de Colombia o México, tienen en Punta del Este, fastuosos departamentos, viven con toda tranquilidad.

—¿La policía no los molesta?

—Supongo que hicieron algún trato sobre porcentajes, que mantiene a un pequeño país sin riquezas viviendo en paz.

—Hormigas.

—Marabunta, doctora, marabunta.

—Por eso dices que esto puede terminar mal.

—Cómo escribiría el gran Gabo, “crónica de una muerte anunciada”.

—El socialismo no funciona, ¿por qué insisten?

—El socialismo acabó con Rusia, así que aquí hay pocas esperanzas. Rusia y China supieron retomar el camino, siguen su perorata socialista, pero son más capitalistas cada vez. El capitalismo tampoco es del todo bueno, es poco humano, prevalece el tener sobre el ser, ¿estás de acuerdo?

—Sí. Pero en un país capitalista tienes la oportunidad de comportarte como un socialista. Si te sobra dinero lo puedes dar a quienes lo necesitan; en un país socialista no puedes tener la oportunidad de ser capitalista, serías un traidor.

Alejandro levantó su cerveza.

—Estela, es la defensa más inteligente que he oído del capitalismo.

El mesero llegó y distribuyó los platillos.

—Buen provecho —sonrió la doctora— El siguiente gobierno pueden ser ellos mismos, si el hijo se postula. Por lo que he oído, las posibilidades disminuyen. Pueden enterarse de lo que hacemos aquí y tomar dos caminos aseguradores de votos. El primero, que decidan agarrar las colaboraciones de la organización para su partido. La más peligrosa, que usen como bandera contra el actual gobierno las terribles cosas que protegen. Ahora, ¿qué pasa si el actual gobierno se ve perdido y antes de terminar su mandato decide actuar por su cuenta y “descubrir” un sitio aberrante en la ciudad? Si su equipo de

seguridad fuese seleccionado como sus científicos no tendrían esos problemas. Estela te voy a pedir algo.

—Adelante —dijo ella cruzando sobre el plato vacío tenedor y cuchillo.

—Quiero un estudio sobre las posibles alternativas para librar hostilidades.

Simuló pensar un poco y volvió a la doctora.

—Lo tendrá para mañana.

—Te voy a pedir otra cosa.

—Usted diga.

—Me llamo Carmen, ¿puedes llamarme por mi nombre?

—Será un placer —le sonrió.

—Te voy a hacer una pregunta, quizás te moleste un poco.

Ella asintió mientras daba un trago.

—¿Qué hace una mujer de tu calibre con un don nadie como tu marido?

—A veces me miro al espejo y me pregunto lo mismo —se carcajeó después de un segundo de estupor— Lo amo, es todo.

—¿Es tan bueno en la cama?

—Eso es privado.

—Disculpa, viendo tu inteligencia y la suya no hay comparación. Es alto, guapo, fuerte, pero en su cabeza hay espacio para varias nanomáquinas.

—Sin embargo, Carmen, es posible que sea quién más aporte para la defensa del complejo, hoy puedes pensar que se aburría por la terminología tan específica usada por ti, que te confieso, ni yo entendía en algunos casos. Hablar de seguridad o sistemas de defensa sin involucrarlo, sería un error.

Carmen se acomodó en la silla, dando el último trago a su vaso.

—Voy a confiar en ti. Quiero eso mañana. Alejandro, quiero para mañana el informe sobre los robots nano que ibas a presentar hoy. Un favor, ¿puedes tomar un taxi e ir al hotel con Estela?

—Por supuesto, ni tienes que pedirlo.

—Estela, Alejandro puede parecer a veces un poco soberbio, te aseguro que sin sus conocimientos e ingenio, estos proyectos se estancarían. Es uno de los pilares.

Estela sonrió pensando, “métele por el culo, Carmen, porque por mis ojos no entrará nunca”. La tarjeta de la doctora arregló la cuenta y se despidieron. Cuando se alejó caminando hacia su auto, Estela estuvo segura del doble propósito de la cena.

“Hablar de seguridad fue la excusa, el verdadero motivo era embarrarme

a este pedante ingeniero”.

—¿Te gustaría caminar un poco por la orilla? Es realmente hermoso este sitio.

—Déjame pasar al tocador.

—Por supuesto, haré lo mismo.

En el baño Estela miró su celular. Eran las nueve y veinte minutos. Envío un mensaje a Eduardo. “Llámame a las diez treinta exactamente”. Después volvió con Alejandro.

—¿Qué te ha parecido Buenos Aires?

—Solo conozco Caseros y Puerto Madero, no me puedo formar una opinión muy completa con tan pocos datos. Esta parte me gustó mucho.

—Excelente, si quieres tomamos un taxi y recorreremos las partes más representativas.

—Oh claro, ¡me encantaría!

En pocos minutos recorrían la ciudad. La llevó al barrio de Recoleta.

—Esta es la zona más elitista, están las tiendas de las marcas de ropa más reconocidas del mundo entero. Todo es lujo.

—Me encanta. ¡Qué diferencia con el sitio donde está el complejo!

—Así es. Desde que entró el gobierno socialista, hay ricos más ricos y más pobreza extrema.

—Lástima —dijo ella mirando el reloj del hombre, eran las diez.

El taxi dio otra vuelta, pasó frente al cementerio del mismo nombre.

—Este cementerio es un atractivo turístico porque aquí están los restos de Eva Perón, has oído hablar de ella supongo.

—Sí. Hay una película, ¿no?

—Así es.

Estela se agachó para ver por la ventanilla de Alejandro, poniendo la mano sobre su pierna. Él sonrió cuando ella volvió a su lugar y no la quitó. Le tomó la mano y la puso sobre su bragueta, estaba abultándose. El taxista movió el retrovisor hacia arriba, todo un caballero. Estela apretaba y soltaba volviendo loco al hombre que acariciaba sus pechos por encima del vestido. Cómplice de Cupido, el taxista eligió calles solitarias poco iluminadas. Sabía el oficio. Alejandro buscó la boca y la besó mientras sentía desatarse el cinturón. Levantó un poco las nalgas del asiento para facilitar la tarea. Las manos tocaban los pechos blancos y hermosos por adentro mismo de la prenda. Su respiración era entrecortada y su miembro estaba a la vista, listo para la acción. Ella lo seguía besando mientras la mano izquierda acariciaba

ese bulto.

“Igual que Eduardo —pensaba Estela— en bonsái” El taxi se detuvo en una plaza casi a oscuras, el chofer puso música romántica. Eduardo buscaba acceder levantando sus faldas, ella elevó sus nalgas. Lo vio acostarse en el asiento, hacer a un lado la prenda íntima. Abrió las piernas, el hombre se hincó debajo del asiento, enloquecido. Diez y veintisiete.

“Eduardo por favor” Sintió el beso húmedo y se estremeció. Lo dejó hacer. Fueron minutos largos, deliciosos, sonó el teléfono.

—Bueno. ¿Cómo? ¡Por Dios, qué horror! Voy para allá.

Alejandro con los pantalones a la rodilla, sus labios brillando, la miraba desesperado.

—Lo siento, corazón, me encantas, ha surgido una emergencia. Vamos al hotel.

—Quince minutos.

—Ya encontraremos oportunidad, por favor.

Con un muy frustrado Alejandro y Estela a punto de carcajearse, el taxi se detuvo frente al hotel. Le dio un beso de despedida, él se quedó en el lobby. El taxista se orinaba de risa.

“Arráncatela, estúpido” Tocó la puerta, Eduardo abrió enseguida.

—¿Qué pasó?

—Hablamos de seguridad y después me embarró con el ingeniero.

—¿Y?

—Bueno en pocas palabras, acaricié su frijolito, me hizo un cunnilingus a medias en un taxi y tu llamada me salvó de algo peor.

Eduardo soltó una carcajada que retumbó en el cuarto. Estela entró al baño y la ducha se oyó enseguida. Salió con el pelo enredado en una toalla y desnuda.

—Termina el trabajo.

Se desvistió y sin preámbulos la poseyó, estaba a medio camino. Desnudos, charlaban.

—Ayúdame a hacer un estudio de seguridad para mañana. Es lo que me pidieron.

—No es problema, ¿ideas?

—Ahí van, tengo varias.

A la una de la mañana tenían un proyecto.

Después de desayunar, el mismo chofer los llevó al complejo. Carmen era una persona exigente en cuanto a puntualidades así que, a la hora prevista,

estaban esperando a que el guardia anunciara su llegada. Minutos más tarde la reunión daba comienzo.

—Gracias por ser puntuales, esperemos el café. Anoche tuvimos una cena gratificante con la doctora Márquez y el ingeniero. Nos hablarán de sus proyectos en ésta mesa.

—Bien, ¿quién empieza? —invitó, viendo salir la asistente.

—El ingeniero, para que siga la charla de ayer. No me gusta dejar a nadie a medias.

Alejandro no pudo evitar ruborizarse.

—Bien, ayer la doctora fue más que elocuente en describir nuestro equipamiento. Ahora intentaré mostrarles lo que hemos logrado con ese equipo y el más selecto grupo de científicos, al que un laboratorio pueda aspirar. Después que desarrollamos el primer sensor nos dimos cuenta de que nuestra imaginación era el límite. Paralelo a esto, un equipo de Harvard descubre que, usando hilos ultrafinos de silicio, se pueden detectar virus individuales, en tiempo real. Charles Lieber, un químico de esa universidad, asegura que, con esos detectores ordenados en matrices, pueden detectar miles de virus diferentes. Antes que una persona muestre signos de la enfermedad, será detectada y atacada con gran precisión. Mientras, ¿qué tenemos nosotros aquí y ahora?

La audiencia estaba expectante, Eduardo estaba tranquilo a pesar de sentir los pies de Érica rozando los suyos; después de la experiencia del día anterior con Alejandro y Estela, veía de alguna forma una especie de conspiración. “Divide y vencerás —pensaba— ¿por qué?” Alejandro proseguía.

—Tenemos ahora cinco nano máquinas moleculares que son capaces por sí mismas de reparar o actuar sobre el ADN.

Un murmullo de aprobación siguió a esa aseveración, la doctora Pellegrini se arrellanó en su sillón, complacida.

—Éstos nano robots pueden modificar proteínas, o destruir células tumorales malignas. Tenemos uno insertado en el torrente sanguíneo de una persona en el tercer piso, una especie de glóbulo rojo. Tiene una micra de diámetro, completamente esférico e imita la acción de la hemoglobina natural dentro de los hematíes. Solo que nuestro amigo pequeño, libera más de doscientas veces, la cantidad de oxígeno que libera uno natural.

—Eso es asombroso —exclamó Estela.

Halagado, Alejandro asintió viéndola sonreír.

—Ahora estamos trabajando para poder instalar sensores químicos y de presión.

—¿Cómo pueden hacer eso en esos micro tamaños?

—Estela, con el equipo y el personal que tenemos todo se puede.

“Impresionante, estúpido, la traes muerta” —sonrió interesado Eduardo. Le molestaba la excesiva atención del hombre.

—Al momento que logremos esto, el médico que atienda al paciente recibirá señales acústicas y podrá ordenar al robot que modifique su comportamiento.

—Guau. Un micro robot en mi sangre será capaz de detectar la primera célula cancerígena y destruirla antes de contaminar otras. Continúe por favor.

“Te quedó chica la camisa. Saque pecho, señor, lízcase”. Pretendía hacer ver que estaba molesto, seguro de que por ahí venía una jugada escondida de la Pellegrini y el ingeniero, los verdaderos artífices de todo. También se daba cuenta de la poca participación de Érica, lo que lo hacía pensar que entre ambas la relación era de tolerancia mutua. “Acaso la doctora Lazcano le calma los nervios al ex de la doctora, interesante”

Su gesto adusto no pasó desapercibido para la doctora, ni para él su sonrisa de triunfo.

—Esto es lo que tenemos. Más atrasado aún tenemos algo que llamaremos “anti micro”. Pretendemos crear un nano robot que sea capaz de recorrer el torrente sanguíneo, detecte por sí solo un microbio y lo ataque, logrando una respuesta mil veces más rápida que el sistema natural de defensa.

—Supongo que la persona que actúa como portadora, la “infestan” de virus o microbios, para después atacarlos y ver resultados.

—Algo parecido, el muestreo de sangre se hace al momento con otro robot dentro del mismo torrente.

—¿Cuál es la meta final?

—Después de comprobar la eficacia y la vida útil de los mismos, trataremos de no tener que poner en el torrente sanguíneo un robot para cada virus o microbio, como tenemos que hacerlo ahora. Vamos a fabricar uno o dos que cubran todo el espectro de defensa.

—Tráfico congestionado.

Rieron ante el comentario de Carlos. Todos menos la Pellegrini.

—Tienes razón, Carlos, de eso se trata.

—¿Quiénes podrán acceder a ese tipo de medicina ultra moderna y sofisticada?

—Cuando hablamos de eso, hemos evaluado el coste de estos dispositivos por persona y es realmente alto. Cuando sacamos la cuenta de lo que le cuesta a un gobierno su sistema de salud, podemos mantener una población sana con una inversión ínfima.

—¿Tienen alguien especializado en esas áreas?

—Así es, hay ingenieros sociales trabajando en ello, han tenido varias ideas alentadoras.

—Nuevamente, felicidades.

Carmen Pellegrini dio un largo trago a su café, que se enfriaba. Luego agradeció a Alejandro y encaró a Estela.

—Compañera doctora. Anoche tuve el placer de cenar con usted y el ingeniero, algunas ideas me parecieron muy buenas, le pedí un proyecto para tratar de cubrir nuestras espaldas a futuro, cosa que —dijo severamente, mirando a Carlos— no se le ha ocurrido a nuestro equipo de seguridad. ¿Tienes el proyecto?

—Mi esposo me ayudó hasta muy pasada la medianoche en su elaboración, sin él aun estaría pensando cómo empezarlo.

—Gracias, señor Márquez —dijo la doctora.

Estela, dando el último trago al café, comenzó.

—Ustedes han estado viendo peligro si el gobierno que sigue no está de acuerdo con los acuerdos entre el actual y ustedes. Esto es posible. El próximo gobierno puede tomar dos rutas, aceptar dinero o hundirlos para terminar de ensuciar al actual.

Carlos y Érica se miraron entre sí. El doctor Salazar se rascó la cabeza.

—Sí se arreglan con él, adelante. Sí no es así, debemos tener una cortina protectora. Mostrar el rostro de un gran equipo preocupado por la agricultura del país, sería una pantalla perfecta.

—Me gusta eso —sonrió Érica.

Carmen la fulminó con la mirada.

“Estas víboras se canibalizan si están juntas veinticuatro horas” —disfrutaba Eduardo, analizando posturas y ademanes de todos.

—Hay un peligro que nadie ve. ¿Quién ve algún otro peligro antes de que este gobierno termine?

Eduardo disfrutaba cómo Estela metía en aprietos a la plana mayor de la organización. Incluso la Pellegrini parecía disfrutar cómo su nueva pupila

arrinconaba a sus “expertos”.

—Ellos tienen grandes posibilidades de perder. Como políticos que son, lo saben. También que todas sus cosas torcidas como este proyecto ilegal serán usadas en su contra. ¿Cuál es la manera de anular la posibilidad de dejarle al enemigo político que los haga pedazos? —Estela disfrutaba.

—Ahora sí lo saben todos; es dar ellos mismo el “golpe terrible” a seres inhumanos y crueles que, amparados en la oscuridad y millones de dólares para corromper autoridades de tercer nivel, han logrado “infiltrarse en la ciudad con actos inimaginables”.

Un murmullo de alerta inundó la sala. Carmen sonreía.

—¿Tiene que llegar una persona de afuera a decir cómo cuidarnos? ¿Somos tan inútiles que no somos capaces de ver más allá de nuestras propias narices?

—Nuestro trabajo consiguiendo recursos ha sido muy eficiente, tal vez hemos descuidado una cosa por atender otra. Eso se puede corregir —intentó defender Carlos.

—Es de mentes inferiores buscar excusas en lugar de soluciones. A partir de este momento la seguridad de las instalaciones queda a cargo de Estela Márquez y su esposo. Si alguien no está de acuerdo es momento de hablar.

“Ni pensar en el infierno que fue tu matrimonio con esta fiera, señor Carlos” —pensó Eduardo, saboreando la sangre de las víctimas.

—Bien, Estela, ¿algo más que desees agregar?

—Quiero saber quién está a cargo de proteger esto, contactarlo y ofrecerle alternativas. Que estén seguros de nuestro cambio de giro, que incluso puedan anunciarlo como secreto, “para protegerlo de otros países”, no de su propio pueblo.

—No sigas, mujer, no quiero que se sientan mal estas personas. La reunión ha terminado. Estela, te espero aquí mañana a las nueve la mañana, tienen la tarde libre, menos Carlos y Alejandro, a ustedes los quiero a las cuatro para afinar detalles de algunas operaciones.

Cuando Carmen destrabó la puerta salieron en estampida, por miedo a ser embestidos por esa aplanadora humana. Estela y Eduardo iban saliendo al último de la fila.

—Ve planeando una larga estadía en esta ciudad, con tu esposo —susurró Carmen.

—Gracias.

En la habitación del hotel fueron cautelosos. Acordaron salir a comer.

Carmen había metido mucha presión. Tarde lluviosa en la gran ciudad, los choferes hacían gala de sus repertorios favoritos en el que se incluían recordatorios maternales muy sofisticados. Caminaron por Avenida 9 de Julio, durante muchos años la más ancha del mundo, y entraron a un restaurante de comida italiana.

—¿Qué no he visto? —consultó Eduardo.

—Ayer Carmen tenía la idea de separarnos, la que le interesa soy yo. Cuando estuvimos solas le dije que, en cuestiones médicas sabía cosas, en seguridad el experto eras tú, por eso el cambio.

—Gracias, por un momento me sentí un tonto.

—Puedes seguir haciéndolo, el estudio de seguridad que hicimos era mío.

—Andas argentinita tú también.

—Mañana me enteraré de detalles, si te has dado cuenta, ella confía mucho en Alejandro, poco en Carlos.

—¿Érica?

—En la forma en que la ignora, puedo decirte que la detesta.

—Común denominador.

—Han sobrevivido más por la resistencia de la gente a creer que existen, que por sus sistemas tan ineficientes de seguridad.

—¿No tienes miedo a ir sola mañana?

—Ella confía en mí.

—¿Qué piensas de su proyecto en ese edificio?

Estela dio un trago a la copa de vino y se limpió la boca con la servilleta. La puso sobre la mesa clavando la mirada en su compañero.

—¿Puedo serte sincera?

—Sabes que sí.

—¿No sientes como si al acabar con esto, acabamos también con una oportunidad de oro de mejorar la vida a millones de seres humanos?

—Me alegro que hayas preguntado, es un tema que anoche me dificultó el dormir.

Andamos en esa frontera de arena movediza, donde el deber y lo legal juegan a esconderse entre lo ilegal y lo incorrecto. A veces las cosas legales parecen no ser las correctas, en este caso en particular, lo ilegal convence.

—Describiste mi sentimiento. Si ves cómo se están dando las cosas, estamos cerca de dar el zarpazo final.

—Hay que enviar información a Summers, sería cruel que nos descubrieran y esta se fuera a la tumba.

—De acuerdo, mientras voy con Carmen, ve a un cibercafé, cuida que no te vean.

—Bien. ¿Para qué te habrá citado mañana?

—Te lo diré al regresar. Me preocupa más no saber para que citar a Carlos y Alejandro.

—Hablarán de tus ideas y sus aplicaciones.

—Tal vez, ni Salazar ni Lazcano fueron invitados. Será reunión de socios tal vez.

—Suena interesante, si ves el organigrama, Carlos es el proveedor de dinero y Alejandro el de las ideas que pueden dar millones de dólares.

—¿Rendición de cuentas?

—No se ha tocado el tema de los donantes.

—¿Estará Carmen enterada de todo eso?

—Eres perspicaz.

—Soy mujer, tengo un sexto sentido desarrollado.

—Adelante. Sigue adivinando.

Comiendo el último bocado de la deliciosa pasta, se limpió la boca y sonrió.

—De cómo me traten Alejandro y Carlos en la tarde sabremos de que se trató el tema.

—Coincido. Los buscaremos para cenar y analizaremos rostros, gestos y palabras.

—Sería peligroso para nosotros enemistarnos, podemos correr peligro y disfrazar nuestras muertes sería demasiado sencillo.

—Nadaremos en aguas llenas de tiburones.

Estela llamó al cuarto de Érica.

—Hola, Érica, ¿regresó Carlos?

—Aún no, ¿para que lo necesitas?

No había que estar entrenada en detectar señales sutiles del lenguaje humano, para darse cuenta de enojo de la doctora.

—Solo para cenar juntos.

—Son las nueve, nos vemos en quince en el comedor.

—Ahí nos vemos.

Colgó el teléfono y encaró a Eduardo riendo.

—¡Está emputadísima!

—¿Eso significa enojada?

—Al cuadrado. Se nota en el tono, a ver que avanzamos cenando.

—Bueno, ¿y Salazar? ¿Le hablamos?

—Sería descortés no hacerlo, llamaría la atención. Hazlo tú.

—No está —anunció después de intentarlo.

—Mejor.

Al llegar de la cintura de Estela, a Érica le centellearon los ojos. Logró sonreír y saludó.

—¿Comieron?

—Sí gracias, una rica pasta dos cuabras rumbo al obelisco.

—Excelente, ¿el doctor Salazar?

—Ni idea, le hablamos a su cuarto y nadie contestó.

—Bien, si aparece le invitamos.

—¿Qué comemos?

—Eduardo compórtate, acabamos de sentarnos, ¿has hecho acaso demasiado ejercicio?

—¿Dormir cuatro horas no es suficiente?

—Adelante, pidamos la carta, también ando atrasada, a mediodía pedí una ensalada.

—Pues eso pediré yo. Y un café porque el frío está sabroso.

—Yo cenaré pescado, a ver que hacen los porteños con sus peces.

—Yo también, me lo antojaste.

Después que el mesero se fue con las órdenes, Érica preguntó.

—¿Qué les pareció la Pellegrini?

—Es muy temperamental, trae algo en contra de su marido.

—Antes que ella te cuente a su modo, yo te lo contaré primero —sonrió.

“Al tuyo” —pensó Eduardo.

—Hace como ocho años, en ese edificio solo había muebles viejos. Vinimos a verlo, Carmen, Carlos y yo. Era lo que buscábamos. Carlos tenía unos veinte kilos menos y ella diez. La veía muy blanda para estas cosas, resultó eficiente, tanto para el manejo de máquinas como personal.

—¿Es doctora general?

—Es médica general y doctora en física.

—¡Guau!

—Sí, guau. Es una persona que se concentra en una meta o un trabajo y el mundo a su alrededor muere.

—¿Descuidó a Carlos por el proyecto del edificio?

—Carlos era un hombre muy activo, es ingeniero civil, lo apagaba, no lo dejaba desarrollar nada. Hasta que le dio la tarea de conseguir dinero para

desarrollar nano cosas. Reconozco que al principio se me hizo una locura, su visión era correcta.

—¿Qué pasó?

—Cuando llegaron las primeras unidades vinimos a verlas junto a los técnicos de las compañías fabricantes, en ese momento Alejandro entró a trabajar con nosotros.

—Lógico.

—Carmen sugirió hacer un control del equipo y todos teníamos hambre, estábamos contentos, cansados. Se ofreció con Alejandro para ir por comida. Carlos sugirió que bajáramos al primer piso, en lo que hoy es la sala había algunas sillas y mesas; iba bajando las escaleras, pisé un pedazo de cartón y caí de espaldas.

“Carlos vio más de lo que debía, viejo el cuento”

—Estaba de espaldas, con una pierna hacia arriba y otra torcida bajo mi cuerpo, Carlos bajó corriendo y me sugirió me quedara quieta, me levanté, fui a las sillas, se hincó en el suelo y masajé mi pie un momento, luego sucedió algo, metió la mano en mi falda.

“Corriste espantada”

—Estaba sorprendida, me quedé quieta, pensé era un juego. Estaba como loco. La silla hacía mucho ruido, no vimos llegar a Carmen, había olvidado su cartera.

—¿Qué sucedió entonces?

—Puso las manos en la cintura y preguntó con su barbilla temblando de rabia. “¿Los choripanes, los quieren con o sin mostaza?”

—Carlos cayó de espaldas, me quedé como estaba.

“Chupada, feliz y contenta”

—¿De qué ríe, usted?

—Lo siento, imaginaba la escena. ¿Cenaron?

—Carmen y Carlos tenían problemas, volvió con Alejandro riendo con las cuatro cenas. “Yo tengo un proyecto interesante por delante, mucho más que la vida de un hombre que tiene un pene por cerebro, adóptalo”. Y pasamos a rotular e inventariar todo lo llegado.

—¿Qué estilo de mujer!

—Reconozco su integridad y entereza. No me traga.

—Estábamos concentrados en la charla, ahora que dices, sí te presta poca atención.

—Carlos le tiene terror.

—A ver. Supongo es la que manda, Alejandro es su primer auxiliar en todo lo nano, ustedes en conseguir fondos. Salazar y Joao, ¿cuál es su rol?

—Más o menos así es. Ella no sabe cómo conseguimos los órganos, ¿entienden? Sean discretos, esto no sería realidad sin esos fondos. Cree que movemos órganos, de ser ilegales a donantes involuntarios hay un largo camino.

“Bingo”. Estela miró la sonrisa de Eduardo. Se mostró confusa.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlos?

—Carlos siente temor por lo que ustedes puedan contar.

—Érica, nuestro agradecimiento es para ti y Carlos, que te quede claro. Dime que hacer para mantener su abastecimiento de fondos sin que ella se entere.

“Magistral, compañera”

—Ella sabe que trabajan para nosotros. Sí les dicen que solo consiguen receptores, será suficiente. No saben, ni preguntan de dónde llegan los órganos. Reciben dos a tres al mes.

“Ahora la estocada final, hasta el mango de la espada”

—Te propongo un trato.

—Habla.

—Yo te cuido, cuenta con eso. Eduardo también. Quiero saber quién está detrás de todo.

—El mismo hijo de la presidenta —dijo muy por lo bajo una nerviosa Érica.

—¿Del país?

—Así es.

Ahora entendían el grado de protección e impunidad.

—¿Su madre lo sabe?

—Nada que haga ese maldito pasa desapercibido para ella.

—Vaya, ¿por eso los federales andan rondando el edificio y parecen amigables?

—Su nómina se ve generosamente engrosada por donativos, es todo lo que les importa.

—¿Ha estado aquí?

—Que yo sepa, solo una vez.

—El proyecto es interesante, si esta familia termina su reinado, todo puede caer como un castillo de naipes.

—Impresionaste mucho a Carmen, con tu comentario de lo que podía

hacer éste mismo gobierno si se ve perdido.

—En realidad lo que pasa aquí no es tan grave.

—Comparado con lo de nosotros, no. Ellos han perdido dos pacientes en seis años, es ridículo comparando el avance.

—De acuerdo. Te vamos a ayudar, díselo a Carlos, que no ponga piedras a nuestro trabajo, como viste, se limitará por ahora a rediseñar programas de seguridad interna.

—Se lo haré saber.

Cerca de medianoche Érica se reportó con sueño, subió a su cuarto. Eduardo esperó a que subiera al elevador y dejó pasar cinco segundos.

—Compañera, su pase de verónica, clavado de banderillas y la estocada final, fue para filmarse. En una clase de la academia hubiera sido la heroína de una camada de nuevos agentes. Mis humildes felicitaciones.

—Si apoyaras más y payasearas menos, esto iría más rápido.

—¿Para qué meterme a criticar algo que no puedo mejorar?

—¿Tan buena me vi?

—La verdad, no, solo necesito mantener tu ánimo elevado.

La servilleta se estrelló en su rostro.

—Tarado.

Despertó. La cama de su compañera estaba vacía. El reloj marcaba las nueve cuarenta y cinco. Asomó por la ventana, alcanzó a ver la camioneta que se alejaba por Irigoyen.

—Diablos, me dormí. Suerte, compañera.

Cuando la camioneta llegó al edificio, una pertinaz llovizna acariciaba la ciudad. Hacía frío y soplaba aire helado del sur. La puerta se abrió, nada más entrar, se cerró. Conocía el camino, en cinco minutos estaba con el guardia. En diez más llegó Carmen.

—Lo siento, anoche terminamos a la una y media.

—Vaya reunión.

—¿Café?

—Por favor, es una de mis pocas adicciones, aparte el tuyo es delicioso.

—Café de Colombia.

—Con razón.

Carmen rio mientras la empleada dejaba la jarra y pan dulce sobre la mesa.

—¿Te gustaría saber de qué hablamos con Carlos y Alejandro anoche?

—Si lo consideras necesario.

—Si vas a estar cerca de mí, necesito que estés enterada.

—Adelante.

—Alejandro vino y fue arriba, estuvo con nosotros media hora, arreglando detalles de unos equipos especiales que vienen de Israel. Con eso estaremos viendo la bandera a cuadros en poco tiempo. Un par de años a lo sumo.

—¡Excelente!

—Con Carlos el asunto es diferente. Fue mi esposo. Este imbécil se fue tras las nalgas de la doctora Érica. La humanidad necesita más de mis esfuerzos por mejorarla, que de mi pérdida de energía en celos estúpidos. Debo reconocer que es eficiente para recolectar dinero, aquí no hablamos de miles, sino millones de dólares.

—¿Son socios en la empresa?

—De pico, Estela. No puedes ser socio de algo que no existe, no hay actas, respetamos nuestros tratos. Sabemos demasiado uno del otro, como para arriesgarnos. Es una especie de simbiosis, él sabe que hemos perdido y desaparecido un par de pacientes. Yo sé que trafica con órganos y clientes ricos en América, cosa en la que tú y tu esposo colaboran. Me contó como lo hacen, consiguiendo clientes que no hacen preguntas. Nuestro presupuesto para esto es entre uno y dos millones de dólares mensuales.

—Con razón tanta presión cuando pasamos mucho tiempo sin receptor.

—Así es. Anoche me contó de los viajes en avión, cómo algunos doctores en Houston y Dallas se han unido a la causa, que le cuesta mucho mantener el secreto. Le dije que su prioridad era la seguridad.

—Tal vez me metí donde no debía.

—Lo hiciste. Por eso estás aquí. Quiero que nos ayudes, sobre todo a mantener este lugar seguro. Si en éste momento nos descubrieran con malas intenciones, mi corazón se paralizaría de dolor. Te juro. Estamos tan cerca, Estela, que cuando pusiste sobre la mesa la posibilidad de que pueden ser los dos gobiernos que decidan sepultarnos, la piel se me puso de gallina.

—Haré lo mejor que pueda, tu trabajo es fascinante. Necesito datos.

—¿Por ejemplo?

—¿Quién los cuida desde el gobierno?

—Estamos protegidos por las esferas más altas —dijo firme.

—¿Mucho poder?

—Todo el poder.

—¿Has pensado qué cuanto más poder tenga, más sencillo será

desaparecerlos sin dejar rastro? Es difícil pelear con sombras, si no veo el rostro del enemigo es lucha perdida. Lo siento —pareció rendirse Estela.

Primero apretó los labios, las manos jugaron con un anillo en su mano derecha.

—El hijo de la presidenta ha venido aquí una vez, cree en nosotros.

—¿Qué tanto?

—Tanto como dos millones de dólares al año.

—Qué él o su personal de confianza recogen en efectivo.

—Supones bien.

—¿Tienes manera de conseguir una cita?

—Antes debes decirme que te traes entre manos.

—Tengo un boceto en mi cabeza. Si arreglo que este gobierno te deje en paz, el que sigue será más sencillo.

—Piensas rápido.

—Tengo nano neuronas biónicas en mi mente.

—Tengo algunas ideas y trabajo para tu esposo —explicó Carmen.

—¿Por qué no vino él?

—Ya lo sabrás más adelante, ¿es celoso?

—Como todos.

—Hombres, pobrecitos.

—De acuerdo, los necesitamos.

—No por mucho tiempo, pronto podremos engendrar sin ellos.

—¿Y... la diversión?

Nuevamente soltaron la risa. Estela siguió el camino.

—¿Obtendremos penes con nanotecnología acaso? Nanopenes... no, te auguro un fracaso.

—Eres tremenda, la sangre joven se impone. Supongo tu marido tiene buena herramienta.

—¿Has visto sus pies? Calza del doce.

—Por Dios, eso lastima.

—Cuestión de práctica.

—Carlos es pionero en nano.

Las carcajadas resonaron en la sala. La puerta se abrió, pasaron a la sala de vigilancia.

—¿Nos puede dejar solas un momento por favor?

—Claro, doctora, oprima ese timbre si me necesita.

—Gracias.

Carmen ocupó la silla del sujeto, ella se paró detrás.

—Estas cámaras ven el edificio en toda su periferia. Estas otras están distribuidas en tres por piso. Estas dos están en cuartos de refacciones. ¿Qué fallas ves?

—Es trabajo para mi esposo, tu guardia debe estar viendo todas las cámaras a la vez, tiene a la vista un grupo de ocho, para ver unas descuida otras.

—De todas formas, no podría ver todas a la vez.

—Para los niveles de riesgo, tener dos guardias no sería notorio en tu nómina.

—Tienes razón. Las paredes son antiguas, fuertes. Cada ventana tiene reja de acero y no hay forma de subir la pared.

—Salvo que se usen las mismas rejas para colgarse.

—¿Sugerencias?

—¿Necesitas luz solar?

—No.

—Séllalas.

—Bien, ¿la puerta?

—Los hace vulnerables que entre un auto y después lo revisen. Si alguien quiere meter dos o tres comandos, para cuando los descubras estarán adentro. Pon doble puerta, que entren y no se abre la segunda hasta que esté limpio. Dales armas a tus guardias, bastones con espejos para ver debajo de los autos y un perro.

—Bien. ¿Si encontramos un sujeto adentro?

—Mátalo, nadie con buenas intenciones entra escondido.

—Eres ruda.

—He pensado mucho estos días sobre el futuro si tu proyecto da resultados.

—Los dará.

—Por eso estoy aquí.

—Gracias, este encierro a veces se hace pesado.

—Necesitas un hombre.

—Anoche calmé esas ansias, no soy tan estúpida.

—¿Carlos?

—Mi ex sabe cómo hacerme explotar. No le guardo rencor, la bronca es con esa maldita usurpadora. Lo manipula a su antojo, si a ella le gusta un hombre lo tendrá. Para colmo de suerte la naturaleza fue generosa con ella.

—Eduardo me dijo que había sentido algo de presión.

—No lo descuides.

—Gracias.

—¿Me acompañas a comer?

—Claro. ¿Tienes de dónde llamar a Eduardo? No quiero dejarlo esperando.

Carmen sacó un anticuado celular. Tenía borrados los números sobre las teclas.

—¿Has oído de celulares inteligentes?

—Solo los uso para llamar o recibir llamadas, el resto no me interesa. Es fiel.

Estela sonrió mientras el aparato sonaba.

—Hola amor, todo bien. No voy a comer, para que bajes o salgas.

Le devolvió el teléfono a Carmen y fueron a la sala. El guardia estaba en su sitio.

Al recibir la llamada, Eduardo habló al cuarto de Carlos, le contestó el doctor Salazar.

—Doctor, anoche se nos perdió, ¿ya comió?

—No.

—¿Me permite acompañarlo? Yo invito.

—Deme media hora y nos vemos abajo.

—¿Carlos?

—Anda en la ciudad con Alejandro. Iban por un embarque de equipo.

—¿Érica?

—Deje yo le aviso.

—Gracias.

A la una de la tarde, los tres estaban en la mesa, afuera se había desatado un aguacero que hacía correr a la gente bajo las marquesinas de los edificios. Érica había bajado con una falda corta a pesar del frío, avisada que Eduardo estaba solo.

—Hola, amigos, ¿pedimos?

—¿Una parrillada al centro para tres? —sugirió la dama.

Asintieron.

—¿Cómo está Carlos?

—Bien gracias, más tranquilo.

—Me alegro, supe que llegó equipo.

—Andan juntos afuera y mira que día les hace. Ojalá venga todo bien

empacado.

—Buen día para estar tirado viendo la televisión en el cuarto, ¿no, doctor?

—Estaba viendo una buena película cuando me llamaste.

—Perdón, termine de comer y vaya a ver el final, no se lo pierda por nosotros.

En eso pusieron la comida en la mesa, junto a una botella de tinto de la casa.

Terminando de comer el doctor se disculpó.

—Con pena por delante y el permiso de Eduardo, voy a terminar mi película.

—Claro, doctor, no se preocupe —le sonrió ella.

“Ahí vienes otra vez, orca asesina”

—Gracias por lo de Carlos, dijo que iban a ser recompensados. ¿No ha llegado Estela?

—Habló que comía con Carmen y no tenía hora de llegada.

—¿Crees que estemos tan mal en seguridad?

—Confían demasiado en alguien con poder suficiente para hacer volar este edificio sin tener que dar cuentas.

—¿Podemos charlar en algún sitio con menos orejas? —sonrió ella, dando un trago.

A pesar de que el lugar estaba casi vacío asintió.

—Acompáñame a mi cuarto. Carlos no llega antes de las ocho de la noche.

—No me lo tomes a mal, pero gracias —dijo y la vio encenderse de rabia — mejor vamos a un lugar neutral.

—Claro, ¿qué sugieres? —se repuso de inmediato.

—Espérame aquí.

El conserje rio, por cincuenta dólares hasta se vestía de payaso. Le dio las llaves y subieron al elevador. Érica pegó las nalgas a su cintura y echó la cabeza atrás para que la besara, el aparato se detuvo y se congeló el momento.

—¡324, por allá!

Entraron y ella se le echó encima.

—Espera, mujer, así no es. ¿Cuánto hace que no te atienden?

—¿Bien? Como diez años.

—Está bien, eres demasiado hermosa para comerte tan rápido, déjame

saborearte.

—Tengo frío.

—Ahora te lo quito, no desesperes —jugó Eduardo.

La acostó en la cama, le besó las piernas hasta llegar al borde de la falda. Elevó las nalgas y la subió arriba de la cintura. Traía unas bragas coquetas elegidas para un momento como ese. Los dedos expertos del hombre empezaron a jugar debajo de ella, pronto sintió la humedad. Se los acercó a la boca, los chupó ansiosa. Los largos dedos volvieron a la carga, la vio arquearse sobre la cama, enloquecida.

“De verdad estás mal atendida, corazón, lástima de belleza”

Cuando la sintió temblar por primera vez se acostó a su lado. El reloj marcaba las tres y media. Érica tiró su falda al piso y subió a la cama en cuatro patas; era una hembra bellísima, su cara de gata en celo la hacía muy apetecible. Besó la boca de Eduardo y abrió la camisa para besar el pecho y estómago. Desabrochó el cinturón de piel y el botón para después abrir la bragueta, con manos temblorosas.

—Despacio por favor, haz durar cada minuto.

Érica le sonrió, echó el pelo hacia atrás sacudiendo la cabeza. Arrancó el pantalón hacia abajo, después la blanca trusa.

—Por Dios, ¡qué belleza!

—Todo tuyo.

Cuando tomó con dos manos el sexo del hombre, él la miraba. Tuvo trabajo para engullirla, casi se ahoga un par de veces cuando intentaba hacerla llegar a su garganta.

—Tranquila.

Miró la brillante presa. Volvió a la carga. Tres cincuenta. La dejó hacer mientras el cabello le caía en la cara y le hacía cosquillas en el estómago. Minutos después, la soltó y se quitó su abrigo, muy alterada.

—Por favor, no doy más. ¡Dámela!

Se acostó al lado, besó sus pechos, duros y firmes. La oyó gemir. Tres cincuenta y siete. Le abrió las piernas y observó el sexo con el vello bien rasurado, brillando en la luz del cuarto. Ella miraba fascinada el gran trozo de carne a menos de veinte centímetros de su entrada al cielo. Unos golpes desesperados en la puerta, asustaron a Érica, que se revolvió y corrió con su ropa al cuarto de baño.

—Permítame —gritó él y abrió la puerta, después de cerrar su pantalón.

Érica se vistió rápidamente en el cuarto de baño. Eduardo se acercó a la

puerta.

—¿Me oyes?

—¿Qué pasa?

—Deja pasar diez minutos y ve a tu cuarto. Te bañas.

—¿Qué pasa? ... Eduardo, ¡Eduardo!

Sintió el portazo, supo que algo sucedía. Asustada esperó quince minutos antes de volver al cuarto, dónde se bañó y puso ropa limpia. Eduardo se retorció de risa sobre la cama. Así lo encontró Estela media hora después.

—¿Qué te pasa a ti?

Minutos después, carcajeaban sobre la cama.

—¿Enviaste información?

—Sí. Minsk debe estar abriendo unos ojos inmensos. Le dije que moviera gente de mucha confianza en el departamento de estado, necesitamos preparar el rescate. Según Salazar, siguen enviando órganos.

—No hemos recibido órdenes de compra.

—Carlos y Érica desconfiaban de nosotros.

—Ya sé el porqué. Siéntate, vamos a charlar un rato.

En poco más de cuarenta minutos, Eduardo se enteraba de que el grupo no era tan unido cómo parecía, a Carmen se le ocultaba información importante. Tomaron una decisión, debían buscar la manera de tener solo dos puntos de rescate. Mover la gente de Colombia a Perú, implicaba muchos problemas. Rescatar la gente de Colombia, en terrenos de las FARC, implicaba un apoyo de logística militar muy fuerte.

—De eso debería haberle hablado a la agente Summers.

—Está enterada. Pedí incluso un agente de contacto.

—No te ayuda esa fea cara, más lo que tienes entre las orejas funciona.

—Así suelen ser las parejas de trabajo en la agencia, alguien bonito para desviar la atención, otro inteligente para sacar adelante los proyectos.

—Muy graciosa, recuerda que ni siquiera somos de la misma agencia.

ONCE

Érica había quedado a punto de explotar. Cuando Carlos entró al cuarto, lo cabalgó ferozmente, con rabia, hasta que quedó satisfecha. Después se bañó y con una bata gruesa color amarillo, apareció sonriendo.

—¿Todo en orden con la carga?

Carlos seguía desnudo de la cintura para abajo. El estómago subía y bajaba.

—¿Se puede saber qué fue eso?

Érica se estaba peinando frente al espejo. Lo miró en el reflejo, se excitó recordando a Eduardo.

—¿No te puedo extrañar acaso? ¿Te acuerdas de cuándo fue la última vez que me atendiste?

—Es la primera vez que me asaltas de esa forma. ¿Sabes algo que desconozco?

—Hoy me enteré de que tanto Estela como Eduardo han sido discretos con Carmen, y eso me quitó el terrible estrés que me causa tu ex ballena. No te vi muy lleno de ganas. ¿Estuviste con tu ex cuando fuiste con Alejandro?

—Sí, hicimos un trío arriba de la mesa, mientras tomábamos café y galletas.

—Chistoso.

Habían terminado con evasivas una conversación incómoda. Érica seguía siendo una muy apetecible mujer; los kilos habían hecho de Carlos el doble de hombre del cual ella se había enamorado. Él jamás había dejado de amar a Carmen, ella hacía mucho que soñaba con birlar una decena de millones de dólares y desaparecer.

—Llegaron unas máquinas que, según Alejandro, lo pondrían a menos de dos años, de terminar la primera etapa del proyecto.

—¿Qué sigue?

—Podremos vender algunas patentes en cientos de millones de dólares y retirarnos.

—¿Y nuestro negocio?

—Hemos corrido con mucha suerte. No debemos seguir tentando al diablo.

—¿Y nosotros?

—Elige una isla donde podamos vivir en paz y viajar a todo el mundo sin horario ni calendario.

Érica se dio vuelta dejando el espejo. Se veía radiante.

—Deja me baño, habrá que cenar.

—Claro. Le voy a hablar a los demás, a las diez en el comedor. El doctor Salazar anda muy tranquilo, ¿sucede algo?

—Se ha sentido relegado por la llegada de Eduardo y Estela. Incluso te diría que ha empezado a ser peligroso.

—No creo que con lo que le damos, haya hecho dinero suficiente para jubilarse.

—Yo tampoco. ¿Qué hacemos?

—Los centros están trabajando bien. Cuando se terminen desaparecemos, actas de nacimiento, pasaportes nuevos y adiós Carlos y Érica.

—¿Donamos a Enrique Salazar? Es un cabo suelto.

—Hay que pensarlo. O darle un par de millones y que desaparezca.

—Tiene nuestras huellas, muestras de sangre. Es precavido. En cualquier aeropuerto del mundo, seremos detectados.

—Tienes razón.

La cena estuvo animada. Charlaron, rieron y al final todos pidieron postre. Estela no pudo dejar de reír cuando vio a Érica mirar de reojo a Eduardo, mientras metía en su boca un gran trozo de pan mojado en su capuchino. Imaginó la escena de la tarde.

—Doctor, anda usted muy callado. ¿Se puede saber la razón? —preguntó Estela a Salazar.

—Carlos está con Érica, usted con Eduardo, yo con Alejandro, deme una razón para reír.

—La culpa es suya, doctor, le dije que apagáramos la luz y viéramos “El secreto de la Montaña”, otra vez —siguió la corriente Eduardo.

La hilaridad ganó al grupo entero.

—¿Llegaron las máquinas, Alejandro?

—Sí, Estela. Última generación.

—¿Las podremos ver?

—Tal vez las pueda ver hasta que vengan los técnicos de las fábricas a instalarlos, para eso faltan tres días. Carlos me ha dicho que vuelven a Colombia.

—Así es. Carmen y Alejandro se encargarán del nuevo laboratorio. Estela

se queda para ayudar en labores que mi ex determinará. Érica, Enrique y yo, debemos atender asuntos en Barranquilla —Carlos sonrió a todos.

—Deberían llevarme Carlos —apuntó Eduardo.

—Carmen necesita que apoyes a tu esposa. Cuando esto esté seguro, hablamos de la seguridad de los demás puntos. Me pidió que ustedes se quedaran aquí.

—Bien. Así será.

Estela salió del baño desnuda con una toalla en el cabello mojado. El aire acondicionado mantenía el cuarto tibio. Eduardo estaba acostado. Se sentó frente al espejo y comenzó a aplicar cremas a su rostro y cuello.

—¿Qué piensas de Carlos y compañía?

—Sí fuera ellos pensaría que su negocio sufrirá un descalabro, en cuanto el proyecto de Alejandro y Carmen sea concretado. Dudo mucho que quieran dejar esta auténtica mina de oro. Tienen miedo.

—¿A qué?

—Tenemos que averiguar que tanto sabe Alejandro de ellos en Colombia y la venta de órganos. Pienso que sabe todo, pues nadie se ha cuidado de alejarlo de nosotros, menos de ti. ¿Viste cómo te mira?

—No tan vulgarmente como tu doctorcita, que casi se atora con su croissant mojado en capuchino, cuando te miraba como leona en celo.

—¿Sabes que he llegado a pensar que te pones celosa?

Estela dejó lo que estaba haciendo y giró sobre el banquito. Clavó sus ojos en su compañero.

—¿Te digo un secreto? Yo también.

Se sentó en la orilla de la cama, puso sus manos en los hombros y le mordió la nuca, suavemente. La toalla se deslizó al piso.

—Estela, el próximo lunes podremos recibir aquí la visita. Ten cuidado, parece un imbécil. Rectifico, es un imbécil, sin embargo, tiene una organización detrás que lo adora, capaz de cualquier cosa con tal de mantener ventajas y privilegios.

—¿Pero?

—Su madre dirige este país.

—¿Cómo lo hace?

—No lo dejará hasta que lo tenga en la ruina.

—¿Qué plan tienes con él?

—Un par de buenas ideas, quedan cuatro días para planear. Por cierto, ¿sabes que Carlos, Érica y Enrique se van el domingo en la mañana?

—¿Por qué crees que no hice la cita antes?

La charla siguió en lo referente a la seguridad, la política no le importaba a Carmen, consideraba a todos los políticos corruptibles. Si a ella no le importaba la política de su país, menos a Estela.

—¿Qué haremos mientras ellos permanecen aquí?

—Alejandro preparará el lugar para los nuevos laboratorios. Dile por favor a Eduardo que si le puede ayudar. Sobre todo, para alejarlo del águila harpía de Érica.

“Alejandro no es precisamente una dulce paloma, amiga.”

—Si esto sale bien, nada en el mundo evitará que muera con una sonrisa en mis labios. ¿Te imaginas generaciones de familias viviendo cientos de años? ¿Poder planear el estudio de dos, tres o cinco carreras diferentes, para ser personas más educadas y preparadas? Organizar viajes interestelares de docenas de años, me emociona tanto esto, que debo cuidarme o voy a terminar con algún chaleco.

—Carmen, no me conoces y presumo de no conocerte. ¿Tan seguros están Alejandro y tú de que podrán alcanzar todos los objetivos? —preguntó Estela en voz baja.

—Ya los alcanzamos. Ni siquiera Carlos y Érica saben que tan cerca estamos. No lo sabrán, hasta que sea demasiado tarde —se pavoneó Carmen.

—¡No me digas! No quiero ser parte de esto. Te pertenece. Solo, solo que es tan... como decirte. Fantástico quizás, todo parece una novela de ciencia ficción.

Carmen se puso de pie, se paró detrás de ella y le dijo despacio.

—Cuándo estemos dando una conferencia ante un foro mundial de medicina para anunciar la inmortalidad de los seres humanos, quiero cerca de mí a Alejandro y a ti. Nada más. Antes de tres años, será una realidad.

Estela se estremeció. La vehemencia de las palabras solo podía provenir de alguien que estuviese completamente comprometido con el bienestar de la humanidad. Se sintió culpable.

—“Por favor Diosito, ayúdanos a cumplir nuestro trabajo sin causar daños colaterales. Qué difícil es todo esto.”

—Muy bien, compañera. Tenemos ubicado el edificio. Hay que buscar la forma de saber cuál es su departamento. Quiero ver la manera de poder reunir toda la gente que hay en Perú, en las barracas que vigilan las FARC.

—¿Crees que alguien se atreverá a asaltar ese lugar?

—Teniendo las coordenadas exactas y si puedo entrar antes, será sencillo.

La evacuación depende un poco de cuántos sean.

—El lunes tengo una cita importante.

—¿En qué lugar y con quién?

—En el laboratorio de Carmen, con el junior presidenciable.

—¿Qué? ¿Cuál es el plan?

—Hay dos. Convencerlo de que lo podemos convertir en inmortal, o amenazarlo de muerte. Estoy viendo las dos opciones.

Eduardo se echó hacia atrás justo en el momento en que una deliciosa molleja, con chinchulines aun chirriando sobre el plato metálico, era puesta sobre la mesa.

—Delicioso, compañera. Buen lugar.

El mesero dejó los platos y tras un amable buen provecho, desapareció. Eduardo prosiguió.

—Te respeto desde que te vi y te admiro desde que sobreviviste al viaje con Érica a Houston. Estamos hablando del hijo de la presidenta, con un enorme poder, con un dedo te puede hacer donante inmediata, ¿hablas de amenazarlo?

—Eres rápido.

—¡Estás loca!

—Siempre dijimos que en este trabajo todos podíamos terminar de esa manera.

—Después que comas tus neuronas se unirán en pro de la cordura, seguiremos con la charla.

—De acuerdo, buen provecho.

Terminado el platillo de entrada, el mesero les dejó un par de costillas cargadas a cada uno, que los hizo abrir los ojos.

—Por algo es tan famosa la carne argentina.

—¿Ahora entiendes como nos engañan en Houston, cuando nos ofrecen parrillada? Son un fraude.

—Estela. ¿Qué harán conmigo, me iré con ellos?

—No. Primero vas a ayudar a Alejandro en el montaje de los laboratorios que llegaron ayer. Los técnicos llegan el domingo, el lunes armarán todo. Cuando termines me ayudarás a mí en reinstalación de cámaras y entrenamiento a los guardias.

—¿Ayudarte? El experto soy yo.

—Te facilitará las cosas.

Eduardo reía mientras cortaba el gran trozo de carne. La noche estaba

fría, la vista del canal con los barcos pasando por él, los mantenía entretenidos en la mesa de la terraza.

—¿Qué haremos con las cámaras?

—Ni idea, hay cosas tan obvias como que, para ver una cámara hay que dejar de ver otra. También sugerí una doble puerta de seguridad, con vigilancia con perro y espejo de chasis, para que el peligro quede ahí encerrado en caso de un intento de toma del lugar.

—Nada mal.

—El que se junta con lobos, se enseña a aullar —sonrió dando un largo trago a su vino.

—Brindemos por lo que será un éxito en contra de una mafia bien organizada.

—Carmen no sabe lo que está sucediendo. Lo que ella y Alejandro tienen entre manos es fantástico.

—Cuidado, en este trabajo no hay lugar para el corazón.

—Lo sé. Sabes a lo que me refiero.

—Han matado personas.

—Un par de accidentes.

—Para la ley uno o cien es delito.

—Hay gente que hace tanto daño y no hay ley que los alcance; aportan a la sociedad y al mundo pura maldad. No es justo.

—La vida nunca es justa.

—No es tan sencillo. Ni para ti, aunque te hagas el duro.

—Tenemos un pequeño problema, Eduardo, tu mente se ajusta a este tipo de broncas.

—Tú mandas, Carlos —contestó dando un trago al café.

—México.

—¿México? —repitió, paseando la vista por el doctor Salazar y Érica.

—Podría decirse que tenemos una pequeña invasión de...

—¿Pequeña invasión? ¡Es una invasión hecha y derecha! —gritó Érica.

Carlos la fulminó con su mirada, ella bajó la vista. Estela a veces dudaba del quién detentaba el verdadero poder en la pareja.

—En México la corrupción es galopante. Nuestros clientes, los malditos arios racistas de Texas, han recibido ofertas desde ese país con órganos a mitad de precio. Al principio sabíamos que algunos ministerios públicos se prestaban para permitir que les extirparan los riñones o córneas a algunos maleantes abatidos por la ley.

—Eso se puede detener.

—¿Cómo?

—Dame doscientos mil dólares y un nombre.

—Por el dinero no hay problema, nombre de qué o de quién.

—Un nombre de un ministerio, un forense o de una institución involucrada.

Carlos lo miró, después a Érica. Eduardo había hablado con tal serenidad y aplomo, que despertó la confianza de ellos.

—¿Puedo saber qué piensas hacer?

—Aún no. Quiero seguir recibiendo nuestra comisión por órgano que se entrega. De una u otra forma nos sacaron con este viaje, no tenemos entradas.

—Eso se puede arreglar.

—Dame veinticuatro horas y un nombre, lo sabrás de inmediato, confía en mí.

—No dormimos anoche pensando en esto, no puede solucionarlo tan rápido —se asombró Érica.

Eduardo se rio y levantó su café, brindando en silencio. Estela intervino.

—¿Es todo tu problema, Carlos?

—Hay otro, es más difícil de solucionar —la miró ya relajado.

—¿De qué hablas?

—El narco se está dando cuenta del filón que representa la venta de órganos. Como lo está presionando el gobierno, buscan otras entradas de dinero fuerte.

—¿Cuál es la diferencia con los forenses?

Érica tomó la palabra.

—Eduardo, los forenses tienen limitaciones. Los corazones no sirven, un corazón extirpado después de una muerte violenta es un pedazo de carne, a muchos los han atravesado un balazo o una esquirla. Son vendedores de riñones, algunas córneas. Tienen gran poder en ciudades de la frontera, sobre todo en Las Vegas y otras con fuerte presencia de mafias. Están secuestrando migrantes por cientos. Los meten a casas de seguridad, los mantienen vivos hasta que hacen contacto con los receptores. Entonces asesinan a un migrante que cumpla con los requisitos, casi siempre usando doctores secuestrados o en hospitales pequeños y privados que controlan. Estos órganos son buenos.

—¡Competencia desleal!

—¿Competencia? Se pueden adueñar de todo. Tienen la fuerza, dinero, armas y los contactos.

—¿Por qué no los denuncian a las autoridades?

—Lo hemos pensado, es mejor esperar a que el mismo gobierno federal los controle. Les han dado buenos golpes.

—Puede ser, difícilmente se detengan después, olieron sangre, no dejarán la huella.

Estela oía y analizaba el grado de descomposición en la sociedad, en las mafias y en las autoridades. La vida perdía valor, todos eran objetos de aprovechamiento, para fines sexuales, en la trata, como narcotraficantes o burreros, el tráfico ilegal de órganos.

—¿Hay antecedentes que puedan darnos idea de cómo proceder?

—Las listas de espera contribuyen a este negocio, no inventamos nada. En Europa fallecen más de cuatro mil personas por año, por no haber donantes —respondió Carlos.

—Ahora se ha desatado a nivel mundial un llamado “turismo de trasplante”. Gente rica viaja a países africanos, a Brasil, solo para recibir un riñón. En algunos de ellos, ni siquiera hay leyes que lo consideren delitos.

—Prefiero decir que lo hacemos para lograr que Carmen y Alejandro triunfen gracias a las aportaciones, por el bien de la humanidad.

—¿Cuál es la diferencia, no son solo palabras?

—Érica, no si tienes que decirlas ante un juez.

—Eso no sucederá. Ustedes nos ayudarán —aseguró Érica.

—Solo fue un comentario, el miedo ayuda a mantenerse vivo.

Érica volvió al tema.

—Hay paquetes vacacionales desde cincuenta mil euros por un riñón, hasta cien mil por un hígado. Todo se contrata en Internet, a la vista de quien quiera tomarse el trabajo de darle seguimiento.

—Supongo que cada vez hay más doctores que se prestan a esto.

—Estela, se prestan o los obligan. Secuestran a un hijo con la amenaza de devolverlo con vida después de hacer un trasplante. Existe el caso investigado donde un doctor fue obligado a operar a una joven con todo el equipo siendo apuntados por dos hombres. Cuando terminaron todos estuvieron en ese piso tres días y en un avión desaparecieron.

—Bueno, debemos pensar que al menos nuestros trasplantes tienen una buena causa para la humanidad. Si Carmen y Alejandro progresan será un triunfo para todos.

La mueca de la doctora Érica no pasó desapercibida para nadie. Carlos siguió exponiendo casos, Eduardo llegó a pensar que se estaba confesando,

empezaban a pesar las muertes.

—Hace pocos años, en Mozambique desarticularon una banda formada por oficiales de policía local, que se dedicaban a secuestrar y asesinar niños, solo para vender los órganos.

—¡Pobres criaturas! —exclamó Estela.

—¿Hasta cuándo será África el basurero de la humanidad?

—No se asuste, doctora, en Brasil detuvieron a once personas que vendían órganos en Sudáfrica a ocho mil euros en promedio por órgano. Una tremenda cantidad de niños que se dan en adopción a extranjeros, se “pierden” en el camino. En las favelas de Río un niño se vende por sus propios padres, en alrededor de ochenta mil euros, se le saca cuatro o cinco veces, vendiéndolo en partes.

—Por favor, Carlos, parece que hablaras de automóviles viejos para sacarles refacciones.

—Dentro de Latinoamérica, en Colombia se dan gran cantidad de casos después de Brasil.

—¿Siempre hay mafias de por medio, como nosotros?

A Carlos pareció no gustarle el apodo de mafioso.

—Sí y no. Hay mafias que secuestran, matan y venden órganos.

—Cómo nosotros —sonrió Eduardo, viendo ponerse rojo de rabia a su interlocutor.

—Pues sí. En el barrio de Tono en Filipinas, los hombres llevan a sus hijos o van ellos mismos, ofrecen un órgano por dinero. Este dinero se paga por un riñón, pero al estar sedado lo vacían y el pago de un órgano va a su familia, a veces ni a tres mil euros llega, las mafias venden todo por un millón o más. Amenazan a la familia para que no se le ocurra abrir la boca.

—¿No hay leyes que detengan eso?

—La tierra tiene demasiada gente.

—Estoy horrorizada. Vivimos en un país donde suceden cosas desagradables, más sigue siendo un buen lugar para vivir.

Érica pareció disfrutar el malestar de Estela.

—¿Sabías qué en la India te pueden pedir que firmes un papel, donde das un órgano como garantía por un préstamo de dinero? En Sudáfrica se quitan los ojos a los cadáveres para venderlos a otros países La venta de órganos, en algunas partes, es cuestión de sobrevivencia.

—Carlos, debemos buscar la forma de asegurarnos el tráfico. ¿Sería muy riesgoso cambiar todos los centros? —intentó terminar Eduardo.

—Sería problemático. ¿Cuál es la razón? —se repuso Carlos.

—Todos ustedes están demasiado confiados. He pensado en lo que te llegó de información sobre el FBI, después de conocer tu operación si intentan dar con ustedes, su operativo puede durar entre uno y tres meses.

—El FBI no puede actuar fuera de su tierra.

—No, pero informa al gobierno de Estados Unidos, este presiona a los gobiernos de estos países y todo se va al carajo. Ustedes están protegidos en Colombia por las FARC, que en buenos tiempos les cobran una cuota. En caso de un cese al fuego o un arreglo con el gobierno, dejarán de cubrirlos. Igual en Argentina, protegidos por la cúpula que puede hundirlos. O esperar el nuevo gobierno, que puede ver el filón y mantenerse igual de corrupto o usarlos como carne de cañón. Yo sé que no se puede mover el edificio con los laboratorios, Estela se va a encargar de la seguridad del mismo.

—¿Tú qué harías?

—Buscaría mover toda la operación a una zona nueva. En Colombia, Ecuador o Perú. Demasiada gente está enterada de los lugares donde se mantienen a las personas.

—Se puede arreglar. ¿Tienes algo en mente?

—Este es un país de ríos, busca un barco grande donde quepan todos, busquemos un pueblo muy adentro donde haya mucha pobreza, que podamos asegurarnos de que sus pobladores nos ayuden a cambio de comida, vigilancia y silencio.

—Lo del barco no es problema, ¿adónde iríamos?

—No lo sé. Esto lo digo porque creo que van a seguir operando aún después que Carmen y Alejandro, logren su cometido. Si no van a continuar cambio de tema.

—Seguiremos un tiempo más —dijo Carlos. El doctor y Érica sonrieron, estaban los tres de acuerdo. Eduardo continuó.

—Por partes. Debemos asegurar la gallina de los huevos de oro que está en esta ciudad. Terminada esa tarea viajaré adónde ustedes me digan para buscar un nuevo refugio. Vayan pensando en ese tiempo dónde instalarlo, como llevar los donantes.

—De acuerdo. ¿Tienen idea de cuánto podrían tardar en terminar aquí su trabajo?

—Un máximo de quince días —apuró Estela.

—Necesitamos veinte.

—Adelante. ¿Nos envían un correo?

—Sí. Por favor, discreción. Si involucramos a Carmen o Alejandro, podemos echar a perder su proyecto.

“Claro, enterarlos de que tu fábrica de dólares y muerte se multiplica” — asintió Eduardo en silencio. Era mediodía del viernes. En el elevador, Estela murmuró.

—¿Crees que los podamos rescatar en el barco?

—¿No te gustó la idea?

—Dependiendo del lugar elegido para la operación, podría ser un golpe maestro.

Entraron al cuarto. Mientras Eduardo estaba en el baño sonó el teléfono.

—Claro Carmen, gracias. Igual.

Salió del baño con el cepillo de dientes echando espuma y preguntó con un levantamiento de hombros.

—Carmen. Nos espera a ambos en el edificio con Alejandro. Salimos a las nueve.

—¿Qué crees que desee?

—Qué empecemos a desquitar el sueldo.

—¿Cuál? ¿Has hablado algo de eso con ella acaso y yo no sé nada?

—Después te digo, el treinta por ciento del tuyo es para mí por conquistas sindicales.

Carmen estaba muy afable. En la sala de juntas, la muchacha dejaba café, pan dulce y algo de fruta cortada. Empezó la charla.

—¿Se aburrieron ayer, mientras Alejandro y yo clasificábamos equipo?

—No. Desayunamos juntos, a mediodía comimos algo cómo un refuerzo.

—Chivito, Estela, se llamaba chivito.

—Ah, sí eso. Gracias compañero. Fuimos a pasear por una calle peatonal, donde hay mil chucherías interesantes. ¿Cómo se llamaba?

—Florida. ¡Qué buena memoria, Estela!

Rieron. Alejandro prosiguió.

—Los equipos están completos, el domingo en la tarde llegan dos técnicos para ayudarnos. Hoy queremos de ustedes un poco de apoyo para la instalación y un plan concreto de seguridad.

—Trabajaremos en eso todo el día de hoy y mañana, lo presentaremos el lunes.

—Me gustaría que me lo presenten mañana. Sin que nadie más que Carmen y yo nos enteremos.

—Si nos permiten un lugar con una computadora, hojas y lápices,

podemos empezar inmediatamente —dijo Eduardo abriendo los brazos.

—Es lo que queríamos oír. El lunes vendrá nuestro patrocinador, benefactor y protector. El hijo de puta más grande; después de la charla de Estela, queremos estar protegidos.

—Carmen, si confías en mí, déjame decirte que ese tipo no será problema después del lunes.

—¿Qué piensas hacer?

—Primero, ahora que está Alejandro presente, montaremos un show.

—¿Un show?

—Preparen una camilla. Conecten una jeringa a una máquina que se vea extraña. La idea es darle una inyección a ese sujeto, bajo medidas especiales, ¿me explico?

Carmen miró un poco recelosa a Alejandro. Asintió.

—Eso es sencillo. ¿Después?

—Pasados veinte minutos lo van a traer aquí. ¿Tienes manera de poner una cámara y grabar la conversación? No quiero malos entendidos.

—Hecho— dijo Alejandro— ¿Y nosotros?

—Busquen una buena ubicación en la platea. La obra valdrá la pena.

Eduardo no tenía idea de que hablaba su compañera. Carmen se puso de pie.

—Bien, les mandaré una laptop. Y hojas y lapiceros.

—Es todo lo que necesitamos.

—Cierren con ese botón después que salgamos. Si desean café o algo oprime el verde de la pared. Si desean hablar con nosotros digan a la muchacha que nos busque.

En segundos estaban solos. Eduardo se acercó a Estela y le dio un beso en la mejilla.

—Están grabando, nena.

—Lo sé, tarado —le contestó al plantarle un beso en los labios.

Luego se puso de pie y agarró dos hojas y un lapicero.

—Compañero, a desquitar sueldos.

—¿Qué sueldos?

—Confiemos en ellos. Podemos crecer si podemos ayudar.

—Pues a poner en práctica lo que se nos ocurrió.

Después de hacer un planteamiento sin detalles a Carmen y Alejandro, obtuvieron el visto bueno. Les dijeron que el domingo les presentarían la propuesta en concreto.

—¿Les parece vernos para comer a las tres?

—¿Aquí?

—No. Salvo ocasiones especiales, los domingos descansamos.

—De acuerdo. Esperamos su llamada, ustedes conocen la ciudad —dijo Eduardo tendiendo la mano.

—Tranquilos —sonrió Alejandro— los dejaremos en el hotel.

—Gracias, pensé que seguirían trabajando.

—Van a ser las cuatro, suficiente por hoy.

Los dejaron en el hotel, comieron algo ligero. Enseguida subieron al cuarto.

—¿Viste que Alejandro parece haberse cansado de su presa imposible?

—Tal vez Carmen se dio cuenta del acoso y le pidió discreción.

—Puede ser.

—¿O acaso te ha visto recién levantada?

El puño de Estela se hundió en sus costillas.

Carmen charlaba con Alejandro mirando el río.

—Dime sinceramente, tu opinión de Estela y Eduardo.

—Al principio se me hicieron hechos para lo que hacían, ser enlaces entre las personas que buscaban un órgano y quienes lo vendían. Superficiales, sin escrúpulos, fuera de la ley. Después que les diste oportunidad de expresarse, vi que sus ideas valían. A veces sangre nueva ve cosas que nosotros ya no, nos acostumbramos a trabajar y vivir de esa manera. El esposo parece ser el experto en el equipo detrás de sus ideas. Es una pareja que necesitamos.

Carmen dio un trago a su vaso con Martini blanco y una rodaja de limón.

—Quiero que dejes en paz a esa mujer.

—Carmen, si yo...

—En paz. Ella no es idiota, Eduardo tampoco y yo menos. Todo mundo se da cuenta de tu acoso. Es bonita, inteligente, ha demostrado querer a su marido.

Alejandro prefirió abstenerse de contar anécdotas pasadas. Sonrió antes de contestarle.

—Sos muy perspicaz a veces, doctora.

—Tú demasiado evidente, ingeniero.

—Lo siento, la verdad es que es una mujer que atrae, no sería difícil enamorarse.

—¿Viste el tamaño de Eduardo? No eres competencia para él.

—Nunca he pensado en pelear con él.

—Ni yo que pelees. Hablé de tamaños, ¿quieres detalles?

—Oh, eso fue un golpe bajo.

—Nada que ver con la cantidad que ese hombre te podría dar si te pesca. Los americanos dejan jugar un poco a las esposas, ellos lo hacen. Ten cuidado.

—No la volveré a molestar.

—Gracias. ¿Qué piensas del proyecto que presentaron hoy?

—No sé si es perfecto, es mucho mejor que lo que tenemos. Supongo son cosas perfectibles siempre, hay que ir paso a paso. Me gustó.

—Mañana a ver que nos presenta.

—Bien, es hora de dormir. Me voy al hotel.

—¿No quieres quedarte en mi departamento esta noche?

Alejandro la miró, no era una mujer fea, pero después de convivir con mujeres como Estela y Érica tenía pocas oportunidades. Se puso de pie.

—Gracias, si supieras cuanto me duele la espalda de mover esos equipos no lo pensarías; prometo quedarme la próxima semana.

—Entendido, que te vaya bien y descansa. Te hablo primero a ti y tú a ellos.

—De acuerdo.

Alejandro bajó las escaleras saltando, haciéndolas sonar con sus zapatos.

Carlos desayunaba con Érica y Enrique Salazar en el restaurante del hotel. En sus respectivos cuartos las maletas estaban preparadas. Su vuelo partía a las dos de la tarde, así que le quedaban poco más de dos horas antes de partir hacia Ezeiza.

—¿Confiamos en la doctora Márquez y su esposo?

—¿Tienes alguna idea mejor, Carlos?

—No. Esa parte del proyecto se nos salió de las manos. Los trajimos para que se involucraran y se comprometieran a vender más órganos, regresaremos sin ellos, fortaleciendo a Carmen y Alejandro.

—Carmen y Alejandro con ese proyecto terminado serán dueños del mundo, ¿te has dado cuenta? ¿Acaso no pueden desde ahora prescindir de nosotros y dejarnos a un lado?

Carlos quería a Érica, aunque a veces era demasiado temperamental. A él le gustaba actuar después de pensar. Ella era al revés.

—Debemos cuidar muchas cosas antes de enfrentarnos a ella. No solo es fuerte por su proyecto, sino por la protección que goza por parte del junior presidencial. Cuidado, si nos descubren traficando órganos y cómo nos

hacemos de ellos jamás volveremos a ver la luz.

—Me gusta cuando piensas, Carlos. Por cierto, ¿no has pensado en que cerremos el círculo de una vez y participamos todos arriesgando y recibiendo partes iguales?

—¿Tú dices dejar de una vez fuera a Eduardo y Estela? Para cerrar eso ellos no deberían estar enterados o... no existir.

—Érica, si las FARC matan a Eduardo, ¿quién preguntaría por él?

—Estela. Y Carmen.

Érica no pensaba tan mal después de todo.

—¿Su mujer? ¿Cómo nos deshacemos de ella? Si matamos a Eduardo, querrá saber que pasó. Tal vez se aventure a volar a Barranquilla.

—¿Si vuela con Alejandro? No te atreverás a matar la gallina de los huevos de oro.

—No lo haría. Preferiría matar a Eduardo en Barranquilla, con las FARC sería muy costoso. James podría hacer algo limpio.

—Debemos afinarlo. Cuando Eduardo vaya a ayudarnos con la seguridad de los centros, busca la manera de deshacernos de él y su hermosa mujer.

—Érica, contrólate. Tú también eres una mujer hermosa.

—Gracias, doctor. Se le agradece. Para ser una pareja de advenedizos, escalaron demasiado rápido en la organización.

—En realidad, más que escalar, Carmen los usó para hacernos a un lado. La verdadera y única razón para estar con ella, era ser proveedor de fondos y brindar seguridad. Tal vez tiene razón, confiamos en que estábamos protegidos por el gobierno. Ahora es el talón de Aquiles.

—Esa maldita de seguro lo arreglará. Aparte de ser atrevida tiene talento, hay que reconocerlo. Me gustaría saber de dónde saca tanto conocimiento sobre temas diferentes.

Estela había despertado a las diez de la mañana. Eduardo dormía acurrucado, aprovechando las noches frescas a pesar del aire acondicionado. Lo miró y sonrió al verlo babear sobre la almohada. Se sentó en la pequeña mesa dentro del cuarto, para darle un último vistazo al boceto de seguridad que entregarían a Alejandro y Carmen. El hecho de que Carlos, Érica y el doctor Salazar, no les hablaran para despedirse, era una señal extraña.

Perdían el control de la parte que más les interesaba, el tráfico de órganos. Ellos también tenían todos los huevos en una sola sartén, las FARC. Una rebelión o un trato con el gobierno, los dejaría sin la sección más

productiva. Revisando una carpeta, tumbó un soportador de publicidad de acrílico, Eduardo despertó.

—Hola, señora Márquez. ¿Qué hace tan temprano?

—Primero estoy trabajando, repasando lo de anoche. Segundo, son las diez con cuarenta y cinco minutos.

—¿Ya se fueron nuestros socios?

—Oí que debían estar a las once en el aeropuerto.

—Eso me da mala espina. Al menos Érica deseaba despedirse de mí.

—Presumido.

—No te equivoques. Nuestra relación iba progresando como para tener un detalle como ese. No me gusta.

Estela giró sobre el banquito, para sentarse después en el borde de la cama. Mirando a Eduardo a los ojos llegó a la misma conclusión.

—Viéndolo así, debo darte la razón. No me queda más que pensar, si quieren mantener su negocio fuera del conocimiento de Carmen, sobramos.

Él se sentó en la cama, causando una sonrisa en ella, al mostrar sus cabellos parados como puerco espín.

—Sí Carmen se entera de lo que realmente hacen, ¿qué haría?

—Algo te puedo asegurar, no estaría de acuerdo.

—Voy a ir a ver los sistemas de seguridad. ¿Crees que corra algún peligro?

—No, siempre y cuando yo siga aquí.

—¿Será hora de pedir refuerzos?

—¿Basados en qué? ¿Suposiciones?

—Tengo hambre —cortó Eduardo.

—Báñate, vamos comer algo.

—¿Sin aperitivo dominguero?

—Si todos se fueron, ¿para qué seguir fingiendo?

—Carmen y Alejandro siguen aquí.

—Suerte para la próxima. Me baño, tardo más que tú.

—Claro, como uno es bonito termina rápido.

—Eso lo explica todo.

—“Carmen pintó la raya, se sienten fuera del proyecto principal, eso no los aleja de la mina de oro, que es el tráfico. Si no los detenemos seguirán. Aprenderon a ganar millones de dólares por mes. Se sienten protegidos en Colombia.”

Cuando Estela salió del baño, estaba en la computadora.

—¿Algo nuevo?

—No, eso llama la atención. Nos brincaron con los doctores, o tomaron medidas como abandonar al doctor Parker, por considerarlo peligroso al ser nuestro contacto.

—¿Enviamos un correo al doctor?

—Estaba a punto de hacerlo. Si le hicieron algo, controlan su correo y teléfono.

—¿Contactamos a la agente Summers?

—Podría ser. Me gustaría no arriesgar. Esperemos una semana. Algo debe moverse que nos dé una idea de lo que sucede.

—Arreglamos una parte y otra se complica, parecemos Penélope.

—Piensa en algo mientras me doy un duchazo.

—Adelante.

Cuando salió le sorprendieron dos cosas. La primera, lo bella que se veía Estela. Tenía puesto un simple vaquero pegado al cuerpo, con botas color café claro. Una blusa blanca con un sweater gris y una chaqueta de piel negra. La miró arriba abajo; lo sorprendía otra novedad.

—El doctor tiene en espera su correo, desde hace cuatro días, “por vacaciones”.

—¿Tiene derecho no?

Mientras se abotonaba la camisa rectificó.

—Era broma. Esto cada vez me gusta menos.

—Vamos por algo abajo.

—Alejandro nos hablará a las cuatro para ir a comer.

—Son las once y media, ¿quieres esperar?

—Este domingo ando lento.

—Lo bueno que solo es este.

Le tomó la mano en el trayecto del pasillo al elevador, no se resistió. El restaurante estaba vacío. Preguntaron por sus compañeros, el mesero les informó de la salida de los tres una hora antes. Habían pagado las habitaciones de todos, incluyendo la de ellos, hasta el día anterior.

Carlos pidió el teléfono a Érica.

—¿A quién vas a llamar?

—A la doctora. Hicimos las cosas mal.

—¿Mal?

El encargado de mostrador le dijo que estaban en el comedor. Carlos le pidió que le hablara a la mujer.

—Adelante. Hola.

—Señora Márquez. No queríamos irnos sin despedirnos. En la mañana hablamos a su cuarto, no contestaron, supusimos andaban desayunando. Le hablo para darle gracias por todo, espero buenos resultados con los detalles de seguridad.

—Oh, no se preocupe. Seguro Eduardo había bajado el volumen al timbre del aparato. Que tengan un buen viaje, saludos a Érica y al doctor Salazar — dijo, pensando que mentían.

—Igualmente, doctora. Saludos a su esposo.

—“¿Qué sucede aquí?”

Regresó con Eduardo.

—¿Alejandro?

—Carlos.

—Oh. ¿Y eso?

—No lo sé. Intentaron comunicarse al cuarto y no pudieron, ¿qué opinas?

—Espérame —partió al mostrador de recepción.

—No hay registro de llamada. Por cierto, llamaron de un móvil local — explicó al volver.

—Si antes me daba mala espina, ahora me siento peor.

—¿Preparan el terreno para algo, o como nosotros, se dieron cuenta de que dejaban una puerta abierta a la sospecha al irse en silencio?

—Me gusta tu última sospecha, asegura que traen algo entre manos. Piensa mal y acertarás. Ley de Murphy.

—No entiendo que pensabas al llamarle a la doctorcita esa.

—Irse sin despedirse les haría pensar que tenemos problemas internos, incluso la idea de separarnos. Ellos tienen información de todos. Más vale que andemos con cuidado.

—¿No hay forma de que alguien los asalte aquí? Buenos Aires es una ciudad peligrosa.

—Podemos mandar a hacer el trabajo, si Carmen se entera que estuvimos detrás no te gustaría tenerla como enemiga.

—Carlos, aquí entre nos. ¿Realmente la necesitamos? ¿Por qué tener que vivir bajo su amenaza? Tenemos más de veinte millones en las Caimán, más de treinta en Uruguay. Suficiente para vivir de las rentas el resto de nuestras vidas.

—Lo he pensado, debemos empezar por desaparecer.

—¿Has pensado en algo?

—Sí, en subir a un Lear, abandonar el país, bajar en algún lugar sin registro y que el avión tenga un accidente en el mar.

Érica abrazó el brazo de Carlos y lo besó en la mejilla.

Alejandro llamó a las cuatro con seis minutos.

—¿Los desperté de la siesta?

—No —rio Eduardo— acabamos de subir del restaurante.

—No me digas que ya comieron.

—Solo un café y un picadito para aguantar tu invitación.

—Pasamos en media hora.

—De acuerdo, estaremos en el lobby.

Estela no necesitó preguntar quién había hablado. Después de lavar sus dientes, se sentó en la cama.

—¿Alguna sugerencia al nuevo sistema de seguridad?

—Que eso no te preocupe. A ellos tampoco les preocupa eso.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quieren saber es cómo vas a manejar al junior.

La sonrisa le iluminó la cara, su dentadura perfecta se mostró entre un par de labios pintados y ojos apenas sombreados.

—Es una jugada maestra.

—Cuéntame.

—¿Y repetir todo otra vez delante de ellos?

—Eres mi compañera.

La risa de Estela retumbó en el cuarto.

—Esposo mío, tu abnegada mujercita te invita a bajar al lobby, hace veinte minutos que recibiste la llamada.

—A veces puedes ser pesada y hasta pedante, ¿te lo han dicho?

—Estoy practicando, corazón. Deje que me reciba, me odiarás.

En poco más de quince minutos aparecieron. Esa tarde de domingo era fría, los vientos hacían que el aire helado se metiera en la ropa sin piedad. Entraron en la parte de atrás del auto de Carmen, que manejaba Alejandro, quién preguntó, viéndolos por el retrovisor interior.

—¿Tienen ganas de algo en especial?

—¿Quién paga? —preguntó Eduardo.

—Yo invito —levantó la mano Carmen.

—¡Al sitio más caro de la ciudad! —exclamó haciendo reír a todos.

—Los vamos a llevar a un restaurante que se considera el número uno para extranjeros. Les va a encantar, es muy especial. Está en Cabrera 5099,

en Palermo Soho.

El viaje fue en silencio. Llegaron en poco más de media hora, entraron a La Cabrera. Un mesero muy bien preparado les anunció que no eran solo la mejor parrilla de la ciudad, sino que aparte de los muy tradicionales cortes vacunos, tenían bondiola de cerdo, pamlonas de pollo, pato confite, las deliciosas achuras y bife americano.

—Como ven está solo a esta hora. Cuando la gente espera afuera en la vereda, desde la cocina les envían empanadas, bebidas y picadas. Lo que más gusta a cuántos traemos aquí, son las famosas guarniciones frías que colocan en los platillos. Como escabeches de porotos pallares, ajos asados y otras cosas tan bellas como deliciosas.

—Carmen, después de esa descripción, viendo lo bien que está, voy a pensar que eres accionista del lugar.

Un mozo apareció con una botella de vino. Alejandro lo aprobó y el mesero vació media botella en las cuatro copas.

—Propongo un brindis. Por la unión de fuerzas tras un proyecto grandioso.

—Por una humanidad longeva —brindaron.

—Con calma amigos. La tarde es larga, el hambre es mucha, si se apresuran se llenarán con la picadita nada más.

—¿Picadita? Es que todo está de chuparse los dedos —rio Eduardo.

La música de fondo eran tangos. Carmen arrancó la charla, después de hacer el pedido de una bandeja al centro con un surtido de carnes.

—¿Qué son achuras, Alejandro?

—Son las mollejas, chinchulines, riñones, en fin, todo lo de adentro de la vaca.

—Bien. Los nombres son extraños.

—Estela, ¿cómo va el informe?

—En la cartera. Recuérdame de dártelo al regreso —contestó picando una rodaja de chorizo.

—¿Lo puedo ver ahora?

—Claro, espera, me limpio las manos.

—Puedes romperlo, pensé que lo ibas a abrir hasta la noche —dijo al dárselo.

—Mañana tienes una cita importante, puede ser parte de una negociación. Solo le echo un ojo y a la noche los desmenuzamos con Alejandro.

El silencio, roto por los cubiertos que daban cuenta de las achuras, se

adueñó del lugar. Las copas de vino se vaciaron. Abrieron la segunda botella, antes de que la orden de platillos fuertes estuviera servida.

—Vaya, ¿hasta qué hora estuvieron despiertos haciendo esto?

—Casi hasta las tres de la mañana. Nos dormimos tanto en la mañana, que ni nos enteramos de que nuestros compañeros se fueron —adelantó Eduardo.

—¿No se despidieron?

—Bueno sí, nos hablaron desde el aeropuerto, desde un móvil.

Carmen miró a Alejandro, pudieron ver un brillo especial en sus ojos.

—Está bien, me gusta su trabajo. Los felicito. No será barato, en este proyecto nada lo es. Espero que tengamos en el mercado todo lo que piden.

Alejandro miró rápido las hojas y las volvió a meter al sobre, para que Carmen lo guardara.

—Veo esas hojas, no puedo dejar de sentirme como un novato. Obvio que no es mi mundo, hay cosas que más que de un experto son de sentido común.

El mesero, auxiliado por otro y una mesa pequeña, colocaron una más que abundante bandeja de cortes en el centro de la mesa. Rellenó las copas de todos con el delicioso vino, después de desearles buen provecho, los dejó. Estela puso la mano derecha tapando la boca.

—¿Se vale reventar comiendo?

—Cuándo nos vayamos vas a extrañar, nada de dejar sobras

—Señor Eduardo, ustedes no van a extrañar la comida. Van a pasar una larga temporada con nosotros.

—¿Eso es bueno o malo? No tenemos entrada de dinero ahora. Nuestra participación en la búsqueda de receptores está estancada.

—Qué eso no les preocupe. Después que me cuentes lo que harás con nuestro principal patrocinador, tomaremos decisiones. ¿Puedes adelantarme algo?

—Si Alejandro me tiene lo que le pedí, será nuestro esclavo.

—¿Qué pretendes hacerle creer?

—Habrá que rezar un poco. El que no arriesga no gana.

—No me cuentes más. En caso de que falle, tendré que sacrificarte.

El lunes amaneció lloviendo. Frío, ese frío húmedo del Río de la Plata, esos vientos del sur con temperaturas debajo de cinco grados, magnificados por el aire. La cita era importante. Llegaron al edificio. Carmen los esperaba en la

recepción. Pasaron a la sala donde el olor a café inundaba todos los rincones. Se sirvieron una taza, sus dedos estaban ateridos de frío y las narices rojas.

Alejandro entró y los saludó. Carmen dio inicio.

—Estela, en el segundo piso está lista la camilla. Pusimos un montón de cables con pinzas y una pantalla con una cinta falsa. ¿Estás segura de querer seguir? No es un hombre cualquiera el que estás manejando.

—Adelante.

Alejandro tomó la palabra.

—Bien. A una simple jeringa la forramos con un aparato que parece estar conectado a la máquina. Inyectaremos algo de azúcar. En la pantalla saldrá una luz roja, que “indicará” que el robot ha sido insertado. Lo demás corre por tu cuenta.

—¿Está la cámara instalada en la sala de juntas?

—Así es.

—Después de inyectarlo déjalo ahí cinco minutos y lo envías conmigo a la sala. Eduardo estará ahí. Ustedes pueden ver a través de las cámaras, absténganse de hacer nada.

—¿Abstenernos? —frunció el ceño Carmen.

—Confía en mí. Habrá tiempo para rectificar más adelante.

Alguien tocó la puerta, Carmen abrió. Entró la muchacha.

—Está aquí, doctora.

—Todo sea por la humanidad.

Estela se iba poniendo una bata blanca en el camino a la sala de vigilancia. Eduardo quedó dónde estaba. En la calle se veían dos autos grandes, blindados, al menos una patrulla policíaca. La puerta se abrió, entraron dos guardaespaldas. Salió uno de ellos, entraron más. La puerta se cerró. En pocos minutos estaban frente a Carmen.

—Mi estimada doctora, ¿cómo está usted?

—Bien, señor. Todo está listo, ¿pasamos?

—Me gustaría saber de qué se trata.

Estela se adelantó. Ni intentó saludarle, le habían advertido que él no saludaba, salvo estuviera borracho o drogado, al parecer no era el caso esta vez.

—Mi nombre es Estela, estoy a cargo del estudio. La idea es introducir en su torrente sanguíneo un nano robot. Una máquina del tamaño de una célula, que monitoreará cada enfermedad que pueda llegar mucho antes de que los síntomas aparezcan. Esto dará un tiempo muy corto antes de que un médico

pueda atacar el virus.

Dos guardaespaldas los seguían. Frente al elevador, Estela le dijo.

—Ellos deben esperar.

El hombre volteó y los miró. Como perros amaestrados se pegaron a la pared. Alejandro estaba frente a la máquina, con una enfermera junto a la camilla.

—Quítese por favor el saco, levántese la camisa sobre el codo.

El hombre hacía caso a las indicaciones. Acostado, con el cabello largo sobre la camilla intentó sonreír, se le quitó en cuanto la enfermera aplicó alcohol a la zona dónde la aguja penetraría.

—“Debería estar acostumbrado” —pensaba Estela.

Alejandro introdujo la aguja en la vena. El paciente miraba la conexión a la extraña máquina y una pantalla en blanco. De pronto en la pantalla apareció un débil punto rojo parpadeando que se deslizaba sin rumbo aparente. Carmen sonrió y Estela anunció.

—¡Ha sido insertado con éxito! Es usted el primer ser humano al que se le instala un dispositivo rastreador.

El hombre sonrió, vio a la enfermera retirar la aguja y poner un pequeño trozo de algodón con alcohol sobre la incisión. La oprimió durante quince segundos y tiró los restos a un bote.

—Espere cinco minutos y puede bajar, por favor.

Alejandro manejaba la máquina dando seguimiento al punto rojo, que parecía recorrer el cuerpo sin detenerse.

—Los usos de ese mini robot se los va a explicar la doctora Estela en la sala de juntas. Es todo de nuestra parte, gracias.

Visiblemente aliviado el hombre se puso de pie y se colocó su saco. Caminó acompañado por la enfermera hasta la sala. Adentro lo esperaban Eduardo y Estela. A través de las cámaras de vigilancia, Carmen y Alejandro escuchaban todo.

—Siéntese por favor, ¿un café? —invitó Eduardo.

—Sí, gracias.

—Mucho frío esta mañana en Buenos Aires. Dígame, doctora, estoy a sus órdenes.

—Señor, le hemos instalado el nano robot más moderno que existe. Tiene capacidad para detectar una enfermedad como cáncer, diabetes, hepatitis y otras. Es una primera generación, esperemos que los próximos puedan incluso atacar el virus por sí mismos y empezar el proceso de curación de

inmediato.

—¡Esto es fabuloso! ¿Cuánto dura la pila?

—No hay tal. El torrente sanguíneo lo pasea.

—¿Cómo envía la señal?

—Con el respeto que se merece, son parte de una patente a punto de ser solicitada.

—Puedo hacer que me informen, soy uno de los principales patrocinadores del proyecto.

Eduardo se recostó en la silla.

—Señor, usted no es un patrocinador, esa figura es la que aporta grandes sumas de dinero para el desarrollo de algo nuevo. Usted es, en el mejor de los casos, un protector que recibe interesantes cantidades anuales de dinero a cambio.

—¿Este quién es?

—Mi esposo Eduardo.

—¿Podemos dejarlo fuera de la charla?

—Me temo que no. Se encarga de la seguridad del proyecto.

—Bien, si esto terminó me gustaría irme —replicó contrariado.

—¿Puede regalarme otros diez minutos, señor? —preguntó Eduardo, firme.

—Adelante, tengo cosas que hacer —dijo volviendo a la silla.

—Por supuesto. Quiero darle los datos completos del aparato. Nosotros tenemos dudas sobre la continuidad del proyecto en caso de que su partido pierda las próximas elecciones, que es a lo que apuntan las encuestas. ¿Qué pasaría si ellos ganan, podríamos continuar operando?

—Carmen se ha encargado siempre de esto, no hemos tenido problemas.

—Ahora nos contrató a nosotros.

—En caso de que ellos ganaran, ustedes deberían hacer un trato.

—¿Sí prefieren anunciar públicamente que usted era parte de esto, sin reportarlo?

—No puedo controlar eso —se revolvió incómodo.

—Es nuestro temor. Las fuerzas que nos vigilan responderán a las nuevas órdenes.

—Así debe ser.

—¿Si usted decide retirar la vigilancia, adelantarse a los hechos y dar un

“golpe contra un gran laboratorio ilegal”, para prever eso?

—Honestamente —sonrió el sujeto— hemos estado pensando en eso, sobre este y otro par de sitios comprometedores. Usted sabe cómo funciona esto, es política.

—¿Podemos pensar por simple política, como usted dice, corremos peligro no solo de parte de ellos sino de usted, de dejar a medias un proyecto que tiene semejante importancia para la humanidad? ¿Eso quiere decir?

—No esperarán que me comprometa a serles fiel a cambio de ir a la cárcel, ¿o sí?

—No, señor, nadie espera tanto de alguien como usted.

—Su tono no me agrada.

Eduardo se puso de pie y se acercó al pizarrón, donde había dibujado un pequeño óvalo de unos diez centímetros de largo y cinco de ancho.

—Esto, señor, es lo que usted tiene en su sangre. Detectores de virus, sistema de aviso y una pequeña gota aquí en el extremo, ¿puede verla?

—Tal vez, ¿qué significa eso?

—Esa pequeña gota es un micro explosivo. Algo tan pequeño que si lo hiciéramos detonar dentro de esta habitación, se oiría así —dijo Eduardo dejando caer el lápiz sobre la mesa— o aún menos. Tiene la particularidad de poder ser detonado, dónde y cuándo nosotros queramos.

El hombre se puso de pie, iracundo.

—¡Quiero a mis guardaespaldas!

—¡Siéntese!

El hombre volvió a su silla. Estaba asustado.

—Usted solo tiene que cumplir hasta el último día. Ni se le ocurra entregarnos. Desde donde estemos, con un pequeño dispositivo telefónico, podemos esperar a que el robot esté en una vena del cerebro y... ¡pum! Un aneurisma acabará con usted, al menos tiene capacidad para dejarlo idiota y postrado para siempre.

Aterrado, miraba a Estela que sonreía.

—¡Los haré matar, hijos de puta!

—No se enoje, el aparato es muy sensible, recuerde, es primera generación —dijo Eduardo, viendo el sujeto calmarse como por encanto.

—Usted solo prometa que hasta que haya un cambio de gobierno nos protegerá. En todo, cumplir con el trato original.

—¿Después me quitarán esta cosa?

—No, señor. Eso no se puede hacer, lo siento.

—¿Entonces?

—Tal vez podamos en algún momento, detonarlo en una zona inofensiva.

—Voy a escribir una carta para que en caso de que algo me pase sean pasados por las armas. Tengo el poder del mundo. Puedo mandar volar todo esto sin que me tiemble la mano. ¿Quiénes creen que son ustedes?

—Ahora, los dueños de su vida y su muerte. ¿Quiere probarnos?

Estaba enojado, pero no era idiota.

—Por ahora ganan ustedes.

—Puede irse, señor.

La puerta soltó un chasquido cuando Estela quitó el seguro, el sujeto salió visiblemente enojado; dando pasos firmes y resueltos abandonó el lugar. La puerta se cerró y la caravana de cuatro vehículos se perdió en la ciudad. Carmen apareció. Puso los brazos en jarra y sonrió.

—Magistral, jamás se me hubiera ocurrido. Estoy fascinada, no solo aceptó que tenía planes para nosotros en caso de verse perdido, sino que ahora está comprometido con su vida a cuidarnos. Genial, amigos. Por cierto, ¿y si se enferma?

—Deberemos tener fe hasta que terminen las elecciones.

—Falta más de medio año aún.

—¿Y si ganan?

—Algo se nos va a ocurrir, no tengas miedo Carmen. El tipo está tan asustado que, si le digo que me vaya a lustrar los zapatos al hotel, seguro aparece.

—¡Por el junior! —brindó Eduardo con la taza de café.

Ese lunes el día siguió frío y con lluvias intermitentes, lo que los mantuvo en el cuarto.

—¿Qué piensas? —consultó Estela a su compañero, tirado en la cama.

—Extraño a Carlos y su pandilla.

—¿Estás loco?

—Con ellos aquí había que simular estar casados, eran más divertidas las tardes de lluvia.

—Tienes razón —dijo sin verlo, concentrada en su computadora.

Se acercó a su compañero. La vio acostarse al lado boca abajo y mirarlo a los ojos, sonriendo. Era tan bella y sensual. A la noche bajaron a comer, de la mano.

—¿Qué sigue?

—Hacer el pedido del equipo para mejorar la vigilancia del edificio e

instalar todo, con ayuda de algún técnico del proveedor. En una semana estará listo.

—Mañana nos espera Alejandro para afinar detalles.

—Ahí estaremos. Acá la cosa marcha sobre ruedas.

—¿La otra pandilla?

—Esa me preocupa.

—Vamos a dormir. La mente descansada piensa mejor.

—Duerme tú mientras voy al pequeño ciber café aquí abajo, para enviar datos a Minsk.

—Cuidado, que no estén las arañas no quiere decir que no hayan dejado veneno.

DOCE

Esa semana fue de arduo trabajo para Eduardo, ayudando a colocar las nuevas pantallas múltiples dentro de las oficinas de vigilancia, a través de las cuales se podían ver a la vez, hasta dieciséis cámaras. Algunas habían sido reubicadas, en la entrada se había puesto un par que observaba a los carros al entrar desde dos ángulos diferentes. La puerta principal daba a un segundo cuarto donde se estaba terminando de instalar una segunda puerta de acero, que se abría solamente desde la sala de control, después que un perro y un guardia revisaban la cajuela, el chasis y el interior. Carmen y Alejandro estaban contentos.

—Fue una gran inversión, sin embargo, se siente mucho más seguro el lugar. Extraño un poco las ventanas, me daban una sensación de libertad.

—Carmen, sigue reforzar un poco la iluminación interior, pues las ventanas aportaban su buena dosis de luz, repintar los espacios sellados y sobre todas las cosas, instalar una planta auxiliar de luz que se encienda al momento mismo en que la electricidad de la calle falle.

—Esa parte fue la que más me gustó, aunque también la que más dolió, Carlos me depositó dinero, cuenten con que llegando el equipo será instalado.

—Carmen, viendo que la parte referente al edificio está prácticamente terminada, me gustaría poder hablar con él, también necesitan ayuda en la forma de operar.

—¿Sí les hago una pregunta prometen decirme la verdad? —miró a los ojos a ambos.

—Lo intentaremos —sonrió Estela.

—¿Están enterados de la forma de operar de mi ex? Se encarga de unir receptores a donadores de órganos, ha tenido éxito, a veces hay números que no parecen cuadrar. ¿Hay algo que no sepa?

—Es muy discreto. Maneja todo con un perfil muy bajo, si nos apegamos a la ley tendría problemas. No estamos enterados de su forma de operar, no en detalle. Es como aquí, podemos decir que hay un edificio con máquinas extrañas, con nombres más extraños aún, en los que se realiza un sinnúmero de cosas con nanotecnología. Aparte de eso, ¿qué decir?

Alejandro sonrió. Eduardo no sabía cuánto estaba él enterado de las

operaciones de órganos, sospechaba que sabía más de lo que parecía. De esa forma cubría su espalda.

—Gracias, pueden haberme mentido, supongo que tampoco él les confiaría todo lo que saben o hacen. Al traerlos aquí, es porque están comprometidos con el proyecto.

—De algo puedes estar segura, si él te ayudó a financiar esto, debe saber moverse muy bien en lo que hace. Aquí hay decenas de millones de dólares.

—Cientos, Estela, varios cientos.

Eduardo intentó seguir la charla inicial.

—¿Puedes ponerte en contacto con él para decirle que en una semana puedo ayudarle en lo que traíamos pendiente con su operación?

—¿No tienes su teléfono?

—No, nos comunicábamos por correo electrónico, hace un par de semanas que parece estar fuera de servicio.

—Lo haré y te informo de su decisión.

—Gracias. Me gustaría que ella se quedara con ustedes.

—No sé cómo podrías llevártela.

Todos rieron.

—Iremos al hotel, el lunes acá nos vemos. Si tienes alguna novedad me hablas.

—Deberías traer un celular local, cárgalo a la cuenta de la organización.

—Gracias, lo haré.

Quince minutos más tarde se dirigieron al hotel. Estela preguntó entonces.

—¿De veras quieres ayudar a mejorar la seguridad?

—Mi idea es rescatar los rehenes sin que sean ejecutados o desaparecidos en la selva.

—Me da miedo que vayas solo.

—Alguien debe hacerlo, aquí estás segura.

—¿Mandaste información a Minsk?

—Enviaré un agente enlace a ésta ciudad.

—¿Cuándo?

—¿Cómo saberlo? Nosotros podemos comunicarnos con ellos, ellos no saben dónde estamos.

—¿No es hora de decirles?

—¿Sin saber quién anda hurgando en su escritorio?

—Puede que tengas razón.

—Aplicaré allá el mismo remedio que aplicaste aquí.

—¿Cuál de todos?

—Presumida. Les haré ver que en quienes confían se pueden volver sus enemigos.

—Puede ser que funcione. Al menos puedes lograr tiempo para mantenerte con vida.

—Trágica.

—Intuición.

Era un día fresco y soleado.

—¿Comemos en Puerto Madero? Toda la semana hemos estado comiendo en esa aburrida sala de juntas.

—De acuerdo, sigue entonces. Ya van a ser las tres de la tarde, tengo hambre compañero.

La segunda puerta estaba al fin terminada. La luz faltante por el cierre de las ventanas había sido suplida con un aumento de luces de led; las cámaras cubrían diferentes puntos del edificio.

—Bueno, Eduardo. Tuve una larga charla con Carlos, le dije que irías. Me dijo que te esperaba en Barranquilla.

—Si no dispones otra cosa, partiré el próximo lunes.

—Le avisaré que te esperen en el aeropuerto.

—No lo hagas, quiero sorprenderlos.

—¿Sorprenderlos? Eduardo, no sé porque razón algunas cosas siguen pareciéndome sospechosas.

—No es así, siempre envían a un chofer que habla hasta por los codos, déjame llegar en un taxi regular a casa, sé mis razones.

—Está bien. ¿Necesitas dinero?

—Lo siento, ando corto de efectivo.

—Compra el boleto con la tarjeta de Alejandro, ahora le hablo y lleva esto para el viaje.

—Suficiente, gracias.

Estela envió el mensaje dejado por Eduardo antes de llevarlo a Ezeiza. La agente Summers lo haría llegar a Minsk. Eduardo volaba rumbo a Barranquilla, Colombia.

—“Señor Carlos y compañía, aquí vamos. No he encontrado una buena razón para que quieran deshacerse de mí, tampoco una para no hacerlo. Con Estela bajo el resguardo de Carmen a nada se atreverán. Si Minsk hace lo

acordado, facilitará las cosas. Les preocupa que podamos dar datos a Carmen de sus actividades, Estela es mi seguro de vida.”

Despertó al llegar. Tras pasar sin problemas aduanas y migración, tomó un taxi y le dio la dirección de la casa de Carlos. Tocó timbre.

—¿Señor a quién busca?

—A Carlos o Érica. Soy Eduardo, señora, esposo de Estela, ¿se olvidó?

—Oh, señor, disculpe. Pase usted, Carlos no está, la doctora está en el cuarto de videos.

—¿No hay nadie más?

—No. Los demás están en Bogotá.

Apareció Érica, que no pudo ocultar su asombro. Su rostro se transformó al verlo solo.

—¡Hola, Eduardo! ¿Y tú esposa? No me digas que viniste solo sin avisar.

—Se supone que Carmen avisó a Carlos.

—Carlos y el Salazar están con Joao en Bogotá. Regresan el miércoles en la noche.

—¿Algún proyecto nuevo?

Érica sonrió. Mirando al ama de llaves le pidió.

—¿Puedes llevar la maleta de Eduardo al cuarto de Salazar? Mañana arreglamos eso. Ven, subamos.

No veía la forma de escaparse, debió haber sido más cauteloso. Subieron al cuarto donde veía una película con el aire acondicionado encendido y un picado de frutas en un plato. Se sentó ella en un lado del plato, colocado en una mesa pequeña sobre el sofá y él se instaló al otro; después de unos minutos, lo cuestionó.

—¿Cómo te fue con Carmen y Ale?

—Bueno, te diste cuenta, al parecer el interés genuino estaba en mi mujer.

—¿El de Carmen o el de Alejandro? —preguntó sarcásticamente, mientras se echaba a la boca un trozo de piña.

—Carmen estaba interesada en sus servicios, tanto de doctora como en seguridad. Estela tiene eso, que puede ver detalles que no tienen nada que ver con su profesión —contestó mientras la veía cazarlo sin disimulo.

—Es una mujer muy especial. ¿Viste como trataba a Carlos? Está bien que es su ex esposo, también fue quién puso a disposición los fondos para el proyecto.

—De eso hablamos con Estela antes de venir. El proyecto es demasiado importante como para perder tiempo por cuestiones personales. Hablamos de

dar un giro a la vida misma, me he acordado tanto de esas charlas que teníamos contigo, sobre la importancia del proyecto que financiaba el tráfico de órganos. Por cierto, ¿quién se hace cargo del contacto con el receptor?

—Carlos está manejando eso. Con el doctor Parker —respondió nerviosa.

—Perfecto. Cuando venga hablaremos. Tenemos charlas a medias.

—Tenemos varias cosas a medias, señor.

El cuarto era su territorio, nadie podía entrar allí sin su autorización. Sin nadie en la casa, el peligro más grande era su conciencia.

—La suerte nos ha jugado una mala baza hasta ahora.

—Bien lo dices, hasta ahora. ¿Sabes quién está aquí aparte de la vieja ama de llaves?

—No, ¿quién?

—Tú y yo.

Se puso de pie frente a él, colocando las rodillas a ambos lados de sus piernas, dejándose caer en el sofá y tomándolo de la nuca con dos manos; el beso fue desesperado, animal. Se desprendió la blusa, para dejar los pechos frente a su rostro. Dio un beso largo entre ellos, mientras los liberaba; la pasión se adueñó del pequeño cuarto. Los pezones se pusieron duros al recibir besos alrededor, sintió que le dolían. Se bajó de la sala y dejó caer los pantalones al piso, después la tanga roja. Con los pies a ambos lados de la cadera de Eduardo, ofreció su sexo bien cuidado al hombre; se sintió en el cielo, en un viaje que no quería terminar, mientras las manos fuertes agarraban las nalgas y la lengua jugaba con su clítoris. Empezó a gemir sin control. Tras un leve primer temblor se bajó, para quitarle el pantalón y la camisa. Se hincó en el suelo, siguió la tarea que había dejado inconclusa. Disfrutaba ese enorme pedazo de carne, sus ojos recorrían los del hombre, que se había entregado por completo. Minutos después se colocó de rodillas sobre la sala de cara a la pared, brindándose sin tabúes a Eduardo, que, de pie en el piso, la penetró sin cuidado. El grito fue una mezcla de sorpresa, dolor y gozo, cuando lo sintió abrirse paso. Sus gritos y gemidos retumbaban en el cuarto mientras se movía enloquecida. Sentía el cuerpo lleno de hombre; quería más, así que lo sentó y lo cabalgó más de diez minutos. Cuando logró su segunda explosión se dejó caer sobre el enorme pene.

Eduardo se levantó, la cargó en vilo y la dejó caer sobre la espada; lo abrazó del cuello, la dominaba de las nalgas. Cuando explotó dentro de ella, sintió que la había inundado. Estaba agotada, sentía una rara mezcla de placer y dolor, satisfecha como no lo había estado durante años. Se vistieron en

silencio, acostada en el sofá con la cabeza en sus piernas, terminaron de ver la película. Media hora después bajaban.

—¿Nos metemos a la piscina?

—No tengo traje de baño.

—Debe haber algo que sirva en la casa.

Volvió diez minutos después con un traje de dos piezas rojo y un pantalón de mezclilla cortado arriba de la rodilla. Érica se tiró desde la orilla en zambullida.

—Por Dios, eres un macho en toda la extensión de la palabra. Siento que me inundo.

—Cállate, si la señora te oye puede hablar de más.

—Está aquí por mí. Es mi incondicional. Puedes hacerme el amor otra vez, nadie dirá nada.

—Por hoy fue suficiente.

—Por ahora querrás decir.

Eduardo se sumergió y apareció echando su cabello hacia atrás con las manos.

—¡Que delicia de agua!

—Después de un buen ejercicio, nada mejor que esto. ¿Te gustó?

—Eres bella e inteligente, Érica. Claro que me gustó.

—¿Por qué regresaste? —preguntó con un dejo de tristeza.

—En eso quedamos, ¿recuerdas? Tengo que ayudar a fortalecer la seguridad de los centros.

—¿Qué piensas hacer?

—Cuándo venga Carlos, le diré mis planes.

—¿No confías en mí?

—No tiene nada que ver, si te cuento a ti, después deberé repetirle a él; quién toma las decisiones finales es él, ¿no?

—Yo también cuento, señor. No me hagas menos.

—No se trata de eso. Si no puedes decirme que fue a hacer a Bogotá, no puedo decirte que haré con su seguridad, todo es parte de lo mismo, cuidarlo a él y su operación. ¿Es tan difícil de entender acaso?

—Bueno, puesto así no se oye tan agresivo.

—¿Eres celosa?

—Rabiosamente. Lo siento.

—Está bien que lo cuides, es tu hombre.

—Estúpido, soy celosa de ti.

—Soy casado y tú también, ¿a qué le apuestas? —rio mientras ella le echaba agua.

—A terminar mi vida con el hombre que quiero, no con el que me mantiene.

—Érica, no soy tan tonto como parezco. Ustedes deben haber invertido una buena suma en el proyecto de Carmen, deben tener un guardadito más que substancioso. ¿Por qué no agarras tu parte y desapareces en una isla del Caribe, con las nalgas al sol y muchachos que te calmen la hormona?

—No soy un animal, Eduardo. Me gusta el plan si estás incluido.

—Lo siento. No tienes dinero suficiente para mantenerme.

—Si te gustan los bienes raíces, podemos trabajar en eso en cualquier parte del mundo.

—¿De cuánto dispones?

—¿Si pongo a tu disposición digamos, veinte millones, crees que puedas dar resultados suficientes como para vivir de las rentas? —susurró acariciando su sexo bajo el agua.

—Hablas de pesos o dólares.

—Euros.

Eduardo silbó bajito. Érica era muy bella.

—Está de pensarse, muñeca. Sin amor, esto sería una carrera corta.

—El amor viene después, habiendo dinero y buen sexo el amor acecha en cada esquina.

—¿Y Carlos?

—Ese no me preocupa.

—¿Estela?

—¿La amas aún?

—Sí, aún la amo.

—Amor, ¿qué es el amor? Una doctora sin poder ejercer, un vendedor con problemas con la ley, ¿cuándo sales adelante? Te ofrezco un paraíso, donde trabajar poco, ganar lo que quieras.

—Érica, no te puedes enamorar de un hombre por una vez que te acuestas con él.

—Me enamoré desde el día que me dejaste a medias en el hotel de Buenos Aires.

—¿De verdad?

—Después veía el nano pene de Carlos y soñaba con ese trozo de carne que había tenido entre mis manos, mi boca y se me había escapado por

segundos. Desde ese momento te amo.

—Demos tiempo al tiempo, quiero arreglar las cosas para que esto no se desmorone frente a todos. Mientras esté aquí actuemos con cuidado, eres hermosa y te atenderé cada vez que lo pidas, si nos agarran me mandan en partes a mi tierra.

—Cuídate. Algunas personas meten cosas en la cabeza de Carlos.

“La mayoría se las metes tú, preciosa. Eres toda una araña”

—¿Corre peligro mi vida?

—No creo, si así fuera sería la primera en avisarte.

Se dio cuenta de la conveniencia de tenerla de aliada. Tomó su rostro en las manos y la besó tiernamente. Ella se pegó a su cuerpo, sintió la erección. Hizo a un lado el bikini y le dio la espalda. Él desprendió su bragueta, penetrándola dolorosamente por detrás, recostada a la orilla de la alberca. Ahora era toda suya.

En el aeropuerto de Iquitos en Perú, dos turistas con mochilas a la espalda y lentes de sol bajaron de una línea comercial. Un taxi los llevó a su hotel; pronto andaban caminando por la ciudad, preguntando. Sobre el filo de la tarde, sabían dónde estaba Llanchama, se prepararon para ir el día siguiente. El dependiente del hotel les dijo que había poco que ver en ese pueblo indígena, insistieron que querían sacar fotos. El mismo muchacho consiguió un transporte para el día siguiente. Con las cámaras profesionales, iban sacando fotos a lo que les rodeaba, fauna, flora o gente.

—Esto es Llanchama, señores, ¿los espero mientras sacan fotos?

—¿Es cierto que del otro lado hay una posada muy típica de la zona?

—Yo no me aventuraría a ir. Hay millones de insectos, tiene pocas comodidades.

—Eso buscamos, amigo. Ayude a que alguien nos cruce.

Después de media hora, el hombre apareció.

—No hay piragua disponible, patrón. De noche uno no debe andar tan lejos.

Los hombres hicieron caso al chofer. En el camino no se cuidaron de hablar delante de él.

—¿Informante equivocado?

—¿Cómo saberlo? La trata es tan vieja como el ser humano, América no ha sido la excepción. Volvamos al hotel, pidamos instrucciones.

Carlos estaba nervioso.

—Joao, habló un pájaro de Iquitos.

—¿Novedades?

—Un par de turistas gringos, con cámaras y mochilas, pidieron ser llevados a Llanchama.

—¿Llanchama?

—Quisieron cruzar el río hasta la posada, les dijeron que no había piraguas disponibles.

—Bien hecho. ¿Qué haremos?

—Ese maldito Eduardo tenía razón, era cuestión de tiempo. Debemos evacuar. Llevaremos a todos a Colombia. En Putumayo todo estará bien, hay que hacerlos llegar a Puerto Asís.

—¿No hay riesgos en el transporte?

—No. El aeropuerto de Iquitos y puerto Asís están arreglados. Habría que volar el depósito de Llanchama.

—Ni pensarlo, son millones de dólares tirados a la selva.

—Lo sé. Volvamos a Barranquilla.

—Apenas es martes.

—No podemos perder tiempo.

—¿Aviso a Érica?

—No, a Willie nada más.

—Enseguida.

A la noche, en vuelo comercial, Carlos y el doctor Salazar volvían a casa. El doctor Joao se quedaba en busca de nuevas posibilidades de exportar órganos fuera del continente. Esa era la verdadera razón de su viaje a la capital colombiana.

“Carlos va camino a casa”.

—Qué extraño. Carlos vuelve a casa hoy.

—¿Quién te dijo?

—Una llamada por teléfono. Tal como te dije, Carlos vuelve a casa hoy.

Estaba cenando en el comedor servido por el ama de llaves. Media hora después oyeron detenerse un auto.

—Llegó el patrón, doctora.

Ella miró a Eduardo frunciendo el ceño. Desde la llamada a la llegada, había habido poco más de cuarenta y cinco minutos.

—“Alguien llamó del aeropuerto” —pensó.

La entrada de los hombres alborotó la casa. Carlos y Enrique se

sorprendieron al saberlo en ese sitio. Érica explicó.

—Eduardo llegó ayer para ayudar con la seguridad. Está hospedado en su cuarto, doctor, lo siento. Ahora arreglamos eso.

—No hay cuidado. ¿Cómo estás, Eduardo?

—Bien gracias.

—¿Tú esposa?

—Se quedó en Buenos Aires. Carmen la va a adoptar.

—Así es mi ex. Se apodera de las cosas.

—Me di cuenta. ¿Qué tal la capital? —preguntó viendo el cambio de semblante en Érica.

—Bien. ¿Qué ideas tienes sobre los refugios? —dijo mirando severamente a su mujer.

Notaba un poco acelerado a Carlos, disgustado del hecho de haberlo encontrado en compañía de Érica. Sonrió y le contestó.

—Buscar la manera de eliminar los que estén fáciles de encontrar. Tener todo en territorio de las FARC, tiene el mismo problema que el edificio de Argentina. Depender de un solo protector puede hacer que exija más, en caso muy negativo, decida que puede con el negocio. Estoy seguro de que no han cuestionado sus ganancias, si se dieran cuenta ustedes correrían gran peligro. Me gustaría cerrar el de Perú, el más vulnerable de todos.

—Si dijera que sí, ¿cómo lo haría?

—No lo sé, no conozco la zona. ¿Me equivoco o siento algo de presión al respecto?

—Un par de gringos disfrazados de turistas sacan fotos y preguntan por una posada al otro lado del río en Llanchama. Son tan turistas como mecánicos tú y yo —dijo Salazar.

—¿Los llevaron hasta la maldita posada? —simuló alterarse Eduardo.

—No, llegaron al pueblo, los dueños de las piraguas se negaron a pasarlos.

Se echó un trago de vino y secó sus labios con la servilleta. Carlos se había sentado a la mesa, junto al doctor Salazar. El silencio prevalecía, excepto en la cocina donde la señora se esmeraba por preparar la cena.

—Hay que sacar la gente de allá. Mañana mismo. Usted que sabe cómo y con quién, póngale cola a esos dos. Que alguien los aleje al otro lado de la ciudad, organice la evacuación. ¿Cuánta gente habría que sacar de allá?

—Pocos, no han de llegar a treinta.

—Prepare todo para cruzarlos esta noche misma a Llanchama, luego

cerca del aeropuerto. Rente un avión, mándelos al resguardo de puerto Solís.

—Bien. ¿Después, señor Márquez?

—Una cosa a la vez, Carlos. Esto es una emergencia. Si descubren eso, no pelagra la operación, pero sería un golpe duro y todas las autoridades de la región serían alertadas. Todas las ventas estarían congeladas por un año manteniendo cien bocas.

—¿Cien bocas? —prosiguió el doctor Salazar— Hay más de doscientos cincuenta en total.

—Todo un presupuesto. Usted haga esa llamada, quiero saber dónde están hospedados, a qué hora salen, adónde los llevan. Si puede que alguien avise al refugio, quemem papeles, preparen todo para ser destruido, hoy día con el ADN encuentran cualquier persona.

Terminaron de cenar, habían preparado otro cuarto. En un rincón especial, el teléfono que había comprado en Buenos Aires. Envío un mensaje a Estela.

Se estaba por bañar cuando percibió la vibración del aparato sobre la cama.

—“Eduardo, ¿qué sucede?”

“Avisa a tu hermana mayor que estoy aquí. Todo en orden”

Desnuda como estaba, se sentó en el ordenador y envió el mensaje a Summers. Los agentes operaban en Iquitos. Se metió a bañar y se tranquilizó. Recordó a su compañero, descubrió que lo extrañaba. Sus manos lo suplieron bajo la ducha.

—“¿Será posible que me haya enamorado de ese grandulón imbécil? Oh, Dios mío, no lo permitas por favor.”

En la noche, fueron sacados y amarrados del cuello en fila india. Al que se quejaba le daban un azote con una vara. Un hombre al frente guiaba al viejo estilo de los esclavistas africanos. En seis piraguas acomodaron a todos y cruzaron el río. Media hora antes del amanecer, un camión cerrado se estacionó enfrente, fueron subidos en silencio. Dos aviones con los motores encendidos esperaban en el aeropuerto. Los controladores dieron la salida a los dos con personal para operar en su interior. Dos horas antes de mediodía el refugio de puerto Solís recibía treinta y ocho nuevos inquilinos. La operación había sido limpia. En alguna parte, a treinta kilómetros de Iquitos, algo ardía en la selva. Carlos brindó con vino chileno fino.

—Eduardo. Los gringos de mierda siguen preguntando. Pueden llevarlos

a Llanchama.

—Si pueden evitarlo mejor. Si preguntan a un niño, puede que haya visto algo durante la noche, les darán una pista. Cuanto más tiempo estén allá haciendo preguntas, mejor. Más despistados ellos, más despistados los jefes. Eso abrirá la posibilidad de que piensen que todo ha sido un rumor infundado y la operación sea trunca.

—De acuerdo, por un momento me ganó el deseo de hacerles ver su pifia.

—Mantén la mente fría. De eso depende nuestra supervivencia. ¿Ahora solo tenemos el refugio vigilado por las FARC entonces?

—Así es. Hace una semana me habría sentido seguro y confiado; tú y tus ideas sobre la codicia de la gente me han hecho perder el sueño.

—No es así, lo sabes. Solo necesitamos un nuevo sitio. Si andan preguntando por allá, en un maldito rincón perdido del mundo, seguro saben de este otro. Las FARC cuidan al mejor postor, no les hagas tanta confianza.

—¿El ejército de Colombia se atrevería a intentar un rescate en medio de su territorio?

—Con apoyo logístico de Estados Unidos no me sorprendería. Si le quitaron a la Betancourt ¿qué nos puede sorprender? ¿Qué huyan ante el ataque de un par de docenas de helicópteros artillados?

—Eduardo tiene razón —aseveró Érica— si mataron al mono Jojoy en un país ajeno, no creo se tienten el corazón dentro de su propio territorio.

—Las fuerzas armadas irregulares en esta zona no son ni la sombra de lo que fueron. Están moral y económicamente quebradas. Es cuestión de tiempo para que el gobierno recupere todo su territorio. Busquemos un lugar nuevo, eso es cosas de ustedes, no sé dónde diablos estoy cuando vamos a aquellos lugares.

—Bien. ¿Eso urge también?

—No. Si no logran recabar ninguna información fidedigna en Perú, se cuidarán mucho de volver a hacer caso a rumores. Si saben de este escondite pueden planear una aventura de rescate. Que tu gente abra los ojos en puerto Solís; cualquier extraño, extranjero o no, debe ser seguido e investigado. Ahora entendemos lo de los infiltrados.

—En eso pensaba ayer. Yo los esperaba en mi organización, los están infiltrando en mi territorio, me hace pensar en algún traidor.

—Hay demasiados ojos, te lo he dicho.

—Somos pocos los que conocemos esto, será sencillo.

—Supongo tomaste en cuenta a los guardias que pagas. A los pilotos y

copilotos de los aviones, a los operadores de aeropuertos.

—Ellos están bien pagados.

—A veces la conciencia juega malas pasadas. O alguien que no los quiera, los escuche hablar después de una noche de abuso de alcohol, puede hablar con quien no debe, todo corre a velocidad de la luz. Demasiados frentes. Vamos a moverlos y a cambiar la forma de operar.

—¿Me puedes ayudar con eso, Eduardo?

—Claro, para eso dejé sola a mi esposa con tu ex.

El recuerdo le hizo fruncir el ceño a Carlos. Érica miraba a Eduardo por sobre la mesa.

—¿Quién avisó que venías? —preguntó Érica mirando a Carlos.

—Nadie. Le dije al doctor que no avisara, solo a Joao que se quedó en Bogotá.

Carlos miró al doctor Salazar y se encogió de hombros. Eduardo sospechaba que había alguien que protegía a Érica o a él. Esa noche fue a dormir pensando en ello. La prioridad en ese momento era salvar el refugio. No era lo mismo mover a treinta y ocho, que doscientos cincuenta. Entrada la madrugada, envió otro mensaje a Estela.

—“Dile a hermana mayor que pase al segundo cuarto. Aviso cuando”

Ese día había pasado todo el día con Alejandro. Disfrutaba explicándole el alcance de los nano robots.

—Un par de programas que podamos meter dentro de cada uno nos dará esa función. Ahí estamos atorados.

—Gracias por permitirme meter mi ignorante nariz en tu proyecto. Es grandioso.

—Vos también lo sos.

—Gracias.

—¿Cuándo vuelve tu esposo?

—Ni idea, está en manos de Carlos y su gente.

—Bien, si algo se te ofrece llamame —ofreció dándole una tarjeta.

—Por supuesto, gracias.

—Voy al tocador, vuelvo enseguida —se excusó al sentir vibrar el teléfono en su bolsa.

—Por supuesto.

Sentada en la taza leyó el mensaje. Lo reenvió enseguida.

—“Cuídate por favor, Eduardo, cuídate”

Regresó con Alejandro.

—¿Confiás en tu marido cerca de Érica?

Le molestó. No supo enseguida si la mala fe de la pregunta, o saberlo cerca de esa mujer. Sorprendida de su propia sorpresa, le sonrió.

—Que ella quiera no quiere decir que el desee.

—Es un hombre.

—Me consta.

—Vos sabés, quiero decir... la carne es débil.

—¿Para ti también?

—Tal vez, probé demasiado y busco sentar cabeza.

—¿Me puedes garantizar que él no?

Alejandro sacudió la cabeza. Siguió viendo la pantalla de la máquina frente a él. Un poco más tarde, salían a una junta con Carmen.

—¿Cómo vas, Alejandro?

—Bien. Tengo una necesidad. Lo siento.

—¿Qué necesitas? —preguntó Carmen, muy seria.

—Alguien de entre veinte a veinticinco años.

—Prometiste no pedir más.

—Lo siento, sé que entendés. No todo se puede prever.

—¿Riesgos?

—Nulos. Una prueba parecida a la del junior presidencial.

—La última.

—Prometido —levantó la derecha Alejandro.

Estela se atrevió a preguntar.

—¿Cómo los consiguen?

—Ven siéntate aquí, me duele tanto que prefiero hablarlo por lo bajo. Siento que el daño es menor —susurró apenas la doctora, conmovida.

Alejandro salió y Estela se sentó al lado de Carmen, quién, en cuestión de segundos, pareció haber envejecido diez años. “Esta mujer sufre profundamente, me queda claro.”

La patrulla de la Policía Federal Argentina hacía su rondín. Buenos Aires es una ciudad cosmopolita. Desde el tango hasta la cumbia villera, la música habla por sí sola de la variedad étnica y cultural. Hacia la zona oeste de la ciudad, se encuentra la Pequeña Bolivia. Está en Liniers, barrio viejo nacido a la sombra del tren a fines del siglo XIX. Inmigrantes en su mayoría de Potosí y Cochabamba, esta gente se las ingenia para mantener viva su cultura y

forma de vida. Los patrulleros sabían que esa zona era peligrosa. Como no eran argentinos, no se preocupaban por ellos. Excepto en ocasiones especiales. El hombre orinaba en la vereda, con una botella en la mano izquierda, la otra en la bragueta. El oficial apareció detrás. Cuando terminó de guardar su instrumento, le habló, quitándole la botella. Su compañero lo esposó y lo metió detrás de la patrulla.

—¿Cómo te llamás?

—Jesús Ríos.

—¿Edad?

—Veintiséis años, señor.

—¿Dónde vives para avisar a tu familia?

El hombre soltó un sonoro eructo que inundó el interior del vehículo oficial.

—En la calle, donde me dejen, oficial. Mi familia está en Potosí. Quiero juntar para irme, no puedo.

—No te esfuerces. Te llevaremos a un lugar donde te alimentarán y te sacarán de tus vicios.

—¿En la cárcel?

Eduardo oía voces, no se quería levantar. Al final le ganó el hambre.

—Buenos días —saludó saliendo recién bañado del cuarto.

—Buenos días —lo corearon Érica y Carlos junto al ama de llaves.

—¿Por qué esas sonrisas?

—Tal vez porque son las once y media de la mañana.

—Guau, ni idea de que hora era. Una disculpa a todos. Supongo desayunaron.

—Hace dos horas.

La señora apareció con un licuado de plátano y un par de panes dulces.

—Gracias, señora. Prometo que no volverá a suceder. ¿El doctor Salazar?

—Arreglando unos asuntos en la ciudad.

Eduardo devoraba el desayuno, el licuado estaba delicioso y los panes muy frescos.

—¿Debemos suponer que el hambre te levantó?

—No me extrañaría nada. ¿Alguna novedad sobre el nuevo sitio?

—En eso anda el doctor. Tiene amigos en el sur, trabajó ahí hace algunos años.

—Excelente. ¿Algún plan para hoy?

—Me gustaría me dijeras que tiene que tener el sitio. Eso es importante,

si vamos a tener un buen lugar, buscaremos uno al que haya que hacerle un mínimo de modificaciones.

Eduardo se echó hacia atrás, para que la mujer se llevara el vaso y el plato vacíos.

—¿Me das un par de horas? Quiero estudiar un poco. Un sitio cerca de un aeropuerto, es el ancla del proyecto.

—Casi todos los pueblos y pequeñas ciudades del sur tienen. La droga se mueve a través de ellos hacia el norte. Algunos ni siquiera tienen vigilancia.

—Bien, evalúa esas situaciones, es tu país y debes conocerlo bien. Yo voy a diseñar el lugar y la forma de mantenerlo vigilado con poca gente. Algo que no llame la atención de nadie, ni lugareños ni fuereños. Hay que pensar en el abastecimiento de víveres y la extracción de donantes sin problemas. ¿Saldrán a comer o comerán aquí mismo?

—¿A qué se debe la pregunta?

—Si van a comer aquí, los entrego antes de comer, si salen, al regreso. Por la hora en la que yo desayuné comeré a media tarde, ando desfasado.

—Comeremos aquí —rio Érica ante su expresión.

—Voy a ir al centro un rato, en dos días debemos enviar un paquete a Houston y quiero arreglar algunas cosas.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Érica.

—No, mejor auxilia a Tomasa en la cocina o contesta preguntas de Eduardo.

—Tú mandas.

“Tú te pelas por obedecer, perra en celo” —sonrió Eduardo. Entró y salió del cuarto. Traía una libreta en la mano, la pluma en la otra. Salió a la alberca y se sentó bajo el sombreado porche, viendo el agua cristalina apenas quebrada por un viento suave. Hizo un par de bocetos, luego empezó una lista. “Electricidad, agua potable, árboles frutales. Malla alta, enterrada un metro en el suelo. Concertina en la parte alta para evitar fugas, otra malla cuatro metros más afuera, con un par de perros corriendo en ella...”

—Carlos se fue con Willie. ¿Cómo vas?

—No es sencillo programar algo sin conocer el lugar. Al menos servirá para elegir uno lo más adecuado posible. Lo tendré listo en una hora o dos.

Ella acercó una silla y se sentó, poniendo una mano sobre su muslo. Miró la hoja.

—¿Tú no eres doctor?

—No, ¿por qué dices?

—Por tu espantosa letra.

—Chistosa. A veces ni yo logro recordar que quería decir algún garabato de éstos.

—¿Crees que lo logren?

—¿Logren qué?

—Sacarlos a todos sanos y salvos.

—Esperemos que sí, ¿qué otra opción hay?

—James hablaba de empezar de nuevo.

—¿Hablas de... matarlos a todos?

—Así es. Se los venderíamos a las FARC. Se entretienen con las mujeres, usan a los hombres como esclavos. De una manera u otra están acabados. Según James de esa forma se evitaría riesgo de escapes.

—Pues no es un pensamiento tan malo, si no fuera porque doscientos cincuenta millones de dólares se esfumarían en el aire. ¡Tengo una idea!

—Dímela.

—No, perdón, solo pensé en voz alta.

—Dime por favor, confía en mí.

—Claro. ¿La madre Teresa no vino?

—Eduardo, dime por favor. Se te iluminó el rostro.

La miraba y sus ojos estaban entregados a los de él.

—Yo tengo los contactos de los hospitales en Houston y Dallas. Si logramos apoderarnos de un grupo como ese y esconderlos, ¿habría forma de moverlos como lo hacen ustedes?

—Hablas de robar el grupo, ¿sabías?

—¿Es posible?

—Es demasiado riesgo, Willie, James y algunas autoridades protegen el tráfico.

—¿Ya ves? Sabía que no podías, por eso te hice la prueba.

—¿Me estabas probando, Eduardo? Sabes que por ti daría mi vida en este momento.

—Ya lo vi —dijo parándose y cerrando la libreta.

—¿Adónde vas?

—Al cuarto, quiero trabajar tranquilo, con permiso.

La dejó sentada en la silla. Cinco minutos después entraba al cuarto y se paraba detrás de él, sentado en una silla frente a la pequeña mesa. Le besó la nuca y mordió sus orejas.

—¿Qué quieres que haga?

Dejó la libreta sobre la mesa y se dio vuelta. Agarró el rostro de la doctora, la besó tan tiernamente que la sintió descomponerse. Después la acostó en la cama y levantó la falda, haciendo a un lado la tanga. Su lengua disfrutó el sexo durante diez minutos, hasta que la sintió correrse en toda su extensión. La dejó donde estaba y salió.

—Por favor no te enojas conmigo —le rogaba sentada en la silla de la alberca.

—No estoy enojado, pensé por un momento que podíamos asegurarnos el futuro. Solo esos doscientos y nada más, bien administrados no sabremos jamás que es la pobreza. Fue una idea loca, te quiero igual.

—¿De veras... me quieres?

—¿Has sentido algo parecido con alguien que no te quiera?

—Por Dios, sabía que te enamorarías de mí. ¿Cómo planeas hacerlo?

—Aquí no. Las paredes oyen, en cualquier momento llega Carlos. Cuando estemos solos.

—Sueño con ese momento.

—No tanto como yo.

Le plantó un beso en la boca y se metió a la cocina. Deseaba que Carlos la encontrara ahí cuando regresara. Media hora después los encontraba a él haciendo planes junto a la alberca y a ella junto a Tomasa en la cocina.

—¿Has adelantado algo?

—No es sencillo planear cuando no se conoce el terreno. Lo que he logrado se adaptará a cualquiera; ya que lo conozca haremos las adecuaciones que se necesiten.

—Probablemente la semana que viene tengamos algo en concreto. Hay un lugar río abajo, por el mismo Putumayo, que cumple las expectativas. Hay que negociar la salida de puerto Solís con la guerrilla.

—Diles que es temporal, que seguirás pagando tu cuota, que vigilen mientras regresas. Cuando estemos seguros, adiós pagos.

—Tenía razón Carmen en algo; tú y tu esposa juntos son pensantes.

—La vida no ha sido fácil, aprende uno a cuidarse.

—Me alegra estés de mi lado.

—Tú cuida la operación. Yo la mantendré a salvo de depredadores.

—Entra, vamos a comer.

—¿Y el prospecto?

—Después de la siesta. Nada podemos adelantar sin el lugar a la vista.

El nuevo inquilino estaba despierto. Había pasado todas las pruebas,

aparte de los restos de algunas drogas baratas y alcohol el hombre parecía estar sano. Carmen habló con él, le dijo que si aceptaba ser parte de un experimento científico, se comprometía a darle casa, comida, ropa y una suma de dinero no especificada. El hombre aceptó. Estela veía un genuino deseo de no hacer daño por parte de Carmen, llegaba a sospechar que estaba de acuerdo con ella a pesar de la flagrante violación de todos los derechos del hombre. La nano ciencia era lo más importante en ese momento para la humanidad. Pensando en el estado en que habían traído al tipo la noche anterior, sospechaba que su vida tendría poco valor.

—“O solo estoy haciéndome un lavado de cerebro para callar mi conciencia, que dolor. No sé qué decir, que pensar, o hacer. Legal, ilegal, ¿dónde está la línea? Una vida por millones, ¿es justo o de todas maneras un crimen? ¿Moriré viendo personas con una real probabilidad de vida de cientos de años o cargando con estas vidas y aquellas muertes en mi conciencia?”

El laboratorio bullía. Para ellos poco tiempo era un año, tal vez dos. Para ella eso era una inmensidad de espacio en el calendario, dónde no podía garantizar aguantar el sufrimiento y ver a esas personas usadas para las pruebas.

—¿En qué piensas, doctora?

—En ti. Y en todo esto.

—¿Se puede saber de qué forma?

La miró a los ojos, luego paseó la mirada por el laboratorio.

—Tu fin justifica los medios, una vida justifica la salvación de millones. Después de todo, la humanidad deberá ver en ti y Alejandro un par de héroes, genios que dieron todo a favor de la vida. Sin embargo, sufro como te vi sufrir cuando Alejandro te pidió otra víctima. Los veo a ellos y me duelen. Puedo entender tu posición, entender el futuro, el presente, no estoy segura de poder morir en paz. Lo siento, solo necesitaba descargarme.

Carmen la abrazó, fue tal la ternura del abrazo mismo, que rompió en llanto.

—Ay, Estela, ¡si supieras cuantas veces me han visto llorar mis espejos! Cientos, miles tal vez. Cuando decido detenerme, veo las sonrisas de millones de seres, que tienen una expectativa de vida muy diferente y se borra el dolor, el sufrimiento, prevalecen los sueños. Somos seres humanos y luchamos por ellos, aunque algunos tengan que pagar con la libertad o incluso sus vidas.

Carlos se tiraba de la orilla a la alberca, las olas hacían que el agua pasara sobre los bordes e inundaran los pequeños jardines alrededor. Salazar leía un diario a la sombra y Joao, recién llegado de la capital, charlaba con Eduardo. Érica tomaba sol.

—¿Tiene listo el plan de defensa?

—Dicho así parece una fortaleza, tengo los bocetos de lo que debe contener un lugar seguro para esta actividad. Cuando conozca el sitio, haré los ajustes.

—Tengo el sitio. Lo iré a ver en dos días, ¿me quieres acompañar?

—Sería una gran oportunidad de hacer bien mi trabajo.

—Prepárese entonces. Volaremos en la mañana, en dos días.

—¿Volveremos ese mismo día?

—Por supuesto. Vaya ligero de ropa. No olvide la libreta.

—Por supuesto. ¿Puedo preguntar más o menos donde queda el lugar?

—Claro que puede preguntar, discúlpeme que no se lo diga hasta que estemos allá.

—Caí en mi propia trampa —rio Eduardo.

—Por la boca muere el pez, amigo.

Estela había caído en algo muy parecido a la depresión; la lucha en su interior no la dejaba dormir, extrañaba su compañero; el cuarto y la soledad ayudaban poco. Como todos los domingos se esforzaba por dormir para acortar el día. Dormida no pensaba, se sentía bien. Faltaban poco más de quince minutos para las doce del día, cuando alguien tocó la puerta. Preguntó antes de abrir.

—¿Quién?

—Alejandro.

A pesar de que hubiese preferido que no se le volviera a acercarse sintió cierto alivio. Necesitaba hablar con alguien. Descorrió la cadenilla de seguridad y abrió.

—Disculpa, aún estoy en pijama, estaba a punto de darme un baño. Pasa.

Alejandro estaba vestido con un traje sport. Se veía bien, se había acostumbrado a la formalidad de esa ciudad para vestir los domingos.

—¿Tenés planes para hoy?

—Claro —sonrió— bañarme, bajar al restaurante, subir, ver una película o dos, bajar a cenar, subir a dormir.

—A pesar del frío la tarde se presta para dar una vuelta, el sol está fuerte y alivia un poco. Te invito a comer.

—¿Por ahí?

—Sí, comemos, vamos si querés al Jardín Japonés o La Boca.

—He oído de La Boca. Me gustaría conocer.

—Es uno de los barrios emblemáticos de la ciudad.

—Bien, deja bañarme y te acompaño, gracias.

—¿Querés que te espere en el lobby? —intentó ser caballero.

—Gracias, te lo agradecería mucho.

Apretando la boca ante la desatinada pregunta, abandonó el cuarto. Media hora después, Estela lo alcanzaba.

—¡Qué bueno que me salí del cuarto!

—Gracias. Fue un gesto muy caballeroso.

—¿Puedo arrepentirme?

—No sé de qué te servirá.

Salieron y ella se ajustó la cazadora de piel al recibir el aire fresco de mediodía.

—¿Te gustaría sacrificar un poco de elegancia y comer un rico pescado en una fonda típica de barrio?

—¡Por supuesto!

En veinte minutos estaban entrando al lugar. Estela se asombraba cuando le contaba de los conventillos, donde en el siglo pasado se habían apiñado cientos de inmigrantes europeos, que buscaban nuevos horizontes. La tomó del brazo y guio dentro de un pequeño local, arreglado con cosas típicas de los muelles. Anclas, redes, bocas de tiburones, cadenas para anclas y una docena de cuadros.

—Aquí comerás el más delicioso pescado.

Una jovencita con una enorme sonrisa les tomó la orden. Pidieron vino blanco y pusieron una picada de productos del mar, pulpos, mejillones y ostiones.

—¡Qué rico!

—Te lo dije, no es elegante ni mucho menos, pero el sabor y la atención te van a gustar.

—No deben ser lugares caros.

—Nada que ver con Puerto Madero, no debe preocuparte.

—Gracias, lo sé, solo era un comentario turístico.

—¿Debemos acabar con esto? —se asombró ella viendo lo bien surtido del platillo.

—Cobran todo lo servido, así que al menos, hay que intentarlo. Recordá

que es pescado, en pocas horas será digerido y el cuerpo pedirá atención.

—Buen provecho entonces.

—Brindemos por el paseo.

Chocaron las copas, tomaron un trago de vino e hicieron honor al platillo. Alejandro pagó y salieron. La sombra de las casas hacía sentir el frío de la tarde.

—Más vale que caminemos con todo lo que comimos —rio Alejandro.

—Tienes razón. No dejamos nada para el gatito que andaba ahí.

—Que lo tome como domingo de ayuno.

—Por su gordura no se veía muy ayunador.

Riendo y mirando cuadros pintados por artistas locales recorrieron algunas cuadras. Muchas artesanías llamaron la atención de Estela, de ninguna manera permitió que le comprara nada.

—¿Volvemos al cuarto?

—Sí, se me están enfriando los pies y las manos de una forma terrible.

Regresaron unas seis cuadras resistiendo el asedio de los vendedores de recuerdos y chucherías, mientras observaban la arquitectura, si así se le podía llamar, de esos cuartuchos que parecían a punto de caerse en cualquier momento. Pronto llegaron al hotel.

—¿Te molesta que me quede? Solo pretendo charlar un poco, acortarte la tarde.

—Podemos charlar un rato, después te vas.

Colgó la chaqueta en una silla y pasó al baño. Al salir Alejandro estaba sentado cambiando canales en la televisión.

—Qué televisión de mierda tenemos los domingos, ni una película como la gente.

—¿Qué te gusta?

—Aunque te rías, me gustan las que muestren cosas positivas. O una vieja y buena película de vaqueros, con John Wayne o Clint Eastwood.

—¿De vaqueros? Ya ni existen.

—Sí hay, pocas.

—¿Cómo la del Secreto de la Montaña?

—Eso no fue una película. Fue un morbo para la gente que piensa torcido —se burló.

—¿Eres homofóbico?

—Intento ser tolerante, no lo logro.

—Pensé que un científico encontraría la forma de encontrar una explicación para todo.

—Lo siento, detrás de un científico brillante, hay un hombre común y corriente. Mi padre odiaba a los homosexuales. Jamás hubiera dado trabajo a uno en su fábrica.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

—Tenía una curtiembre.

Ante la mirada de Estela siguió la charla.

—Es un lugar donde preparan las pieles de los animales, para hacer ropa o asientos de autos.

—Oh. ¿Y por qué no seguiste con el negocio?

—Mi hermano mayor lo regentea, con el advenimiento de tanto producto sintético que imita la piel, está teniendo problemas para encontrar mercado para las auténticas.

—Lo lamento, es el mundo que viene.

—Pues sí. Yo estudié bioingeniería y una hermana menor es profesora.

—Excelente. Me gusta eso.

—¿Te gusta esa película?

—Sí, al menos ayudará a esperar la cena entretenida.

—Se llama La Gran Estafa con Julia Roberts.

—Déjala, dudo que encuentres algo mejor y acaba de empezar.

Dejó el control sobre la mesa de luz, se acomodó sentado en la cama después de quitarse los zapatos; Estela se sentó en la silla, poniendo los pies sobre la cama. Durante diez minutos la película absorbió la atención, hasta el primer corte.

—Debimos traer algo de beber, ¿no?

—Puedo pedir servicio al cuarto, ¿Qué quieres?

—¿Más vino?

—Alejandro, mi cuota del día ha sido cubierta, pide tú si deseas, pediré refresco o algún jugo. Incluso café, a pesar del aire acondicionado hace frío.

—Sí vos no tomás yo tampoco, pedimos mejor café y unas galletas dulces para merendar.

—Buena idea —dijo ella, tomando el teléfono.

Pocos minutos después fueron interrumpidos por un mozo. Puso el café y las galletas en una bandeja sobre la mesa donde estaba la computadora.

—Que rico huele. Se antoja para ver la película en ambiente.

—Ya lo creo. Las galletas están sabrosas.

Alejandro se sentó en la cama, ella volvió a su postura original. En el siguiente corte, ambas tazas estaban vacías.

—¿Seguís con frío? —preguntó apretado los pies de ella con las manos.

—Solo en los pies. Ya se me pasará.

Empezó a frotar los pies sobre los calcetines. Intentó quitarlos, la retuvo. Sintió un calorillo subir por las piernas. Tenía un par de semanas sin atención de un hombre y las hormonas no distinguen reglas sociales; intentó resistirse, las piernas no se movieron. El hombre se dio cuenta y aumentó el territorio, metiendo las manos entre la pierna del pantalón, acariciando las pantorrillas. La película había comenzado. Por arriba del pantalón las manos se deslizaron hasta la cintura y tuvo que ponerse de pie para besarla. Siguió besándola hasta que oyó un sutil cambio en la respiración. Entonces acarició los pechos sobre el sweater de lana, ella lo miró a los ojos. Le desprendió el pantalón, no resistió, el calor en el bajo vientre la dominaba. La tomó con fuerza y delicadeza a la vez, la cambió de la silla a la cama. Le quitó el pantalón tirándolo al lado. Luego hizo lo mismo con su prenda íntima. Ella levantó las rodillas; sintió los cabellos del hombre rozar la parte interior de las piernas; echando la cabeza hacia atrás, se entregó. El beso fue largo, con esa lengua recorriéndola sin piedad, de pronto se vio agarrando los cabellos de Alejandro y apretando su rostro contra su sexo. Cerró los ojos y lo dejó hacer, hasta que sintió su propia humedad escurrir. Se relajó y él se dio cuenta, por lo que aprovechó para quitarse su ropa y desnudarla. Hacía frío afuera.

TRECE

El avión despegó de Barranquilla para aterrizar en Puerto Asís una hora y media después. El doctor Joao y Eduardo bajaron del aparato. Contrario a su pensar no se dirigieron al resguardo de donantes, sino al puerto mismo que daba nombre a la ciudad. Faltaba una hora para mediodía, el calor era húmedo e implacable. Sin aviso previo un chubasco saturó de agua las calles y la gente que pescó desprevenida. El taxi se había detenido a esperar que pasara, pues no se veía a diez metros. Pocos minutos después, con la misma rapidez y furia con que había llegado, escampó. Puerto Asís, a orillas del río Putumayo, está inmerso en una selva voraz y con una increíble variedad de flora y fauna.

—Vamos, nos espera una lancha en el muelle —dijo Joao.

En pocos minutos estaban abordando una vieja lancha de fibra de vidrio, de unos veintitrés pies de eslora, que había conocido años más elegantes. Su motor nuevo Mercury de 150 caballos, era el alma del equipo. Sin mediar palabras soltaron amarras.

—Este río se llama Guamúez —señalaba el doctor, ante un afluente tan grande como el río madre— duplica el tamaño del Putumayo al unirse con él.

Eduardo estaba fascinado por el volumen de agua color chocolate y la fuerza extraordinaria que mostraba en la superficie. La selva se desbordaba generosa en matices de verde sobre las márgenes del caudal. Dos horas y media más tarde anunció un segundo afluente importante.

—Hemos recorrido unos ciento veinte kilómetros al sur, ese es el río San Miguel, estamos cerca de puerto Ospina. Como toque cultural, a esta altura este río es tan caudaloso como el Ródano. Estamos cerca de la frontera con Ecuador, no falta mucho para llegar.

—¿Ahora puedo saber el nombre de lugar adónde vamos?

—Leguízamo. Otro puerto a cuatrocientos kilómetros.

—¿Cuatrocientos kilómetros? Supongo tiene aeropuerto.

—Hay uno.

—Territorio de FARC.

—Sí y no. Es un lugar con mucha agricultura y ganadería. Aquí reina el narco, protegido por la guerrilla, más bien reina la anarquía. Ahí entramos mediante una módica cuota.

—Estoy maravillado con la vegetación, no sé si el río quiere devorar la selva o al revés.

—Así es la Amazonia. Un continuo devorar de selva a los ríos, que la desmoronan en cada creciente y ella se resiste enviando más árboles. Leguízamo está entre los ríos Caquetá y Putumayo. En esta zona vive el famoso delfín rosado a quienes los indígenas dan propiedades milagrosas.

—¿Tienen otra forma de comunicarse aparte del río?

—Solo una carretera en mal estado a La Tagua y otras más cortas a pueblos indígenas. Estamos en frontera con Perú y con Ecuador, lo que nos brinda muchas rutas de escape.

—¿No hay vigilancia oficial?

—Bajan aviones militares, nadie se acerca en esos días, son escasos, casi siempre por cuestiones de apoyo, después de grandes crecientes.

—¿Estamos arreglados con los militares también?

—No, están arreglados con los cárteles de las drogas, no con nosotros, tiene usted una gran oportunidad de tender alianzas estratégicas para dar paz al nuevo lugar.

—Bien, me haré cargo si es así.

Seis horas después de haber partido de Asís, llegaron a Leguízamo. A pregunta expresa si todo el río era navegable, el doctor había contestado.

—Unos cientos de kilómetros son navegables para pequeños barcos, de no más de un metro y medio de calado. Eso cambia, cuando llegan las lluvias el río se pone muy peligroso.

—Veamos adónde nos ha traído este hombre y su bote de la segunda guerra. Bajaron. De reojo vio al doctor darle una suma de dinero al lanchero, quién al parecer esperaba su regreso pues bajó y amarró un cabo al muelle. Enseguida lo alcanzó.

—Bueno, amigo, dudo que haya un taxi por aquí, debemos ir a la oficina del ayuntamiento y preguntar por el señor Uvalde.

—¿Quién es él?

—Un recomendado que nos llevará a la hacienda.

—¿Se puede saber de quién?

—No se puede saber de quién porque no pregunté. Sé que está abandonada. El señor Uvalde resultó de lo más amable. En una camioneta con un ataque de óxido tremendo los llevó en dirección al pueblo de la Tagua. Quince kilómetros después de abandonar Leguízamo, tomó una salida a la derecha que hubiese pasado desapercibida para la mayoría de los mortales, se internó

a través de esa brecha cuatro kilómetros. El escándalo de los micos de diversas especies llenaba la tarde de alaridos, chillidos y rezongos. De la nada apareció una puerta metálica que rogaba por una mano de pintura. Uvalde se bajó y la abrió, teniendo cuidado de que no le cayera encima. Su vieja camioneta entró a la propiedad; a doscientos metros apareció una casa muy grande, pintada de blanco y con techo de algún tipo de palmera. Bajaron y sacó una llave; la puerta cedió antes de ingresar nada en la cerradura. Era evidente la falta de atención desde hacía mucho tiempo; tenía al menos doce habitaciones, quizás más, y un inmenso patio interior de más de media hectárea. Cruzaron el patio, con hierba de metro y medio, llegaron al otro lado dónde cruzaron otra puerta. Detrás había una serie de cuatro barracas con paredes de bloques y techos de lámina, con restos de hojas de palma sobre estas, que habían usado para controlar la temperatura.

—¿Qué hacían en esta finca, amigo?

—En estas barracas había caballos finos.

—¿Por qué se acabó el negocio?

—El dueño era compadre de Escobar, amigo, cuándo terminó su reinado, uno a uno sus amigos y compinches fueron cayendo bajo las garras de la ley. Ahora está en los Estados Unidos, de por vida.

—¿Qué hay más atrás?

—Selva, amigo, la selva más hambrienta que un hombre pueda conocer, llena de marranos salvajes, monos y aves. Hay unos cuadros limpios donde se sembraba. Tal vez haya alguna planta que escapó a la destrucción de la autoridad.

—Perfectamente —sonrió Joao— ¿podemos revisar en detalle las barracas?

—Claro, cuando tenían caballos tenían hasta clima. Un sistema para abastecer agua del río y otro solar, para la electricidad, todo se lo llevó la autoridad.

Joao y Eduardo caminaron por la inmensa propiedad.

—¿Cómo la ves?

—Con una malla bien puesta y concertina en la parte superior, esto puede ser un perfecto campo de concentración. Habrá que invertirle dinero y horas, el resultado puede ser perfecto. Me gusta la combinación de algunos puntos; está aislada de la ciudad, incluso de la ruta al pueblo siguiente, cerca del río, por si hay que evacuar por esa vía y con un aeropuerto disponible. Pedir más sería un pecado.

—No hay carreteras de escape.

—Ni de llegada.

El doctor sonrió ante la aseveración. Siguieron recorriendo cuarto por cuarto, ninguna pared estaba agrietada, aunque en los pisos empezaban a aparecer hierbas, cuyas raíces amenazaban destruirlo todo. Encontraron lo que parecían viejas perreras y un tanque metálico sobre una base del mismo material, supusieron para mantener agua, que bajaría por gravedad a los bebederos.

—¿Nos vamos? No es bueno andar de noche en estos lados.

—Usted manda, doctor.

—Vamos con Uvalde.

El hombre estaba sentado en la caja de la camioneta fumando. Los vio venir y tiró la colilla al piso, pisándola con su bota de cuero.

—¿Listos? ¿Qué les pareció la hacienda?

—Vamos a hablar con este hombre. Mañana tendremos una razón.

—Bueno, ¿los llevo al hotel?

—No me diga que tiene hotel el puerto —rio Eduardo.

El hombre echó para atrás el sombrero de paja color blanco y negro; pareció molestarse un poco mientras subía al vehículo. Después esperó a que ellos se acomodaran, con Eduardo arrinconado por la palanca de cambios.

—Los voy a llevar a La Boa. Los atenderán bien, me encargo de eso. Como tema cultural, le digo que este pueblo es muy tranquilo si uno no se mete con quién no debe. Es básicamente habitado por indígenas como pueden ver, hay gente que llegó cuando la quina y el caucho fueron la bonanza de la región. Había en esos tiempos una llamada Casa Arana, una casa exportadora cuyos dueños eran unos hijueputas que gracias al maltrato diezmaron a los indígenas. Incluso hubo guerra con Perú por las riquezas.

La camioneta brincaba por el camino de la selva, el señor había agarrado cuerda.

—Desde ahí se hicieron puestos militares que trajeron oportunidades y desarrollo. Después llegaron los setentas, los cazadores y los leñadores pusieron empresas, por un auge en la venta de pieles y maderas finas.

—¿No hay droga?

—Claro que sí. Esos problemas llegaron en los ochenta, con unas cantidades increíbles de dinero y progreso, después la violencia desatada, ahora está tranquilo. Ellos hacen su negocio, nosotros nuestras vidas.

—¿Y las autoridades?

—Miran para otro lado. Pelear aquí es inútil con esta selva. Saben que

pasan cosas, mientras la sangre no llegue al río, no se meten.

Tal como lo había dicho Uvalde, el hotel era eso, un hotel. Un cuarto con dos camas y un abanico en el techo, un baño con ducha y dos toallas. En el cuarto una pequeña mesa y una silla floja. Eduardo se quitó los zapatos y miró el techo surcado de marcas de humedad. La cama no estaba tan mal, aunque la almohada parecía rellena de madera. El doctor Joao golpeaba la suya tratando de encontrar un punto cómodo.

—Bajemos a cenar. Hemos pasado el día sin comer y tomando un par de refrescos.

—De eso sí me di cuenta, Eduardo. Vayamos pues a ver que tienen.

—Espero que estén mejor que las almohadas.

Entraron al pequeño lugar. Una muchacha con un colorido traje regional y una hermosa sonrisa se adelantó. Optaron por un bistec acompañado de papas fritas y ensalada de tomates.

—Doctor, ¿usted cree que esta zona esté bajo el dominio de la guerrilla?

—No puedo decirle que no llega hasta aquí. Aquí no se pelea. Es una zona de tolerancia. Los que venden coca hacen lo suyo, los que trabajan honestamente también, el ejército llega y se va sin hacer más que apoyar a la población y dar abastecimientos a los cuarteles fronterizos. Todos saben que están aquí.

—Desde ese punto de vista el lugar parece estar muy bien ubicado.

—¿A usted que le ha parecido la hacienda?

—Ideal. Sé que hay que meterle buena mano; está hecha para un cuartel, perfecto.

—¿En serio? Mire que es la primera que vemos. Hay más río arriba.

—No las he visto, dudo mucho que encuentre algo mejor que esto. Ese patio interior, esos cuartos alrededor de él, fáciles de vigilar. Un diseño que ni pedido para nuestra tarea.

La muchacha llegó con un par de bifes que salían de los platos, en otro sirvieron la ensalada.

—Esta joven leyó el hambre en nuestros rostros, que abundancia de platillo, doctor.

—¡A sacrificarnos! Buen provecho señor.

Los platillos bien surtidos pasaron a la historia en poco más de quince minutos. Junto a otro par de heladas y deliciosas cervezas. La joven volvió por la loza, preguntando si deseaban algún postre.

—Un bocado más y necesito un doctor de verdad —rio Joao.

Estela llegó al edificio. Sentía que había fallado; el matrimonio con Eduardo era una pantalla legal para una operación muy importante, más el paso de los meses habían logrado que se hiciera varias preguntas.

—“Estoy consciente que es mi compañero de tareas, hemos pasado muchas cosas juntos, nos faltan muchas más. En la certeza que nada siente por mí, más que un atractivo físico de macho y hembra. No debí dejar que Alejandro avanzara. Siento que fallé, como agente pude haberlo utilizado para obtener información. Por Dios, que mal me siento.”

Después de ser revisado, el auto pasó la segunda puerta y estacionó. Al subir por la sala de vigilancia Alejandro la esperaba. Caminando a su lado hacia el elevador, la saludó con un beso en la mejilla, como siempre, adentro le pidió un favor.

—Tal vez te parezca extraño, me gustaría que Carmen no se enterara de lo que pasó.

—¿También te acuestas con ella?

—No, aunque lo ha intentado un par de veces. Podría pensar que su seguridad se resquebrajaría si sus asistentes de confianza cobran poder al unirse de alguna forma.

—Tienes miedo. Dime a qué, puede ser que te ayude o no.

—Pensá en lo que pasaría si Eduardo se entera.

Al abrirse la puerta metálica le hizo un guiño.

—Tenemos un trato, si alguien se “porta mal” le cuenta al otro. La vida es demasiado larga para mantenerse dentro de una jaula. No tengo miedo a que se entere, se lo diré.

Lo dejó parado ante la puerta; se encaminó adonde estaba desarrollando el proyecto para disfrazarlo de ayuda para la agricultura.

—En tres meses, tendré una fachada para enseñar a cualquiera que no sea un auténtico experto en nanomedicina. Incluso hemos progresado tanto con tus expertos, que no veo la forma de evitar que a través de esto también puedas tener patentes y poder. Cada vez hay más personas en el mundo y satisfacer su demanda alimenticia, será una aventura costosa.

—¿Quieres decirme que el disfraz puede convertirse en una nueva industria?

—Podemos mejorar los fertilizantes de una manera tal, que puedan ser mucho más eficientes. Tanto que puedan ser absorbidos por una planta en particular y no por todas. Podemos proteger un sembradío, dando defensas específicas contra plagas, sin necesidad de contaminar mantos acuíferos o

pluviales como ahora.

—No dejas de sorprenderme, hace un par de meses no tenías idea de lo que era un nano estudio.

—Sigo sin saber muy bien de que se trata, más los científicos que me diste son geniales. Las ideas son más. En tres meses podemos tener información para callar a cualquier preguntón.

—En un año más quizá podamos dejar de estar en este anonimato legaloide.

—¿No tienes miedo al cambio de gobierno?

—Sí, por cierto, ¿tienes alguna idea aparte de ofrecer esta carátula sobre nano agricultura? Porque hay que entender que se preguntarán porqué el gobierno anterior no lo usó como arma para ganar votos si es algo tan beneficioso.

—Lo podemos arreglar diciendo que no teníamos desarrollados nuestros productos como para lanzar campanas al vuelo. Además, no deja de ser cierto. Nuestro principal enemigo en un caso así, está nano amarrado, ¿recuerdas?

—Ojalá y no se enferme para darse cuenta de que está siendo brutalmente engañado.

—Sí se diera cuenta de ello deberíamos buscar un par de boletos a algún país africano sin lazos diplomáticos con Argentina.

Rieron. Carmen regresó a sus tareas. Estela siguió trabajando con los científicos. Alimentar a la población, más cuando las perspectivas de vida aumentarían considerablemente, era por lógica una prioridad. Al parecer a Carmen le había parecido igual, porque solicitaba a Carlos un refuerzo en los fondos, gracias al desarrollo de un segundo proyecto.

Carlos estaba satisfecho con el lugar visitado por el doctor Joao y Eduardo.

—¿Podemos hacer el trato de rentar?

—Sí, Eduardo. Tienen mi autorización

—Quiero ver la manera de hacer más eficiente el traslado de materiales para remodelar sin llamar la atención. Si llegan seis aviones con malla ciclónica, pintura, muebles, será imposible.

—¿Tienes alguna idea?

—Debemos usar dos o tres pequeños aeropuertos como Asís y el mismo Leguízamo, para después transportar el equipo por agua, donde es más fácil pasarlo oculto a la vista de curiosos. Si nos topamos con un avión militar en

alguna de esas incursiones podríamos tener que contestar preguntas incómodas.

—¿Cómo transportaremos las personas de Asís a Leguízamo?

Eduardo giró la taza de café.

—¿Dónde esconderías un elefante en ese puerto sin que nadie lo viera?

—¿Un elefante? El animal es más grande que el pueblo.

—Mientras organizamos la hacienda, pasarán tres meses. En octubre es la semana cultural de ese puerto, donde gente extraña y barcos con personas, no llamarán la atención.

—¿Esconder un elefante entre una manada de elefantes? —adivinó Carlos.

—Si se te ocurre algo mejor lo pondremos en práctica —Eduardo dio un trago a su café.

—Tenemos que empezar a trabajar.

—No me metas en lo de rentar, Joao está muy enterado y capacitado. De la logística para arreglar y del transporte si me encargo. Claro, si estás de acuerdo.

—Pide lo que necesites.

—Necesito una semana de vacaciones.

—¿Vacaciones?

—Tengo una esposa, ¿la recuerdas? En Puerto Leguízamo no hay internet ni teléfono celular. Quiero ir a verla, decirle que me voy a perder unos meses en la selva; tú sabes.

—Te espero aquí en una semana —dijo Carlos ante el desenfado del pedido.

—Gracias. Por cierto, no le avises a Carmen, quiero esperarla en el cuarto del hotel como regalo sorpresa.

—Cuidado, no vayas a salir sorprendido. Una mujer sola mucho tiempo puede aburrirse.

Fingió molestarse con el comentario, Carlos soltó la risa.

—No se preocupe amigo, es una broma.

Estela estaba empezando a ponerse nerviosa. Esa semana había comido con Carmen un par de veces. Le había preguntado por Eduardo.

—No tengo manera de comunicarme con él.

—Tiene un teléfono con número local, ¿por qué no le llamas?

—Los celulares son rastreables. Quedamos en que nadie hablaría, salvo fuera algo de vida o muerte. Esperaré otra semana.

—Las precauciones de ustedes son muy profesionales.

—Carmen, tu meta está en ayudar a una humanidad. La nuestra, que una pequeña humanidad no eche al traste tus proyectos.

—El nuevo proyecto llamó la atención de Alejandro. Nos damos cuenta de que deben ser paralelos, una población más vieja, exigirá mayor volumen de alimentos, el mundo no está preparado.

—Por algo pasan las cosas. Vinimos a conocer tu proyecto para ser parte de su financiamiento, terminamos siendo parte de la seguridad y desarrollo. No me lo hubiera imaginado.

—¿Estás a gusto trabajando aquí?

—Sí, por supuesto. Aunque sea un auténtico cero a la izquierda algún día podré decir: Señores ancianos de doscientos años, participé en su longevidad.

—Así será, sin ser para nada un cero a la izquierda.

—Gracias, no me gusta colgarme laureles que no sembré.

—¿No extrañas a tu esposo? —preguntó Carmen mordiendo un flan.

—Mejor cambia de tema, no me gusta llorar.

—Deja ver si puedo hablar con Carlos, he intentado comunicarme con él desde hace dos días, está fuera de área. Mañana lo intentaré de nuevo.

—Gracias, recuerda que dije. Una llamada puede comprometer una operación.

—¿Qué sugieres entonces?

—Esperemos otra semana.

—Tú mandas. ¿Alejandro no se ha acercado a ti?

Estela la miró a los ojos. Puso sus manos sobre la mesa y cruzó los dedos, mostrando la seguridad que la caracterizaba cuando estaba bajo presión.

—Todos hacen un intento alguna vez, depende de uno si siguen. Quiero a mi esposo, Carmen. Ahora lo sé.

—¿Ahora?

—Hace mucho que no nos separábamos tanto tiempo.

—Bien, de algo sirvió el viaje.

—Si todas las parejas se dieran un par de meses de vacaciones cada determinado número de años, les serviría para revivir fuegos apagados.

—Algunos prefieren revivir fuegos con diferente leña.

—Es el riesgo.

—La regla en un matrimonio es que no hay reglas.

El avión tocó tierra en el aeropuerto Internacional de Ezeiza. El golpe de las ruedas sobre la pista lo despertó. Había tenido muchos días de trabajo

arduo y pocas horas de sueño que se cobraron factura durante el viaje. Pasó control de Aduanas y Migración y se entretuvo en el área libre de impuestos, para no llegar con las manos vacías.

—“Si está con alguien en el hotel será bueno que me vean llegar con algo. Al paso que va la operación, en un par de meses seremos un par de solteros policías, yo en Interpol y ella en el FBI, esperando una nueva misión. Lo duro está por venir.”

Cruzó la sala, salió a la zona de taxis. Un hombre lo abordó, colocando su pequeña maleta en la parte de atrás. Hablaron de la economía, la política y el nuevo papa. Media hora después estacionaba frente al hotel. Preguntó si estaba su esposa, no llegaba aún. No tuvieron problema en darle la llave, después de encargarse que no dijera que había llegado subió al cuarto. Dejó la caja de perfume, con su larga rosa roja pintada, sobre la cama. Por un momento le asaltó la recomendación de Carlos.

—“Estúpido, ella puede hacer lo que quiera, que imbécil soy. Parezco de verdad un adolescente. Si llega con alguien deberé hacerle una escena claro, para cuidar la operación.”

Siguió esperando, sorprendiéndose de cómo había pasado de una alegría por volver a verla, a un estado de tensión y mal humor por las perspectivas. A las nueve cuarenta, el ruido de la puerta del elevador lo alertó por cuarta vez. Oyó el silbido de la llave electrónica. Se metió al baño. La vio entrar, tirar la bolsa sobre la mesa, quitarse los zapatos y tirarse de espaldas en la cama. Entonces sintió algo duro y dando media vuelta tomó la caja. Sobresaltada, encendió la luz, buscó en el cuarto hasta ver la maleta de Eduardo debajo de la mesa.

—¡Eduardo! —gritó y se dirigió a la puerta de la habitación.

—¿Adónde va, compañera?

Después de tanta tensión y pensamientos oscuros, se sorprendió sintiéndola colgada del cuello, llorando. La dejó un momento, hasta que los músculos empezaron a resentir el peso.

—Me gusta mi cuello donde está, ¿serías tan amable de dejarlo así?

Se escurrió por su pecho con los pies desnudos sobre la alfombra. En silencio, ella llorando, él disfrutando.

—¿Por qué no me dijiste que venías?

—¿Interrumpí algo?

—Por supuesto, tonto.

—¿Qué interrumpí, doctora?

—Mi preocupación por no saber de ti.

—¿Me extrañaste?

—¿Extrañarte? No, aunque es difícil un compañero que no se reporta en dos semanas.

Eduardo le secó las lágrimas con su dedo índice, después la besó en la boca y le quitó el perfume de las manos.

—¿Nos damos una ducha?

—Sí, quiero estrenar el perfume.

La ducha fue el preámbulo de una larga sesión de rencuentro. Abrazados y desnudos, charlaban.

—¿Cómo te fue con Carlos?

—Bien, allá todo marcha bien. ¿Por aquí?

—Han dado un positivo giro.

Eduardo le dio un beso travieso en un pezón, que la hizo estremecerse.

—Vamos a bañarnos y a cenar, el ejercicio me dio hambre.

—¿Ejercicio? ¿Qué no era el calentamiento?

Entraron a la ducha. Bajaron al restaurante a las once de la noche. Pidieron un “chivito” acompañado por un refresco.

—¿A qué te referiste con avance en positivo?

—Me puse a trabajar en dar un matiz agropecuario con dos científicos que me facilitó Carmen. Se fueron dando algunos detalles, de pronto teníamos fórmulas para cuidar granos y plantas que alimentarán al ser humano. Cuando se enteraron, hicieron que se dedicara más tiempo y dinero; si iban a ayudar a la gente a vivir doscientos años, no sería posible sin aumentar la producción de alimentos, así que de tener un proyecto secreto y otra pantalla, ahora tenemos dos paralelos, simbióticos. Carmen ha pedido aumento de presupuesto.

—Así es.

—¡Por Dios, no!

—Ya sabes cómo funciona, ahora que vine contigo Érica no estaba. Preparaban un viaje.

—¿Cuándo terminaremos con esto, Eduardo?

El mesero con la orden había llegado.

—Hasta el hambre se me quitó.

—¿Has tenido noticias de un enlace de la oficina?

—No. ¿Enviamos un correo a Summers?

—Es un riesgo, las pinzas se están cerrando, no podremos solos.

—De acuerdo, mañana lo haremos.

—¿Tienes manera de comunicarte con Carmen desde aquí?

—Sí, tengo un número al que le puedo llamar en caso de emergencia.

—Bien, en la mañana temprano dile que anoche llegué, pídele la mañana. Entenderá.

—Lo arreglaré. ¿Allá que ha sucedido?

—Joao encontró una nueva hacienda para cambiar el lugar de los donantes, en un puerto llamado Leguízamo. Lejos de todo, cerca de las fronteras de Ecuador y Perú, a más de ocho horas en lancha rápida desde puerto Asís. Pero con un aeropuerto, así que aparte de ser del tamaño ideal y estar bien escondida, ofrece salidas rápidas por aire o río.

—¿Fuiste al lugar?

—Con Joao. Aparte de los mosquitos es un lugar agradable. Unos cincuenta mil habitantes, una selva exuberante, un río hermoso que lleva un caudal de mil demonios.

—¿Tienes alguna idea?

—Sí. Tengo varias semanas para planearlo, por eso necesitamos un contacto, para que lleve información a la agencia y traiga instrucciones frescas, no podemos comunicarnos con ellos, sin peligro a ser detectados.

—Sería mejor si no estuviésemos aquí. Somos vulnerables, al menos estando separados podemos salvar la operación.

—Me matarán antes que sacarme información.

—Eso es más fácil de decir que de hacer.

—¿Entonces?

—No hay peligro hasta uno o dos meses antes de las elecciones y falta mucho para ello. Necesitamos una unidad de rescate.

—¿Un comando acaso?

—Eso no lo decidimos nosotros, los colombianos tienen el personal y equipo necesario. Poco le ayudaría a su presidente una incursión de comandos americanos.

—¿Cómo saber que no habrá filtraciones?

—No lo sabremos. Si señalamos el blanco y el lugar habremos terminado.

—¿Qué sucederá con Carmen y Alejandro?

—No lo sé, ni siquiera sé que tanto sabe Alejandro de las operaciones de Carlos.

—Puedo averiguarlo.

—Con cuidado. No llegan a esos niveles por ser imbéciles.

—¿Qué cambiaría si él estuviera involucrado en la operación de tráfico?

—Me gustaría que fueran atrapados en grupos. El encargado del tráfico en Colombia, el de Carmen en su edificio, sin dañar instalaciones. Incluso el gobierno americano podría negociar la rendición de este equipo a cambio de la tecnología.

—El gobierno de aquí no comulga con ellos.

—Si el gobierno ofrece quitarle la tecnología que le metiste en la sangre al junior, todo puede suceder.

—Has tenido tiempo para pensar parece.

—Tú también, debemos terminar esto, me estoy acostumbrando a ti.

—No lo permitas, terminada la misión, cada araña a su cueva.

Carmen andaba de buenas, le había dado el día entero.

—Gracias Carmen, lo repondré cuando vuelva a trabajar.

Cortó la llamada y volvió a la cama. Eduardo la miraba con las manos debajo de la nuca y tapado hasta la cintura con las sábanas. Ella se hincó en la cama, le dio un beso en los labios, después otro en el mentón y bajó al pecho, donde mordisqueó las tetillas, siguió sin detenerse hasta llegar a las sábanas que empujó hasta las rodillas. Eduardo cerró los ojos, era una buena forma de empezar el día.

A las diez y media de la mañana subieron a un autobús de doble piso, que se dedicaba a pasear turistas por la ciudad. No sabían si alguien los seguía, de parte de Carlos, de Carmen o del junior gobernante. Bajaron en el Jardín Japonés, disfrutaron de las copias de jardines del lejano Oriente. Salieron a la calle y tomaron un taxi, para bajarse pocas cuadras más adelante, donde volvieron a tomar otro bus con el mismo boleto. Estaban seguros de no ser seguidos así que bajaron en el barrio más exclusivo, Recoleta. Entraron a un restaurante para comer y Eduardo pasó al baño, había teléfonos; volvió con Estela; le dijo que fuera y usara un teléfono para hablar con Summers. Regresó sonriendo.

—Está aquí.

—¿Aquí en Buenos Aires?

—Llegó hace cuatro días.

—¿Por qué no te buscó?

—Lo siento, no se puede hablar tanto. A las cinco de la tarde en la tumba de Eva Perón.

—¿Dónde está eso?

—Aquí, en el cementerio de la Recoleta.

—Faltan seis horas. Comamos despacio, es bueno para la digestión.

A las tres, no encontraban como estirar la comida, así que pagaron y salieron a caminar. A las cuatro se encaminaron al cementerio. Estuvieron sentados en la plaza antes de entrar, viendo hacia las puertas metálicas. Exactamente cinco minutos antes de la hora, entraron, preguntaron a un vigilante; les indicó el lugar donde la tumba más visitada era un atractivo turístico. Todas las tumbas eran edificios en miniatura. Más que respeto a los seres queridos, querían mantener la distancia entre su más cercano competidor en lo referente a arquitectura.

—¡Qué lujo morir así!

—Descansar así querrás decir. Porque murieron en la cama de un hospital muy caro o en un accidente en un lujoso deportivo. Sin embargo, ahí abajo, te aseguro que se pudren y pulverizan igual a todos.

—¡Que romántico!

Había tres personas en la tumba, dos se tomaban fotos una a la otra en diferentes poses. La otra era una mujer mayor con un pañuelo rodeando su cabeza, un abrigo largo gris y lentes oscuros grandes que tapaban su rostro por entero. La pareja de las fotos se fue, se acercaron. Estela la miró y le sonrió. Luego le habló a Eduardo.

—¡Qué bonita la tumba de Evita!

—Casi tanto como la dueña —rezongó la señora por lo bajo.

—¿Usted es?

—Agente especial Susy Méndez. FBI.

Eduardo abrazó a Estela y simuló empujarla. La señora puso las manos para no ser atropellada por la juguetona pareja. Luego se fue caminando despacio.

—Volvamos al hotel.

“Abajo hay un número seguro, llamen de un público. A partir de las siete de la noche”. Faltaba una hora. Destruyeron el papel después de memorizar el número. Salieron a la avenida 9 de Julio. En un restaurante Eduardo habló por teléfono. Poco más de diez minutos. Volvió con Estela, sentada frente a dos cafés que se enfriaban.

—¿Listo?

—Espero sea tan buena como parece.

—Lo será, hasta a mí me engañó el disfraz.

—Brindemos por un pronto y feliz final.

—Me preocupa que sea pronto.

—Qué así sea.

—¿Qué nueva travesura anda preparando Carlos y su doctora estrella?

—En lo que a mí refiere, solo mejorar su seguridad —abrazó a Carmen.

—Bien. Parece muy listo, confía demasiado en sus contactos, tal como nosotros confiábamos aquí. Espero no sea tarde para que podamos terminar estos proyectos.

—¿Será rápido?

—Oh, en éste ambiente algo rápido suelen ser años, corto plazo, bueno, estaría bien unos tres. Es el tiempo que me he dado para tener resultados tangibles y aplicables a la primera etapa de investigación en seres humanos.

Ante la mirada de ambos clavadas en ella, rectificó.

—Legalmente.

Al bajarse del elevador, Alejandro venía caminando rumbo al mismo, era evidente que no sabía de la llegada de Eduardo; su rostro tomó un color carmesí intenso al verlo. Le pareció que la mano del hombre apretaba con mayor intensidad.

—Alejandro, me ha contado Estela de tus avances, felicidades.

Pareció más desconcertado que antes.

—Gracias, con permiso, voy por unas muestras y regreso.

Carmen miró de reojo a Estela, los invitó a pasar al laboratorio. Se pusieron batas, tapabocas y en pocas palabras, Estela y Carmen lo iluminaron sobre el futuro de la nano ciencia en las aplicaciones en cultivos de granos, frutas y otras formas de alimentación. Salieron del lugar cuando Alejandro regresaba con una pequeña caja.

—¿Podemos comer juntos? —invitó Carmen.

—Claro, ¿aquí mismo?

—Sí, Alejandro, amenaza lluvia.

Faltaba una hora y media. El hombre asintió y prosiguió su marcha. Bajaron a la sala de juntas; para no perder la costumbre, fueron recibidos con café y galletas.

—¿Me parece o noté a Alejandro un poco nervioso? —preguntó Carmen.

—Tal vez le sorprendió mi llegada sorpresa —dijo Eduardo, mientras Estela tomaba café.

—Puede ser. Es muy tranquilo y relajado. Aunque ha traído mucha presión estos días, gracias a los descubrimientos e ideas de tu esposa.

—Me alegro que puedas desarrollar tus habilidades, cariño.

—No es para tanto, Carmen exagera.

La doctora parecía no sentirse a gusto en el ambiente, después del encuentro con Alejandro. Cuando se perdió tras la puerta, Carmen se acercó a Estela.

—¿Te acostaste con Alejandro?

—No. Cuando lo intentó le dije que el primero en enterarse sería Eduardo si regresaba.

Cuando regresó del baño, Eduardo las vio sonriendo relajadas. La charla se centró en los fondos para el nuevo proyecto.

—Mi ex no parecía contento cuando le pedí más fondos esta semana. ¿Sabes si tiene algún problema en especial?

—No, los días que pasamos juntos fue revisando contactos. Quedamos de revisar el sistema de recepción en los hospitales, pero pedí una semana para ver a mi esposa, Carmen.

—Está bien. Si sobrevivimos estos años trabajando a pecho descubierto, no creo que nada malo suceda en el siguiente mes. ¿Como ves la relación con Érica?

—Es algo personal, doctora, no me meto en esos asuntos.

—Está bien ser discreto.

—Lo siento. Para mí es un trabajo, es el jefe, no puedo cambiar eso.

—De acuerdo. En el fondo me gusta saber cómo está a veces.

—¿Debo pensar que lo extrañas?

—Pocas veces este trabajo me deja espacio para mí. Cuando lo hago, siento cierta nostalgia. Nos llevábamos bien hasta que apareció la lagartija.

—¿Por qué no lo perdonaste?

—En realidad, no lo perdoné ni lo acusé. Solo se separó después del incidente y se fue con ella. Siguió enviando dinero regularmente, me concentré en el proyecto. No hubo una pelea, reclamaciones o algún circo de esos. Solo... se fue.

Varios minutos de silencio siguieron. Alguien tocó la puerta. La destrabó desde la silla y entró Alejandro. Faltaban cinco minutos para la una. Pocos minutos después la joven apareció para llevarse las tazas y las galletas sobrantes. La doctora le dio la orden de servir.

—Sin consultarles, les aviso que comeremos pescado. Si no les gusta, pueden decirme y con gusto, regresamos el café y las galletas.

—No muerdo, ingeniero, puede sentarse más cerca —reclamó a Alejandro que se había sentado silla por medio.

Avergonzado se cambió de silla. Alejandro se había ido relajando al ver que Eduardo lo trataba igual que siempre, supuso que lo de Estela había sido una amenaza sin fundamento para mantenerlo alejado. Después de las ocho, tras pasar la tarde en el laboratorio, arribaron al hotel. En el elevador, Eduardo preguntó:

—¿Se te ha pasado decirme algo?

Ella no contestó, tomó sus dos manos y parándose en puntas de pie, le dio un beso corto. En el cuarto, se sentó en la cama.

—¡Lo siento tanto!

—No tienes que darme explicaciones. Solo es bueno saber para evitar complicaciones.

—No hablabas, habían pasado muchos días, estaba deprimida.

—Somos compañeros, no perdamos de vista eso.

Dicho esto, pasó al baño, la oyó llorar por lo bajo. Bajaron a cenar, una cena silenciosa, molesta. Al subir Eduardo se sentó frente a la computadora. Sonrió.

—Bien. Al parecer Minsk ya se enteró del plan.

—¿Qué plan, el que le dijiste a Méndez?

—Así es.

—¿Ya no confiarás en mí?

—Confío en ti como antes. Tu vida privada es eso, privada.

Le pareció oír un ruido, durmió nuevamente. Después de un rato, que supuso se había vuelto a dormir, extrañó no sentir los ronquidos. Aguzó el oído, no captó nada, ni en el baño. La cama estaba vacía y fría.

—¡Oh Dios, se fue sin despedirse!

Se metió al baño, todos los artículos de higiene personal estaban ahí. Salió, completamente despierta y vio la maleta bajo la mesa. Se sentó en la cama. La puerta del elevador se abrió, eran las seis y media. Todo estaba oscuro aún, la ciudad no emitía sonidos. Oyó la cerradura electrónica y se acostó. Él se sentó a la mesa después de quitarse la chaqueta; sacó algo de un bolsillo que leyó durante un par de minutos.

—¿Ya te levantaste?

—No.

—No te oí. Apenas estoy despertando.

—¿La puerta del baño se abrió sola?

—Pensé te habías ido sin despedirme —Dejó caer su cabeza con fuerza en la almohada.

—¿Te hubiera molestado acaso?

—Me hubiera decepcionado.

Se dio vuelta en el sillón y le sacudió una hoja de papel en el rostro.

—En una semana tendremos novedades.

—¿Viste a la agente?

—Hace media hora. Nos cruzamos en la fila de una parada de autobuses.

—¿Qué dice?

—Mensaje recibido, de acuerdo con la planeación. Esperan confirme día y lugar.

—¿Nada más?

—Me siento como náufrago al que le acaban de tirar un salvavidas y dices, ¿nada más?

—¿Andas de malas?

—No. Vístete, vamos a desayunar. Tal vez deba irme antes de lo planeado.

—Eduardo, yo no quise...

—Olvídalo. Esto es una profesión, hablo de una misión que cumplir.

—Me doy un baño y bajamos.

Apenas tenía allí tres días, faltaban tres para irse. No sabía si adelantar el viaje, cosa que haría sospechar a Carlos, o quedarse con ella, la situación se había vuelto algo incómoda.

—“¿Qué mierda me pasa? No tiene que darme explicaciones ni sentirse mal. Esto es una operación donde todo se vale para conseguir información. Parezco celoso y parece sentirse mal, ¿sentirá miedo en su soledad? Seguro eso es, tanto como el que yo tengo cuando ando con la pandilla. Soy un tonto, reaccioné como un adolescente que pescó a su novia enviando un correo a un ex novio.”

Estela salió con una toalla en la cabeza, en ropa interior. Se sentó en la silla de la mesa frente al espejo. Él se acercó por detrás, le mordió la nuca, cerró sus ojos. La toalla se deslizó al piso. Hicieron el amor despacio, descargando espíritus.

—Gracias.

—Me voy el próximo domingo y nadie ni nada nos garantiza sobrevivir a la etapa que sigue, fui un tonto. Lo siento.

—Yo también. No es tan sencillo a veces.

—Lo sé. Eres la mejor compañera que me ha tocado, me puse un poco celoso.

—Tonto.

Los siguientes días fueron un matrimonio modelo. Alejandro se había relajado, confiando en que Eduardo no sabía nada. Carmen se reía creyendo saber la verdad sobre los miedos de Alejandro, Eduardo y Estela seguían su misión. El sábado previo a la partida, Méndez los citó en una cafetería en Puerto Madero. Estaban sentados, la vieron pasar y meterse al baño de damas. Dos minutos después, Estela la seguía. Regresó primero. Sonrió a Eduardo y cinco minutos más tarde la señora pasaba a su lado.

—¿A qué horas sales?

—Tengo que estar a las nueve en Ezeiza.

—Pondré el despertador a las seis.

—Tranquila, es domingo. Podemos dormir un par de horas más.

—Prefiero despedirte hasta que me quites las ganas de mirar a nadie más.

La tomó de la mano, siguieron caminando, charlando de temas sin importancia durante más de dos horas. Con la noche dueña de la ciudad regresaron al hotel.

—No quiero asustarte, si abres los ojos no te pasará nada. Ante cualquier sospecha, me envías un mensaje. Lo revisaré cada vez que pueda.

—Lo haré, no te preocupes. Estoy tan entrenada como tú, no lo olvides.

—Lo sé.

Cenaron una ensalada y se acostaron. La caminata los había relajado, el despertador los sorprendió a las seis y cinco minutos.

—Oh, lo hiciste, mujer.

—Lo prometido es deuda —dijo ella y se levantó al baño de donde regresó perfumada.

Disfrutaron cada centímetro de piel, ella logró la cumbre en al menos cuatro ocasiones. Eduardo sabía detenerse, controlarse, volver a empezar. Cuando terminaron, no tenían fuerzas ni para hablar.

Willie lo esperaba en el aeropuerto. Gracias a que era domingo, en poco rato estaban en la puerta de la casa. Se despidió y vio al taxi perderse en la calle desierta. Cuando giró la puerta ya estaba abierta, Érica lo esperaba sonriendo.

—Bienvenido, señor Márquez. ¿Cómo le fue en Buenos Aires?

—Bien, doctora, gracias —a Eduardo le hacía gracia el hablar de los colombianos, que mezclaban el tuteo con el formal “usted”.

—Mi estimado doctor, ¿cómo ha estado? —se alegró al ver llegar a Joao.

—¿Encontró lo que tenía que estar para usted?

—Tal como debe ser, mi doctor.

Érica se retiró hacia la cocina.

—Carlos anda en la ciudad haciendo ajustes para la hacienda. Ya está arreglado, solo faltan algunos detalles como instalar luz y agua, al parecer hay equipo que no vimos por allí.

—Eso es fantástico, si está en buen estado puede ahorrarnos unos cuantos miles de dólares.

—Exacto. Aquí hay una persona que la conoce bien y le va a dar instrucciones de uso.

—¿Por qué no fue?

—El doctor Salazar y James andan con él. Aparte el pescado de mediodía lo acompañamos con un blanco que me hizo perder el conocimiento.

—¿Fue el blanco o la cantidad?

—La combinación. Permítame darme un rápido duchazo, estoy sudado y vuelvo con ustedes, a que nos cuente de los proyectos en el sur.

Como por encanto apareció Érica, lo tomó de un brazo para arrastrarlo hasta la cocina. Sin decir nada, desprendió el cinturón, la bragueta y se adueñó del enorme sexo de Eduardo, que no opuso resistencia. La mujer usó las manos y su boca hasta lograr una erección total. Pasaba su lengua de un extremo al otro y después de llenarla de saliva se dejaba caer sobre ella, hasta casi ahogarse. Cuando lo sintió descontrolarse, lejos de abandonarlo, usó las manos en los testículos y apretó más sus labios hasta que sintió el chorro caliente en la garganta. Lo miró sonriendo, lo limpió con una servilleta, más no pudo guardar el equipo. La vio tomar un vaso y enjuagarse la boca. Enseguida preparó dos bebidas tropicales, y salieron a sentarse en la mesa junto a la alberca. Allí los alcanzó el doctor Joao cinco minutos después.

—Ya está atardeciendo, es la hora que afuera se pone rico. ¿Qué toman?

—Piña colada —sonrió la doctora —¿Le preparo una?

—Gracias, Érica. Lamento molestarla.

Con un pequeño gesto de asentimiento, la mujer entró a la casa.

—¿A ésta que bicho le picó? Ha andado de un humor de perros.

Eduardo se encogió de hombros, dando un trago a su piña colada. Érica regresó en poco rato con otra para el doctor y se sentaron a charlar.

—¿Qué tiene de nuevo aquella gente, Eduardo?

—Doctor, lo único que le puedo decir es una cosa. El tiempo de los avances en ese tipo de cosas es muy lento. Hablan de años, como nosotros hablamos de minutos.

—Lo sé —rio el doctor— las tecnologías nuevas son de lento desarrollo.

—Lo único que pude oír y muy por encima porque no entiendo mucho el idioma científico, es que Estela ha logrado crear o está creando, una pantalla agropecuaria. Si alguien revisa el laboratorio, que las sospechas se vayan por ese lado y no por el lado de la medicina.

—¿Cómo encontró a su esposa? —preguntó Érica, sonriendo por encima de la copa.

—Hermosa como siempre, aunque Carlos me recomendó que le avisara que iba a verla, le caí de sorpresa. Estaba muy emocionada.

—Me imagino. ¿Cuándo volverá a verla?

—No lo sé, ahora me voy a concentrar para el desarrollo de la seguridad de la nueva hacienda y el traslado de donantes.

—¿Ya le dijo a Carlos de sus planes?

—No. Lo haré cuando vuelva.

—¿Puede adelantarnos algo a mí y al doctor?

—No. Cuando hable con él oirán todo.

Carlos estaba contento.

—La hacienda está a nuestra disposición. Eduardo, vas a tener que ir nuevamente, quiero las coordenadas, recuerden que allá celulares e internet son un sueño. Si hay que llegar o salir de noche, confiaremos en los GPS. Joao y Salazar, vayan planeando el traslado, en grupos pequeños, piensen y planteen.

—Ahora es bueno que no repongan donantes, después de estar instalados los reponemos, los nuevos suelen ser los más problemáticos en los cambios —dijo Eduardo.

—De acuerdo, ¿cuántos tenemos ahora, doctor Salazar?

—Trescientos y algunos, todos en puerto Solís.

—Si esto se prepara para que la hacienda esté lista en tres meses, que es octubre, tendremos unos doscientos cincuenta.

Eduardo hizo un esfuerzo por permanecer inalterable, hablaban de una persona menos cada tres días. La suma de dinero era astronómica, después de las “comisiones” y “protecciones”.

—Entonces prepararemos la hacienda para recibir doscientos cincuenta. Número cerrado, me gusta. Si ellos se van a encargar de la logística...

—No, Eduardo, los doctores se encargarán de sedarlos para el viaje, de la logística se encarga usted. Es el especialista.

—Vamos entonces al lugar. A marcarlo en los localizadores satelitales,

hacer un listado minucioso, para no detener obras por falta de clavos, como suele suceder.

Carlos estaba eufórico, sentía que el cambio lo borraría de un golpe del mapa de cualquier autoridad que lo anduviese rastreando.

—Sabes el camino, ¿a quién quieres llevar para que te ayude?

—Quiero quedarme un par de días, lo que implica una noche en la selva. Prefiero un voluntario.

Ni James, ni los doctores y mucho menos Érica se movieron. Carlos soltó la risa.

—¿Tanto miedo a los mosquitos? Salazar, irás con él, Joao ya fue. A James lo necesito aquí y Érica tiene mucho trabajo.

—No sé porque, lo olí desde un principio —dijo afable el doctor Salazar.

—Mañana vuelan en el Lear. James, haz los arreglos. ¿Qué llevarán?

Eduardo tomó una libreta.

—A ver, mi doc, si algo se me olvida, auxílieme. Una mochila, dos galones de agua; cerillos, comida enlatada para tres ocasiones, algo de fruta. Una linterna, un cuchillo o una navaja multiusos, unos metros de tela de tul para las nubes de mosquitos. Repelente, una cámara de fotos ayudaría mucho para decidir acá detalles de la seguridad. Hay que hacer una gran poda de árboles para que no estorben a la malla. Supongo pondremos doble malla, enterrada un metro y concertina arriba, con perros entre ambas.

—Tú ve, analiza y hagan una propuesta.

—Me gusta. ¿Listo, doctor?

—No, lo estaré para mañana, ¿a qué hora salimos?

—Si volamos directo a puerto Leguízamo, como espero para ahorrarme la maltratada de nalgas en ocho horas de lancha, a las diez de la mañana está bien.

—James, que esté el Lear a las nueve en pista para las autorizaciones.

—De acuerdo.

Érica no decía nada, Eduardo casi la veía saboreando un par de días en la selva con él.

—Joao, preséntame un plan de transporte, Érica te puede ayudar.

—Vuelo mañana a Dallas. Hoy prepararé todo, si me esperas al regreso te ayudo.

—Empezaré solo, después me ayudas.

Eduardo anotaba. Tenía escondido el celular en la parte de abajo de la cama. No había podido ver si Estela había tenido algún problema. La charla

continuó casi una hora, hasta que Carlos invitó a todos a prepararse para la cena. Fue al cuarto, cerró con llave y revisó el aparato. Nada —“Todo sigue sin novedad por allá”.

Lo extrañaba desde que había partido, estaba muy nerviosa.

—“Maldición, me estoy volviendo paranoica.”

Eran las ocho de la noche, se había detenido en una farmacia a comprar medicinas para una incipiente gripe. No quería cenar, prefirió comprar un refresco y panecillos dulces. Se puso el pijama, encendió la televisión, más por tener voces de compañía que por interés en programa alguno. Tocaron. Alejandro. Por un momento pensó en cerrarle la puerta, prefirió no hacerlo, tenía la excusa perfecta para no dejarlo pasarse de la raya; recordaba el encargo de Eduardo, de investigar si él estaba relacionando o enterado del verdadero volumen de órganos que Carlos y Érica traficaban.

—Pasa —dijo, poniendo cara de pocos amigos, cerrando la puerta detrás de él.

—¿Qué tenés? Te noto rara.

—Voy volando a una gripe, maldita sea —exclamó sonando la nariz.

—Lo siento... por partida doble.

—¿Doble?

—Lo siento porque te sentís mal. Y porque mientras tengas ese virus, no podés acercarte al laboratorio.

—¡Oh, diablos! No pensé en ello. Acabo de comprar algo de medicina.

—Muy bien, eso sirve para calmar los síntomas no para combatir el virus, así que pensá en unos cuatro a cinco días de aburrimiento.

Estaba realmente fastidiada, él tenía razón. Se sentó en la cama.

—¿Algo que necesités?

—No gracias. Encendí la tele para no sentirme sola, estaré bien.

—Le avisaré a Carmen, si hay alguna consulta importante que te llame.

—De acuerdo, no creas que estaré aquí tirada, muero de aburrimiento.

—Al menos preguntá en la recepción si tenés algún mensaje.

—Gracias. ¿Cómo ves el proyecto de agricultura? No me mientas, estoy ilusionada con eso.

Alejandro alejó la silla de la mesa, sentándose a horcajadas en ella, viéndola.

—Nos has hecho sentir como unos estúpidos. Debimos haber desarrollado un proyecto, observando las consecuencias posteriores, sociales, políticas, religiosas. El no haber previsto la demanda extra de algo tan básico

como alimentos, nos dejó anonadados. Al parecer nos concentramos tanto en la nano medicina, que nos olvidamos de todo lo que orbita alrededor.

—No fue la intención. ¿Eso fue lo que produjo la escasez de divisas?

—En parte sí. Carlos, y sobre todo Érica, hablan de problemas para reunir cantidades fuertes. Me gustaría saber cómo manejan eso, porque con un trasplante por semana que lograran sería suficiente, más adelante podremos quizás auto financiarnos.

—¿Sabes cuánto dinero envía Carlos a Carmen?

—Ni idea, pido y aparece. A precio de mercado, deben reunir fácilmente unos dos millones de dólares al mes.

Estela clavó los ojos verdes en el hombre, parecía sincero.

—¿De dónde sacan tantos órganos? Nosotros éramos los enlaces con los doctores.

—Según Érica, tienen un arreglo con forenses de todo el país y algunas fuerzas armadas, para que cuando capturan narcos o guerrilleros se los entreguen. A pesar de ser gente mala esas muertes pesan. Prefiero no saber, no preguntar. Me pone de malas el tema.

—¿Cómo manejan el dinero?

—Lo envían a Uruguay, en Argentina está prohibido manejar dólares, en esas cantidades, llamaría la atención enseguida.

—Vivan los paraísos fiscales.

—La cuna de toda la porquería de los ladrones de cuello blanco y narcotraficantes.

Tras un par de minutos en silencio, se puso de pie y se acercó a la puerta.

—Estela mejorate, entendé que no me despido porque los dos no podemos enfermarnos a la vez. Cuidate, cualquier cosa me llamás enseguida.

Ella levantó la mano, lo saludó al salir. Nada más cerró, encendió el ordenador. Mientras se activaba pasó al baño, la fiebre estaba en camino. Envió un mensaje corto y claro.

—“El hermano incómodo es ignorante”

Antes de partir miró el teléfono. Vio el mensaje de Estela. Willie los esperaba. El doctor Salazar no tenía cara de felicidad. Poco después de la una de la tarde, el Lear aterrizaba en Leguísimo. Bajaron sin problemas y entraron a una tienda a comprar agua y fruta. Buscaron a Uvalde en un pequeño negocio cerca del muelle. Sin mediar más que el saludo de cortesía, partieron de inmediato a la vieja hacienda. Uvalde los consultó si algo les faltaba y después se puso de acuerdo para recogerlos al día siguiente.

—Aquí espérenme a las dos. Estarán a tiempo a las cuatro en el aeropuerto.

—La selva acaba con todo —pensó el doctor Salazar en voz alta, mientras dejaba un mosquito estampado en su mejilla.

—Así es, devora todo, hasta la gente.

—Sin dudas. ¿Qué hacemos ahora? Lo siento, Eduardo, estás en tu ambiente, yo soy más urbano —se lamentó Salazar mientras la vieja camioneta regresaba por la senda selvática.

Entraron a un cuarto que parecía limpio, dejando las mochilas sobre una vieja mesa de cemento.

—Aquí dormiremos. Preparemos el campamento para que durante la noche no se nos anden perdiendo cosas. Ponga la fruta aquí arriba, no deje la puerta abierta, está en malas condiciones pero detiene a los monos. Pongamos de una vez los tules con unas varas para detener los mosquitos o amaneceremos secos.

—Sí, parecen aviones caza estos cabrones, no siento cuando me pican sino en cuanto se paran. ¡Pesán los desgraciados!

Rieron. En media hora tenían el campamento formado, con una buena dotación de hojas de banano habían hecho colchones frescos y mullidos, el doctor aparte de poca experiencia en la selva tenía una pésima condición física.

—¿Puedo descansar un rato? Lo siento, tengo más años y menos músculos.

—Adelante —sonrió Eduardo sacando la cámara. Encontró un pozo de donde se podía sacar agua con una bomba eléctrica sumergible y tiró una piedra al mismo, calculando su profundidad en unos diez metros.

—“Quién sabe que tanto bicho estará muerto ahí adentro, al menos será buena para bañarse y hacer el aseo” —pensaba mientras recorría el lugar.

Una hora y media después llegaba al cuarto donde el doctor Salazar roncaba. Le tomó un par de fotografías. Caminó entonces hasta la puerta de entrada, siguió por unos metros la cerca hacia la selva; no pudo continuar mucho rato, sin un machete era imposible. Al regresar vio a su compañero sentado en un tronco comiendo un plátano.

—¿Descansó?

—Sí, gracias. ¿Cómo ves este desorden?

—No está tan mal. Saqué fotografías, le di una vuelta a la puerta de entrada y encontré un pozo de agua. En cuanto tengamos aquí un sistema de

electricidad por medio de energía solar, podemos empezar a trabajar.

—¿Si ya terminó por qué nos quedamos aquí esta noche?

Percibiendo un poco de miedo y viendo caer la tarde entre los árboles, Eduardo le dio una palmada en la espalda; se sentó a su lado dando unos tragos a un galón de agua.

—No hay forma de llamar a Uvalde. Falta lo más importante, tomar las medidas perimetrales para traer la malla. Eso se hace entre dos, nos llevará unas dos o tres horas.

—Diablos. Los otros en casa con aire acondicionado.

—No se enoje, doctor, cuando quede terminado esto, será un castillo.

—Un castillo de sangre.

Lo miró, pensó bien su pregunta, el doctor estaba cansado, algo le pesaba en su interior.

—¿Pesán los muertos?

—¡No tienes idea! Mis noches se han convertido en verdaderos infiernos. No entiendo porque no se detienen, tienen más dinero del que pueden gastar viviendo diez vidas.

Eduardo solo presionó un poco más el hombro.

—Sí con mi trabajo secundario, he juntado casi una docena de millones de dólares, ¿cuánto pueden tener ellos? ¿Doscientos, trescientos?

—¿Se imagina si los agarran a todos? Nunca más salen de la cárcel.

—Por eso les digo, es hora de parar. El proyecto de Carmen y Alejandro está casi listo. De eso saldrá para que sus descendientes jamás trabajen si saben administrar su fortuna.

—¿Quién es el verdadero jefe de la organización?

—Carlos es la cara al frente, al menos de la sección de tráfico. Érica es el cerebro. Maneja a su antojo al hombre, lo entiendo, un culo de esos ha de enloquecer un pueblo.

Eduardo soltó la risa, sin poder quitarse de la mente, el último recibimiento.

—Usted no la quiere.

—No la quiero, Joao tampoco, James la soporta. Carlos la necesita. Vaya grupo.

—¿Por qué no la donan y listo?

—Es muy buena en su trabajo.

—¿No hay doctores como ella en otra parte?

—Doctores hay miles iguales de capaces, el problema es plantearles el

tipo de tarea. Es un gremio donde la ética aún prevalece un poco, salvo excepciones donde algún error los ha sacado de la legalidad.

—Como a mi esposa.

—No quise decir eso.

—Pero lo dijo, aparte es verdad.

Junto a la noche llegó un silencio opresivo. Eduardo inició un fuego, después de batallar un buen rato con la humedad de las ramas. El humo tuvo la virtud de espantar a los mosquitos, aunque a la media hora olían a cuanta hierba caía en el fuego. Los ruidos de la selva se acentuaron, el doctor empezó a sudar.

—¿Qué será eso, señor Márquez?

—Quién sabe, en el suelo seguro algún tipo de armadillo, en los árboles hay monos araña y tamarindos león dorado.

—¿Esos ruidos los hacen ellos?

—Algunos sí. Otros pueden ser jaguares cazando.

—¿Jaguares? ¿Esos atacan al hombre?

—Ha habido casos. Con fuego no se acercarán, no se apure.

—¿Usted no siente temor en la selva? —Lo vio tirar ramas a las llamas, que se avivaron.

—No, estoy con usted. Los animales ruidosos no me preocupan. Los que me dan miedo son los silenciosos. Los mosquitos pueden meternos alguna fiebre. Peligroso aquí por su tamaño, fuerza y silenciosas, son las anacondas.

—Me voy adentro, usted disculpe.

Eduardo aguantó unos momentos, después su risa estalló en la noche, acompañado por una serie de coros de monos que los espían desde la espesura. Cenó una lata de atún, acompañada por galletas saladas y una manzana. Después siguió al doctor al interior del cuarto.

—Buenos días, doc. No lo ocupamos. Está amaneciendo —saludó en la mañana temprano cuando lo vio echarle leña al moribundo fogón.

—Me picaron mil mosquitos, no dormí nada con tanto ruido en los árboles. Usted roncaba como si no le debiera nada a nadie.

—Lo siento. Mi padre me sacaba de cacería, me acostumbé al monte y sus animales.

—Se dice fácil.

—Vamos a desayunar y empezamos a medir. Así terminamos temprano.

—Más que de acuerdo.

Desayunaron unos huevos hervidos y pan dulce acompañado de fruta. La

luz dejaba ver el piso de la selva; tomando una cinta de veinticinco metros, se dieron a la tarea de delimitar la malla de seguridad.

—Al final esto va a tener casi cinco hectáreas, menudo pedacito de hacienda.

—Esto solo significa que la carnicería no terminará nunca.

—No hable así, pueden decidir donarlo.

—A esta altura, no sé si eso sería bueno o malo. Estoy cansado, de un pequeño sacrificio para salvar al mundo, pasamos a una carnicería para adueñarnos de él. No es tan sencillo, amigo. Ojalá usted tenga los arrestos para seguir en esto.

—Tranquilo, ya que descanse se sentirá mejor.

—Lo dudo, arrastro esto desde hace meses.

—¿Por qué no se marcha? Deje todo, agarre el dinero y adiós.

—Será lo mejor, cambiemos de tema, usted parece una persona menos codiciosa, pero oliendo los verdes, puede perder el control también.

Reunió todas sus cosas y se sentó en el tronco del árbol. Sudaba copiosamente, inmune a la cacofonía de la selva.

—¿Sabe que éste río tiene delfines rosados y manatíes?

—La selva detiene el crecimiento del ser humano, sino ya habrían acabado con todo.

—Lo sé. Oiga, viene Uvalde.

—Llega temprano, son las doce.

En efecto, la camioneta vieja como su conductor, apareció. Después de saludar les informó que se avecinaba mucha agua, por eso había decidido venir antes; partieron.

Dos horas y media después, atravesando Barranquilla, Willie los llevaba a casa preguntando sin cesar sobre las experiencias en la selva. El doctor se mantenía en silencio. Eduardo intentaba mantener al hombre informado. Deseaba un buen baño y una bebida.

CATORCE

Después de dos días de gripe, todo lo que había recibido era un par de llamadas de Alejandro y una de Carmen. Consciente del riesgo de meter virus a los laboratorios, había aprovechado también los días lluviosos para leer y descansar. Sin embargo, esa mañana algo marcó la diferencia. Tocaron la puerta y en lo que tardó en levantarse de la cama y abrirla, el misterioso visitante había desaparecido. Cuando iba a cerrar la puerta, vio el sobre.

“Urge hablar, SM”. Había un teléfono, lo memorizó y desapareció el papel en la taza del baño. Una súbita arremetida de adrenalina la empujó a la regadera. Los ojos denunciaban día de poco sol y fiebre; se sintió mucho mejor. En un pequeño restaurante, dónde desayunaba ocasionalmente, entró al baño. Durante cinco minutos recibió información.

—“Debo hablar con Eduardo, ella sabe que él no está aquí, no podemos cambiar el rumbo de los acontecimientos.”

Aprovechando que estaba en ese sitio, desayunó. Tenía que regresar al hotel para enviar un mensaje. Había un pequeño puesto de revistas, se quedó hojeando una.

—Señora, un amigo suyo acaba de irse —le sonrió el encargado.

—¿Ah sí? Lástima, salí a tomar un poco de aire, estuve con gripe estos días.

—Espero que esté mejor.

—¿Nadie más preguntó por mí hoy?

—No, señora. Solo ese hombre.

—Gracias.

—“Vine a saludarte, no estabas. Alejandro” —decía una pequeña hoja bajo la puerta.

Minutos después estaba sentada frente a la computadora.

—“Recuerda cumplo años en treinta días, no te me pierdas, amor. ¿O celebraremos tú allá y yo aquí al mismo tiempo? Se puede hacer, tú dime. Te extraño.”

Envió el mensaje, la mañana estaba fresca, salió a caminar. La agente la había dejado nerviosa, no sabía cuántos días tardaría Eduardo en verlo. Quince días pasaban rápido, todo podía ser un fiasco en caso de que ellos no pudiesen coordinar ambas operaciones. Después de comer, decidió regresar

las veinte cuerdas. La caminata la había ayudado a recuperarse.

—“¿Qué estás haciendo, Eduardo? ¡Qué falta nos hace comunicarnos! Ojalá se te ocurriera llamarme por teléfono. El mensaje es importante, eso que te envié es solo una muestra para no comprometerte.”

Al llegar a la casa el ama de llaves frunció su nariz.

—Lo siento, Tomasa, en el avión también nos hicieron caras, antes de que nada diga, me voy a dar un merecido baño.

—Yo también. A ver si se me quita tanta comezón de las picaduras de mosquitos y esta terrible sensación de haberme bañado con miel.

—Adelante. No hay nadie en casa ahora. La doctora anda en el centro, acaba de llegar de viaje, Joao y Carlos fueron a Bogotá. Así que díganme de una vez si desean comer algo para tenerles listo al salir del baño.

Eduardo se detuvo y la encaró.

—Sí usted es capaz de tener algo rico de comer cuando salga del baño, cuente con una recomendación mía con San Pedro.

—¡No juegue con eso, señor, son cosas sagradas!

Se dio un largo baño con agua fría; enredado en una toalla se sentó en la cama, metió las manos debajo del colchón y sacó el celular. El mensaje de Estela era el que le había pasado Méndez. Le quedaban veintiocho días, el mensaje tenía uno y medio de haber sido enviado.

—“También extraño, procuro llamarte a la noche, once. Beso, Eduardo”.

Dejó el aparato donde estaba escondido, luego de ver que aún tenía más de tres cuartos de batería. Se vistió con un pantalón corto, una camisa floreada, unas sandalias de cuero y sin apenas peinarse volvió a la sala. La mesa estaba puesta, se adentró a la cocina.

—En quince minutos les tendré de comer, paciencia, señor.

—No se preocupe, solo quería saber si mientras me puede preparar una deliciosa piña colada, para abrir mi hambre al mundo.

—¿No andaban acaso de paseo, tan mal los atendieron?

—No tiene ni idea de lo mal que atiende cierta gente, Tomasa, ni idea.

Salió del territorio de la matrona. Tomó un periódico de unos días atrás y comenzó a ojearlo. Nada relevante. El doctor Salazar apareció minutos después, mucho más acicalado.

—¿Va a una fiesta, mi doc?

El doctor dio media vuelta, enfundados en unos elegantes zapatos blancos y sonrió.

—Nunca he podido andar como usted, amigo. O me visto o me desvisto,

eso de andar a medias nunca me ha quedado.

—Doctor al fin. Tiene que guardar apariencias.

—No es de apariencias, me gusta andar limpio y bien vestido. Le quiero pedir un favor.

—Soy todo suyo.

—¿Podría guardarse para usted nuestra charla?

—Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas.

—Gracias, uno desespera fuera de las comodidades.

—Nada escuché.

—Gracias. ¿Está la comida?

—Han de faltar diez o quince minutos. No me diga que no le gustó la que llevamos.

—Parecía rancho del ejército. Es increíble lo inútil que se hace uno a las adversidades después de estar toda una vida rodeado de comodidades.

—Por eso a veces es bueno darse una escapada sin muchas cosas en la mochila.

—“Por Dios al fin” —exclamó Estela.

Nueve de la noche del tercer día. El escueto mensaje de Eduardo le había vuelto la seguridad. Cambió la idea de bañarse y bajar a cenar, por cenar y subir a bañarse, para estar lista para la llamada. Cenó una ensalada con jugo de naranja.

—“Bien, a esperar. Mañana empiezo a trabajar.” Se bañó, encendió la computadora. No había novedad. No había cambios. Empezó a leer un libro que tenía días empezado, pronto lo dejó. Estaba nerviosa —“Parezco colegiala esperando llamada del novio, no puede ser”.

De las diez y treinta en adelante los minutos del reloj parecieron congelarse. Su estado de ansiedad aumentaba. Cuando el teléfono repiqueteó, no lo dejó ni repetir.

—Bueno.

—¿Sola?

—Por supuesto.

—¿Cómo vas a pasar el cumpleaños?

—Amor, faltan veintisiete días a partir de mañana. La doña dice que festejemos en dos lados diferentes, que en realidad serán tres.

—Yo no puedo viajar hasta allá, lo siento. ¿Cómo será el festejo que preparas?

—Gente local hará lo suyo en cada sitio. Tendrás que ocuparte del pastel

allá.

—¿Cómo están Carmen y Alejandro?

—Hace cuatro días que no los veo, me dio gripe y como sabes no se puede ir a un laboratorio con virus de ninguna especie.

—Lo lamento.

—Estoy bien, mañana regreso a trabajar.

—Me alegro. Te hablo cuando pueda a esta hora.

—De acuerdo, un beso.

Después de comer habían tomado una merecida siesta. Eduardo había despertado a las siete de la tarde y el doctor Salazar seguía durmiendo.

—“Pobre tipo, seguro no pegó el ojo en toda la noche.” Tomó un café preparado por la cocinera y a las siete treinta le dijo que volvía enseguida.

—No tarda en llegar la doctora.

—La veré al regresar, no se preocupe.

Salió poco menos que huyendo, calculando la diferencia de horario, a las nueve debía hablarle a Estela. Caminó hasta una pequeña plaza comercial. Se entretuvo viendo algunas vidrieras y cuando dieron cinco para las nueve, llamó desde un teléfono público. Diez minutos después, regresaba a casa. Oyó voces en la estancia con Tomasa y luego unos pequeños toques en su puerta; se repitieron una vez, oyó pasos alejándose.

—“Déjame en paz araña, no estoy para recibimientos”. Según el mensaje de Estela, el gobierno de Estados Unidos estaba coordinando fuerzas locales en ambos países, para dar un solo golpe el mismo día a la misma hora.

—“Se puede hacer. El punto de enlace es la hora y el día en que pretendamos mover la gente, eso lo puedo prever; en Argentina solo importa que sea de día, para que el edificio esté activo y nadie pueda escapar. En Barranquilla igual. Debo sentarme a planear bien con Carlos. Ver que tiene Érica en la cabeza”.

Media hora después la casa estaba en silencio. Encendió la luz y tomó una de las revistas. No habían pasado quince minutos cuando sonó la puerta.

—“Putá madre, estaba cazándome esta puta” —pensó, viendo la inutilidad de negarse abrió la puerta, para encontrarse con el doctor Salazar. Lo dejó entrar de inmediato.

—Lamento molestarle, hay algo que no me deja dormir.

—Dígame.

—¿Si decido abandonar todo y desaparecer ahora usted que haría?

Eduardo se sentó en la cama.

—Espere a que transporten a los donantes, porque si no los tratan bien o van mal sedados, puede haber problemas.

—Están Érica y el doctor Joao.

—Ella no va a participar en el traslado. Joao tal vez sí, al menos del resguardo de puerto Asís hasta la lancha deberán ir varios camiones. Ese viaje es el que más me preocupa, si alguien intenta escapar, estos malditos pueden entregar todos a las FARC.

—Gracias. Tiene razón —Cerró la puerta y volvió a su cuarto.

—“Lo siento, doctor, puede ser un atenuante, no hay forma que evada la ley.”

Estela estaba feliz de volver al laboratorio.

—Hola, doctora, ¿recuperada?

—Tomé el tratamiento completo, mis síntomas dicen que estoy limpia.

—Adelante. Ve ahora a tu lugar de trabajo, nos vemos a comer en la sala a la una.

—Gracias.

Sus compañeros se alegraron de volver a verla. Alejandro pasó después a saludarla.

—¿Café antes de pedir que traigan la comida? —sonrió Carmen al entrar a la sala.

—Esta vez perdón, tengo hambre.

—Eso garantiza que estás restablecida —rio Alejandro.

Carmen llamó por el intercomunicador; en quince minutos, un delicioso puchero abundante en verduras estuvo sobre la mesa. Un tazón de arroz blanco y pan francés en rodajas completaban el menú. Viendo todo supuso que había sido ordenado para que se sintiera mejor.

—¿Te gusta el menú?

—Carmen, si hubiera hecho un pedido a la carta, no hubiera sido más exacto. Gracias.

—¿Hablaste con Eduardo? —preguntó Carmen.

—Me llamó hace dos días, tarde en la noche —dijo dando un trago a la limonada.

—¿Supo que estabas enferma?

—No. No lo sabía. Bueno, al menos que tú hayas hablado con Carlos.

—Para nada. Le he dejado un par de mensajes y no se ha comunicado.

—Eduardo dice que él y el doctor Joao andaban en la capital.

—¿Bogotá? ¿Qué hacen ahí ese par de lechuzas?

—Ni idea, espero no se entere por ti que yo te lo dije.

—Descuida, ni me importa. Tal vez por eso no se ha comunicado.

La joven dejó la jarra del café, el azúcar y las tres tazas. Nada más.

—Hoy no hubo galletas —pensó en voz alta.

—Me gustabas más cuando estabas enferma —rio Carmen.

Eduardo se levantó tarde esa mañana. Había conciliado el sueño sobre el filo de la madrugada. A las once sacó la cabeza del cuarto y le pareció que estaba solo ante la total ausencia de sonidos. Entró a la cocina. Se sentó en la sala y comenzó a leer un periódico. Las conversaciones de la guerrilla y el gobierno avanzaban, teniendo como punto de reunión a Cuba. En cierta forma todas las noticias son parecidas. Érica bajaba con una bandeja.

—Nada como desayunar en la cama. Aunque tuve que prepararme sola el desayuno.

—¿Tomasa?

—Fue al mercado. Hoy viene Carlos y le gusta la verdura fresca.

—¿El doctor?

—Ni idea, tal vez duerma. ¿Cómo les fue en Leguízamo?

—Cansados, mal dormidos, mal comidos, pero repuestos. Al menos yo, parece que el doctor todavía necesita recargar pilas.

—¿Vamos a ver una película mientras despierta?

Sabía el tipo de película que verían, necesitaba información y preparar el terreno. Le sonrió.

—Dicen que ver una película sin desayunar cansa la mente.

Entró a la cocina, donde dejó la bandeja que cargaba y le preparó un licuado de plátano con algo de fresa. Puso un vaso grande, amén de un succulento pedazo de pan dulce.

—¿Había algo así en la hacienda?

—Por un vaso de éste elíxir nos hubiéramos matado con el doctor.

Rieron mientras Érica lo veía pasar la lengua para quitarse el bigote de espuma del licuado. Tardó más de lo necesario, pero no podía alargar el tiempo, así que quince minutos después subía tras ella por la escalera. Le sorprendía que siempre que abría el cuarto usaba una llave. Se aventuró a consultar.

—¿Por qué cierran con llave?

—Algunos de esos videos harían las delicias de los agentes de la ley.

—¿Por qué no los guardan en otra parte si son tan comprometedores?

—Cuando cambiemos la operación a la nueva hacienda te harás cargo de

eso.

Entraron, la oyó echar llave. La última vez él había quedado a deber, ella se cobraba; subió su falda y sin quitarse los zapatos, se paró sobre la sala pegando el vientre al rostro del hombre. Al principio no se acoplaban, él no lograba concentrarse en su tarea, hasta que ella empezó a gritar, lo volvió loco. Media hora después bajaron. El doctor Salazar estaba sentado en la sala. Los miró y volvió la vista al mismo periódico que Eduardo había leído poco antes. Érica le soltó un seco buenos días y se perdió.

—¿Todo bien, señor Márquez?

—Muy bien. Gracias. ¿Descansó?

—Descansé, ya no estoy para esos trotes. ¿Se va a dar un baño?

—¿Por qué lo pregunta?

—Carlos es de olfato fino, cuídese.

No atinó a decir nada, se dio una rápida ducha y volvió. Compartían un secreto, igual de peligroso para ambos.

—¿No sabe a qué hora viene Carlos?

—No, dese por bien servido qué no haya llegado antes de.... Bueno, usted sabe.

—Es que esa mujer es...

—Hermosa, tiene un marido que es mucho cartucho y poca mecha. Lo entiendo, he tenido sueños húmedos con ella al igual que todos en esta casa. Esté tranquilo, ahora somos como hermanos de sangre.

Oyó la voz de Willie y supo que Joao y Carlos habían llegado. Érica salió a abrir y se colgó del cuello de su marido, dándole un beso en la boca.

—¿Novedades?

—Ninguna, estos dos hombres acaban de despertarse, ayer no los vi, si tienen algo que contarte, será novedad para todos. ¿Y tú?

—Tenemos una nueva ruta disponible para no viciar la misma, Joao se quedó a arreglar detalles con algunas autoridades del aeropuerto. Señor Márquez, doctor, espero un informe de ustedes. Solo déjenme pasar al baño primero.

Érica había puesto una bandeja con bebidas sobre la mesita de la sala y nadie se hizo esperar. Cuando Carlos retornó, se sentó a esperar el reporte verbal de los hombres.

—Estamos en septiembre, amigos. ¿Cuánto creen que tardemos en tener todo listo?

—Veinticinco a treinta días, si puedes transportar las cosas en forma

eficiente —opinó Eduardo.

—¿Tan pronto? Eso me gusta. Doctor, ¿usted como vio todo?

—Lo imaginaba mucho peor, destruido por la selva. La construcción está intacta. Solo falta pintura, algunas puertas y la malla. Lo demás son muebles.

—¿Puedes encargarte sin que se vea muy aparatoso?

—Claro, dime dónde comprar y con quien contactar el envío —acordó Eduardo.

—Compra en ciudades diferentes, envía todo a puerto Asís. Un buen amigo tiene dos barcasas para transportar ganado, nadie verá que lleva en sus bodegas.

—¿Podremos usar esas barcasas para llevar los donantes a Leguízamo?

—Ese es el plan. Son dos botes grandes. El “Delfín I” y el Delfín II”, caben cuarenta reses en cada uno, no habrá problema con doscientas cincuenta personas. El dueño es Aníbal Fuentes, no lo olvides. No sabe nada, tampoco hace preguntas.

—Ni es barato —apuntaló Érica.

La llegada de Tomasa con sendas bolsas de mandado interrumpió la conversación.

—Buenas tardes, don Carlos. ¿Cómo les fue de viaje?

—Bien gracias.

—Porque a estos hombres me los regresaron medio muertos de hambre, han comido y dormido como si fueran ricos.

Rieron ante la ocurrencia. Eduardo necesitaba moverse rápido, avisar a Estela. Por invitación de Érica, se pusieron pantalones cortos y se metieron a la alberca donde disfrutaron bebidas y charla. El doctor Salazar estaba con Érica. Carlos se movía como manatí en el agua y él colgaba de los brazos de la orilla de la piscina. Al atardecer salieron para darse un duchazo antes de cenar. Aprovechó para enviar un mensaje a Estela.

—“Más o menos cuatro semanas para verte”. La cena estaba deliciosa, después de un sabroso pastel de chocolate volvieron a la sala.

—¿Sabes exactamente que necesitamos? —preguntó Carlos a Eduardo.

Éste levantó un dedo, se puso de pie, entró al cuarto y volvió con una libreta. La abrió donde había anotado todo y se la pasó. Carlos la estudió un momento.

—Esto no llega a figura. Pensé invertir mucho más dinero.

—Lo caro es el sistema de electricidad con paneles solares y arreglar lo del agua. Los muebles pueden ser de segunda.

—Organízalo, dile a Érica que te ayude, tiene una tarjeta de crédito, pueden comprar todo por internet. Compren en dos o tres partes diferentes. Si en una semana nos pueden tener ahí los pedidos, en otras dos montamos todo y la siguiente mudanza.

Eduardo sonrió, concordaba con sus planes.

—Me gusta eso, me pone nervioso tener la operación al descubierto; cualquier autoridad que decida rebelarse y nos meten a todos tras las rejas.

Carlos asintió. Agradecía a Carmen la recomendación para la seguridad, le quedaba más tiempo para sus propias cosas y tenía que reconocer que Eduardo estaba más preparado.

—Mañana voy con James, Érica volará pasado mañana, quiero estrenar la nueva ruta. Tienes la mañana con ella para poder comprar todo y ordenar envíos. Yo hablaré con Aníbal, que esté listo y nos avise cuando lleguen. Debemos contratar gente para las obras.

—¿Tienes gente de confianza?

—Aníbal me conseguirá una cuadrilla en Asís.

—Bien, necesitaremos doce o quince durante dos semanas. Y una motosierra, se me olvidó en la lista, perdón.

—Está bien, seguramente más cosas se necesitarán. Nadie puede prever todo en un solo viaje. Esos pequeños faltantes los podemos comprar en el mismo Leguízamo.

—Bien. Si no tiene nada más por esta noche, aunque no lo crean, volveré a dormir.

—¡Por Dios, Eduardo, si han dormido todo el día! —rio Érica.

—Por eso, falta la noche y quedamos empatados.

—En la vida he pasado una noche tan mala. Espero no se repita, con permiso.

Entre las risas de todos, el doctor Salazar abandonó la sala. Eduardo se despidió. Oyó la puerta del patio abrirse y cerrarse, al parecer Érica y Carlos tenían charlas pendientes. Sacó el celular debajo de la cama y mandó el mensaje a Estela.

—“¿Si te veo para las fiestas de puerto Leguízamo? Es una fecha especial.”

Había pasado esa semana sin novedad, hasta la llegada del mensaje de Eduardo.

Se puso en movimiento y llamó a Méndez.

—“Creo en un Dios, respeto lo más que puedo sus leyes, hasta Él sería

capaz de sacrificar dos o tres de sus borregos por el bien de la manada entera. Por otro lado, represento la ley de los hombres, una que juzga diferente en cada país; juzga severamente a los pobres, lo que, en sí, como justicia deja mucho que desear. Lo que hay en el laboratorio es un nuevo corazón para una raza entera, no se puede congelar por cosas que no tienen remedio. Voy a necesitar mucha ayuda.”

Estaba sentado frente al ordenador. Érica a su lado, compraba y pagaba, mientras él dictaba. En poco más de dos horas, tenían el pedido completo. Los proveedores se habían comprometido a tener los pedidos en puerto Asís en una semana.

El doctor Salazar estaba en el patio trasero, junto a la alberca. Érica lo besó en la boca.

—¿Estás loca? Hay gente en la casa, con los agujeros que tengo en el cuerpo estoy muy a gusto.

—Tomasa anda arriba, el doctor está afuera. Solo fue un beso.

—Vamos a organizar esto.

—He estado pensando en lo que me dijiste. No me atrevería a traicionar a Carlos. Es peligroso.

—¿Carlos es de armas tomar?

—Él no. Pero James no se tiente el corazón, más de un sospechoso ha desaparecido.

—Tengo un plan. Ayudaremos a la mudanza, luego planearemos una sucursal, con una mujer como tú, podría hacer mucho dinero y ser feliz.

—¿De verdad lo sientes así? ¿Has pensado en tú esposa?

—Mucho, esta separación nos unió mucho... a personas diferentes.

—¿Alejandro?

—Eso creo. Él es de su mundo. Son científicos.

—Yo también soy doctora.

—Eres más aventurera, más arriesgada.

—No me sería difícil enamorarme de ti.

—¿Debo pensar que te llevo ventaja?

—¿De veras? No quisiera ilusionarme. No tengo veinte años.

—Ayúdame, moriremos juntos y ricos.

Érica lo besó otra vez. No se resistió. Tuvo la sensación durante muchos días, de que se había convertido en presa, ahora los ojos de la doctora le decían que tenía una aliada incondicional.

Pertenecían a la séptima división del ejército nacional de Colombia. Era

un grupo de comandos nacidos para derrotar en dos años, la estructura ONT-FARC. Unidad élite por excelencia del ejército y ahora, doce de ellos estaban reunidos con su comandante y el enlace del gobierno de los Estados Unidos.

—Nuestra misión aun es incierta. Solo puedo adelantar que es un rescate de rehenes que ronda las doscientas personas. No sabemos si será en tierra o agua. Tres semanas para entrenar

El grupo se dispersó, el comandante y el representante americano, Peter Richardson, charlaron unos minutos.

—¿Su hombre sigue adentro?

—Eso creemos, su último contacto fue hace dos días.

—¿Seguro es la zona de Asís a Leguízamo?

—Así es. Las comunicaciones son difíciles.

—En esa zona no hay servicio de telefonía celular ni de internet.

—Eso no facilitará las cosas. Esperaremos, falta mucho todavía.

—Suerte, comandante. Le mantendré informado. No avise a las tropas, esa gente tiene orejas en todas partes.

—No se preocupe.

Eduardo fue tres días a Leguízamo. Recibió en la hacienda a catorce personas que se harían cargo de la remodelación. Organizó todo, marcó con estacas el lugar donde se pondrían los postes de acero galvanizado para después colgar la malla ciclónica. Conoció los barcos Delfín I y Delfín II, así como al capitán Aníbal Fuentes. Les indicó como instalar los paneles solares y el cuidado que debían tener con ellos. Un técnico con algo de experiencia se hizo cargo. Cuando todos tenían instrucciones bien entendidas, volvió a puerto Asís en uno de los barcos. El rescate sería en el río. En el camino charlaba con el capitán.

—¿Todo el año navega este río?

—Sí, mientras no se enoje con las lluvias. Ahí descansamos y damos mantenimiento.

—¿Le gusta?

—Es nuestro hogar, nuestras carreteras.

—¿De dónde conoce a Carlos?

—Uno conoce gente por recomendaciones. Usted sabe, si uno no hace preguntas, el trabajo fluye y la paga no es mala. Esta zona pertenece a mucha gente, lo mejor es hacer las cosas bien, oír poco, hablar menos.

—¿Cuántos marineros tiene?

—Depende del trabajo. Si llevamos ganado, cinco son suficiente. Cuando

transportamos mercancía ilegal, dos. El cliente carga y descarga.

—¿Para nuestra mudanza?

—Al parecer voy a ir solo, algunos policías de Asís apoyarán. Si hay problemas, ellos saben que hacer, mi gente no es de pelea.

—¿Cuántos irán por barco?

—Tres a lo sumo, la gente irá en la bodega, hay que cuidar solo una puerta.

—¿Sabe adónde los llevarán?

—Aún no. Me dicen un par de días antes. A veces ni me dicen, me van guiando por el camino, ¿entiende?

—Por supuesto.

Eduardo había llegado a pensar que Willie tenía la sonrisa grabada. Detrás de esos lentes de sol, siempre había unos ojos chispeantes y unos dientes brillantes.

—¿Qué tal el viaje?

—Mosquitos por millones, la carne de mono no es tan fea, la cerveza caliente no me gusta.

—¿Debo suponer que no le fue bien?

Supuso que se estaba burlando, estaba cansado, le dolían las nalgas del largo viaje en barco y el vuelo en el Lear había resultado un corto sueño. El chofer pareció entender que el agua no estaba para chocolate; sintonizó una estación de cumbias. Llegaron cuando el sol descansaba en el horizonte, Érica abrió la puerta. Sonriendo lo saludó.

—Señor Márquez, su rostro parece decir que viene usted cansado.

—Doctora, siento que me dormí en una licuadora y alguien la encendió.

—¿Tan malo el asunto?

Carlos apareció moviendo la voluminosa figura; se acercó tanto a él que tuvo que levantar la vista para preguntar.

—¿Todo bien?

—Excelente, por favor, déjenme bañar y charlamos mientras cenamos, muero de hambre y doy mi vida por una cerveza bien helada.

—Adelante, lo esperamos.

Puso llave a la puerta y se desnudó. En la piel había infinidad de marcas de los piquetes de los mosquitos. Envió un mensaje a Estela.

—“Anoche soñé cuando paseamos en los dos barcos en la luna de miel, recuerda. Te extraño” —Enseguida se metió a la ducha, dejó correr litros de agua antes de volver a salir. Se sentía renovado, aunque le dolían las

ampollas de las manos y le ardía la piel alrededor del cuello de la camisa dónde el sol había quemado. Después de vestirse salió a la sala. Carlos y Érica estaban sentados a la mesa.

—Carlos te tiene en buena estima, desde que lo conozco es la primera vez que cambia la hora de la cena por alguien.

—Se agradece, la verdad es que hubiera tomado por asalto el refrigerador. Mi última comida decente fue ayer a las seis de la tarde, son las siete. Tengan piedad. Gracias, Tomasa, cada día me caes mejor —agradeció una cerveza helada.

La morena sonrió y se fue. Media botella de cerveza desapareció en su garganta, después se acomodó en la silla y sonrió.

—¿Los demás?

—Joao y Salazar de compras. James arreglando un viaje de Érica. Cuento, ¿cómo va todo?

—Traigo una lista más corta de cosas que faltaron, usted tenía razón —dejó una hoja sobre la mesa— La gente que llevó Aníbal trabaja bien. Les dejé comida y bebida para una semana, deben terminar en ese tiempo, puede que tengan que quedarse dos o tres a detalles eléctricos.

—¿La malla?

—Les pedí que empezaran por ella. Estando puesta, hasta nuestros donantes nos pueden ayudar a terminar los detalles de pintura y arreglo de pisos.

—Interesante propuesta. Continúe.

—Tuve algunos problemas para que alguien entendiera lo de los paneles solares, así que puse el primero, conecté las pilas, los inversores de corriente y desde el segundo día, tenían luz en un foco. Podían jugar baraja o dados en la noche.

—Bien. ¿Conoció a Aníbal?

—Regresé con él a Asís. Un tipo duro, que ha aprendido a vivir en y del río. Es discreto, profesional, me gusta.

—¿De qué más hablaron?

—Del río, los yacarés, los delfines y los manatíes que nadan en él. El hombre ama su río.

—¿Hablaron de detalles del traslado?

—No lo creí conveniente. Me dijo que se entera de esas cosas un par de días antes.

Érica y Carlos se miraron y sonrieron. Eduardo fingió no verlos mientras

terminaba su primera cerveza. Un gran bife a la plancha, con su jugo desparramándose en el plato, fue puesto delante de él.

—¡Cielo ganado, señora!

—Coma, señor, antes de que devore el mantel.

Comenzó a cortar y a comer mientras sonreía a los anfitriones.

—Perdón —masculló— esto es hambre.

Diez minutos después los seiscientos gramos de carne habían desaparecido con toda su guarnición y otra Costeña. Se recostó en la silla y aceptó una tercera.

—¿Sigues con la idea de hacer la mudanza en la semana de fiesta?

—Sí. Nadie prestará atención a algo de gente extra en el pueblo. Hasta podemos disfrazarlos y ponerlos a bailar en los barcos. Nadie se dará cuenta de nada.

—Un elefante escondido en un pueblo.

—¿Lo recuerda?

—¿Cómo olvidarlo?

—Hay que organizar ahora los envíos de comida, bebida y medicina. No podemos comprar todo en ese puerto sin llamar la atención, con casi trescientas almas.

—No van a llegar a doscientas cincuenta para esa fecha.

—Necesito un número exacto tres días antes, nada de cambios de última hora.

—¿Y eso?

—No hay forma de controlar una fuga sin saber número exacto, lo siento.

—Lógico —sonrió Carlos.

—Deberíamos ponerle fecha para que el número quede establecido y podamos planear a detalle el traslado de la granja hasta los botes, luego el desembarco y transporte en Leguízamo.

—Mañana, que te hayas levantado descansado, nos ocupamos de eso.

—Gracias, mi cuerpo pide un colchón de verdad.

—Descansa entonces —dijo Carlos.

Inclinándose un poco frente a Érica se perdió. El aire acondicionado, las tres cervezas y el cansancio lo vencieron.

—¿Está seguro? —preguntó el coronel viendo un mapa del río.

—El traslado será en dos barcos. Durante las fiestas de octubre en Leguízamo.

—¿Qué más pudo averiguar su gente?

—El nombre del dueño de los barcos, Aníbal Fuentes. Dueño de Delfín I y II.

—Eso facilitará la tarea. ¿Día y hora?

—Nada aún. Es enorme la triangulación que hay que hacer para evadir una posible fuga o intercepción de información.

—Su hombre se la está jugando.

—Por eso no debemos fallar. Si alguno queda vivo ellos no lo contarán.

—¿Ellos?

—Son una pareja, están separados, tienen el mismo caso en sus manos.

—Vaya. Es bueno saber que aún queda gente que se la juega.

—Se metieron entre las fauces de los cocodrilos, solo esperan poder sacarla antes que cierren la boca.

—Bien, iré con mi gente, podremos entrenar sobre algo más específico.

—¿Tiene alguna idea?

—Por lo pronto habrá que buscar entre mis hombres alguien que identifique y vigile al capitán ese. Después, buscaremos no perderlo de vista, lo demás será como siempre arreglado sobre la marcha.

—Bien, parece un buen comienzo. Cuando tenga más noticias se las haré saber, coronel.

Cuando recibió el mensaje se lo comunicó a Méndez.

Esta habló a la agencia y los datos habían llegado así a los comandos que se encargarían del rescate. Faltaban dieciocho días. Alejandro la había interceptado y se habían subido juntos al elevador ese día.

—¿Aceptarías una cena?

—Hoy no gracias. Estoy cansada, tal vez otro día.

—Vos mandás.

—¿Tienes fecha para lograr algo que podamos ofrecer a un investigador?

—Si el preguntón no sabe mucho lo tenemos. Si es otro científico, nos faltan un par de meses.

—¿Tanto?

—Pronto en esto, pueden ser años, doctora.

—Eduardo, falta poco para las fiestas. Me gustó la idea de disimular el movimiento durante su desarrollo, ¿cómo subiremos las personas a bordo sin que nadie las vea?

—Primero tienes que conseguir un camión con lona que cubra toda la

caja. Incluso por detrás. Segundo, hay que llevar todos los muebles del lugar, aunque parezcan no servir, después los tiraremos al río si es necesario.

—¿Un solo camión? Van a ser cerca de doscientas cincuenta personas.

—Si mueves tres o cuatro camiones no habrá forma de evitar la curiosidad. No creo que tengas compradas a todas las autoridades.

—Con las locales estamos bien, el problema es el ejército y va a estar presente durante las fiestas, te lo puedo asegurar.

—Bien, mi idea es llevar en cada viaje algo de muebles y unas veinte o veinticinco personas, para que ayuden a bajarlos a los barcos. Eso no llamará la atención. Después de bajar todo a cubierta, el camión regresará sin gente. Repetiremos tantas veces sea necesario, con seis a ocho viajes quedará listo. Si se presta la hora o una tormenta podemos recargar el viaje.

—De esa forma podemos estar demasiadas horas cargando gente.

—Tú conoces quien te ayuda ahí. Si podemos contar con protección, metemos cincuenta por viaje y en una noche cargamos. Yo te propongo opciones.

—Bien, déjame pensar un poco. Me gusta lo de no mover varios camiones juntos.

—¿La guerrilla será advertida?

—Ellos tienen dos puestos atrás del complejo. Si se dan cuenta podemos tener que dar explicaciones, podrían detener la operación a cambio de dinero. O de mujeres.

—Bueno, otra cosa que resolver. ¿Tus guardias son de confianza?

—Sí, saben que sus familias correrían peligro si se sublevaran.

—Pongamos fecha entonces, es muy importante.

Carlos miró un calendario colgado en la pared durante unos momentos.

—Sin contar hoy, dieciocho días. ¿Te parece?

Eduardo asintió. La rueda empezaba a girar. Ese día pasó haciendo planes para Carlos y su gente; en la noche hizo los propios y envió un mensaje a Estela.

—“Catorce días para vernos. En dos oportunidades, ojalá y tengamos hotel con bañera”.

Estaba nerviosa. Acababa de llegar del laboratorio y sentía cada vez más cerca la presencia de Alejandro; sabedor de que su compañero no la veía desde hacía días, rondaba a la espera de encontrarla con la guardia baja. Se amarró la toalla en la cabeza y salió desnuda. La luz del teléfono estaba

encendida, lo tomó enseguida.

—“Ojalá sea mensaje de Eduardo, por favor” —leyó—“Maldito estúpido, te extraño, ¿sabes? No estoy tan segura de querer que esta operación termine”.

Luego del corto monólogo en voz alta, terminó de vestirse y llamó a Méndez. La agente la escuchó. Tenían la fecha, Eduardo aconsejaba un rescate en el agua. Siguió hacia el laboratorio, encontrando a Alejandro en cuanto subió a la oficina de guardia.

—Hola doctora, se te ve feliz.

—Buenos días, dormí muy bien.

—Dormir sola tiene sus ventajas.

—Casi siempre.

El coronel miraba el mapa.

—Supongo quiso decir que hiciéramos el rescate después de que subieran la gente a los botes. Tenemos la fecha. Es todo lo que necesitamos.

—¿Qué sigue?

—Mandar un par de operadores. Que fotografíen como turistas los barcos y sus movimientos. Tenemos un sustituto muy parecido al capitán, por si se ofrece; para ser perfecta la información, deberíamos solo tener el número exacto de personas.

—Eso cambia cada semana, siguen vendiendo. Aunque no reponen los donantes.

—Bien, hablamos de alrededor de doscientos cincuenta. Si alguno queda fuera, lo sentiré mucho, mientras no tengamos número exacto, estaremos ante la decisión de atacar al momento de ver soltar amarras.

—Lo sé. Ha habido tal número de víctimas, que si alguna más paga con su vida tendremos al menos la seguridad que serán las últimas.

—Bien, dos barcos, diecisiete días y doscientos cincuenta rehenes. No será tan sencillo.

—Confiamos en usted.

Eduardo se desperezó cuan largo era. Los pies volaron por el final del colchón y tomó el teléfono. Nada. Se metió a duchar disfrutando el agua fresca. Los días en Barranquilla eran largos, calurosos y húmedos. Había oído la noche anterior que Carlos volaba a Bogotá.

—“Que se lleve a la araña o va a estar hostigando todo el tiempo. Dudo mucho poder resistirme, mi cuerpo necesita atención”.

Entró en el comedor que estaba vacío. Eran las nueve apenas.

—Hola, Tomasa, ¿qué pasó con la gente?

—Carlos y el doctor Salazar, fueron llevados por Willie al aeropuerto. El señor Martin anda por Cartagena. La doctora está en su cuarto, vuela a la tarde.

—“Me aseguraré de que esos vuelos dejen de efectuarse durante un buen tiempo, lo juro.” Se sentó y desayunó un cereal con algo de frutas.

—¿Adónde va tan rápido, señor?

Bajaba las escaleras con una falda blanca un poco arriba de las rodillas, una blusa color melón generosamente escotada y anudada frente al ombligo, enfundados los pies en un par de zapatos blancos bajos. Hermosa. Paseó su mirada arriba abajo, sin ocultar su admiración.

—Hola, bueno, en vista de la soledad de la casa iba a lavar mis dientes y a leer un rato mientras acabo de planear lo que me pidió Carlos.

—Ve entonces. Te veo en diez minutos.

—Bien —contestó, estando la cocinera estaría a salvo. Necesitaba información a detalle, solo ella podía dársela. Bajó en quince minutos. No había mensajes en el teléfono, esperaba que Estela hubiera visto el suyo. Érica estaba sentada en el sofá leyendo un periódico. Se sentó frente a ella.

—¿Terminaste la tarea de Carlos?

—No. Espero a que regrese para poder tener el número exacto de personas. Es muy importante, con uno que escape perdemos el control de la operación.

—¿Sigues pensando en independizarte conmigo? —dijo mientras dejaba el periódico a un lado y se sentaba junto a él. Eduardo miró a la cocina.

—Acabo de enviarla al mercado, no te preocupes.

—Bien. Vamos por partes, corazón. Primero terminamos esto. Será una experiencia enriquecedora. Si después sigues con la idea de que hagamos cosas juntos, lo hablaremos.

—Gracias. Más que eso, estoy enamorada, Eduardo, tengo miedo.

—¿Miedo? aún me resisto, voy a tener que dar el brazo a torcer también. Por cierto, sé que viajas hoy otra vez. ¿Houston?

—Dallas ahora. En tres días Nueva York. Se cierra la venta hasta tener todo bajo control otra vez.

—Faltan dieciséis días para la mudanza. Es mejor que se detengan, por seguridad.

—Después de estos dos viajes programados, quedarán exactamente doscientos cuarenta y dos donantes para mover.

—Han vendido bien este mes.

—Excelente. La gorda de Carlos solicitó un aporte extra, no la contradice en nada.

—Mejor, si ella se entera de lo que venden ustedes, puede ser una mala enemiga.

—Lo sabemos. Nos hundiría sin piedad ante la ley, es una mujer extraña; está aferrada a su proyecto, pero es incapaz de digerir la muerte de personas en nombre del mismo. Es muy blanda. Por eso me gustaría independizarme. Si mi capacidad para trabajar y la tuya para vigilar se unen, seríamos mucho más discretos y eficientes.

—Acabemos esto y después, con mucho cuidado, planearemos lo que sigue.

—¿Y tu mujer?

Eduardo miró a través de la ventana hacia la alberca. El sol brillaba sobre la vereda y el agua verdosa. Un pájaro tomaba agua de un charco de la orilla.

—Terminamos un ciclo de vida. Así lo siento.

—Entiendo. Piensas que ella y Alejandro se entienden.

—Puede ser, llámalo presentimiento.

—¿Cómo tú y yo?

—Algo así, la distancia no es buena consejera.

—Lo sé.

Dicho esto, se acercó más y tomando su rostro con ambas manos, lo besó. Después lo invitó.

—¿Vemos una película?

No había forma de negarse sin despertar sospechas. Era lo último en lo que podía pensar. Después de una tórrida hora en el pequeño cuarto, se metieron en la alberca.

El día quince antes de la fecha, el coronel y el agente americano estaban en su despacho.

—Doscientos cuarenta y dos.

—Coronel, tiene el día, los barcos y los rehenes. Supongo el operativo será de noche.

—Eso depende más de ellos que de nosotros. De noche despertarían sospechas. Será al amanecer. Ya sobre el río, nadie los vigilará hasta llegar a Leguizamo. Será al atardecer de ese día, lo que también les dará un margen de movimiento entre las sombras.

—¿Dónde será?

—Puerto Asís, con un plan “B” en Leguízamo.

—Bien. Si hay más información, se la haré saber de inmediato.

La comida era deliciosa. La pasta gustaba a ambos y acompañada con un vaso de vino tinto, los había relajado. Carmen no iría ese día a trabajar, la presencia de un virus de gripe la mantendría alejada dos o tres días. Ellos comían en la pequeña sala.

—¿Más vino, doctora?

—No gracias, estamos trabajando.

—Solo uno más.

—No, aunque no estemos en algo muy delicado ahora, es importante.

—Nos queda media hora antes de volver al laboratorio.

—Charlemos media hora, no tomo más.

—Muy responsable de su parte, doctora, a veces este encierro me saca de mis casillas.

Alejandro se paró y caminó hasta ubicarse detrás. Sin decir nada comenzó a masajear sus hombros. En media hora era poco lo que podía avanzar. Cerró los ojos. Los dedos recorrían su nuca y hombros causando una agradable sensación; cuando las puntas de los dedos se colaron al frente dentro de su prenda íntima se encendió. El hombre siguió adelante jugando con los pezones. La puso de pie suavemente y la sentó en la mesa; Estela estaba ardiendo. Puso los pies sobre dos sillas frente a ella y lo sintió levantarle la falda sobre la cintura. Cuando le comenzó a quitar las bragas, levantó las nalgas para facilitar la tarea. La acercó al borde de la mesa y la miró a los ojos, antes de perderse en su entrepierna.

Carlos le había pedido que diera una vuelta a la hacienda para ver avances. Estuvo de acuerdo.

—¿Quién me acompañará esta vez?

—James.

—¿Sabe algo de esto?

—No, pero será buena compañía.

—Tú mandas. ¿Cuándo partimos?

—Mañana temprano. Vuelvan el mismo día. Quiero un informe de avance de obra, si existe algún retraso, ver en que nos puede afectar a la operación de mudanza.

—Así lo haremos. Faltan trece días.

—Lo sé.

—¿Arreglaste lo de la guerrilla?

—No dejo de pensar en eso. Si nos descubren saliendo sin avisar, pueden detenernos.

—Deja ver que se me ocurre. ¿Cuántas personas tienen en cada puesto de vigilancia?

—Normalmente dos, a veces tres. Sabemos que han pedido muchachas y se las han prestado, por eso mi miedo a que haya alguno de ellos adentro o alguna mujer fuera, al momento del movimiento.

—Preparo mi viaje para mañana, después veo eso en particular.

—Bien.

La cena había estado deliciosa. James era un perro fiel. De pocas palabras, mirada aguileña y movimientos siempre calculados, Eduardo supo que en una lucha cuerpo a cuerpo, debía ser un contrincante formidable. Mandó un mensaje a Estela y se durmió.

A las ocho de la mañana viajaban. Poco antes de mediodía bajaban en Puerto Leguísimo. El viaje había sido silencioso, con ambos hombres abstraídos en sus pensamientos. La destartalada camioneta de Uvalde los esperaba fuera del edificio del aeropuerto.

La obra parecía estar lista. El cambio era notable. Las cercas paralelas perimetrales estaban listas; los árboles habían sido podados alrededor, puertas y ventanas restauradas. Había luz en todos los cuartos y barracas, era donde más se habían tardado; estarían listas con una mano de pintura, igual que la casona principal. Eduardo calculó seis a ocho días para que estuviese listo para funcionar.

—Bueno James, a cómo va esta gente en cinco días estará listo.

—Buenas noticias para el patrón.

—Para todos, esto es bueno para todos.

—Ahá.

Revisó el abastecimiento de agua y oyó el susurro de una bomba sumergible cuando levantó un interruptor al lado de la noria. El agua brotó por una manguera.

—Esa la conectaremos al tanque grande, para que tengan agua en baños y lavar cosas. No sirve para tomar, señor.

—Será de gran ayuda, no se preocupe por eso.

—Mañana mando tres hombres al puerto, lo que sigue es puro acabado y detalles de cerraduras, vidrios en las ventanas. Calculo una semana más para entregar obra.

—Excelente. Buen trabajo.

—Gracias. Nos faltaron algunas cosas, como usted me dijo, las compré y guardé las notas, para que me repongan el dinero.

—Bien hecho, ¿se lo repongo ahora o cuando termine todo?

—Estoy sacando fiado donde me conocen, cuando terminemos hacemos cuentas.

—Lo felicito, me gusta lo que veo.

—¿Quiere que limpiemos el camino? Está lleno de ramas que no dejan ver muy bien.

—No, así me gusta. La idea es no hacer notar que estamos aquí. Podría empezar a llegar gente y eso es mucha lata.

—Usted paga, usted manda.

James no se despegaba.

—Le diré a Carlos para que vaya preparando el finiquito de la obra, nosotros volvemos al aeropuerto, para regresar temprano a casa.

Habían pasado dos días sin novedad, si no había cambios, faltaban trece para los eventos programados. Después de aquella comida donde ella había puesto el postre y él lo había saboreado por quince minutos, Alejandro la acosaba continuamente.

—Estela, ¿cuándo te puedo ver?

—Todos los días, no falto jamás a trabajar.

—Graciosa, sabes a que me refiero.

—Pues a mí me tranquilizaste por una semana.

—¿Y a mí quién me tranquiliza?

—¿Has pensado en manualidades?

—¡Qué buen sentido del humor!

—Espera a que recargue fuerzas.

—Maldición, en lugar de excitarte, te mandé a hibernar.

—Eres bueno en eso, gracias.

Entraron al laboratorio; Carmen los esperaba después de tres días sin asistir a trabajar.

—Hola muchachos. Al fin esta maldita gripe me deja en paz. ¿Alguna novedad durante mi ausencia?

—Nada digno de llamarse avance. Me alegro de que estés bien, Carmen.

—Gracias, ¿novedades, Estela?

—No. Seguimos con los experimentos.

—Bien. Estamos cerca de poder ofrecer al mundo una probadita de

futuro.

—Me da mucho gusto. Que todo este trabajo sea algo que valga la pena.

—Estela, ¿qué has sabido de tú marido?

—Nada, se le extraña.

—¿Quieres que lo ocupemos para un asunto de vigilancia?

Sus ojos han de haber brillado de alguna forma especial, porque enseguida prosiguió.

—Deja intento hablar con Carlos.

—Nada me daría más gusto —exclamó ante la mirada helada de Alejandro.

La charla siguió sobre temas del laboratorio. Mientras parecía escucharlos, Estela pensaba.

—“Eso sí sería importante para todos, hablando con Eduardo podríamos organizar ambos operativos a detalle. Ahora falta ver si Carlos le contesta y lo autoriza. Faltan doce días”.

Carlos estaba contento. Cuando terminó de pasar los datos, la charla derivó en el plan de mover equipo.

—¿Tienes idea de cómo moverlo?

—Si llevamos en el mismo viaje lo que tenemos en las barracas será poco lo que falte. Lo importante es como llevar la gente desde el barco hasta la hacienda. ¿Tiene camiones?

—Podemos conseguir. ¿Hay otra forma?

—Había pensado en trazar una ruta por la selva. Tenemos la ubicación en el GPS, así que será sencillo hacer una caravana guiada hacia el lugar.

—¿Cómo asegurar que no escape nadie entre la espesura?

—Podemos amarrarlos a la antigua. Con collares y cadenas fuertes nadie escapará y la caminata no durará más de tres a cuatro horas.

Carlos miró a James, que se encogió de hombros.

—Páseme un plan con detalles. Y algunos planes alternativos, el río suele estar vigilado.

—De acuerdo, tardaré medio día.

—Tengo que ir al centro, ¿alguien me lleva o pido taxi? —gritó Érica desde la escalera.

—Háblale a Willie. ¿Adónde vas?

—A comprar algo de instrumentos. El viaje de antes de ayer, me hizo perder un par de pinzas.

—Bien. ¿Vuelves para la cena?

—Por supuesto.

—Yo me voy al cuarto a hacer mi tarea —dijo Eduardo.

Afuera siguieron las voces un rato más. Puso seguro a la puerta, luego miró su teléfono.

—“Patrona quiere que venga, seguridad”. Por un momento no supo que pensar. “Si Carmen habla a Carlos, dudo que le haga caso, faltan apenas once días para la cita. Aunque puedo ir y volver en tres. Sería fantástico para poder planear con Méndez.”

Contestó enseguida.

—“Disponible”. En la tarde volvió a salir. Carlos, James y el doctor Salazar estaban en el patio de la alberca.

—Hola, señores, ¿cómo están?

—Disfrutando el primer aire fresco de la tarde. ¿Qué tal el informe?

—Hay dos opciones. Elija la que guste. Podemos combinarlas o tener un plan “B”.

Carlos echó una mirada a las hojas, luego las pasó a su fiel James. Después de media hora, las hojas volvieron a las manos de Carlos con anotaciones al margen. Las leyó y cerró la carpeta.

—Bien, ahora a cenar. Mañana decidiremos cuál de estos planes se queda.

Se sentaron a la mesa y compartieron un delicioso pescado al horno. Charlaron de los peces, la contaminación de las aguas y el futuro de la alimentación en el mundo.

—Tal vez esa sea tarea para Carmen —aventuró Eduardo.

—¿Por qué para ella? —consultó Carlos por encima de la mesa.

—He leído que la nanotecnología puede ayudar a la agricultura. ¿O me equivoco?

—No se equivoca.

QUINCE

—¿Quién se ocupará de Buenos Aires?

—Allá el problema es más complejo, coronel. Gente de altas esferas del mismo gobierno reciben dádivas. Pensamos hacer contacto con ellos tres días antes. Ponerlos entre la espada y la pared. Nuestra agente hizo algo que nos garantiza éxito.

—Solucionado el problema de la legalidad, ¿quién se hará cargo de las detenciones?

—Esa parte no me corresponde. Será una operación mucho más sencilla que la suya. Es un edificio, con una puerta de salida y del que tenemos todos los planos a la mano.

—Y gente adentro. Entrenada.

—Exacto.

—Hagamos nuestro trabajo.

Eduardo miraba a Carlos con el ceño fruncido, aparentando sorpresa e incredulidad.

—¿A once días de la mudanza quieres que vaya?

—Me gusta tanto como a ti, puedes hacer visita conyugal.

—No me gusta dejar operaciones importantes para atender necesidades.

—Vaya, Eduardo. Atienda esa necesidad y regrese en cuanto pueda.

—De acuerdo. Volveré en tres días. Quiero estar aquí.

—Willie lo llevará al aeropuerto. No lo veré, iremos con Érica a una última entrega.

—¿Usted también irá?

—No, solo la acompañaré a Cartagena. Desde ahí hacemos los envíos. Nuevos amigos.

—Bien hecho.

Había saltado de gusto cuando vio el mensaje.

—“Aprobado mañana”. Fue a trabajar llena de energía. Nada más llegar Carmen se le acercó tomándola por el brazo.

—Báñate bien esta noche.

—¡No me digas que lo lograste!

—Sssh. Viene poco tiempo, aprovéchalo.

—Gracias, Carmen, gracias. ¿Sería mucho pedir si me das medio día

mañana?

—Adelante. Te vienes con él después de comer.

Llegó al hotel dispuesta a ponerse guapa para recibir a su compañero —“Eres tan estúpida, Estela, que te enamoraste. Debes ser discreta, vas a sufrir cuando esto acabe. ¡Solo faltan once días! Por Dios que no buscaba esto. Bueno, no se puede perder de vista que llevamos año y medio en la operación.”

Corrió por el pasillo, abrió la puerta y tiró la bolsa sobre la cama.

—¡Eduardo!

Entró al baño, estaba vacío. Se dispuso a hacer lo que pensaba desde un principio, bañarse, perfumarse y prepararse para una buena noche. Entonces tocaron la puerta. Con sus casi dos metros se veía ridículo, las flores eran hermosas.

—Las fui a comprar por si alguien me seguía.

—Lo sé, gracias. ¿Cómo estás?

—Muy contento con esta reunión fuera de protocolo. Ahora podemos ayudar a programar las operaciones. ¿Sigues en contacto con Méndez?

—Por supuesto. Ella coordina todo con la agencia.

—Bien, tenemos mucho de qué hablar.

—¿Cuándo vuelves allá?

—Pasado mañana.

—Después hablaremos de eso entonces. ¿Te parece?

—De acuerdo, ¿tienes planes para esta noche?

Se paró en puntas de pie y le dio un beso en los labios.

Después del rencuentro y de una buena cena en el restaurante del hotel, hablaron mucho de los avances en el laboratorio, de las medidas que estaban tomando para la reubicación de donantes y operaciones. Se durmieron entrada la madrugada. A la mañana siguiente contactaron a Méndez. La citaron en un pequeño lugar para desayunar donde los clientes se sentaban en una barra sobre bancos altos. Desayunaron hablando mientras la agente escuchaba. No regresaron al hotel, tomaron un taxi y antes de las dos estaban con Carmen. Esta se alegró mucho de verlo. Se sentaron en la pequeña sala los tres y comenzó una charla en medio del consabido café y las galletas.

—¿Cómo están las cosas por aquellos lados?

—Hemos hecho algunos arreglos para ser más productivos.

—¿Dónde te quedas?

—En la casa de Carlos.

—¿Carlos tiene buena casa entonces? Para albergar semejante cantidad de personas.

—No sé si es de él o la renta, es una buena casa de dos plantas con alberca.

—¿Hasta alberca tiene? Erica vive con él supongo.

—Sí, así es.

—¿Sabes que Eduardo anduvo en las selvas del sur de Colombia? Dice que hay delfines y manatíes y otros animales raros —cortó Estela.

—Como miles de millones de mosquitos —sonrió él.

—¡Qué bello ha de ser ese lugar! ¿Qué andabas haciendo allá?

—El doctor Salazar me pidió que lo acompañara. No sé la razón del viaje, pues cuando llegaba con las personas que se iba a entrevistar, quedaba excluido —contestó sintiendo a Carmen muy interesada.

—Les digo que me han llegado rumores de cosas que no me gustan, pensé que tú me podrías corroborar algo.

—¿Rumores? ¿De qué hablas?

—No vale la pena, así déjalo. Yo misma digo que cuando oigas algo sin saber quién lo dijo, no lo repitas.

Estela miró a Eduardo, mientras Carmen se agachaba a recoger un pedazo de galleta del piso. Cuando se levantó sonrió a ambos.

—Estela, has hecho un excelente trabajo. Eduardo parece estar haciendo lo mismo con mi ex. Voy a sincerarme con ustedes; Alejandro piensa que Érica y Carlos tienen un negocio más rentable que el que aparentan. Por eso te preguntaba de la casa, me había contado de los lujos. Coincidimos en que a pesar de que se puede hacer dinero con lo que planeamos, este laboratorio debe absorber la mayoría. Cobra más de lo que dice, se queda con diferencias, que sería su comisión y podría ser mucho más de la estipulada, o vende más y no lo reporta.

—No entiendo —se interesó Eduardo.

—Debe quedarse con el diez por ciento de cada operación. Después de pagar al dueño o familia de un órgano, o a la autoridad que lo consigue, nos debe quedar alrededor de medio millón por corazón. Si se queda con cincuenta mil, yo recibo el resto para investigación y esto se hace seis a ocho veces por año, no veo como juntó para esa casa y su forma de vivir.

Estela se daba cuenta de que Carmen era todo menos tonta. Había mandado traer a Eduardo no por complacerla, sino para que la ayudara a encontrar la verdad que no quería ver.

—Carmen, no entiendo la forma de operar. Debes concentrarte en los resultados que tienes a la vista.

—Por un momento llegué a pensar cosas terribles.

—¿Terribles?

—Sí, lo siento. Me alegro de haber estado equivocada, una cosa es que me roben, otra que nos involucren en algo monstruoso.

La charla se desvió. Desde el término de un invierno especialmente frío, hasta los cambios políticos que se avecinaban en el país del sur.

—Voy a confiar en ambos. Si ven o saben algo quisiera saberlo por boca de ustedes.

—Sí hay algo que debas saber, lo sabrás antes de un mes. Por ahora me he limitado a hacer mi trabajo. Vamos a apostarle a esto, ¿estás de acuerdo?

—Sí. Mi único miedo es meterme en un lío legal, que impidiera concluir años de estudios.

—¡Esto es oro puro, señor!

—Quise que lo supiera enseguida.

—Falta una semana para la operación, salvo algo cambie de última hora. Voy a hacer algunos ajustes, tengo hombres que se mueven en la selva mejor que los monos.

—Supongo habla de asegurar la salida de los rehenes sin que la guerrilla pueda causar conflicto.

—Supone bien. Nada ni nadie impedirá la salida de esa gente.

—Hoy es jueves, coronel. La operación está planeada para el próximo viernes, cuando se supone llegará la mayor cantidad de visitantes de pueblos vecinos a las fiestas. La operación del sur está en marcha también.

—Bien. Aquello será un paseo por el parque comparado con lo que preparamos aquí.

—Lo sé. Se debe hacer simultáneamente para que dé resultado.

—Nuestras comunicaciones en esa zona serán escasas. Deben tener vigilado todo para que, en caso de ver algún signo de alerta, actúen en consecuencia.

—Usted preocúpese de su gente, trataremos de ser igual de eficientes en el sur.

Miró el cuerpo del hombre a su lado, roncaba suavemente. Nadie le aseguraba que volvería a verlo con vida. Sabía que era su trabajo, sentía que, más allá de una relación de compañerismo en medio de una operación de

infiltración, algo latía dentro. Recostó su cabeza en el pecho y miró de reojo los números rojos del reloj sobre la mesa de luz. A las cinco debía despertarlo. Lo hizo antes, de una manera mucho más cariñosa que el estridente reloj. Lo besó despacio, sintió como se apagaba el ronquido, como despertaba por partes, cuando subió el nivel de caricias. Minutos después sintió sobre la nuca la mano del hombre. Podía ser otra simple despedida, o la última.

La eterna sonrisa precedía a Willie ese viernes, al recogerlo del aeropuerto de Barranquilla.

—¿Qué tal el viaje?

Eduardo miró al moreno, le alcanzó su maleta para ponerla en la valija del auto y se sentó en el asiento junto a él.

—Buen viaje. Mi esposa está bien. Eso creo.

—¿Cree? ¿Algo anda mal acaso?

—No lo sé, uno aquí y ella allá mucho tiempo, da lugar a suponer cosas.

—Si usted sospecha que ella se porta mal es porque usted lo hace.

—Puede ser. No creo portarme mal.

—Entonces ella tampoco. Estos días se ha movido mucho la gente.

—Ahora que lleguemos preguntaré.

—Estaré cerca por si algo se ofrece.

Distaba mucho del chofer que imaginaba debiera tener Carlos. Parecía un tipo más bien alocado, que todo se tomaba a risa y con un físico que poco podía ayudar en caso de ser necesario apoyo táctico.

—¿Quién está ahora en la casa?

—Don Carlos, Érica, el doctor Salazar, el doctor Joao y James.

—Muy serio el tal James. En el último viaje al sur casi no habló.

—Cuidado con él. Es un perro fiel del señor. Algo grande le debe que no sabemos, seguro se atraviesa a una bala que vaya dirigida a su pecho.

—¿Tanto así?

—No le haga confianza, lo vi matar un hombre porque lo encontró en la alberca.

—¿Y?

—Era un simple ratero, un muchacho joven, drogado. No le tembló la mano, ni para matarlo, ni para irlo a tirar al río amarrado a una piedra.

—No tengo porque temerle, pero es bueno saberlo.

—Usted me cae bien.

—Gracias por la información.

—Ya llegamos, le ayudo con la maleta.

—Es pequeña, gracias. Yo la llevo.

—Bien, suerte.

El hombre se despidió y partió mientras el atravesaba el patio para entrar a la casa cuya puerta estaba abierta por doña Tomasa.

—¿Cómo está la mejor cocinera de la zona?

—¿Ya no me quiere?

—¿Por qué dice eso, doña?

—Antes era la mejor de Colombia.

—Perdón, tiene razón. El viaje me hizo olvidarlo.

Se cerró la puerta y el fresco de la casa lo recibió. En la sala estaban Carlos y Érica. A través de la ventana del patio, se veía al doctor Salazar y al doctor Joao sentados a la sombra. En el agua, James flotaba cara al sol.

—¿Cómo le fue de viaje?

—Bien, Carlos. Tengo la estúpida idea que fue mi esposa la que me hizo ir.

—Lo ha de extrañar.

—Eso ha de ser. ¿Novedades por aquí?

—Ayer se hizo la última entrega —dijo Érica, molesta.

—¿Problemas?

—Ninguno. Todo se suspende hasta el cambio.

—¿Quedaron cuantos?

—Doscientos cuarenta y dos.

—Bien. ¿Qué falta?

—Estamos en el día seis. Se está preparando el mobiliario para la carga, el vehículo está listo y los barcos navegan ahora hacia puerto Asís. Estarán ahí a partir de mañana, preparando todo.

Tomasa apareció con una piña colada.

—Gracias, usted si sabe cómo tratarme. Déjenme por favor llevar mi maleta al cuarto y darme un duchazo. El viaje fue cansado, estar tres horas antes en los aeropuertos es matador.

—Póngase cómodo y regrese. Tenemos cosas que ir detallando.

Al entrar fue directo al teléfono. Nada.

—Excelente. Todo sigue en marcha.

Se dio un largo baño recordando a Estela. Habían sido un par de días muy intensos y también sentía que eso terminaría al finalizar la misión. Le molestaba que ocupara su mente tanto tiempo cuando debía tenerla clara. Se

tiró un rato en la cama, desnudo, y sin darse cuenta, se durmió. Los toques en la puerta lo sobresaltaron.

—¿Quién?

—Tomasa, ¿va a cenar?

—Ahí voy, claro —contestó viendo las ocho de la noche.

—Una disculpa, señores, me quedé totalmente dormido.

—Está bien, la despedida fue larga y durmió poco.

El comentario del doctor Joao, hizo saltar chispas de los ojos de Érica.

—Demasiado viaje para ir a tomar un café, ¿no?

—De acuerdo. ¿Cómo están las cosas por allá? —cortó Carlos.

—Tranquilo. El clima está mejor, fresco en las noches, caliente un poco en el día.

—No sé si será necesario dar una vuelta por última vez a la hacienda antes de hacer la mudanza, ¿qué dice usted, Eduardo?

—Según mi última visita, todo debe estar listo. Si quiere que vayamos vamos, si tiene confianza con Uvalde, podría decirnos si entregaron.

—Mañana lunes le hablo. ¿Alguna sugerencia de última hora?

—No sé si prepararon víveres para los primeros días. Hay que llevarlos. Siempre va a faltar algo, no podemos llevar tantas bocas y las manos vacías.

—Érica tiene una lista, a ver si se ponen de acuerdo en eso.

—Cuando diga.

Los dos hombres eran jóvenes. Veintiocho años a lo sumo. Las miradas penetrantes y los músculos bien formados, hablaban de un entrenamiento duro y una voluntad férrea. Estaban parados frente al escritorio del coronel. Después de firmar un par de hojas que una asistente se llevó, se encaró a ellos.

—Están aquí porque tengo un trabajo que solo a ustedes puedo confiar.

Los pechos de los jóvenes se inflaron. Un trabajo personal para el coronel era una de las mejores menciones a la que podían aspirar.

—Dentro de cinco días tendrá lugar una operación comando con rescate de rehenes. En su momento sabrán el día, hora y lugar. El sitio donde están los rehenes, está resguardado por dos pequeños puestos de guardia de las FARC. Tres hombres como máximo por puesto. Sabemos que están en la parte trasera o lateral de una construcción cerca de Puerto Asís. Esta gente puede echar a perder el rescate. El trabajo de ustedes será adentrarse en la selva, encontrarlos y neutralizarlos.

—¿Prisioneros?

—¡Sin prisioneros, sargento!

—Sí, señor.

—Preparen equipo. Mañana los dejaremos cerca, tendrán tres días completos para encontrarlos, otro para observarlos y planear. El día cinco, ejecuten y procuren llegar a la comandancia de la zona.

—Sí, señor —se cuadraron.

Según Uvalde, la hacienda estaba lista. Los barcos de Aníbal Fuentes amarrados en el muelle de Puerto Asís. Carlos le había pedido que estuviera ahí cinco días antes y hasta cinco después de la fecha programada, por sí había cambio de planes; el obedecía. Las compras de víveres estaban siendo reunidas en Asís y Leguizamó. El día cinco todo parecía estar listo. La gente empezaba a llegar al puerto, el flujo de embarcaciones había revitalizado el río. Eduardo quería ser enviado a participar de la mudanza junto al doctor Salazar y Joao. Al parecer el primero estaría en el momento de sacar los rehenes del complejo y el doctor Joao los esperaría en el muelle junto a las embarcaciones. El conteo era la base de la seguridad, una persona escapada y todo se podía ir al traste. El doctor Salazar parecía estar provisto de suficientes dosis de tranquilizante para todos. Las personas que los apoyaban en los barcos eran policías que sabían lidiar con gente. Carlos apareció por las escaleras, anochece el día cinco.

—Bien, mañana parten ustedes dos a comenzar tareas. Lleva tus cosas al complejo, haz una lista y divídela en grupos que no sean muy llamativos. Si falta ropa la compren allá. Que te digan quienes son los más proclives a intentar huir para que sean los más sedados. En cuarenta y ocho horas debes tener todo listo. Todos los muebles que puedan usarse en la hacienda serán llevados en igual número de partidas que las necesarias para sacar la gente. Eso te ocupará otro día de resolver; al siguiente día te comunicas aquí para ver que todo esté en orden. Tú, Joao, estarás con el capitán Aníbal en el Delfín I que será el primero en empezar a recibir gente. Que no despierten sospechas. La autoridad portuaria estará mirando hacia otro lado. ¿Dudas?

—¿Qué pasará si la guerrilla se entera y entra?

—Díganles que hay informes de que esperan un golpe de la policía colombiana. Que dejarán la gente en los barcos dos semanas navegando por el río hasta que las cosas se calmen —se adelantó Eduardo.

—¿Si no nos creen?

—Improvisa, doctor, lleve varias respuestas en su mente, por si acaso.

Carlos asintió.

—Bien, vamos a la mesa. Después de cenar nos acostaremos temprano, mañana hay que mover a los doctores y su equipo.

—¿Usaremos algún Lear?

—Sí, Joao. Son rápidos, no llaman la atención en los aeropuertos.

Cenaron y bebieron cerveza. James no había estado presente, Érica se había visto apagada. Eduardo pensaba que la visita relámpago a ver a Estela le había hecho renacer dudas. El teléfono debajo del colchón estaba muerto. Cerca de medianoche oyó ruidos en la cocina y salió, quería un vaso de agua fresca. La sala estaba a oscuras, caminó despacio hasta ver quién andaba. Era Érica, en un corto camión negro, preparando un par de pastillas y un vaso de agua.

—Hola, guapa —susurró casi al oído.

Casi soltó la bandeja. Se repuso rápidamente.

—¿Qué haces? ¡Casi me matas del susto!

—Perdón. Oí ruidos, tenía la esperanza de verte.

Sonriendo depositó suavemente la bandeja sobre la cocina y cerró la puerta. Se colgó de su cuello quedando en puntas de pie, sintió al hombre a través de la tela. Suspiró.

—Te extraño.

—Yo también. Por eso estoy aquí, pienso en ti todo el tiempo.

Metió la mano debajo del minivestido y acarició su entrepierna por encima de las bragas. Como si fuera una muñeca la cargó por la cintura y la sentó en el mueble. La acarició hasta sentirla mojada, luego se separó. Lo miraba enardecida de pasión.

—¿Qué sucede?

—Falta muy poco para que estemos juntos. Si nos agarran estamos muertos.

—Por favor...

—Qué descanses —le susurró, dándole un beso en los labios, desapareciendo con el vaso de agua que ella había puesto en la bandeja.

La oyó rellenar otro antes de cerrar la puerta del cuarto. Se acostó y apagó la luz después de ponerle llave— “Qué mujer. Lástima de operación. Cuatro días y esto termina.”

La noche anterior los habían dejado en el aeropuerto de Asís. En la oscuridad de la noche, mientras el avión daba la vuelta, se habían escurrido en la espesura. Tenían radios de corto alcance. Observaron por enésima vez el

mapa del complejo y comenzaron el acercamiento, auxiliados por sus aparatos de GPS. Estaban a varios kilómetros. Ni los animales que dormían en las ramas se percataban de su paso. Cuatro horas más tarde estaban a doscientos metros del blanco. Durmieron sentados de espaldas al mismo árbol, las armas listas. Las mochilas estaban juntas con comida y agua para dos días. Si algo faltaba, la selva proveería.

Los monos y las guacamayas anunciaron la llegada del día. Se pintaron los rostros con los dedos, de color café, verde y negro. Igual que los uniformes. Trabajarían separados; harían la mitad del ruido, cubrirían el doble de terreno; se sabían capaces de eliminar a tres enemigos sin problemas. Sus M-16 eran mortalmente eficientes en sus manos, pero el trabajo debía hacerse en silencio. El sargento cruzó unas pocas palabras con su compañero y se perdió.

Caminaba en las sombras esquivando cuanto rayo de sol se colaba por la espesura; si un grupo de monos alborotaba la zona al detectarlo, se acostaba en el piso hasta que se iban. Su nariz buscaba olor a humo, a fogón de monte, los oídos alguna risa, palabras. Se movía a razón de cincuenta a ochenta metros por hora, como una auténtica boa. El GPS le decía que estaba al otro lado del complejo. Tomó el pequeño radio y apretó dos veces el botón de llamada; al otro lado, su compañero empezó a moverse.

El Lear despegaba de la pista. Los doctores Salazar y da Silveira iban a bordo, con dos grandes maletas con medicinas y equipo médico. Willie regresaba con Carlos. A pesar de tener todo bajo control, algo lo tenía nervioso. Incluso la sonrisa del chofer le irritaba esa mañana.

—Señor Carlos, ¿directo a casa?

—Así es.

En la casa Érica preparaba cosas, James se aprestaba a dar apoyo logístico entre los barcos y ellos. La ausencia de celulares o internet complicaba las cosas, pero había ideado un sistema para que el barco estuviera en comunicación por radio con el doctor Salazar y de esa forma cubrir los eventos en forma individual. Eduardo seguía en su cuarto. Había oído partir el taxi temprano, no salía para no dar lugar a un encuentro con Érica. Cuando le tocaron la puerta, eran las diez y media.

—¿Quién?

—Tomasa, señor, ¿desayuna?

—Ahí voy.

Cinco minutos después estaba en la mesa con James y Érica.

—¡Cómo duerme, amigo!

—Anoche me puse a repasar todos los detalles, dormí tarde, lo siento —sonrió a James.

Érica sonrió mientras Tomasa le ponía un vaso de jugo de naranja. El olor de los huevos fritos con tocino, despertó el hambre de todos.

—Llegó Carlos —dijo James.

—Bien, para que desayune junto a nosotros.

—El señor desayunó antes de ir al aeropuerto —señaló la cocinera.

—Oh, que madrugador.

—Sírname un café, por favor —pidió Carlos al entrar.

Contó los detalles de la salida de los doctores. Preveía que para la noche Salazar estuviera instalado en el campamento para, al día siguiente, empezar a hacer los arreglos para el transporte. Joao estaría preparando las bodegas con agua, comida y la seguridad requerida para recibir rehenes. Eduardo lo oía y asentía. Érica preguntaba si podía contactarse con ellos.

—No. Ellos estarán en contacto entre ellos, para hablar aquí deben buscar un teléfono en el pueblo.

—Ojalá y todo salga bien.

—Saldrá bien —sonrió Eduardo.

James asintió. Carlos lo miraba. Terminado el desayuno subió al cuarto. La madrugada le había quedado a deber algunas horas de sueño. James anunció que iría con Willie al centro a comprar algunas cosas. Eduardo pidió ir con ellos, James le dijo que prefería que estuviese allí por si Carlos lo necesitaba.

—Bien. Aquí estaré.

El sargento se aprestaba a usar la noche como aliada. Puso su rifle colgado de la mochila y se aseguró de tener la bayoneta a la mano. Buscó el escaso aire de la noche y comenzó a hacer un círculo grande a paso lento. Dos horas después un pequeño sonido metálico lo alertó. Contra el viento, comenzó a descontar terreno apartando las ramas que podían causar ruidos al rozar la mochila. Posando suavemente un pie delante del otro para no quebrar ramas. El sonido se repitió. Cincuenta metros. Se dejó caer al piso. Empezó a reptar hasta descubrir un pequeño fuego. Cuando estuvo a veinte metros, dejó la mochila y el rifle, se dispuso a vigilar. Media hora después tenía la seguridad de que solo había dos personas. Marcó el lugar en el GPS y regresó. A ciento cincuenta metros, en medio de un espeso matorral de la selva, oprimió dos veces el botón del radio. Uno de mensaje recibido regresó

en la noche. Debía esperar a que el compañero hiciera lo suyo y prepararse para actuar dos días más adelante. Comió y se acostó hecho un ovillo sobre las hojas. El olor a humedad y los mosquitos eran su compañía; nada lo movería hasta terminar la tarea.

Estela no había recibido noticias, estaba muy nerviosa. Méndez le había dicho que el operativo para el laboratorio estaba en marcha.

—“¿Cómo se las arreglaron para que las autoridades no revelen el plan? Esto debe salir bien. Trataré de dormir un poco, necesito la mente clara, esta ansiedad me está volviendo loca.”

Méndez era muy eficiente. Pensando que nada le costaba soltarse un poco de la lengua con ella, se durmió. El teléfono celular se encendió a medianoche: —“Tres días, confirma”

A pesar de la hora, marcó a la agente.

—Mañana a las seis y media de la mañana, puesto de revistas.

—Confirmado el día, coronel.

—El personal está en puerto Asís. Disfrazado entre la tropa de frontera.

—Tenemos tres días.

—Mi gente está trabajando.

—En la guerrilla supongo.

—Anulando cualquier interferencia con el movimiento de los rehenes.

—Excelente

Después de recibir el aviso de su superior, el “Comando Jungla” Chávez se dispuso a dormir, aún le quedaban dos días para descubrir el otro puesto. Preparó una cama de hojas en la perfecta oscuridad de la noche y se acostó. Al amanecer comió algo de la ración rancho y se puso en movimiento. Con la ayuda del GPS, veía no repetir rutas y peinar alrededor del complejo. A mediodía se sentó, la selva se durmió con él. Voces lo despertaron, se tiró al piso. Podían pasar a cinco metros sin verlo, tal era su mimetismo. No se acercaron, agudizó el oído y las oyó un poco al norte; reptando se acercó. Cuando estaba a cincuenta metros, un ladrido lo pegó al suelo.

—¡Hijueputas, tienen perro!

Un perro era un acierto. Los había denunciado esta vez, un descuido. También oiría u olería a cualquier intruso antes que nadie. Debía replantear la estrategia. Las voces seguían cruzando a través de las hojas y los árboles de la selva. Eran ininteligibles a esa distancia, al parecer solo eran dos hombres

y el perro. Regresó el camino, marcó el punto en su aparato satelital y avisó con tres apretones del botón. Decidió alejarse unos cuatrocientos metros y montar un campamento de cuarenta y ocho horas, el tiempo que faltaba para la tarea. En medio de la noche, bajo un torrencial aguacero, se animó a contactar al sargento.

—Sargento, dos y un perro.

—Acá dos. ¿Necesita apoyo?

—No creo. Espero órdenes.

—Bien, manténgalos vigilados. Cuarenta y ocho horas.

—Sí, señor.

El chubasco rebotaba en el techo de la selva y escurría de hoja en hoja hasta el piso.

Los doctores habían llegado al puerto.

—¿Seguro, James?

—Corroborado. Todo en orden.

—¿Cuándo nos vamos? —se atrevió a preguntar presa de una gran ansiedad.

—Nosotros nos quedamos aquí, Eduardo —aseveró James.

Frunció el ceño, sorprendido, miró a Carlos.

—No se preocupe, la gente de allá se hace cargo. Si algo sale mal el proyecto sigue.

—Entiendo. Me gustaría haberlo sabido antes. ¿Cuándo tomaremos posición en la hacienda?

—En cuanto los doctores, los guardias y la gente estén adentro. Estarán esposados hasta que lleguemos.

—¿Los llevarán a través de la selva?

—Así es. Fue su idea y me gustó. En dos grupos, por si acaso.

—Correcto. ¿Algo especial para mañana?

—Estaré en el cuarto de arriba, en comunicaciones.

—Érica y yo iremos al centro en la mañana, nos vemos aquí para comer.

Eduardo se quedó mirándolos.

—¿Quieres ir con nosotros? —preguntó Érica.

—La verdad estoy podrido de estar encerrado.

—Vamos—le sonrió Carlos.

Estela miró el teléfono. “No voy, en casa”.

—“¿Cómo que no va? ¿Quién se hace cargo entonces?”

A las siete de la mañana del siguiente día, Méndez recogía una hoja de

máquina dentro de un periódico. Al igual que otras veces, lo leyó, destruyó y regó los pedazos camino al hotel. Envío la información a Colombia, donde el coronel y el agente a cargo ultimaban detalles.

La operación en Buenos Aires era simple. La de Colombia se complicaba, no habría personal de confianza en campo. Estela tenía grabados los ojos suplicantes de aquella morena que le había puesto el papel en su pantalón.

—“Están en manos de su propia gente”.

—¿Qué sucede, doctora? ¿Algo en el trabajo o personal?

Un poco confundida por la pregunta, sonrió y le tomó la mano antes de contestarle.

—Creo que estoy celosa, lo siento.

—¿Celosa?

—Eduardo me dijo que le parecía que la doctora Érica andaba tras sus huesos. Anoche soñé con eso, dormí mal y me levanté peor.

—Tu marido es un hombre que tiene lo suyo, no será capaz de arriesgarse con Carlos. Si se entera de que flirtea con Eduardo, James la mataría sin reparo alguno. Después a tu esposo.

Estela se llevó una mano a la boca, suspiró profundamente.

—Tranquila. Si te lo dijo es porque no tiene intenciones con ella.

—Eso pensé también, la distancia es mala consejera.

—Ve a trabajar, procura concentrarte en eso.

Día dos. En el campamento el doctor Salazar se había hecho cargo, repartiendo pastillas suficientes para dormir elefantes. La gente no se paraba más que para comer o ir al baño. Los muebles se prepararían el día siguiente después que fueran desocupados. Las mesas, sillas y aparatos eléctricos estaban siendo puestos en cajas. La noche anterior había llovido mucho, había lodo en el piso. El campamento parecía adormecido, precisamente lo que quería el doctor.

—Si llegan a llamar los de la guerrilla díganles que tenemos inspección mañana, que no se acerquen por tres días, luego pueden volver —había dicho a los guardias.

Tenían apenas tres días que habían visitado algunos rehenes femeninos, no esperaban movimiento hasta el sábado o domingo. Era jueves. El doctor no dejaba de pensar en el lío que se armaría si alguno se ponía necio al ver los muebles amontonados bajo los techos.

Se despertó empapado y hambriento. Comió, tomó agua y comenzó a acercarse. Tenían una pequeña casa de campaña, recostados a un árbol había

dos AK-47. Durante las cinco horas que los estuvo observando, no hubo cambios en sus conductas, más que alguna ida a la selva a las necesidades más elementales y una siesta de parte de uno de ellos.

Su compañero despertó igual. No podía acercarse por el peligro de que el perro lo olfateara. Con sus pequeños binoculares, esculcó a través de las ramas de los árboles, que en el puesto no hubiera más de dos y el animal. Estudió rutinas todo ese día, en la tarde volvió a su lugar de descanso. Era la última noche.

Eduardo despertó ojeroso. Todo estaba listo, le hubiera gustado estar en la acción. El doctor Salazar tenía ideas desertoras, eso lo ponía nervioso. Se levantó temprano y encontró desayunando a todos.

—¿Listo para ir de compras? —saludó Érica.

—No voy a comprar nada, necesito aire puro.

—¿Quieres que te envíe a la hacienda? —sonrió Carlos.

—No tan puro, gracias. Ya habrá tiempo para eso.

Desayunaron y partieron. Entraron a varios negocios, de los cuales Willie salió con sendas cajas bien cerradas y otras con juegos de sábanas y toallas. Miraba la gente, las mujeres hermosas y recordaba a Estela.

—“Fin del camino, muchacha. Para bien o para mal”

Dos horas después se detuvieron en una plaza comercial dónde tomaron café. Érica se perdió en una tienda de artículos médicos; reapareció dos horas después con un maletín que, a juzgar por el brazo de Willie, cargaba herramienta pesada.

—Bueno, señor, a casa.

—Era hora —dijo Carlos.

—Hombres, quédense en casa si no aguantan el paso.

Media hora más tarde bajaron todo con ayuda de Tomasa. Comieron juntos y Carlos subió por su siesta acostumbrada. Érica se quedó. El pie se movió debajo de la mesa, se sorprendió al sentirlo en su entrepierna.

—Le di una pastilla que lo mantendrá dormido cuatro horas como elefante.

—¿Y Tomasa?

—Vamos a la alberca.

Se sentaron a la sombra de la casa. Estaba nublado.

—¿Estás listo para mañana?

—Pensé que me enviarían.

—Así es Carlos, a su gente de confianza prefiere mantenerla lejos del

fuego. Si algo pasa en dos horas de vuelo estamos lejos de la ley.

—Bien pensado, no me quita la sorpresa.

—¿Nos metemos al agua un rato?

—Deja de arriesgarte, es peligroso.

—Solo juguemos, por favor.

—¿James?

—Arriba, perdido en sus equipos de radio. No sale de ahí ni para comer en estos casos.

—Sigo pensando que es muy riesgoso.

Sonrió, se perdió en el interior de la casa, saliendo quince minutos después con su traje de baño. Pasó al lado de Eduardo y se tiró al agua de cabeza. Dejando la camisa colgada de la silla se tiró también, con los pantalones cortos con todo y cinturón. Ella se puso de frente a la casa pegada a la orilla de la piscina. El a su espalda, alejado de ella unos treinta centímetros. La mano estaba dentro del bañador de Érica y jugaba muy despacio, con el letargo de una siesta en deuda. Ella se acomodaba colgada de los codos en el borde y levantaba las nalgas. La penetró por detrás, viéndola cerrar los puños de dolor. Cuando la sintió relajarse por primera vez se alejó, era un juego de pasión y miedo. La sintió bajar el cierre y adueñarse de su deseo. Se sumergió y se apoderó de él, devorándolo bajo del agua. El riesgo y la excitación los relajaron pronto. Sonriendo se sentaron a la orilla, con los pies en el agua.

—¿Te gustó?

—Eres una desgraciada.

—Eso le da más sabor al juego. El que no arriesga no gana.

—Ni pierde, cabrona.

Estaban riendo cuando apareció James.

—Los doctores se reportan listos para mañana, el capitán tiene la gente y barcos arreglados.

Eduardo saltó fuera del agua, empujándolo al hombre con su estatura.

—Eres realmente eficiente James. ¿Ya se levantó Carlos?

—Aún no.

—Bien, déjame preparar algunas cosas.

—Si hay algo nuevo les informaré —dijo mirando fieramente a Érica.

—Este animal sospecha de nosotros, no quiero verte hasta que esto termine —reclamó a Érica mientras James se perdía en la casa.

—De acuerdo, gracias por el baño.
Desde su cuarto envió un corto mensaje a Estela.
—“Mañana”

Llamó a Méndez, la operación en Colombia estaba en marcha. Ella confirmó la de Buenos Aires. Estaría adentro, debía impedir cualquier sabotaje en las máquinas o archivos. Resistió, como tantas veces, el contestarlo. Si iba a haber problemas sería en aquellos desolados lugares o en la casa de Carlos. Bajó al restaurante del hotel, pidió un plato generoso de pasta y una más generosa copa de vino tinto. Repitió la copa después de cenar. Se sorprendería al amanecer cuando descubriera que se había dormido con una pierna en el pantalón y la otra fuera.

Después de pasar esa noche durmiendo en el piso comió bien al amanecer. Se deshizo de todo lo que no ocuparía dejándolo en la mochila al pie del árbol que le había brindado el cobijo esas noches. La selva despertaba y los monos aullaban moviéndose velozmente en las copas de los árboles. La infinidad de sonidos ayudaba a mantener las mentes distraídas, así que un ruido más o menos no haría la diferencia. El rescate sería esa noche. Para ese momento los puestos de guardia debían estar desactivados. Pensaba en el perro del otro punto de vigilancia, eso podía complicarse. A mediodía comenzó a acercarse. Hay dos horarios buenos para ese tipo de tareas, alrededor de las dos. Tanto de la tarde como de la madrugada. Cuando estaba a veinte metros, vio a uno de los hombres, barbudo y con un viejo uniforme militar, sentado en un tronco caído, comiendo. Los prismáticos detectaron al otro que, con el arma colgada al hombro, orinaba a pocos pasos. El cielo se nubló y empezó a llover, discretamente al principio, oyendo repicar las gotas en las hojas de los árboles allá arriba; minutos después el cielo se descolgó. Se acercó más, viendo a los hombres meterse presurosos a la tienda. Aprovechó para ponerse a cinco metros, pegado al grueso tronco de un árbol. Tal cómo había llegado el chubasco, cesó. Eran las tres de la tarde y todo su cuerpo escurría agua hasta entrar a las botas. Al terminar de llover, el primero en salir fue el que estaba comiendo. Colocó el arma contra el mismo tronco en que comía minutos antes y se metió treinta pasos en el monte, a hacer sitio para más comida. El segundo hombre salió y se estiró levantando los brazos al cielo, frente a la puerta de la carpa. Sintió el golpe en la espalda y bajó los brazos, amagó darse vuelta, cayó de rodillas rodando sobre su costado; de la boca salía un borbotón de sangre que se disolvía en el agua recién caída. Dio

algunas patadas a nada y la cabeza se relajó. Se acercó en silencio, quitó la bayoneta de la espalda y se escondió. Cinco minutos después volvió su compañero, eructando. El color del piso y el uniforme, no le ayudó a darse cuenta de que el otro estaba tirado en el suelo hasta que casi lo pisó. Dio vuelta velozmente para tomar el fusil, quedó helado. El hombre sostenía su arma apuntándole y una bayoneta tomada del extremo de la hoja en la otra mano.

—¿Cuántos puestos más hay?

—Solo este —rezongó el guerrillero con las manos colgando a los lados.

El soldado se acercó y le sonrió, después hizo un rápido movimiento con su mano derecha y cortó limpiamente la mejilla del hombre, que se abrió en un corte rojo brillante. Se tomó la herida con las manos, sin emitir un sonido.

—Última oportunidad.

Los ojos refulgían en la penumbra de la selva.

—Dos.

El sargento volvió a levantar su bayoneta.

—Son dos, ¡no hay más! —chilló el herido.

—¿Cuántos hombres en el otro?

—Dos. Igual que aquí.

—¿Algo más con ellos?

El hombre pareció no entender la pregunta, cuando la bayoneta se alzó ante su rostro, se ablandó.

—Un perro, tienen un pastor alemán. No podrás llegar a ellos sin que te huelan.

—Eso déjalo por mi cuenta. Híncate en el piso.

El hombre hizo lo que le pidieron. Puso las manos en la nuca y cerró los ojos. El golpe de su propia carabina lo enterró de bruces entre la hojarasca mojada. El sargento dejó el arma por un lado, tomó con su mano izquierda el pelo de la frente del individuo, lo levantó del suelo y pasó el filo de la bayoneta de oreja a oreja. El gorgoteo lo mantuvo unos momentos ocupado viendo irse la vida del hombre.

Eduardo había amanecido con grandes ojeras, Érica lo había recibido de acuerdo a ellas.

—Este señor no durmió nada anoche. ¿Por qué tan nervioso, señor Márquez?

—La verdad, prefiero estar dónde están trabajando, es menos estresante

que estar aquí suponiendo que pasa.

—La gente que hará el trabajo no es tonta, además los apoyan policías que saben lidiar con esas cosas. Venga, vamos a desayunar, va a bajar Carlos.

—¿El sí pudo dormir?

—Lo logró entrada la madrugada. Yo dormí a gusto, pues sus ronquidos no se oyeron hasta muy tarde —sonrió la mujer.

Desayunaron jugo de naranja con fruta.

—James está al pendiente en la radio. Todo va según lo planeado.

—No tiene por qué salir nada mal, aunque a veces el diablo mete su cola.

—Tranquilo, hombre. Mañana será solo otra tarea cumplida.

Le había acariciado su mano por encima de la mesa. Pasaron a la sala, charlaron sobre algunas cosas de la hacienda. El primero en bajar fue James, que los encontró en la sala y les dio unos secos buenos días.

—¿Novedades? —preguntó Eduardo con la mejor cara de inocente que encontró.

—Todo bien —contestó, subió a su puesto con el desayuno.

El soldado esperaba viendo el campamento a treinta metros, contra el viento, para evitar el olfato del perro. Tendría que usar su arma de fuego, imposible usar bayoneta sin mediar la alarma del animal. Pasado mediodía, se desesperaba, pues los hombres y el perro no se separaban. A las cinco, con el sol buscando el ocaso se movió de árbol. Buscaba un ángulo para efectuar una corta ráfaga, acabar con todos en segundos. Le pareció oír algo detrás y se dejó caer al piso. Con el M-16 en la cadera se dio vuelta para ver el rostro del sargento. Respiró un par de veces, hasta que la adrenalina lo dejó volver a pensar. Como había llegado hasta ahí no le preocupaba, había historias sobre él; en la selva era un auténtico fantasma asesino. Observaron el sitio otro rato e hicieron un plan. Se separaron. Unos quince minutos después vio al perro parar las orejas, enseguida se irguió y apuntó el hocico al otro lado del campamento, había olido al soldado. Miró a los hombres, que hicieron señas entre sí, tomando sus armas se separaron. El perro siguió a uno de ellos, el otro se escondió detrás de un árbol con el arma colgando de la cintura. El sargento caminaba sin ruido, la lluvia había facilitado eso al mojar las hojas. El hombre estaba concentrado en el lugar indicado por el perro. Podía ser un hombre o un animal, confiaba en el instinto perruno más que en el propio. De no haber sabido de antemano su ubicación era posible tropezar con él. A tres pasos de su espalda, el sargento dejó de respirar. El perro ladró, el hombre se pegó más al árbol. El manual de tácticas tenía razón, cuando tapas la boca a

un hombre, el primer instinto es tomar aire. Al sentir la mano el hombre procuró aspirar, el aire entró por un orificio que partía desde su oreja derecha y salía debajo de la izquierda, para terminar en un solo tajo que cercenó la tráquea. El sargento lo pegó al cuerpo y lo dejó caer suavemente. El perro volvió a ladrar. Tomó su rifle y corrió treinta pasos hacia la zona de los ladridos; cuando llegó, vio al pastor correr alejándose del hombre, que estaba con una rodilla a tierra y el rifle encarado. El perro ladraba en la base de un árbol. Cada vez que el perro ladraba, el sargento daba un paso o dos hasta situarse detrás del sujeto. Tomó el arma y la descargó en la oreja derecha, para verlo caer como fardo. Silbó de tal manera que su compañero supo que los hombres habían sido anulados. Se dejó caer del árbol al momento en que el animal saltaba sobre él; lo recibió con la bayoneta en el pecho enterrándola con su propio impulso de ataque. El animal se defendió unos segundos y murió. Se acercó al sargento que amarraba las manos del sujeto a un árbol. Le echaron agua en la cara, en dos ocasiones más, logrando despertarlo.

—¿Cuántos puestos más hay? —preguntó al sujeto.

Este tardó unos segundos en asimilar su situación real.

—Solo este.

El sargento miró a su compañero, que sacó la bayoneta y de un tajo cortó la oreja morada del sujeto. Dio un alarido que alborotó todos los monos en doscientos metros a la redonda.

—Última oportunidad. Tenemos a otro compañero que nos dio información. Si no coincide con la tuya, adiós a la otra oreja.

El hombre se bañaba en sangre.

—Solo ellos y nosotros.

—¿Cuándo es el cambio de guardia?

—El domingo, todos los domingos mandan gente de relevo.

—¿Dónde está el campamento principal?

—Aquí no hay campamento. Estamos en puerto Asís, somos pocos. Nos gusta venir a estos puestos por las mujeres del campamento, ¿entienden, cerdos?

—Entendemos. Se acabó la fiesta, amigo.

—Mátame de una vez, maldito. Sé que ustedes no toman prisioneros.

El sargento miró al soldado, le hizo una seña con la cabeza. Metió la hoja debajo del esternón, la giró un par de veces y la sacó. La limpió en el uniforme del hombre que se desangraba. Su mano chorreaba sangre caliente.

Carlos estaba comiendo. No había desayunado pues se había levantado

después de las doce y media. Érica y Eduardo lo acompañaban. Hasta esa hora del viernes todo iba de maravillas, según lo que el doctor Salazar había hecho saber a James.

—A la noche será el movimiento. El camión está listo. Le caben sesenta.

—¿Con los muebles?

—Al parecer sí. El doctor Salazar organizó todo, serán cinco viajes.

Era buena información, no había manera de hacerla llegar. James bajó a avisar que los barcos y la gente estuviesen en posición; había suficiente gente en el puerto para pasar desapercibidos. Había escasa presencia del ejército en el muelle, los habían concentrado en el mismo pueblo.

—Bien, esperemos a la noche tampoco se acerquen por allá.

—Érica, todo está bien planeado, descuida —dijo Eduardo levantando su vaso.

Todos lo imitaron. A pesar de las buenas noticias, los nervios flotaban en el aire.

—Sin cambios coronel. Es el día.

—Mis muchachos deben haber encontrado los puestos de guardia.

—Van a ser las seis de la tarde, ¿no deberían haber informado?

—Tranquilo. Ellos tienen que llegar a un puesto de comando para hacer eso.

—¿El resto de la gente?

—Vigilando los barcos. Dos contando rehenes al llegar, los demás esperando la orden.

—¿Puedo quedarme con usted aquí? La verdad no tengo mejor lugar adonde ir.

—Por supuesto, deje pedir café.

Cuando el soldado de guardia vio la estrella verde con reborde amarillo y el águila con la espada sobre su cabeza solo atinó a abrir la puerta. Los Comandos Jungla eran legendarios, el hecho de aparecer de la nada con sus caras pintadas al atardecer y sangre en el uniforme, no hizo más que aumentar la admiración del soldado por esos míticos hombres. Los vio entrar corriendo directo al cuartel general.

—Ya nada puede entorpecer la operación —dijo el coronel bajando el teléfono.

—Excelente, coronel. ¿Avisará a los hombres?

—Ellos están en posición.

—Ha sido una operación de infiltrado de más de un año y medio. Es hora

que esto termine.

—Ellos harán su trabajo.

—A veces es mejor estar en el lugar, que esperando noticias. Es desgastante estar viendo ese maldito aparato esperando que repique.

—Tómese otro café, le hará falta.

—Empieza a anochecer, ¿a qué hora calcula que harán el movimiento?

—Para que se disimule entre la gente, lo harán desde que oscurezca hasta medianoche. Cuando tengan todo preparado esperarán el amanecer para partir. No pueden andar de noche en el río sin una autorización previa.

—¿Cuándo sabremos del desarrollo de la operación?

—En cuanto ellos tengan el control total de los involucrados y los rehenes seguros.

DIECISEIS

El camión entró al campamento con una lona café oscuro que cubría la caja. Dio una vuelta en el interior quedando de reversa junto a la puerta de una de las barracas. Un grupo de jóvenes cargaron algunas camas y colchones; después subieron al camión hasta completar cincuenta personas. Joao debería esperar cuatro viajes de cincuenta más uno de cuarenta y dos. El efecto de los sedantes obligaba a que a muchos tuvieran que ser ayudados a subir. Aseguraron todo, bajaron y amarraron bien la parte trasera. Con un ronquido el motor diésel arrancó, el vehículo abandonó el lugar. Media hora después entraba al muelle. Joao los recibió, dejando seis en buenas condiciones ayudó a enviar los otros cuarenta y cuatro a la bodega del Delfín I. Los muebles fueron apilados sobre cubierta, los otros seis bajaron. Había sido una operación de hora y media.

—A este paso terminaremos sobre las dos de la mañana.

—Así es. Si ponemos otro camión puede llamar la atención del ejército.

—Bien, Aníbal, mantente atento a tus barcos. ¿Pusieron agua abajo?

—Sí, no tenga cuidado, hay un hombre cuidándolos.

—Bien.

Tenía más de dos horas en el lugar cuando vio llegar el camión. Contó la gente, cincuenta. Ninguno regresaba, salvo el chofer y un guardia que había venido en la caja con los rehenes. El agua estaba fría, le esperaban muchas horas. Flotaba en la orilla a escasos quince metros del barco, junto a un grupo de ramas y cajas de madera. Cincuenta metros más atrás, otros siete hombres acechaban. Cuando el camión partió informó el número y volvió a su puesto.

El segundo viaje fue igual de eficiente. Cincuenta más. Los muelles estaban solos esa noche.

El doctor Joao estaba muy nervioso. No era un trabajo que le gustara.

—Aquí debería estar Eduardo o James. Son los de seguridad.

Cuando el segundo camión llegó y se repitió la maniobra sin problema alguno, la confianza creció. La gente abajo dormía casi al llegar, no habría problemas con ellos. Mandó a decir eso al doctor Salazar. Joao se metió a la cabina del barco con el capitán.

—¡Qué forma de caer agua esta noche!

—Doctor, el agua manda la gente a las casas, menos ojos que puedan ver.

—Eso sí. ¿Tiene café por aquí?

—No, doctor. Hay ron.

—¿Ron? Pues prepáreme uno a su gusto, por favor. No soy afecto a él, pero la mojadura me antojó algo así.

El capitán Aníbal estaba tranquilo. Había tenido tantos encuentros con la ley a lo largo de su vida que el espíritu tenía callos. Bajó a ver la gente, el siguiente viaje se repartiría en dos, para empezar a equilibrar la carga con el Delfín II.

El tercer viaje llegaba. Pasó el informe. Tenía muchas horas en el agua. Volvió al puesto, el aguacero no le molestaba más que por el ligero ardor que producían las gotas en el rostro. Se acercó al casco del bote, que lo protegió. Cuando empezaron a bajar gente oyó la voz del capitán.

—Deje veinte acá, Joao, el resto va al otro. Vamos a repartir la carga.

—Bien, esta agua va a mojar todos los colchones.

—Nada se puede hacer.

Tras cargar algunas cosas y otras veinte personas, las bodegas del Delfín I se cerraron. Adentro había ciento veinte personas y un guardia armado con una macana de madera. Sobre cubierta un amasijo de camas, colchones y sillas; era todo lo que verían los curiosos al día siguiente. El segundo barco recibió treinta personas más algunos muebles. Eran las once.

El doctor Salazar fue enterado que empezaban a llenar el segundo barco. Quedaban aún noventa y dos personas. Envió los siguientes cincuenta, en su mayoría mujeres. Los muebles eran pocos, sillas y algunos enseres de cocina, ellas podrían cargarlos. Tenía una persona custodiando la puerta trasera del campo; que la guerrilla se diera cuenta de tanto movimiento era su único miedo en esos momentos. El cuarto camión partió. Las cuarenta y dos personas que faltaban dormían sentadas en las largas mesas de uno de los comedores. La medicina les había hecho más efecto del que esperaba, tal vez las altas horas de la noche ayudaban. Lo cierto era que, hasta el momento nadie había hecho intento alguno, siquiera de preguntar la razón del cambio. Estaba ansioso por hablarle a James y decirle del éxito total de la operación. El camión se fue, se preparó para organizar el último viaje.

Doscientos a bordo, había dicho el soldado a su superior en el cuarto informe. El primer barco estaba a oscuras. Había un guardia en la cubierta; el capitán se había trasladado al segundo, con el doctor Joao, para supervisar el conteo de personas. El puerto estaba dormido. El agua seguía mojándolo

todo, aunque sin la fuerza de dos horas antes. Las luces del puerto brillaban sobre la áspera superficie del río. Un perro lanzó un ladrido ronco en la noche e inmediatamente un coro canino le contestó. El capitán se había puesto un poncho de hule, el doctor no había tenido la precaución de hacerse de uno; estaba empapado y un poco alegre, después del tercer vaso de ron con refresco de cola sin hielo. El camión se fue. Por su última carrera.

—Otro, mi doc, a esperar el amanecer para poder salir.

—Salió mejor de lo que esperaba.

—La lluvia nos ayudó mucho. El pueblo se murió y nadie ha visto nada.

—Nuestro miedo era la guerrilla al sacar la gente.

—Imbéciles. Tanto daño que han hecho a este país.

—Recuerde capitán, a río revuelto ganancia de pescadores.

—Eso es cierto. Tranquilidad aquí no va a haber nunca, si no son ellos será el narco, siempre será zona de conflictos. Así son las fronteras.

—Más sin comunicación.

—Métase a la cabina, le aviso cuando llegue el último.

Feliz porque la guerrilla no parecía haberse enterado del movimiento, el doctor Salazar se subió a la cabina con el chofer mientras tres guardias y cuarenta y dos rehenes, se amontonaban entre los últimos muebles. Abandonaron el lugar, cerraron la puerta; el verla abierta llamaría la atención. El doctor miró el lugar, fin de una etapa que empezaba a pesarle. Subió y dio la orden de arrancar. Tres de la mañana. Los limpia parabrisas del camión desparramaban el agua sobre el quebrado cristal en rayas curvas paralelas. Entraron al muelle, apagaron las luces. El doctor Joao lo saludó levantando la mano.

—Se va a enfermar usted.

—Sí, una estupidez no traer un impermeable.

—Al parecer todo terminará bien.

—Todavía falta el viaje hasta Leguízamo y el cruce por la selva.

—Eso no me da miedo. La guerrilla y la carga en este puerto eran los puntos más peligrosos.

—Nomás metamos a todos bajo cubierta, que se vaya el camión y aquí nada ha pasado.

En ese momento, el camión desaparecía tragado por la oscuridad, dejando un guardia en cada barco; uno bajo cubierta y otro sobre ella. El capitán y ellos bajaron a la cabina del primer bote.

El camión se deslizaba por el puerto. De pronto un grupo de hombres

salió al paso, apuntándoles con sus fusiles.

—Maldición, son soldados —casi gritó el chofer.

—Tranquilo, venimos vacíos —lo calmó el policía que lo acompañaba.

Los bajaron sin pedir explicaciones. Revisaron el vehículo y un vehículo con las luces apagadas apareció de la nada. Los subieron y partieron rumbo a la noche.

El soldado avisó del último viaje y salió del agua. Eran ocho soldados vestidos de negro, reunidos en la orilla del río.

—Ustedes dos, a los barcos, tres minutos. Busquen un lugar desde donde puedan cubrir alguna huida. Cuidado, traten de no disparar, puede ser algún rehén. Si es un guardia y están seguros, mátenlo.

—Sí, señor —susurraron ambos al momento de echarse al agua y desaparecer en la noche con los rifles automáticos sobre las cabezas.

—Ustedes dos conmigo, vamos por el primero. Los demás por el otro. Cinco minutos, traten de ser silenciosos. No queremos disparos. El amanecer debe encontrarnos a cargo de los dos barcos y de los rehenes sanos y salvos —prosiguió el oficial.

En pocos minutos los ocho estaban flotando alrededor de los barcos. Un par de luces en lo alto de igual número de arbotantes, iluminaban entre la llovizna.

Para Estela, conciliar el sueño era imposible. Había decidido que no dormiría hasta recibir noticias de Colombia. La agente Méndez le había informado que a las nueve se harían cargo de los laboratorios. Miraba su teléfono cada cinco minutos e iba al baño cada quince gracias a la gran cantidad de café que tomaba esa noche. Había pasado medianoche, no había novedades. “En mi maldita vida, he visto minutos más lentos.”

Eduardo había dormido en la sala igual que Carlos. James estaba arriba esperando noticias y Érica había ido a su cuarto. A medianoche no había novedades, al dejar la charla el sueño les había ganado a todos, menos a James. Afuera, por órdenes de Carlos, Willie esperaba en su taxi, dormido también. Era una larga noche. En el aeropuerto, un Lear jet con su piloto a bordo, esperaba una orden para despegar de inmediato.

El soldado tomó posición en el segundo barco. Se acercó al timón y sin

hacer ruido alguno observó la cubierta sobre el borde. La lluvia le ayudaba pues el guardia tenía puesto un impermeable que le dificultaba ver a los lados. Observó unos minutos, no vio nadie más. El guardia cabeceaba sentado en uno de los bultos, hasta que la cabeza colgó inerte. El comando subió a cubierta, se acercó por el lado izquierdo. La cachapa de la pistola sonó brutalmente, tuvo que agarrarlo para dejarlo caer sobre la madera. Entonces tomó una soga que colgaba del cinturón y la tiró por la borda. Dos compañeros estaban con él en minutos. Esposaron al hombre y le taparon la boca con cinta. En el segundo barco el doctor Salazar despertaba de un sueño incómodo. Salió a cubierta y vio al guardia peleándose con el sueño. Le tocó el hombro.

—Abra los ojos, amigo.

—Perdón, doctor. Es la hora.

—Está bien. Nomás no se me distraiga, aún no estamos a salvo de nada. ¿Ve al guardia del otro barco?

—No, la luz es mala, ha de estar dormido también.

—Voy a despertarlo, van a ser las cuatro de la mañana, no falta mucho para amanecer.

Carlos había descubierto a Eduardo. Estaba sentado en una silla esposado a la espalda. James reía apuntándole con la pistola a dos metros de distancia, no confiaba en ese grandulón. Su jefe lo miró e hizo una seña; sonriendo, James levantó el arma y apuntó al rostro. El dedo presionaba el gatillo.

El grito desgarrador la despertó, alejándola de la pesadilla donde veía a Eduardo ser descubierto y ejecutado por Carlos. En uno de esos despertares a medias, recordó que no había cenado más que un número indeterminado de tazas de café, hasta que se había acabado la dotación del cuarto. Nada en su celular. Se había acostado vestida, se quitó toda la ropa y se metió a la ducha. “Cuídate Eduardo. No te confíes, tienen más trucos que un mago de Las Vegas”.

El comando estaba colgado del timón del barco cuando se abrió la puerta de la cabina. Vio al hombre despertar al guardia, después oyó la conversación. Cuando bajó al muelle para ir al siguiente bote, se movió. El guardia recién despertado era peligroso. Lo vio desperezarse abriendo los brazos y se acercó a la puerta abierta de la cabina, donde puso las manos para mirar al interior. Oyó un ruido a sus espaldas y se dio vuelta sin mucha prisa; la hoja helada de acero entró debajo de la oreja izquierda y penetró en el cerebro, un golpe certero cientos de veces practicado. El soldado se puso el

impermeable y dejó caer el cuerpo por la borda hasta el agua, donde sus compañeros lo amarraron de la misma cuerda por la que subieron. El doctor Salazar estaba subiendo cuando un movimiento llamó la atención. Alguien empujaba a un hombre. Volvió al muelle muy excitado. Sentía el corazón latir en las sienes. Vio dos cabezas emerger del río. Dio media vuelta y salió corriendo hacia la ciudad. El comando sobre el barco que iba a abordar lo vio y saltó detrás de él, se unió otro de los que vigilaban. Se metió en una oficina a oscuras y cerró la puerta. Tomó el primer teléfono a mano, marcó rápidamente. La puerta de la oficina temblaba ante el embate de los comandos, que la derrumbaron y llegaron a él.

Eduardo y Carlos roncaban suavemente, cuando fueron despertados por los pasos acelerados de alguien por las escaleras. James bajaba con un arma en la mano. Eduardo se tensó.

—¿Qué pasa, James?

—¡Tú dímelo, cabrón! Me acaba de hablar Salazar. Asaltaron los barcos en Asís.

—¿De qué hablas?

—Solo nosotros sabemos de la operación. Tú eres el traidor.

—¿En qué te basas para acusarme? Sabíamos que había riesgos.

Érica bajó al oír los gritos.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó alarmada.

James señaló con la pistola a Eduardo.

—Él nos entregó.

—¿Cómo? Si está aquí todo el tiempo.

—Ve al cuarto de este maldito, saca un teléfono que hay escondido bajo el colchón.

Eduardo sintió sudor en las manos. ¿Desde cuándo lo sabía?

Carlos regresó con el aparato y se lo entregó a James. Este lo sacudió delante del rostro.

—Has estado enviando mensajes a alguien, seguro tu mujercita linda. A pesar de no saber que dicen, ahora todo cae por su propio peso, maldito. ¿Por qué escondes el aparato tan bien?

—Solo esperemos a ver que dicen los doctores, no entiendo de que hablas. Ese aparato me lo dio Carmen, es para hablar con Estela. Son puros mensajes de pareja, míralos.

—No me importan los mensajes, sino las coincidencias. Desde que Tomasa lo encontró, lo reviso cada vez que te vas. Estás frito.

Érica se llevó las manos a la boca, Carlos se hizo a un lado. Eduardo bajó la cabeza con los brazos colgando. James miró a su jefe que asintió, cuando apretó el gatillo ya no estaba. Había saltado hacia atrás y en el mismo movimiento empujado una parte de la sala, que logró desequilibrar al pistolero. Tenía pocas oportunidades, así que tomó un florero y lo lanzó con fuerza adónde recordaba haber visto a James por última vez. Lo oyó estrellarse en alguna parte y gritar a Érica. Después a Carlos.

—¡Te jodiste, traidor! A ver si te sabes algún rezo, porque lo vas a ocupar.

Eduardo se acurrucó detrás de la sala e impulsando el mueble con sus largas piernas lo hizo volar a través de la habitación, para darse cuenta de que James lo había esquivado. Le apuntaba al pecho. La adrenalina se apoderó de él; dio una vuelta hacia atrás, para sentir otro disparo y un agudo dolor en el hombro derecho. Quedó sentado con la espalda pegada a la puerta que daba al patio de la alberca. La puerta del frente de la casa se abrió de repente y vio la figura de Willie recortada en ella. James lo miró y regresó a su víctima. Dio dos pasos hacia Eduardo, sonrió, como gato jugando con el ratón. Levantó la pistola y apuntó. Eduardo cerró los ojos. Los disparos resonaron en la sala, el grito de Érica lo sorprendió. Una pistola humeaba en las manos de Willie y James estaba de lado en el piso, escupiendo sangre.

—¿Qué haces, estúpido? —gritó Carlos.

Willie cerró la puerta de la casa, entró despacio. Con la automática apuntando a la pareja.

—¿Cómo estás? —preguntó a Eduardo, que sangraba del hombro.

—No agarró hueso —contestó, más asombrado que asustado.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó Érica aterrada.

El moreno, ahora sin su sonrisa, la miró a los ojos.

—Agente especial de Interpol en Colombia, William Gálvez.

Eduardo sonrió y se puso de pie. La sangre escurría por su brazo al suelo.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Tengo más de cuatro años adentro, no estaba seguro de que usted pudiera guardar secretos.

Carlos se dejó caer en el sofá. Afuera se oían sirenas que pronto se detuvieron en la cuadra.

Con el doctor Salazar asegurado, los dos comandos regresaron al bote. En el primero dos hombres entraron a la cabina. Despertaron al doctor Joao y al capitán Aníbal Fuentes, que no daban crédito, al ver a los hombres de negro

frente a ellos. Tras averiguar que los guardias de las bodegas no tenían armas de fuego los sometieron. De acuerdo a los planes los rehenes no fueron molestados. El líder del grupo desapareció en la noche rumbo al cuartel general. Los prisioneros estaban repartidos en ambos barcos para ser interrogados por separado, mientras los rehenes, en su mayoría dormían sin saber que sucedía.

La lluvia se había detenido. Pequeños grupos de estrellas aparecían entre los espacios dejados por las nubes en el firmamento.

El primer manotazo fue al aire; el coronel estaba profundamente dormido al oír repiquetear el aparato.

—Diga.

Durante tres largos minutos, un diálogo de muy pocas palabras por parte del coronel se había llevado a cabo. Al terminar dejó el aparato y se puso de pie, estirando toda su humanidad. Miró al agente sentado frente a él.

—¡Rehenes a salvo y asegurados!

—¡Felicidades! ¿Algún inconveniente?

—Uno de los involucrados alcanzó a hacer una llamada desde una oficina portuaria antes de ser capturado, no sabemos a quién.

—Con qué no haya llamado a Buenos Aires.

—Lo dudo mucho, fue poco tiempo y en esos lugares ese tipo de comunicación no es sencilla. Seguro habló a los jefes en Barranquilla.

—¿Cómo va la operación allá?

—Espere.

Hizo una llamada, esperó más de diez minutos, hasta que logró hablar con alguien.

—Todos detenidos, su hombre está herido.

—¿Qué tan grave?

—No supieron decirme, hay un hombre muerto de parte de ellos. ¿Tenía otro agente entre ellos?

—Así es. No había logrado escalar en la organización. Por eso decidimos infiltrar esta pareja sin decirles que había alguien dentro.

—Pues al parecer ese fue quién mató a uno de ellos después de que hiriera al agente.

—A esperar resultados de Buenos Aires.

El coronel tomó nuevamente el aparato.

—Capitán, que envíen a puerto Leguízamo dos aviones Hércules C-130. Con personal de vuelo nada más. Informe al comando de rescate que regrese

con ellos a la base, incluyendo los dos Comandos Jungla que operaron en solitario.

Peter Richardson saboreaba el triunfo ante sus superiores. Con una pareja infiltrada a salvo, los rehenes asegurados y una operación exitosa, imaginaba vacaciones en familia.

—¿Adónde los llevarán, coronel?

—A Antioquia. En la Base Arturo Lema Posada.

—Bien. ¿Puede decirme hora de llegada?

—Lo haré cuando tenga los datos. Los aviones volarán hasta Leguízamo sobre el filo del mediodía.

Eran las siete treinta cuando una Estela demacrada por falta de sueño, pidió al conserje del hotel una pequeña caja de seguridad. Sacó de la misma una pequeña valija de piel y se marchó hacia el estacionamiento. Mientras calentaba el auto, sacó su identificación oficial del FBI y la guardó en la cartera. El resto de los documentos los dejó debajo del asiento. Tres cuadras antes de llegar, un auto se pegó detrás. Se puso nerviosa. Parecía gente de gobierno. En el siguiente semáforo en rojo se detuvo. Cuando se puso verde, el auto de enfrente no se movió. El golpe en el vidrio al lado la asustó. El hombre le enseñó un documento oficial de la Policía Federal. Bajó su vidrio.

—Dígame.

—¿Doctora Estela Márquez?

—Así es.

—Gracias, abra la puerta del otro lado por favor.

No tenía opción, mientras el policía daba la vuelta al vehículo, quitó el seguro. El hombre se sentó en la parte trasera.

—Doctora, voy a entrar con usted. Haga lo que hace siempre, esto es trabajo local, ¿entiende?

—Claro, no pasará de la primera puerta. Tienen perro.

—Usted se encargará de que pasemos. No se asuste.

El hombre sacó un pequeño envase y roció gasolina en todas las puertas del auto. Anularía el olfato del animal. El auto de adelante arrancó, ella continuó rumbo a los laboratorios. Una cuadra antes de llegar, se dio cuenta que la zona estaba muy vigilada. Enfiló a la primera puerta y tras esperar la primera comprobación del guardia la cruzó, deteniéndose ante la segunda. El segundo guardia se acercó al auto. Metió el espejo debajo del auto y abrió la cajuela. Le dio el paso. El perro no detectó nada anormal.

—Suerte, doctora, confían mucho en usted, no me vio tirado entre los

asientos. Estacionese donde siempre. ¿Hay cámaras abajo?

—No en esta parte al menos. En cuanto tomemos las escaleras nos verán.
¿Y si lo hubiera visto?

—El guardia estaría muerto.

El hombre salió del auto y le entregó un revólver .38 muy pequeño.

—Sabemos que los guardias tienen armas cortas. Quíteselas, que nos abran las puertas.

Sonriendo tomó las escaleras. El primer guardia le dio los buenos días.

—Que tal, buenos días, doctora.

—Hola.

Llegó al puesto del segundo guardia y las cámaras. Lo saludó, cuando el hombre se dio vuelta a seguir en la vigilia, pegó la pistola en su nuca.

—¡Por favor no se mueva! Ponga sus manos donde las vea.

El hombre temblaba. Puso manos a la vista mientras le quitaba la pistola de la funda, colocándosela en el hueco de la espalda. A través de la puerta de vidrio vio al otro guardia esperando más vehículos.

—Abra la puerta del frente —pidió al guardia.

—Doctora, ¿qué sucede aquí?

—Tranquilo. Solo abra la puerta.

El otro guardia se sorprendió al escuchar abrirse la puerta, sin aviso previo. Bajó las escaleras para revisar quién llegaba. Nada pudo hacer cuando detrás del automóvil desconocido un grupo de asalto con equipo especial se coló por los lados. Echó mano a la pistola, detuvo el movimiento cuando vio su pecho en el que danzaban un grupo de luces rojas. El grupo aseguró la guardia.

—Ahora siga abriendo y cerrando esa puerta siguiendo las órdenes —dijo al asustado guardia, mientras señalaba a los federales.

—Está bien.

El primer hombre la saludó al entrar.

—Excelente trabajo, agente Márquez. ¿Dónde está la doctora Carmen Pellegrini?

—Arriba. ¿Me permite llamarla a la sala de juntas?

—Por supuesto. Si está presente el ingeniero asistente también.

—¿Alejandro?

—Por favor.

Detrás del tono amable la autoridad no dejaba dudas. Los tres hombres se sentaron en la pequeña sala dejando cinco sillas vacías. Minutos después una

asombrada Carmen ingresaba al recinto.

—Carmen, el señor Arthur Clark, de Departamento de Justicia de los Estados Unidos.

La vio ponerse tan pálida que pensó caería al piso.

—Comandante Arturo Neves, de la Policía Federal Argentina y el doctor Mendel, en apoyo al departamento de estado americano.

En eso entraba Alejandro, se sentó mirando a todos. Sin hacer comentario.

—¿Qué sucede aquí, Estela?

—No te asustes, Carmen. Mi nombre es Estela Stevens, agente especial del FBI. Eduardo es agente enlace y apoyo de Interpol.

La vio desarmarse en la silla y comenzar a llorar. Alejandro no cerraba su boca, sabía que el problema a la vista era de dimensiones incalculables.

—Doctora Pellegrini —empezó a hablar el comandante Neves— estas personas han estado infiltradas durante más de un año y medio en las operaciones del señor Carlos Dos, aunque no sabemos si es su verdadero nombre y apellido. La doctora Érica Lazcano y los doctores Enrique Salazar y Joao da Silveira, están ahora detenidos en Colombia, tras un operativo exitoso del ejército.

—¿Y los rehenes? —suspiró Estela.

—No hubo bajas, doctora. No entre rehenes al menos.

Carmen miraba a Estela y al comandante.

—¿Rehenes? ¿De qué hablan, Estela?

Estela miró a su jefe, este asintió. Le tomó la mano a Carmen, que se aferró a ella.

—Carmen. La operación empezó por tráfico ilegal de órganos. Nos infiltramos cuando descubrimos en Houston, a unos compradores que colaboraron y a cierto doctor que se prestó a seguir el juego. Hasta ahí estás enterada.

Ella asintió.

—No es como te decían que lo hacían. No compraban órganos a delincuentes o a personas fallecidas en hospitales. Los secuestraban, los mantenían en campamentos vigilados, separados por tipo de sangre y peso y esperaban un receptor. Cuando aparecía los asesinaban para vender sus órganos.

La doctora pareció descomponerse, Alejandro se tapó el rostro con las manos. Estela continuó.

—Lejos de los dos o tres que te reportaban algunos meses, el tráfico era a veces de más de quince, incluyendo varios órganos a la vez.

La mujer temblaba en un llanto convulsivo. Apretó la mano de Estela hasta el dolor, esta no se movió. Hizo una seña a su jefe y abrió un pequeño maletín. Ella misma preparó la inyección y el sedante se introdujo en el flujo sanguíneo. Dejaron pasar algunos minutos hasta que se tranquilizó y levantó la vista.

—No estoy preparada para esto. Lo siento mucho. ¿Por qué no me lo dijeron desde un principio?

—No queríamos detener un viaje, sino una organización completa. Eso requiere mucho tiempo y planeación. Tampoco estábamos seguros de hasta qué punto ustedes participaban.

—¿Qué pasará con nuestro laboratorio?

Arthur Clark carraspeó para pedir permiso de hablar.

—Doctora. Tenemos un informe completo de actividades y las de su ingeniero aquí presente, incluyendo un par de pérdidas humanas en pruebas. La razón de que esté aquí es negociar con el gobierno que todos los avances realizados en este sitio sigan adelante. No podrán evadir ninguno de los dos la acción de la justicia; hemos arreglado que se hagan algunos cambios en el edificio. Serán juzgados por los delitos que resulten, algunos de ellos graves según las leyes internacionales y del país. Apoyamos que la pena sea cumplida dentro de estas instalaciones, bajo resguardo de fuerzas combinadas. El daño está hecho; sería una falta de respeto para las víctimas que todo se perdiera. No sé en lo personal el alcance de sus investigaciones, el doctor Mendel se hará cargo de esa parte. No participará en sus proyectos, solo puede evaluar lo que hay hasta el momento y darnos su informe; si es tal cual la doctora informó, al final la humanidad puede dar un paso firme.

Carmen miró a Alejandro, tenían los ojos llenos de lágrimas.

—No podrán salir de aquí de ninguna manera —continuó el comandante Neves— haremos un listado de su personal, cada uno será identificado y vigilado hasta que todo esté en orden. Tendrán un par de habitaciones para que permanezcan cómodos, entiendan: están detenidos hasta que un juez resuelva la situación jurídica de ambos.

El comandante se puso de pie junto a Clark.

—Demos una vuelta a las instalaciones con el doctor. Después esperaremos órdenes.

—Que el ingeniero los acompañe —señaló Estela a Alejandro.

—De acuerdo, vamos.

Aplastado moralmente, Alejandro los guio por los pisos y laboratorios. Estela y Carmen charlaban en la sala.

—Estela, tanta sangre, ¿por qué? No necesitábamos eso, que espantoso. Me siento una asesina.

—Lo siento. Ellos cubrían contigo sus conciencias, tenían su propio negocio. Tienen una fortuna en bancos uruguayos y de las Caimán. Todo será requisado.

—¿Se lo repartirán a las víctimas?

—No tengo idea, nosotros no participaremos.

—¡Quisiera morirme, te lo juro!

—Mejor saca adelante todos tus proyectos, para que la muerte de tanta víctima inocente no haya sido en vano. Que sea tu propósito de vida.

A pesar del calmante, Carmen comenzó a llorar histéricamente. Estela la abrazó.

—Tranquila, nuestro informe aclara que no estaban ustedes enterados de esa parte del negocio. Solo reportamos las dos muertes y la gente que tienen aquí en calidad de pacientes de laboratorio.

—¿Cuántos años nos darán?

—Desconozco de leyes de tu país. No te hagas muchas ilusiones, pasarán varios años antes de que puedas salir.

—Será mi redención. Trabajaré tantas horas como mi cuerpo aguante, hasta que todo esto sirva para que la humanidad alcance un nivel de vida nunca visto. A eso dedicaré el resto de mi vida, como monja en un claustro.

—Tienes porque luchar, no te desanimes. Tu misma lo dijiste, algunas cosas que han beneficiado a los humanos empezaron con sangre inocente.

—Lo sé, es más fácil hablar que estar dentro.

Estela la abrazó fuerte, pidió a un policía que entrara con ella. Salió a buscar a Arthur Clark.

—Disculpe, señor.

—Adelante.

—¿Cómo está el agente Eduardo Márquez?

El hombre la tomó de un brazo y la alejó del grupo.

—Lo hirieron, es todo lo que sé. Hubo una refriega en la casa a la hora de la detención o algo así, deme media hora y le daré detalles.

Sintió aflojarse las piernas. Herido. Eduardo estaba herido. Pensó en su sueño.

—¿Puedo pedir un favor?

—Viendo lo que hicieron puede pedir lo que quiera.

—Quiero viajar a Colombia, señor, cuanto antes.

El hombre se tocó la barbilla, se acercó un momento al comandante Neves. Los oyó hablar por lo bajo. Después se volvió frente a ella, sonriendo.

—Bien. Un agente local la llevará al hotel, prepare sus cosas, la llevarán al aeropuerto. Volará a Bogotá, haré que la espere un agente nuestro.

—Gracias, ¿por qué a Bogotá? Quiero ir a Barranquilla.

—Los rehenes y el equipo de rescate estarán en Antioquia. Ahí la llevarán.

—¿El agente herido?

—Ahí le darán más información, lo siento.

Les dio un apretón de manos a todos y desapareció, acompañada por un joven policía.

El operador del aeropuerto de puerto Leguízamo, veía asombrado como bajaban en la pista los aviones Hércules y se acomodaban en fila en la pista, listos para volver a partir. A nivel del mar, solamente esos monstruos eran capaces de aterrizar en pistas tan cortas, aunque fueran de tierra. Empezaron a llegar camiones del ejército, vieron bajar docenas de hombres y mujeres ayudados por personal militar a subir rápidamente por la parte trasera de los transportes. Minutos después despegaban con rumbo desconocido. Había revuelo en el puerto. Se sabía de un operativo misterioso en el muelle durante la noche y de movimiento inusual de tropas. La llegada y salida de los grandes transportes, corroboraba una gran operación en secreto, todo era rumores.

Las fiestas del puerto continuaban, con la música, los disfraces y los fuegos pirotécnicos durante la noche. Nativos sionas, kofanes, huitotos, ingas y quillacingas, se reunían cada noche con buena parte de los 50 000 habitantes del puerto a disfrutar de esas fiestas, que eran un centro de reunión de personas que volvían al lugar de origen cada año.

Estela caminaba por el remodelado aeropuerto Eldorado, con su maleta siguiéndola por los pasillos. Alguien se le acercó.

—¿Doctora Estela Márquez?

—Sí.

—Sígame por favor, debo llevarla a la base aérea de Rionegro.

Minutos después, sentada en un moderno avión de la Fuerza Aérea, viajaba rumbo a Antioquia. Una oficial a bordo le ofreció café que aceptó

gustosa. El aterrizaje fue en medio de un aguacero que dificultaba ver a través de las ventanillas. La misma oficial le dio un paraguas para cruzar la pista, mientras el que la había contactado en la capital le llevaba la maleta. Con los vaqueros empapados de las rodillas para abajo y los zapatos deportivos llenos de agua, entraron al edificio de la base de la Fuerza Aérea. Pasó al tocador, cuando salió la estaban esperando.

—¿Me acompaña, por favor?

Subió a una camioneta detrás del chofer, en pocos minutos estaba frente a unas barracas muy grandes. Entró corriendo, casi tropezó con el coronel colombiano y el agente Richardson. Este sonrió y la saludó.

—Agente Márquez, un honor conocerla. Bienvenida, el coronel Medina estuvo a cargo del rescate de los rehenes.

—Señorita, ojalá tuviésemos hombres con su valor.

—No es para tanto, fue un trabajo en equipo. ¿Dónde están los rehenes? ¿Puedo verlos?

—Por supuesto, venga.

Siguió al coronel y entraron a una barraca donde había muchos hombres con ropa limpia y tirados en sus camas o charlando. Al fondo un par de mujeres de uniforme interrogaban a dos muchachos jóvenes.

—¿Qué hacen?

—Nombres, direcciones. Traeremos a sus parientes, los reconocerán, volverán a su lugar de origen. Es una tarea grande, los han arrancado de lugares increíbles.

—¿Las mujeres?

—En la barraca de al lado.

La misma imagen saltó a la vista al entrar al lugar, solo que aquí las charlas eran más animadas. Mujeres, pensó. Caminaba entre las jóvenes, que la miraban pasar junto al coronel y a Peter. Miraba a cada una de ellas. Un vacío apareció en su pecho.

—¿No hay más, coronel?

—¿Alguien en especial, agente?

—Sí, pero no se su nombre. Lo siento.

El coronel se plantó en medio del pasillo y con toda su autoritaria voz, llamó.

—¡Atención, jovencitas! Todas de pie al lado del pasillo.

Entre risas, todas acudieron al llamado. Estela comenzó a caminar viendo a una por una. El grito sorprendió a todos detrás de ellos. La joven

corría hacia Estela con los brazos abiertos y lágrimas en las mejillas. Esta la conoció y abrió la boca soportando el choque de la muchacha que se aferraba a su espalda con dedos fuertes. Todos guardaban silencio.

—¡Lo sabía, sabía que no eras como todos! Tus ojos me lo dijeron, gracias, muchas gracias.

—¿Cómo te llamas?

—Celina. ¿Y tú?

—Estela. Ven, vamos a caminar.

Abrazando a la muchacha descalza, salieron de la barraca bajo la lluvia. Charlaron más de una hora caminando por la base, tomadas de la mano. Regresaron a la barraca, tenían que comer. Estaba hablando con las mujeres que interrogaban a las muchachas para organizar su regreso, cuando la voz resonó a su espalda.

—¿Encontró a su informante, agente Stevens?

Sintió temblar las piernas, dos lágrimas rodaron, después se dio vuelta despacio. El corazón latía con fuerza.

—¡Por Dios, que buen final de operación, agente Márquez!

Con su brazo en cabestrillo y sus casi dos metros despertaba la admiración de los habitantes de la barraca. Se colgó del brazo sano y les dijo a todas.

—Este es mi compañero, ustedes no estarían hoy aquí sin su ayuda.

Los aplausos y los gritos de vivas no se hicieron esperar. Se puso en puntas de pie y le dio un beso rápido en la boca, despertando un coro de aullidos y risas. Apenada, clavó su rostro en el pecho del hombre, su compañero.

Estela estaba feliz. Esperaban a Peter Richardson, les daría órdenes nuevas.

—Señores, el departamento de estado les está agradecido y reconoce su gran labor en esta misión. Verán a partir de mañana en los medios el impacto que tendrá entre la población en general. Esta lucha apenas empieza y empieza bien. Estos son dos pasajes a Houston, los espera el agente Minsk, su jefe inmediato señorita Stevens. Señor Márquez, su jefe desde Francia le agradece también.

—¿Cuándo partiremos?

—Mañana. El coronel dispuso de un avión para llevarlos a Bogotá.

—¿Los rehenes, que será de ellos, señor?

—Nos encargaremos de reunirlos con las familias, pierda cuidado.

—¿Celina?

—Su amiga encontró a su familia, estará bien. ¿Algo especial con ella?

—¿Puede conseguirme su dirección?

—¿Por qué no va y se la pide usted misma?

—No, no lo soportaría. Me gustaría no perderle la pista, es inteligente y valiente. Me gustaría ayudarla más adelante.

—Ustedes hicieron su tarea, no son Robin Hood. Vayan a casa.

—Sí, señor.

El vuelo a Bogotá fue en silencio, volando en sus propios sueños y pensamientos.

—¿Cómo estuvo Buenos Aires?

—Trabajo limpio, se hizo un buen trato con Carmen y Alejandro. No sé si funcionará, está hecho.

—¿Sabes cómo convencieron al hijo de la primera dama de que colaborara?

—Ni idea.

—Lo van a apoyar para sacarle tu “bomba” robot, si el próximo gobierno respeta el trato con el departamento de estado y el laboratorio.

La carcajada de Estela resonó en el avión oficial.

—¡No puede ser! Hasta donde llegó ese ardid.

—En algunas cosas fuimos listos, en otras fue pura suerte.

—De acuerdo, compañero. ¿Cómo está tu brazo?

—Bien, en quince días como nuevo.

—Me alegre.

Durante el viaje de regreso, el silencio predominaba. Estela preguntó a Eduardo cuando terminaría todo eso, la carnicería humana en busca de sueños imposibles.

—Mira, la conexión entre lo mortal y lo divino lo hacen las religiones, que aprovechan esos vacíos, esos anhelos y esos miedos para dominar la gente, su presente y futuro. La resurrección es un invento humano para vencer ese miedo a la muerte y acercarse a la inmortalidad tan deseada. Es una gran mentira, pero ha funcionado por siglos. Hoy parece estarse abandonando la idea de que las religiones pueden hacer algo y se acercan a la ciencia. La ignorancia era la base del crecimiento de las religiones, ahora parece que la educación y los medios de interactuar de la gente, empiezan a

quitar el velo a las nuevas generaciones.

—Buen discurso, por ahora sigo creyendo, aunque con mis reservas. ¿Sabes que en Harvard están logrando avances con cerebros humanos conectados a los de animales? Lo leí hace poco.

—Sí, se trata al parecer de una interfaz donde se puede dominar otro cerebro con el pensamiento o algo así.

—En este caso usaron una rata. Es un avance, ¿cuándo crees que Carmen y Alejandro den una sorpresa real al mundo?

—No lo sé, no creo que influya en mi vida y su final. Pensar que alguien pueda dominar las mentes de alguna manera me aterra. ¿Te imaginas ese poder en fascistas?

—No pensaba en ello, Carmen dice que están preparados para dominar la muerte, el cerebro es el causante del atraso y viendo esta posibilidad, tal vez esté dejando de serlo. Suena interesante, me da miedo.

—Mover la cola de una rata no es algo muy avanzado, pero es un avance real.

—La ficción nos alcanza cada vez más rápido, ¿te has dado cuenta?

—Lo malo es en manos de quién caen estos adelantos, quién los posea tendrá un gran poder.

—Duerme, estoy cansado y tú también.

—Malo.

—Sí.

El agente Minsk los miraba sentados frente a él.

—Señores, felicitaciones. Un trabajo espectacular.

—¿Qué sucedió con los médicos compradores?

—Esa parte no nos toca, agente. Les costará su carrera, desprestigio social y profesional importante.

—¿No irán a la cárcel? ¿Y los protectores de la operación?

—Es posible que sí. Calculamos que en este golpe desactivamos más de sesenta personas, que de alguna u otra forma cubrían y participaban. El doctor Parker está como testigo protegido, depende de sus declaraciones, las medidas a tomar por los jueces.

—¡Qué asco! Deberían ir todos a la silla eléctrica.

—Eduardo. Hacemos lo que tenemos que hacer, ustedes lo hicieron muy bien. Gracias, en nombre de la ciudadanía. No es buena publicidad verse involucrado en asuntos tan sucios, mucho de esto se lavará políticamente. Vayan a la oficina del juez que los casó, tiene instrucciones para su divorcio.

Tienen sesenta días antes de volver a otra misión.

—¿Mi jefe sabe de los sesenta días?

—Lo decidimos juntos.

—Bien, vamos con el juez, compañera.

Caminaban despacio mirando la gente por las calles.

—¿Qué harás con tus sesenta días?

—Iré a Baja California, México, me gusta la pesca deportiva, quiero un marlín o un pez vela gigante.

—¿Podrás con un solo brazo?

—Por supuesto, ¿y tú, que harás con tus vacaciones pagadas?

—No tengo nada pensado.

—Terminemos esto, ahí está la oficina del juez.

Caminaron unos diez metros en silencio. Estela preguntó.

—¿Tienes quién te saque fotos pescando?

El hombre se detuvo y bajó la vista hasta los ojos de su compañera, que brillaban.

—¿Qué pretendes?

—Oh, cielos, nada. Lo siento, vamos.

Él no se movió, tuvo que regresar los dos pasos que había avanzado.

—¿Me quieres sacar fotos pescando?

—Fue un pensamiento en voz alta que...

—¡Acepto!

El rostro de Estela se iluminó.

—¿De veras? —gritó besándolo nuevamente.

Eduardo puso su brazo sano sobre su hombro.

—Una última sugerencia.

—Dime.

—¿Pensamos lo del divorcio mientras pescamos?

Saltó y se colgó de su cuello ignorando su gesto de dolor.

—¿Te he dicho que eres un gran tipo?

—No, pero sería un buen comienzo.

—¿Recuerdas el nombre que dimos a la operación?

—Tu vida es mi vida.